



nemesis@uchile.cl

Revista Némesis

N° 5 2006



# Némesis

ISSN 0718-0497

revista de los estudiantes de ciencias sociales  
de la universidad de chile

**debate**

**DEMOCRACIA EN AMÉRICA LATINA:  
PROMESAS, INSTITUCIONES Y PRÁCTICAS**

rodrigoalvayay franciscagutiérrez  
ismaelpuga sofíadonoso sebastiánpérez  
alejandrozúñiga miguelpérez  
omaragUILar rodrigoazún grupoisoc  
elíasfarías michellapierre  
simónpalominos

N° 5 2005-2006



*Agradecemos a los fotógrafos invitados:  
Henri Bergius (pág. 116), César Bojorquez  
(págs. 67, 72, 79 y 84), Gustavo Burgos  
(pág. 4), José Cuerva (pág. 9 y contraportada),  
Procsilas Moscas (portada y pág. 124 );  
Leonardo Needham (pág. 6), Sebastián Ochoa  
(pág. 110) y Libertinus Yomango  
(págs. 16 y 21).*

---

**Nº 5 2005-2006**

# **Némesis**

**revista de los estudiantes de ciencias sociales  
de la universidad de chile  
nemesis@uchile.cl**

**Dirección** Nicolás Angelcos **Comité Editorial** Pablo Briceño,  
Francisca Gutiérrez, Álvaro Jiménez, Fernanda Palacios, Pablo Pérez,  
Juan Pablo Rodríguez, Camilo Sémbler, Ivo Tejeda  
**Gestión** Macarena Orchard **Colaboradores** Emilio Moya, Rodrigo  
Naranjo, Sebastián Pérez, Cecilia Sánchez, Danilo Sanhueza  
**Diseño, diagramación y edición** FRASIS editores (4367283)

*Némesis* es publicada gracias al aporte económico  
de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Chile

# contenidos

Presentación 4

Editorial 6

## DEBATE «DEMOCRACIA EN AMÉRICA LATINA: PROMESAS, INSTITUCIONES Y PRÁCTICAS»

RODRIGO ALVAYAY 11  
Populismo y socialismo en América Latina

FRANCISCA GUTIÉRREZ 20  
Otra noción de trabajo. Desafíos para la constitución  
de actores sociales

ISMAEL PUGA 34  
Mutis por el foro. Articulación y desarticulación social  
en Chile

SOFÍA DONOSO 54  
Jóvenes latinoamericanos: en búsqueda de los futuros  
puentes de la ciudadanía

SEBASTIÁN PÉREZ SEPÚLVEDA 66  
Chiapas: posibilidades político-democráticas de la lucha  
por la autonomía

ALEJANDRO ZÚÑIGA ONETO 89  
Capitalismo y desarrollo sostenible en América Latina:  
un análisis crítico

MIGUEL PÉREZ A. 108  
El neoliberalismo en la ciudad. Segregación socioespacial  
en metrópolis latinoamericanas

## ARTÍCULOS TEÓRICOS

OMAR AGUILAR

Estado, mercado y sociedad civil. Una mirada desde la sociología

131

## ARTÍCULOS METODOLÓGICOS

RODRIGO ASÚN INOSTROZA

De la reflexión a la empiria: transformaciones en el quehacer del sociólogo

151

SOFÍA DONOSO, MÓNICA GERBER, ALDO MADARIAGA,  
ELEONORA NUN, MACARENA ORCHARD, PABLO PÉREZ,  
ANAMARÍA SILVA Y JUAN IGNACIO VENEGAS

Los estudios electorales, sus metodologías y capacidad predictiva

158

## ARTÍCULO LIBRE

ELÍAS FARÍAS, MICHEL LAPIERRE Y SIMÓN PALOMINOS

Pensar más allá del Estado. Esbozo de una historia de la canción social chilena del siglo xx

174



## Presentación

---

Si bien el lanzamiento de este quinto número no corresponde a un momento refundacional de la revista, tal como lo fue el segundo número, es preciso dar cuenta de los objetivos dentro de los cuales se enmarca el proyecto de la revista Némesis, para evaluar las metas alcanzadas y los puntos sobre los cuales es necesario avanzar.

La revista Némesis intenta instalarse en un espacio de reflexión política sobre las sociedades actuales desde las diversas miradas disciplinares que componen las Ciencias Sociales; dicha mirada no es, de ningún modo, ingenua, sino, por el contrario, está interesada en enfocar de forma crítica el desarrollo social.

Esta necesidad de un espacio estudiantil de reflexión crítica surge a partir del diagnóstico compartido por los integrantes de la revista de una ausencia de un nexo vinculante entre los intereses estrictamente políticos de los estudiantes y la formación profesional que van adquiriendo gradualmente en sus respectivas carreras. Los posibles causantes de este vacío serían, por un lado, la desconexión del lenguaje político propiamente tal de las realidades circundantes de los alumnos de las distintas carreras y, por otro, el encierro curricular en que los alumnos se encuentran en el curso de su carrera..

Por ello, Némesis debiera constituirse como uno de los espacios privilegiados donde se pudiera establecer el nexo entre los contenidos y experiencias adquiridas en la formación profesional y la reflexión política sobre el orden social. Esto implica un doble desafío: por una parte, la clausura disciplinar que es evidente en las distintas carreras debe ser enfrentada con una apuesta interdisciplinar que permita generar diversas miradas sobre el fenómeno en estudio, a la vez que posibilitar un encuentro, aunque sea virtual, entre los alumnos de la Facultad de Ciencias Sociales. Por otra parte, un segundo desafío que ha debido y debe enfrentar la revista es su posicionamiento en la discusión pública en la Facultad, especialmente en el diálogo estudiantil. Este segundo desafío es particularmente

relevante pues permite hacer efectivo el proyecto que Némesis comporta, es decir, vincular la reflexión política con el diálogo interdisciplinar.

La evaluación de ambos desafíos no es particularmente positiva, de ahí la necesidad de expresarla, en la medida que, si bien se ha avanzado en la incorporación de alumnos de las distintas carreras de la Facultad, aún no es suficiente, lo que impide la elaboración de un lenguaje y una problemática interdisciplinar propiamente tal, cuestión que sólo puede ser lograda con la participación activa de estudiantes de las distintas carreras, que fuercen hacia esa apertura en la mirada.

En cuanto al posicionamiento de la revista en la Facultad, la evaluación es aún más severa, en tanto su aparición anual no es suficiente para incorporarse en el *habitus* de los estudiantes de la Facultad, lo que permitiría que Némesis fuera la materialización de un avance en la reflexión de los estudiantes sobre el tema constitutivo del debate y no solamente la reflexión sobre el autor de cada artículo sobre el tema en cuestión. En este punto, inciden dos temas que se retroalimentan, a saber: el problema del financiamiento que ha significado publicación tras publicación el retraso del lanzamiento de la revista y la imposibilidad de hacer más dinámico el debate que se pretende plantear, en el sentido que la aparición tardía de la revista obstaculiza que el impacto de los lectores sea recepcionado con tiempo para producirse un debate. El otro tema, aún más sensible, es la dificultad de conseguir la participación más ampliada de los estudiantes en la composición de la convocatoria para el debate, además de la gestión y ejecución de la revista propiamente tal. Decimos que ambos temas se retroalimentan pues la ausencia de un financiamiento constante impide la aparición más pronta de la revista, lo que a la vez impide su conocimiento y, por tanto, la incorporación de nuevos estudiantes, lo que asimismo, obstaculiza la gestión eficiente de la revista.

Lo que aún es válido rescatar y que nos hace creer en este proyecto es que Némesis continúa apareciendo año tras año, dirigida y gestionada por alumnos y alumnas de la Facultad de Ciencias Sociales, pertenecientes a distintas carreras, con el desarrollo de un debate de calidad que, vinculado al lenguaje propio de las disciplinas, se orienta hacia la reflexión de las problemáticas sociales e históricas en curso, lo que la hace interesante para los distintos alumnos, no sólo como una reflexión política sino también como un buen material de estudio para la formación profesional.

En estos distintos sentidos, el número cinco de la revista Némesis ha intentado avanzar, proponiendo un tema de convocatoria abierto a las distintas miradas disciplinares, a la vez que incluyendo secciones de reflexión teórica y metodológica que posibilitan un mejor aprendizaje de los alumnos de la Facultad.

Por ello, el quinto número de la revista Némesis de los estudiantes de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Chile abre la invitación a los estudiantes de las distintas carreras a participar activamente en su revista, para que este proyecto no desaparezca, aumentando el vacío constatado, y se convierta cada vez más en una herramienta útil para el debate público de los distintos actores de la Facultad.



## Editorial

---

La recomposición de las democracias en América Latina hacia fines de los ochenta y principio de los noventa planteó una serie de expectativas y desafíos que debieron enfrentar los distintos países y las coaliciones políticas de turno. Una de las principales expectativas consistía, como era obvio, en la reapertura y consolidación de los espacios democráticos de participación, lo que implicaba el aseguramiento de las libertades individuales, fuertemente castigadas durante las distintas dictaduras, y la formalización de los espacios institucionales para el ejercicio de dichas libertades.

Es preciso destacar que esta primera gran expectativa se ha dado con ciertas diferencias en los distintos países, pues, mientras en Chile la democracia pareciese avanzar triunfalmente tras el crecimiento económico, países como Bolivia, Venezuela y Argentina han registrado fuertes conmociones sociales, fruto del descontento que reinaba tras la vuelta a la democracia y que desencadenaron, como bien sabemos, desde cambios de gobierno hasta intentos frustrados de nuevos golpes de Estado.

La explicación de estas revueltas sociales en distintos países latinoamericanos suele ser algo difícil de encontrar, sin embargo, hacen evidentes los fracasos que las distintas democracias han tenido a la hora de enfrentar sus desafíos. En este sentido, podemos decir que el retorno a la democracia no sólo puede ser comprendido como la esperanza de una reforma institucional del ejercicio del poder sino también como la realización de distintas promesas que aparecían negadas durante las dictaduras. Promesas que, en su conjunto, albergarían la utopía de una posible “sociedad democrática”, en la cual los individuos generen nuevas formas de asociatividad, no regidas simplemente por intereses particulares, sino, por el contrario, por un espíritu solidario de participación en la comunidad política, en un marco de tolerancia, respeto a las diferencias (étnicas, de género, etáreas, etc.) y una alta valoración por los derechos humanos.

Otro gran desafío que debieron enfrentar las nuevas democracias latinoamericanas, junto al mencionado cambio en la base institucional del ejercicio del poder y la conformación de una sociedad democrática, es el estilo de desarrollo que definiría los modos de acumulación en los distintos países. En otras palabras, un estilo de desarrollo que permitiera crear las bases materiales para dinamizar las distintas políticas sociales, económicas y culturales, tendientes a superar los altos márgenes de iniquidad que acompañaron el retorno de las democracias.

La definición de este modo de desarrollo va configurarse de manera distinta al modelo interrumpido por las dictaduras, en la medida que el libre flujo de capitales transnacionales regulados por el mercado va a suceder a la idea de un Estado agente de la economía, trasladando la preocupación por el desarrollo del mercado interno hacia un marcado énfasis en la dimensión exportadora, dejando de lado el proyecto industrializador que acompañó al Estado de Compromiso durante las décadas de 1930 y 1970 aproximadamente. Este cambio en la orientación de la economía no sólo tuvo efectos en cuanto al ente que la regulaba sino también en la alianza política que le otorgaba sustento; así, la alianza de fracciones de clase que se entablaba al interior del Estado es sucedida por una alianza entre capitales nacionales y transnacionales, transformando a los sectores medios y populares en meros espectadores del aparente libre desarrollo de la economía. Decimos aparente para recalcar que el manejo de la economía no es libre sino que obedece a los intereses de los grupos asociados a la alianza política en el poder.

En este sentido, los nuevos grupos sociales, básicamente el empresariado, van a reorientar las formas en que se lleva a cabo el desarrollo, no sólo en términos económicos, sino también políticos y normativos, redefiniendo la relación entre los distintos actores sociales y el Estado. Dicha relación se va a caracterizar por un marcado componente de exclusión, inherente a la lógica neoliberal que impera en los procesos de acumulación, además de la exclusión política y normativa de amplios sectores sociales. Dicha exclusión política se expresa en el dominio hegemónico que ejercen los sectores empresariales nacionales y transnacionales, en un plan de no negociación con los intereses de los demás actores. Así, las políticas que se desarrollan en distintos sectores de la sociedad, ya sea educación, salud, economía, etc. se planifican y ejecutan sin considerar a los actores a los efectuarán dichas políticas.

En torno a la exclusión normativa, referimos a que los sectores populares y medios empobrecidos, dados los vertiginosos cambios en la estructura ocupacional, fruto de la reorientación del modelo de desarrollo, presentan una alta heterogeneidad estructural lo que, sumado a las legislaciones postdictatoriales, hacen muy difícil la generalización de intereses para una eventual acción colectiva. Asimismo, el traslado del trabajo al consumo como eje principal desde el cual se piensa la integración instala como hegemónica la preocupación por la individuación, basada en el principio de la diferenciación, lo que acentúa los procesos de desintegración normativa. De este modo, los individuos de sectores populares y medios bajos intentan, bajo estrategias de mercado, diferenciarse de sus pares, contrario a lo hemos planteado como base de la integración social, o sea, la generalización de intereses de individuos de un mismo sector socioeconómico.

Lo que está en el fondo de este problema es que la exclusión política y simbólica de los diferentes actores sociales del proceso de desarrollo acarrea fuertes procesos de desintegración social, que se expresan en la imposibilidad de generar una sociedad democrática propiamente tal. A esto nos referimos con que los procesos de modernización necesitan ser anclados normativamente en el seno de las sociedades para que los sujetos se reconozcan y, por ello, actúen como parte integrante de la sociedad, abstrayéndose de los intereses particularistas que se juegan en el mercado. Este proceso de fragmentación social y descomposición normativa afecta principalmente a los sectores medios y populares, en tanto ellos aparecen como receptores y no conductores del modelo de desarrollo. Esto explica por qué los sectores empresariales sí presentan intereses económicos e identidades comunes, en la medida que son estos sectores los que impulsan el estilo de desarrollo vigente.

Lo que quisiéramos destacar es que, a la par de la conformación de este modelo de desarrollo excluyente, las nuevas democracias latinoamericanas generan distintas promesas hacia los individuos, que se enfocan a superar, no estructuralmente, las barreras de exclusión mencionadas, al mismo tiempo que permitirían recuperar este tejido normativo fragmentado por los procesos dictatoriales. Las principales promesas las podemos articular en tres ejes: nuevas formas de integración económica, movilidad social y producción de identidades.

El primer eje dice relación con la posibilidad real de los individuos de disfrutar, mediante el consumo, de los progresos económicos que el desarrollo trae consigo. Pese a ello, el mecanismo utilizado no constituye la redistribución del ingreso sino más bien la ampliación de los sistemas crediticios hacia los sectores más vulnerables socialmente. Esta forma de integración se hace evidente, por ej. en el caso chileno, en la forma de incorporación al sistema de educación superior, mediante sistemas de crédito estatal y privados; en la incorporación de los jóvenes, a través de las cuentas de ahorro juvenil o la “tarjeta joven”; y las tarjetas de crédito que ofrecen las grandes empresa para que los sectores medios y populares puedan acceder a bienes primarios y de lujo.

La movilidad social, por su parte, pretende ser lograda por medio de la capacitación cada vez más creciente de los jóvenes que egresan del sistema de educación. La base de esta necesidad es el cambio en la base técnica del capital que se hace a nivel mundial y que exige una capacitación polifuncional de la mano de obra. Supuestamente esta capacitación permitiría discriminar positivamente a los jóvenes para hacer frente a los factores de reproducción de la pobreza. De ahí que se esgrima como base este argumento para justificar y fomentar fuertes procesos de profesionalización y tecnocratización en el ámbito de las Ciencias Sociales, en el sentido que la formación universitaria debiera atender a nuevas necesidades sociales que aparecen como objetivas y necesarias en el mundo del trabajo, desligándose de preocupaciones orientadas a la comprensión de la sociedad como una totalidad que articula sus distintas dimensiones bajo criterios que no responden simplemente a la lógica mercantil sino también y fundamentalmente a las formas en que se distribuye el poder en las distintas sociedades.

Por último, la conformación de identidades iría enfocada a la producción de



un sujeto democrático, que se eduque en un marco de tolerancia y respeto, que se haga cargo de la vida en una sociedad democrática, solidaria y participativa.

Como vemos, estas promesas de participación democrática son seguidas de prácticas reales, es decir, no son sólo factores ideológicos de legitimación del sistema imperante. Esto lo reflejan las cifras de ampliación de matrículas en educación superior, alto porcentaje de alfabetización en todos los países latinoamericanos, alguna reducción de la pobreza, etc. Pese a ello, podemos constatar en los distintos países latinoamericanos, en mayor o menor grado, un amplio malestar social, que se expresa, como mencionamos en un comienzo, en las revueltas populares en Argentina, en las agitaciones sociales en Ecuador, Bolivia y Venezuela, o las protestas secundarias y de los funcionarios públicos en Chile. En este contexto, resulta interesante preguntarse por qué existe un gran descontento social con el desarrollo económico si las cifras de crecimiento y disminución de la pobreza auguran un futuro alentador.

La respuesta a esta interrogante puede buscarse en la racionalidad que otorga coherencia a la relación entre promesas, instituciones y prácticas democráticas. A nuestro parecer, esta racionalidad se desprende del tipo de sujeto al cual se interpela, en este caso, al ciudadano. Las nuevas democracias se fundan en la existencia del ciudadano como prototipo ideal de individuo, este ciudadano debiera ser capaz de compatibilizar su participación en el mercado, con una práctica política solidaria y una identidad marcadamente democrática.

La figura del ciudadano responde al imaginario liberal con que se han constituido nuestras democracias, ideario que caracteriza al ciudadano como un individuo con derechos que debe exigir en el espacio público, derechos principalmente ligados al ejercicio de la libertad individual como contraparte del ejercicio de la autoridad política; asimismo consta con una serie de deberes de los cuales tiene que hacerse responsable, evitando delegar su responsabilidad en el Estado. En base a este ciudadano se forjan ideas actualmente en boga como la democracia ciudadana, seguridad ciudadana, protección ciudadana, etc.

El cariz individual al que interpela el sistema político cuando habla de ciudadano es el que permite comprender tanto el carácter focalizado de las políticas públicas, como las reformas legislativas y los espacios de integración social. De

este modo, por ejemplo, la flexibilidad laboral permite la incorporación individual de los jóvenes al trabajo, a la vez que impide la organización colectiva de los trabajadores; asimismo, la incorporación de los sectores desposeídos a la educación superior mediante sistemas de crédito, permite que ciertos alumnos aventajados puedan acceder a la Universidad, al mismo tiempo que la oferta de carreras no se corresponde con las necesidades del país. En la práctica, la figura del ciudadano se corresponde con la del consumidor, en la medida que se configura como un espectador pasivo de los procesos sociales mientras es capaz de recibir beneficios del sistema político y económico.

De este modo, la racionalidad que se desprende del ciudadano es una racionalidad económica, la misma que prima en los procesos de acumulación. Así, el ciudadano respondería a una ideología liberal en lo político y neoliberal en lo económico. Las revueltas que han acompañado a las nuevas democracias en América Latina constituirían, en el fondo, respuestas, más o menos organizadas según sea el caso, a la exclusión de la cual es parte el sujeto en su condición de productor de la sociedad y no mero receptor, de ahí las reivindicaciones indígenas o poblacionales como sujetos que, más allá de lo económico, están profundamente excluidos del sistema. En este sentido, el problema del desarrollo no constituye un tema de crecimiento económico sino de racionalidad imperante y del sujeto al cual se invoca mediante esa racionalidad.

Más aún, las mismas promesas que sustentan a las nuevas democracias no se cumplen a cabalidad (de ahí que la crítica ni siquiera necesita posicionarse desde una esperanza intelectualista). A este respecto, abundan las cifras que nos muestran cómo, en la mayoría de los países latinoamericanos, la disminución de la pobreza ha sido mínima; lo mismo ocurre con la estructura social, que muestra una alta rigidez, contrario a la promesa de movilidad social; por último, la conformación del ciudadano como base legitimante de la democracia no ha sido tal, pues, considerando la lógica que impera en su constitución, no es extraño que frente a la pregunta por cuál sistema político prefiere en condiciones similares de crecimiento y bienestar económico, a la mayoría de los ciudadanos le sea indiferente una democracia o una dictadura.

Como vemos, el problema de la democracia en América Latina va más allá de su consolidación como institucionalidad política, así como de su carácter igualitario o no (económicamente hablando), para acercarse a temas mucho más confusos y menos desarrollados como lo es el tema de la subjetividad. Así, este número intenta dar cuenta de las distintas problemáticas y aristas que se desprenden de la pregunta por la democracia, desde artículos que reflexionan sobre un modelo de desarrollo alternativo, otros que intentan develar la relación que los nuevos movimientos sociales tienen con la esfera política, reflexiones en torno al mundo del trabajo o la distribución espacial de grandes ciudades latinoamericanas, para acercarnos a una reflexión global sobre la democracia, mostrando sus límites y vislumbrando sus posibilidades. A continuación, los invitamos a leer el debate que proponemos en este quinto número, a saber: «Democracia en América Latina: promesas, instituciones y prácticas».

Nicolás Angelcos

## Populismo y socialismo en América Latina

RODRIGO ALVAYAY\*

---

### PRESENTACIÓN DE CECILIA SÁNCHEZ (FILÓSOFA Y ENSAYISTA)

Conocí a Rodrigo Alvaay a mediados de la década de los años ochenta. Como bien se sabe, en ese período el trabajo intelectual en Chile se encontraba en un peligroso conflicto con la dictadura y con sus principios morales, políticos y económicos. En ese contexto, Rodrigo era un activo organizador de las actividades filosóficas desarrolladas por el CERC (Centro de Estudios de la Realidad Contemporánea) durante los años en que esta ONG contaba con el amparo de la que en ese tiempo se rotuló Academia de Humanismo Cristiano,<sup>1</sup> institución que cobijó a un gran número de profesores e intelectuales disidentes de la dictadura y a los expulsados de diferentes universidades. Bajo la idea de resistencia civil, Rodrigo posibilitó la fundación de este Centro e invitó a participar en el área de filosofía a Carlos Ruiz para organizar debates acerca de una democracia participativa y plural. En mi caso, también tuve la suerte de haber sido invitada por Rodrigo a incorporarme al trabajo de investigación del CERC y para discutir en coloquios nacionales e internacionales acerca de la universidad y de lo político en relación con los saberes de las humanidades y de las ciencias sociales.

En virtud de la cercanía institucional y de la amistad que llegué a tener con Rodrigo, me siento responsable de hacer relucir los méritos que aprecié en quien gustaba de ocultarlos y mantenía una distancia irónica con los aspavientos de la discursividad apolítica en la que se mantuvieron algunos intelectuales. Más que ser un pensador, le dio preferencia a discusiones que dinamizaran la sociedad civil chilena, propiciando la organización de revistas, ediciones de libros, colo-

---

\* Ricardo Alvaay falleció el año 2005; se desempeñó como profesor de filosofía de la sociología.

<sup>1</sup> No confundir con la Universidad que hoy lleva el mismo nombre ni con el CERC que actualmente realiza encuestas de opinión.

quios y temas de prensa. En especial, se preocupó de abrir nuevos temas, auscultar el presente y acercarse a problemas todavía no consagrados por los libros. Respecto de la política, su actitud asumió un carácter moral y crítico respecto de los acuerdos y consensos negociados por los militantes del período.

En sus últimos años de vida pude darme cuenta de su desaliento respecto de lo que esperaba para Chile tras la vuelta de una democracia todavía en transición, aferrada a un neoliberalismo con el que discutió como uno de sus temas centrales debido, entre otros problemas, a su indiferencia con sectores sociales postergados y por entregarlos a los ritmos de una globalización carente de solidaridad.

A mi juicio, la forma en que asumió el quehacer intelectual Rodrigo correspondían al estilo de un letrado ilustrado, cuya actividad debió desenvolverse en un espacio público abierto y pleno, pero que —paradójicamente— en el momento en que le correspondió actuar el mundo se había cerrado, cuando volvió a abrirse las condiciones habían cambiado. Por mi parte, me entristece mucho que su última relación con el mundo y con Chile le generara la desesperanza que pude apreciar en él antes de morir.

## **Populismo y socialismo en América Latina**

Voy a hablar del populismo en América Latina un poco en el contexto de la problemática de la crisis en el mundo actual. Antes de abordar propiamente el tema quisiera aclarar algunos puntos. Primero, nadie es populista actualmente y no lo podría ser porque no hay populismo en América Latina. Voy a tratar de explicar los argumentos que se pueden encontrar si se examina la historia desde el punto de vista de la cultura política del continente en favor de un estilo populista de realizar esta actividad y también de la constitución de un actor político que es el pueblo organizado.

También hay que referirse a otro aspecto importante y que salió en parte de las exposiciones anteriores. Algún comentarista dijo que en lo económico se podría caer en una redistribución del ingreso más allá de lo que se puede y eso sería populismo. Creo que si a esa idea de una distribución de ingresos más allá de lo que se puede, se le suma la idea de un gobierno constituido por demagogos, se tiene una caricatura de populismo bastante discutible y que está vigente hoy, en virtud de la cual, se ha transformado este tema en un anatema. Lo que hay detrás de esta imagen caricaturesca es la creencia que el pueblo organizado significa movilización en las calles. Entonces, se reacciona de parte de las autoridades gubernamentales con temor a la ingobernabilidad. Con eso se tiene un cuadro completo que, simplemente, no puede producir otra acción que el rechazo del populismo como un fenómeno desdeñable y dejado atrás por la historia.

Otra aclaración que deseo hacer es en relación al plazo más largo en la historia de América Latina. Cuando uno se pregunta sobre la identidad de nuestro continente y se produce esta discusión en torno a imágenes tan recurrentes como las que emergen de la literatura latinoamericana: un cierto realismo mágico, por un lado, en contraste con posiciones como la de Octavio Paz, o la discusión de los ensayistas en que se habla de un sujeto autóctono, de una síntesis cultural, el

problema que aparece es que América Latina se muestra como diferente de los países que constituyen la civilización occidental.

Me parece que hay allí una situación un poco esquizoide, de disociación cultural e intelectual. Nadie podría negar que América Latina es un continente católico en una gran producción de su población; es un dato que está disponible y, sin embargo, al lado de este fenómeno, en que se arraigan una serie de componentes, existe una cultura laica, modernizadora, desarrollista, que se guía por pautas racionales. No obstante, no se establece ninguna relación entre lo uno y lo otro.

Ahora bien, donde creo que se encuentra una raíz del populismo y su vigencia actual es precisamente en la Iglesia Católica. Basta ver hoy la importancia que tiene todo lo que hace la Iglesia Católica en términos de organizar al pueblo, y esto lo ha hecho desde la llegada de los jesuitas en el siglo XVI y lo siguieron haciendo hasta el siglo XVIII. De modo que esta tradición católica de organización del pueblo es muy fuerte y sigue estando vigente en la actualidad. Esta es, quizás, la dimensión que me interesa más rescatar; es decir, la de una ciudadanía organizada, que encuentra vehículos para expresarse, no sólo en las calles tirando piedras, en esa imagen desdeñable que circula en el presente.

A eso quisiera agregar que en el contexto de la crisis de todas las dimensiones en que estamos viviendo (crisis de las ciencias sociales, de la relación de sujeto, crisis en el proceso histórico), estas dimensiones de la crisis son vividas por los sectores populares, además, bajo la prevalencia del sistema democrático en que se acepta, de parte de todos los analistas, que un fuerte componente es la incertidumbre y la indeterminación. La incertidumbre en cuanto a los componentes que operan actualmente y también, por supuesto, mucho más agravado en la dimensión de futuro. Creo que en esto la Iglesia Católica tiene un conocimiento histórico que el área nuestra más moderna, más racionalista, no existe: esta incertidumbre es vivida por los sectores populares como un vacío. Vacío en las dimensiones de una imagen global del mundo (cosa que ahora último también se ha desprestigiado en términos de que eso es totalitarismo), pero también en términos de una integración a algún proyecto que tenga algo de estabilidad.

Obviamente que este vacío repercute en la incidencia que tiene en estos sectores la religiosidad popular, porque resultaría altamente contrastante e incomprendible que pueblos como los latinoamericanos y particularmente en el caso del Cono Sur, donde se habla de un gran desarrollo de la conciencia política, por otro lado encontremos estos fenómenos tan fuertes de la religiosidad popular. Lo que allí hay es ese vacío.

Los procesos que hemos vivido desde la década de los años 50 hasta ahora han sido de un sucesivo cambio social; cambios en los esquemas y en las propuestas sociales, lo que es vivido en los sectores populares en forma bastante catastrófica. De tal modo que se puede afirmar que lo peor que les pasa a los sectores populares no es la pobreza, sino el vacío en la dimensión de proyecto, de integridad y, por supuesto, de identidad. Es allí donde esta religiosidad popular encuentra una explicación sociológica y social. Recuerden ustedes que Weber y Durkheim hablaban de la sociedad como una especie de máquina de crear mitos y valores. Por lo tanto, no es raro que ciertos sectores de la sociedad se creen sus propios mitos

o sus propios valores, aunque sean religiosos, que les permita tener cierta estabilidad y continuidad en el cambio.

Para volver entonces a nuestro tema. En el fondo lo que deberíamos abordar es la diferencia de América Latina en el marco de la civilización occidental a que creemos pertenecer. Nuestro problema es la identidad y diferencia de América Latina en relación a su cultura política. Actualmente esta diferencia se percibe de muchas maneras: tenemos democracias con sociedades profundamente desiguales, estamentales y jerarquizadas; tenemos modernidad parcial junto a religiosidad popular; tenemos instituciones políticas junto a grupos guerrilleros; tenemos economía formal junto a un vasto sector informal y narcotráfico.

Desde una perspectiva histórica, la situación actual de América Latina, desde el punto de vista de la cultura política, se caracteriza por varios factores predominantes, pero básicamente podemos constatar un desplazamiento de los proyectos de desarrollo y revolución, vigentes hasta la década de los 70, hacia una revalorización de la democracia formal con un crecimiento económico dentro de una concepción económica neoliberal y junto a un papel predominante de la tecnología como factor del cambio social.

Se dice actualmente que estamos viviendo un proceso de revalorización de la democracia, que hemos transitado de un período en que la revolución era la panacea de la modernización, a uno en que el respeto por las formas de la democracia se generaliza. La propia dinámica de la ruptura revolucionaria llevada al extremo de la agudización de los conflictos y el descrédito de la negociación política, había desembocado en dictaduras militares que se justificaron como un reestablecimiento del orden. Posteriormente, la utilización sistemática de la violencia como instrumento de la política, las violaciones constantes de los derechos humanos y la pérdida de las libertades públicas, hicieron mirar con otros ojos al fenómeno dictatorial e influyeron en quienes antes aceptaban la dictadura como un mal menor.

Cabe recordar, en todo caso, que la democracia no gozaba anteriormente de muchos adeptos, ni en la izquierda ni en la derecha, de modo que cuando se impusieron las dictaduras, lo hicieron en un clima político en que la democracia era cuestionada por una mayoría desde opuestas perspectivas. Sea como fuere, existe actualmente una revalorización de la democracia formal, en tanto ella misma es una meta, puesto que su misma forma política es la realización de las libertades públicas e individuales.

La revolución, en cambio, en tanto es un cambio violento que rompe con el respeto de las formas y pretende acceder bruscamente a la justicia social, ha sido sustituida por el cambio gradual de las reformas.

En cuanto a la idea de desarrollo la situación es más compleja. Podemos constatar que desde hace un tiempo simplemente no se habla más de ella. Se habla, en cambio, de crecimiento económico con chorreo, aunque esta idea es cierto que está bastante desacreditada a estas alturas de los noventa. La situación es más compleja porque la idea de desarrollo fue la base de un consenso latinoamericano en que, a nivel nacional, se concertaban los gobiernos y las clases sociales, mientras en el ámbito continental, los diversos partidos políticos y

los Estados aunaban voluntades. Este consenso se rompió en la década de los setentas.

Ahora bien, lo importante es que hoy prevalece cierta desorientación y ese lugar es ocupado por ideales que, sin dejar de tener contradicciones entre sí, generan un clima conservador. Estas ideas contradictorias son el neoliberalismo económico y las prácticas religiosas tradicionales, especialmente las católicas. De modo que no hay sólo una evolución hacia la democracia, sino en el mismo momento en que se habla del fin de las ideologías y se promueve el pragmatismo del consenso, vemos resurgir la influencia de poderosas ideologías tales como el neoliberalismo y las religiones.

Podemos concluir, entonces, en que la crisis de las ideas de revolución y desarrollo no ha desembocado sólo en una revalorización de la política y la democracia, sino que también hace reaparecer antiguas ideologías.

Sin embargo, el hecho fundamental y decisivo es la revalorización de la democracia. Esta, como forma política, presenta, junto a sus méritos innegables, una serie de dificultades que se focalizan en un predominio de la incertidumbre y la indeterminación a lo que hacía referencia recientemente al comienzo.

En efecto, el sufragio universal y la representación significan que el poder es un lugar vacío, es decir, el poder es ejercido no por una persona o partido determinado de una vez para mucho tiempo, sino que por una variedad de representantes que lo ejercen en función de proyectos diferentes.

Este procedimiento de alternación en el poder hace posible el despliegue de múltiples perspectivas históricas y permite que el conflicto social se vea representado en la esfera del poder. De esta manera, la heterogeneidad creciente de la vida social encuentra un cauce político. Por eso, se puede afirmar que la democracia es la sociedad histórica por excelencia.

Historia e incertidumbre, a su vez, se ven con otra luz en este período de crisis de las ideas del marxismo. Esta crisis ha puesto en cuestión la confianza de un curso necesario de la historia, ha desacreditado la idea de historia como un destino irreversible hacia el progreso. Este cambio en la percepción de la historia plantea otros problemas. Lejos de conducir a un término de la historia, como se afirma por ahí, revitaliza la conciencia de pertenecer a la historia. Lo que cambia es la lectura e interpretación del pasado. En el ya se busca el conocimiento de las leyes que rigen, más allá de nuestras voluntades individuales, el curso de los acontecimientos, sino que el conocimiento de ciertas tendencias y tradiciones que tienen su propio peso e inercia. Se trata de hacer tabla rasa de la historia como cosa del pasado para aceptarla como presente.

Desde esta perspectiva ¿qué procesos encontramos en la historia de América Latina como tendencias y tradiciones que adquieren cierta regularidad en el largo plazo? Para mayor claridad decimos de antemano que esas tendencias históricas se manifiestan en ciertas dimensiones: un Estado fuerte no exclusivamente representativo de las clases sociales, con iniciativa política en la generación y coordinación de planes y proyectos; un pueblo organizado con tradición de organización popular, con capacidad reivindicativa, con elementos sociales heterogéneos y con larga tradición de alianzas políticas.



En esta tradición de siglos, la religiosidad popular y el sentido comunitario son permanentes; una relación política entre Estado y pueblo que se caracteriza por un recurrente populismo de diversos signos, buenos y malos, progresistas y reaccionarios. En este sentido, se podría decir que un fantasma recorre América Latina: el fantasma del populismo; la modernidad de América Latina se caracteriza por el predominio conflictivo y no muy coherente de los fenómenos históricos precedentes en su cultura política. Esas son las cuatro dimensiones que encontramos en una revisión histórica desde el punto de vista de la cultura política en América Latina.

Desde ese punto de vista, el problema que plantea el populismo y el socialismo actual se hace evidente en la asidua tendencia a evitarlos en forma obsesivamente reiterada y reproducida con amplia publicidad, en la voluntad de dejarlos atrás junto a otras consignas de este tipo. Lo erróneo de esta solución consiste en ignorar el profundo arraigo del fenómeno en el pueblo, de manera que un rechazo socialista puede favorecer el surgimiento de un populismo de derecha. Eso es precisamente lo que está ocurriendo ahora, en versiones por supuesto bastante modernizadas y tecnificadas, pero que está ocurriendo en Argentina, Brasil y Perú.

La evolución actual de la economía mundial concentradora y excluyente, favorece ambas políticas mencionadas: un simple rechazo de la izquierda favoreciendo la integración selectiva al mercado internacional y el surgimiento de políticas populistas autoritarias de derecha. Demás está decir que en ese cuadro el socialismo tiene poco que decir. Por lo tanto, pareciera que el socialismo latinoamericano no tiene alternativas: tiene que encarar el problema del populismo, tiene que aceptar sus desafíos. En lo esencial, el desafío populista consiste en reconocer la presencia y legitimidad de un actor político popular, frente al que se deben elaborar respuestas que garanticen un cierto protagonismo político.

Hasta aquí hemos constatado una fuerte incidencia del populismo en el corto plazo, considerando prácticamente sólo la actualidad. Vemos su presencia en el rechazo reiterado de ciertos partidos políticos (hasta ayer populistas), en la Iglesia Católica y en las organizaciones populares.

En lo que sigue voy a hacer una evocación de cómo aparece este tema, aunque un poco indirectamente, en la discusión sobre la modernidad en América Latina. El debate sobre la modernidad es una evidencia de que ella se constituye en un problema histórico de larga duración, más que en un hecho establecido en nuestro continente.

Retomamos algunos momentos de este debate para recuperar sus componentes más sobresalientes. En una retrospectiva vemos tres momentos:

Un primer momento es la discusión actual, en que aparecen el realismo mágico (macondismo, como lo llaman en un documento FLACSO) y la posición, criticada por supuesto, de Octavio Paz. En ambas se resaltan las carencias de América Latina, en el sentido que no tuvimos reformas religiosas y que tampoco tuvimos Ilustración, en virtud de lo cual se cuestiona la modernidad del continente.

Un segundo momento es la discusión menos explícita que suscita la literatura desarrollista de la CEPAL. Esta discusión se da durante un tiempo con la Iglesia Católica y sus proyectos comunitarios, para más tarde desembocar en la situación actual, en una crítica del proyecto desarrollista desde el punto de vista de la religiosidad popular, con un enfoque profundamente conservador.

Un tercer momento es el debate más antiguo entre los ensayistas. Allí, el eje civilización y barbarie es enfocado desde posiciones opuestas con valoraciones contrastantes, es decir, tan pronto se valoriza la dimensión barbarie en un sentido positivo, como tan pronto la otra, la europea, la moderna.

La particularidad histórica de América Latina hace dificultosa, o haría dificultosa, la síntesis cultural entre lo europeo y lo autóctono, provocando en muchos casos un cuestionamiento de la modernidad, en cuanto ella se basa en racionalidad positiva europea. Si se observa el conjunto de este debate, en estos tres momentos, que perduran más de un siglo, se advierte una constante: la modernidad no logra englobar o incorporar al sujeto popular en las variadas formas que éste adopta en las distintas regiones del continente: indios, mestizos, campesinos, trabajadores, pueblo en definitiva. Tan pronto este pueblo es percibido como obstáculo de la civilización, también es erigido en un pilar de una sociedad diferente o en parte de una síntesis cultural inconclusa.

Pero, además, también pueden apreciarse elementos consensuales en lo limitado de la penetración de la modernidad en América Latina, en la confrontación de la cultura Ilustrada con la cultura popular y en la pérdida de identidad continental que acarrió el proceso de las independencias nacionales.

La irrupción del desarrollismo de los años cincuenta puede interpretarse también como una etapa en este proceso de civilización y barbarie. Desde el punto de vista de la identidad latinoamericana, es parte del ímpetu modernizador y globalizante que se tiende desde los países desarrollados a América Latina a partir de la posguerra. Ímpetu interrogador que hoy día precisamente no encontramos.

En el presente hallamos más bien una situación de exclusión. No es casual en este sentido que la sede de este pensamiento se encuentre en Naciones Unidas y que, una de sus iniciativas más importantes provenga de Estados Unidos (la Alianza para el Progreso). Ello no obsta, por supuesto, a que posteriormente se estableció un pensamiento económico y sociológico propiamente latinoamericano.

A pesar de la importancia consensual que llegó a tener durante las décadas de la posguerra, el desarrollismo es sustancialmente un pensamiento basado en la racionalidad economicista occidental y, desde ese punto de vista, significó una relativa agudización de las tendencias modernizadoras, criticadas en aquel complejo debate de los ensayistas.

Se dio también el desarrollismo acompañado por una creciente influencia de las ideas marxistas en el contexto de la plena vigencia de un compromiso político entre clases sociales, coronado por un proyecto de Estado, digamos, de relativo bienestar, para no exagerar. Lo sorprendente, en cambio, contrastante con el marco de procesos de corte racionalista mencionados, es que durante el mismo período, aparecen por primera vez en América Latina los gobiernos populistas; es como si los ensayistas se hubieran tomado la revancha con los desarrollistas.

El populismo se encuentra, pues, firmemente arraigado en las tradiciones históricas y en la cultura política de América Latina. Desde la colonia se hallan señas de sus elementos: un Estado fuerte, un pueblo organizado, una relación entre intelectuales y mundo popular subalterno (me refiero a intelectuales en el sentido de Gramsci: intelectuales orgánicos, así como intelectuales de la iglesia, de los partidos políticos, ideólogos).

Desde el período de la crisis oligárquica, cuando surge el populismo como estilo de gobierno, como movimiento político, se agrega la influencia del populismo ruso que llega acompañado por el prestigio de la Revolución de Octubre. En este caso, se debe aclarar que la influencia de la Revolución Rusa fue traducida en América Latina al estilo de política y organización populista, más que al estilo vanguardista y profesional del leninismo, salvo, quizás, en el caso de la Revolución Cubana. Por eso que en la apreciación actual del populismo prima la visión caricatural que evocamos al comienzo. En la renovación socialista, prima especialmente esa visión muy simplificada en que esa larga tradición latinoamericana de hacer política con el pueblo organizado es reducida a la secuencia obsesiva populismo — influencia— ingobernabilidad.

Sea como fuere, el deslinde con el populismo no es tarea fácil. Quizás uno de los significados profundos a que apunta el macondismo o el realismo mágico, sean los cien años de soledad que vivimos en América Latina desde la independencia y que ahora se terminan con la globalización de la economía mundial. En esta coyuntura, la simple integración sectorial selectiva a la economía mundial y la exclusión del pueblo, pueden conducir, como decíamos, al fracaso de la democracia y la entronización de un populismo autoritario.

El problema de fondo que plantea el populismo se visualiza al tener presente cierta «dualidad» de poder que se da tanto en el populismo ruso como en la Iglesia Católica. En ambos casos, el pueblo guarda para sí una cierta autonomía en relación a los poderes constituidos: en Rusia, ello es muy claro en la idea

mismo de «dualidad» que se prolonga hasta la posterior concepción bolchevique del partido; en la Iglesia Católica, el pueblo comunitario cristiano forma parte de la relativa autonomía de que goza la propia Iglesia frente al Estado.

¿Es compatible esta relativa autonomía del pueblo respecto de la democracia? Creo que sí; más aún, es compatible e imprescindible. Actualmente esta autonomía en Chile es la que provoca el rechazo al populismo, porque la concepción actual de la política es demasiado ingenieril (ingeniería política). Además, en nuestro país se tiende actualmente a concebir la democracia solamente como una forma (o procedimiento) de encauce del conflicto. Lo complicado de la democracia es que su forma (sus reglas) son intransables, porque en ellas todo el respeto de la dignidad humana, pero, al mismo tiempo, esa forma es esencialmente irrealizable. Dicho de otro modo, ni la igualdad, ni la libertad se alcanzan sólo por el respeto de las reglas democráticas. La democracia, pues, requiere de sujetos, de actores políticos. En este sentido, el pueblo del populismo, el pueblo en sus condiciones reales, es un actor cuyas demandas complementan a la democracia.

En esas demandas, se puede encontrar la posibilidad de constituir un pueblo digno en «las esferas de la justicia» (M. Walzer) en torno a la salud, la educación y el trabajo, como esferas que no pueden contribuir a defender y a desarrollar el mercado interno, mercado sin el cual no hay desarrollo (como lo demuestran los casos de todos los países desarrollados).

Para finalizar, vale la pena recordar quizás a Stuart Mill, quien distinguió dos tipos de socialismo: el centralista, que pretendía dirigirlo todo desde el Estado, tarea imposible, según Mill, y el socialismo comunitario, que pretendía recoger y encauzar las iniciativas locales en la conformación de una democracia participativa. Seguramente en esta última forma de socialismo se encuentra, o se podría encontrar, el camino de superación del populismo.

## Otra noción de trabajo. Desafíos para la constitución de actores sociales

FRANCISCA GUTIÉRREZ

---

### **1. Democracia y trabajo. La importancia de la esfera del trabajo en la constitución de actores sociales.**

Basta una mirada rápida al panorama de las democracias latinoamericanas, para que salte a la vista el estancamiento de los procesos de democratización iniciados en la década del 80 a lo largo del continente. Residuos autoritarios heredados de las dictaduras pasadas, redes de corrupción en poder del Estado, escandalosos niveles de desigualdad social, son algunas de las piedras en el escenario de nuestros países. Tal como ha quedado demostrado en las revueltas que han azotado durante los últimos años distintos puntos de la región, la presencia de estas dificultades ha puesto por momentos en cuestión, tanto la legitimidad de los procesos políticos en marcha como la idea misma de democracia.

Si la desigualdad social ha sido uno de los conflictos más debatidos en la actualidad respecto al tema de la democratización, la desigualdad en la capacidad de incidir en los procesos políticos que afectan a la sociedad no ha recibido el mismo trato. En efecto, una de las dificultades más grandes que enfrentan los procesos de democratización es el hecho de que buena parte de la población se encuentra excluida de la toma de decisiones que los afectan. No se trata tan solo del problema de la escasa representatividad social de los partidos políticos, ni de la mediocridad de algunos sistemas electorales que no permiten el acceso al poder de algunas minorías, tampoco de la desmotivación de una buena parte de la población por incorporarse a los mecanismos electorales, sino de un fenómeno más profundo que cruza todo el sistema social, a saber, el distanciamiento cada vez más acentuado de la sociedad civil respecto de la política. En primer lugar, las estructuras política formales (partido, gobierno, etc) así como también la ley, no han sabido adaptarse a los cambios sociales, económicos y culturales producidos en las últimas décadas, marginando de la esfera a un sin número de sectores sociales que no encuentran un espacio formal en las categorías que definen la



participación.<sup>1</sup> No me refiero sólo a las minorías o comunidades culturalmente definidas que surgen en los 90, sino también a los nuevos sectores que aparecen al alero de los cambios en el mundo del trabajo. En segundo lugar, los proyectos políticos dejan de referirse a intereses de sectores sociales concretos, transformándose más bien en reflejos de los resultados amorfos de encuestas de opinión, lo que impulsa la homogeneización de las alternativas políticas en juego.<sup>2</sup> Por último, la «atomización social» o la «desarticulación de la sociedad civil»,<sup>3</sup> como ha sido llamada la pérdida de los lazos colectivos a nivel de los distintos sectores sociales, refleja un debilitamiento de la capacidad de los actores que componen la sociedad civil para incidir en la toma de decisiones. Estas tres caras del distanciamiento, fomentan la elitización de los procesos que afectan a la sociedad, es decir, la monopolización de las decisiones que afectan a todos en manos de unos pocos.

El distanciamiento de la política respecto de la sociedad pone en el primer plano la discusión acerca de la nueva estructura social y su relación con la acción política, discusión que fue parte de una larga tradición en las ciencias sociales latinoamericanas y bastante dejada de lado durante los años 90. Mi intención es intentar reinstalar esta discusión en los párrafos siguientes, desde el punto de vista

---

<sup>1</sup> Para profundizar en la discusión sobre la necesidad de redefinir el concepto de «ciudadanía», ver M. A. Garretón, «Política y sociedad entre dos épocas. América Latina en el cambio de siglo», 2000.

<sup>2</sup> Rodrigo Baño (director). Revista Análisis del año 2005. Chile, Departamento de Sociología, Universidad de Chile, 2006.

<sup>3</sup> En la actualidad existen innumerables ensayos que hacen mención a este problema aunque con diversos acentos. Como ejemplos de esta postura véase, artículo de C. Ruiz y R. Toro, en Revista Análisis del año 2005, Departamento sociología, Universidad de Chile, 2006.

particular de la esfera del trabajo, perspectiva que se irá aclarando a medida que avancemos.

La discusión sobre la estructura social en América Latina tiene su apogeo en las décadas del 60 y 70. Nace producto del intenso proceso de cambio que vivían las sociedades, la necesidad de explicarlo y, sobre todo, de encontrar los actores capaces de empujarlo. En este sentido, tanto la sociología funcionalista como marxista se preocuparon de definir y delimitar los sectores sociales y su relevancia política.<sup>4</sup>

Más allá de las diferencias que se pueden encontrar entre las dos escuelas será, a partir de ambas, que la esfera del trabajo se vuelve el lugar y la experiencia central para explicar las diferencias que tendrían mayor incidencia en la constitución de actores capaces de enfrentar y dirigir los procesos sociales y políticos en América Latina. En efecto, la posición en el sistema productivo se transformó en la piedra angular de diferenciación social y potencial lugar de la formación de los actores que guiarían el cambio social.

Las grandes transformaciones que remecieron a los países latinoamericanos durante las últimas tres décadas vienen a poner en cuestión las categorías sociales que, durante buena parte del siglo XX, habían sido utilizadas en la búsqueda de quienes debían hacerse cargo del proceso social y político. Los cambios afectaron a todas las esferas de la sociedad. En primer lugar, las políticas de ajuste de los años 80 determinaron un viraje en el estilo de desarrollo; por un lado, las economías nacionales se abrieron al mercado mundial, por otro, la exportación de bienes primarios se transformó en la forma clave de crecimiento, modificando la distribución del poder e influencia entre los sectores sociales existentes. Por su parte, la esfera cultural se fragmenta, dando paso a una multiplicidad de comunidades culturalmente identificadas que, en algunos casos, desarrollarán luchas políticas propias. En tercer lugar, en la esfera política, se da paso a un proceso de redemocratización que iniciaría un nuevo periodo de concertaciones y estilos políticos. Por último, como correlato de estos procesos generales, la estructura social pierde la claridad con que había sido definida antaño; las desigualdades en el seno de la economía, no serían las únicas fuentes de diferenciación social.

Mucho se ha escrito sobre las consecuencias de estos procesos en la constitución de actores sociales. Ya es parte del discurso mayoritario la pérdida del peso de los actores tradicionales: la clase obrera, el campesinado, la clase media pública, han perdido su importancia en la estructura ocupacional, pero también en el espacio público.<sup>5</sup> Ya no parece ser tan claro que se pueda hablar, como se hacía anteriormente, de clases sociales en el sentido marxista. Por estas mismas razones, las transformaciones mencionadas van a fundamentar, para algunos, una nueva forma de entender el conflicto social: el trabajo habría dejado de ser el lugar privilegiado de generación de conflictos y constitución de los actores; en su reemplazo, el enfrentamiento en la esfera cultural adquiriría trascendencia. Para

---

<sup>4</sup> A. Solaris, R. Franco, J. Jutkowitz, «Teoría, Acción social y desarrollo en América Latina», México, Siglo XXI, 1981.

<sup>5</sup> A. León y J. Martínez, «La estratificación social chilena hacia fines del siglo XX», Chile, CEPAL, Serie de políticas sociales, 2001.

ellos, los llamados «movimientos sociales» vendrían a desplazar a las «clases» en la lucha por influir en los procesos sociales y políticos.

Si bien han irrumpido en la escena pública actores y demandas de tipo cultural, como son las comunidades étnicas de los distintos países latinoamericanos, los grupos feministas y los movimientos verdes, con distinto grado de intensidad de un lugar a otro, éstos todavía no sustituyen las demandas socioeconómicas. Antes bien, los descarados grados de desigualdad social y pobreza que afectan a los países latinoamericanos, han empujado a que estas demandas culturales se presenten entremezcladas con demandas socioeconómicas por integración e igualdad.<sup>6</sup>

No hay que perder de vista tampoco, que la esfera del trabajo, en algunos aspectos, ha acrecentado su presencia en la sociedad. Así, por ejemplo, no es un hecho menor que la mujer se haya incorporado al mercado laboral. El trabajo ya no es una realidad exclusiva del campo de acción de hombres, ahora extiende su influencia a la vida de las mujeres, generando nuevos conflictos, al poner en cuestión la tradicional distribución de roles en el ámbito de lo público y lo privado. Asimismo, las nuevas formas de organización de la producción y del trabajo han trastocado las condiciones laborales de los trabajadores, se ha descubierto una tendencia marcada a la precarización del empleo en la mayor parte de los sectores productivos. Esta precarización también acrecentaría la necesidad de atender los conflictos que estarían generándose en la esfera laboral. No se puede afirmar, por lo tanto, que el trabajo ha dejado de ser central en la vida de los distintos sectores de las sociedades de este lado del mundo, por el contrario, los cambios han despertado toda una nueva configuración de conflictos fundados en la esfera laboral.

Además de la precarización y de la tensión con el ámbito de la reproducción, el conflicto emanado de la desigualdad de oportunidades sigue teniendo como una de las bases primordiales la desigualdad en la estructura ocupacional. Tal como destacan Torche y Wormald en su último estudio sobre movilidad social en Chile:<sup>7</sup> el trabajo determina no tan solo el ingreso, sino también el nivel educacional y las oportunidades futuras.

Los estudios sobre las preocupaciones subjetivas de las personas en el actual escenario también ratifican la importancia que tiene la esfera del trabajo. Para la mayor parte de las personas, el trabajo sigue siendo una de las experiencias centrales. Así lo demuestra el trabajo en Chile del PNUD sobre Seguridad humana, que destaca que el miedo a la pérdida del trabajo está incrustado en la conciencia de las personas con una fuerza que parece intensificarse a medida que el modelo económico se consolida.<sup>8</sup>

No hay duda alguna, la esfera del trabajo está tan presente como antes y sigue definiendo conflictos sociales importantes. ¿Por qué entonces ha perdido visibi-

---

<sup>6</sup> Para profundizar en la idea de la imbricación de las lógicas de acción en América Latina, véase, A. Touraine, «América Latina. Política y sociedad». España, Espasa Calpe, 1989.

<sup>7</sup> F. Torche y G. Wormald, «Estratificación y movilidad social en Chile: entre la adscripción y el logro», Chile, CEPAL, 2004

<sup>8</sup> PNUD. «Las paradojas de la modernización». Chile, 1998

lidad en la discusión acerca de la conformación de sectores y actores sociales relevantes? En primer lugar, efectivamente han emergido nuevos sectores definidos por caracteres externos a la esfera productiva, sectores que han irrumpido explosivamente en el espacio público. Sin embargo, como ya hemos dicho, esto no significa que aquellos constituidos en la esfera del trabajo sean menos importantes. En segundo lugar, la esfera misma del trabajo ha sufrido inmensas transformaciones, que desdibujan muchas de las categorías construidas para entenderlo. Los estudios sobre estructura social no han logrado incorporar todas las transformaciones, ni han llegado a acuerdo respecto de su nueva relación con lo político. Han contribuido a ello, la carencia de un cuerpo teórico capaz de dar cuenta de las nuevas particularidades, así como la escasa atención que se le ha dado a la reflexión política de estas transformaciones.

En los últimos años, los escasos estudios sobre estructura social y, en menor medida, estudios de «clases», han asimilado algunos de los nuevos rasgos del modelo productivo,<sup>9</sup> así, por ejemplo, algunos autores destacan la profundización de la segmentación a nivel del sector empresarial debido a la reorientación del estilo de desarrollo, de un sector orientado al mercado externo que resultaría «ganador» en el nuevo modelo y un sector orientado al mercado interno que no tendría la misma suerte. También se ha denunciado la importancia creciente del sector informal a causa de los cambios en el modelo de desarrollo. No obstante estos ejemplos, creemos que hace falta un cuestionamiento más de fondo de los cambios que se han producido en la esfera del trabajo, en especial en lo que concierne a un factor bastante dejado de lado en los análisis de estructura social, a saber, el cambio en el modelo de organización de la producción y del trabajo. Así como el modelo de desarrollo industrial tuvo como modo de dominación de la mano de obra y organización de la producción, el modelo fordista, el nuevo estilo de desarrollo tiene como correlato un cambio trascendental, a mi juicio, para entender la estructura social y su relación con la política, a saber: la flexibilidad. Postulamos que esta reorganización de la producción y del trabajo en las empresas latinoamericanas está revolucionando las condiciones de formación de acción colectiva. Intentaremos desarrollar esta tesis a lo largo de las páginas siguientes.

## **2. Flexibilidad en América Latina: un cambio en las condiciones para la acción colectiva**

Desde las reformas estructurales introducidas en América Latina en los años 80, el panorama de la esfera del trabajo ha cambiado inmensamente. La transfor-

---

<sup>9</sup> Algunos ensayos sobre estructura social en los noventa importantes, véase R. Baño y E. Faletto, «Estructura social y estilo de desarrollo». Chile, Departamento de Sociología, Universidad de Chile, 1992; E. Filgueira, «La actualidad de viejas temáticas: sobre los estudios de clase, estratificación y movilidad social en América Latina», Chile, CEPAL, Chile, 2001; R. Atria, «Estructura ocupacional, estructura social y clases sociales». Chile, CEPAL, 2004; León y J. Martínez, «La estratificación social chilena hacia fines del siglo XX», Chile, CEPAL, Serie de políticas sociales, 2001.

mación del estilo de desarrollo no sólo modificó las bases en que las sociedades se enfrentan a la economía mundial, sino también los procesos de organización del trabajo y la producción al interior de las empresas. La apertura de los mercados y la globalización de los procesos de producción trastocaron el carácter del escenario al que las empresas enfrentan: la demanda se ha hecho más flexible, el capital más volátil, las economías nacionales más vulnerables, en una palabra, las empresas están obligadas a adquirir niveles progresivos de elasticidad. Son estas medidas de adaptación las que han sido denominadas ampliamente como flexibilización.

En los últimos años, las consecuencias de la flexibilidad han fomentado mucha discusión tanto a nivel académico como gubernamental, sin embargo, es poco lo que se ha dicho acerca de los efectos políticos que entraña. Las ciencias sociales se han concentrado en la descripción de los efectos sociales y económicos que la flexibilización del trabajo acarrea: la precariedad, la baja calidad del empleo, la falta de protección del trabajador, entre otros, han sido los temas más reiterados en la literatura reciente. Los actores políticos, por su parte, han atendido a cómo solucionar, en el marco legal existente, el problema del equilibrio entre la flexibilidad necesaria para que las empresas puedan adaptarse al cambio de la demanda y la protección del trabajador. Por el contrario, ni en un ámbito de discusión ni en el otro, se han considerado los efectos que la flexibilidad tiene en la estructura de los sectores asalariados, ni se ha puesto en el tapete la pregunta por la relación que los núcleos afectados puede tener con la acción colectiva, el Estado, la democracia, entre otros aspectos de su relación con lo político.

En las páginas siguientes, ensayaré algo parecido a un primer acercamiento a la perspectiva política de los efectos de la flexibilidad. En primer lugar, reflexionaremos sobre las consecuencias que puede estar teniendo este fenómeno en la estructura social. En segundo lugar, señalaremos algunos de las condiciones de la acción colectiva potencialmente más afectadas por estas medidas.

### **FLEXIBILIDAD LABORAL Y ESTRUCTURA SOCIAL**

El concepto de flexibilidad engloba estrategias diversas que comportan consecuencias diferentes sobre los afectados. Existen al menos cuatro grandes grupos de estrategias: las externas, que actúan sobre el mercado de trabajo, es decir, sobre la entrada y salida de trabajadores, y las internas, que actúan sobre el trabajo como insumo, es decir, sobre la forma de trabajar de la dotación permanente de trabajadores:

- 1) las estrategias externas cuantitativas: contrataciones atípicas, es decir, distintas al contrato indefinido.
- 2) las estrategias externas cualitativas: externalización y subcontratación de actividades.
- 3) las estrategias internas cuantitativas: cambios en la jornada laboral o la intensidad del trabajo.

- 4) las estrategias internas cualitativas: modificación del ejercicio de las tareas mediante la calificación, polivalencia, trabajo en grupo, etcétera.<sup>10</sup>

En la práctica, las empresas responden de distinta manera a la creciente elasticidad de la demanda, cuál de estas estrategias se utiliza y cuál no, depende de muchos factores ligados al contexto particular en que se desenvuelven. No obstante, las estrategias internas cualitativas han sido valoradas positivamente por la mayor parte de los autores. Se trataría, al contrario de las estrategias cuantitativas y externas, de medidas más a largo plazo, menos defensivas, que al otorgar mayor calificación y autonomía a los trabajadores, permitirían una mayor sintonía con los objetivos de la empresa, una mejor adaptación a los ciclos económicos y, por lo tanto, una mejor productividad a largo plazo.<sup>11</sup> Además, representaría el campo de medidas que podrían afirmar un consenso entre las necesidades sociales de los trabajadores y las necesidades económicas del capital.<sup>12</sup> Pareciera ser entonces, que las técnicas externas serían las causantes de los perjuicios a las condiciones de trabajo denunciados. Para delimitar el objeto de análisis me centraré en adelante en los efectos de estas técnicas.

Es un hecho que las contrataciones atípicas y la subcontratación de mano de obra ha aumentado en la mayor parte de los países latinoamericanos, así lo han demostrado los estudios de la OIT y las encuestas nacionales de empleo.<sup>13</sup> Ahora bien, ¿Cuáles son sus consecuencias en la estructura social? La literatura existente ha resaltado un hecho importante: estas medidas estarían determinando una segmentación creciente, tanto al interior de las empresas como a nivel agregado, entre los trabajadores asalariados que desempeñan su actividad en las condiciones tradicionales —con contrato indefinido, estabilidad, jornadas completas— y aquellos trabajadores afectados por estos procesos de flexibilidad —contratos atípicos, inestabilidad, heterogeneidad de condiciones de trabajo.<sup>14</sup> Mi tesis es que no sólo representa una división en razón de su relación con la empresa o empleo, sino también una división de sectores que suponen una posición diferente en el proceso productivo.

---

<sup>10</sup> Para profundizar sobre los cambios en la organización del trabajo y la flexibilidad laboral, véase R. Todazo, S. Yáñez (Editoras), «El trabajo se transforma. Relaciones de producción y relaciones de género». Chile, CEM, 2004

<sup>11</sup> Cecilia Montero, «Estrategias de flexibilidad laboral en la empresa chilena: estudio de casos», Chile, CIEPLAN N°43, 1996.

<sup>12</sup> S. Yáñez, «Consideraciones sobre flexibilidad laboral planteadas desde una mirada de género». En J. Insignia, S. Yáñez. (editoras.) «Sindicalismo, género y flexibilización en el Mercosur y Chile. Inserción laboral femenina», Chile, Fundación Friedrich Ebert y CEM, 1999.

<sup>13</sup> Sobre indicadores de flexibilidad laboral, veanse ENCLA, Chile, OIT, 2004 y publicaciones de OIT, [www.oit.chile.cl](http://www.oit.chile.cl).

<sup>14</sup> Véanse, T. Gálvez, «Para reclasificar el empleo: Lo clásico y lo nuevo», Chile, Cuaderno de Investigación N°14, Dirección del trabajo, Gobierno de Chile, 2001; De la Garza Toledo, (compilador). «Tratado latinoamericano de sociología del trabajo», México, Fondo de Cultura económica, 2000; Z. Bauman, «Trabajo, consumismo y nuevos pobres», Gedisa, 2000.

Para profundizar en esta última afirmación, adoptaremos el modelo de estratificación social que proponen Portes y Hoffman.<sup>15</sup> Según los autores, la estructura social en la esfera productiva se constituiría a partir de la distancia de posiciones diversas respecto de ciertos recursos que cobran relevancia en un momento dado. Las relaciones entre estas posiciones o sectores sociales tenderían a reproducirse, dibujando un orden social relativamente estable en el tiempo.

A ojos de estos autores, cuatro serían los recursos que actuarían como diferenciadores de sectores sociales: 1) el control sobre el capital o los medios de producción (clivaje clave en la interpretación marxista de las clases sociales que separaría la clase capitalista del proletariado); 2) el control sobre la fuerza de trabajo organizada burocráticamente (criterio de delimitación de la clase gerencial); 3) el control sobre calificaciones; 4) cobertura y reglamentación legal (límite entre el proletariado formal y el informal). Las clases resultantes serían las siguientes: clase de capitalistas, clase de ejecutivos o administrativos, clase de trabajadores de elite, clase de proletarios no manuales formales, clase de proletarios manuales formales y, por último, clase de proletarios informales.

Si bien los autores no consideran los efectos de la flexibilidad laboral en su modelo, podemos plantear, al introducir la reglamentación legal como fuente de diferenciación de sectores sociales, que nos otorgan una herramienta importante para incorporarlos. De hecho, la reglamentación legal puede ser considerada como uno de los indicadores del nivel de flexibilidad al cual están sometidos partes crecientes del asalariado chileno. La falta de contrato o el establecimiento de un contrato temporal, hechos que hemos identificado como formas de flexibilidad externa, implican niveles de protección legal menores a los del contrato indefinido. Las indemnizaciones, las causas de despido, los deberes del empleador para la seguridad, previsión y salud del empleado, son algunos de los aspectos que se ven desdibujados con las nuevas figuras contractuales. De esta manera, la cobertura y reglamentación legal, puede servir para la diferenciación de aquellos sectores más afectados por los procesos de flexibilidad.

El reconocimiento de la segmentación creciente entre trabajadores flexibles y estables al interior del asalariado, nos llevaría a identificar tres nuevos sectores que se agregan a los resaltados por los autores: tanto en los trabajadores de elite, en el proletariado no manual formal, como en el proletariado manual formal, aparece un nuevo sector de trabajadores flexibles que se distingue por el nivel de acceso y cobertura a la reglamentación legal. Los tres sectores resultantes serían por tanto: trabajadores de elite flexibles, proletarios formales no manuales flexibles y proletarios formales manuales flexibles.

Los estudios acerca de los cambios en la estructura social o de clase, realizados desde el 90 en Chile, han mostrado varios fenómenos importantes. Por un lado, las altas tasas de crecimiento del asalariado en el sector privado, que vienen a absorber la reducción de puestos de empleos en el sector público, fenómeno

---

<sup>15</sup> A. Portes y K. Hoffman, «Las estructuras de clase en América Latina: composición y cambios durante la época neoliberal». Chile, CEPAL, 2003.

llamado por León y Martínez como la «burocratización en el sector privado». Por otro lado, la pérdida del peso de los sectores obreros, en especial, en la industria, uno de los sectores más afectados con el cambio en el estilo de desarrollo. Por último, el crecimiento del empleo en el sector de servicios. El resto de los países latinoamericanos parecen haber tenido trayectorias similares, sin embargo, en los últimos diez años, la diferencia estaría dada principalmente en la disminución de las tasas de informalidad mostradas por Chile y el aumento de ellas en la mayor parte de los países del continente.<sup>16</sup>

No obstante la relevancia de los datos anteriores entregados por los estudios mencionados, éstos no logran dar cuenta de toda la realidad de la actual estructura laboral. En efecto, los estudios siguen utilizando los supuestos tradicionales acerca del concepto de trabajo y, por tanto, de su rol en la estructura ocupacional. No se ha tomado en cuenta el cambio que ha sufrido la organización de la producción y del trabajo y los nuevos conflictos que parecen estar generando al interior de la esfera productiva. Como hemos demostrado en los párrafos anteriores, la flexibilidad ha segmentado los sectores asalariados en núcleos con un nivel de incorporación al mercado laboral distinto, diversas condiciones de empleo y, como desarrollaremos a continuación, con desiguales posibilidades de incidir en los procesos que le afectan.

#### **UN ACERCAMIENTO A LOS EFECTOS DE LA FLEXIBILIDAD SOBRE LAS CONDICIONES PARA GENERACIÓN DE INTERESES**

La generalización de intereses en un grupo de personas que comparten la misma posición en la estructura social es uno de los pasos necesarios para la construcción de actores capaces de incidir en las decisiones que les afectan. Si bien teóricamente la construcción de un «actor social» propiamente tal tiene también otros requisitos, como la constitución de un proyecto de sociedad y el reconocimiento de otro social al cual se enfrenta, la comunión de intereses y la creación de una identidad colectiva entregan ya una cuota de poder. El mayor obstáculo para que este proceso de generalización llegue a buen término es la existencia de diversidad al interior del sector, es decir, la coexistencia de distintos intereses entre quienes comparten la misma posición en la esfera del trabajo, intereses que pueden provenir de la múltiple pertenencia de los grupos a otros ordenes de distribución de poder (de género, étnico, etcétera).

En la esfera del trabajo latinoamericana, la heterogeneidad en los sectores sociales identificados por la teoría ha existido siempre. En parte, porque el desarrollo no siguió la misma evolución que en los países de capitalismo avanzado y coexistió con una gama de modos preexistentes y formas ad hoc propias de la evolución. Así, por ejemplo, la existencia de un sector marginado y la coexistencia de un sector tradicional paralelo al sector moderno incipiente.

No obstante la heterogeneidad estructural que cruzan a cada sector, la historia

---

<sup>16</sup> Para profundizar en el análisis de los cambios en la estructura ocupacional y la movilidad social, véase León y Martínez, op cit; F.Torche y G. Wormand, op cit.

ha mostrado de que en una coyuntura específica, pueden darse las condiciones para la formación de alianzas más amplias que sobrepasan estas diferencias y crean formas de lucha política por la transformación de las relaciones sociales que la subyugan. La lucha de la clase obrera o de los frentes populares fueron un ejemplo de ello. Por lo tanto, podemos decir que no siempre las heterogeneidades estructurales, que se dan por las cualidades del modelo productivo u de otro orden, son un obstáculo para la generalización de intereses, todo depende de la capacidad de los involucrados de resignificar sus relaciones.<sup>17</sup>

Con las transformaciones en el estilo de desarrollo, la heterogeneidad productiva se ha hecho mayor. Hay cada vez más diversidad de posiciones dentro de los grupos considerados como relevantes anteriormente. Así, por ejemplo, si la clase obrera obtuvo un papel protagónico para los analistas en las transformaciones sociales y políticas de mediados de siglo, hoy se fragmenta fuertemente por el crecimiento del sector terciario, la disminución de la industria, la proliferación de empresas de diverso tamaño y posibilidades en el mercado y el distanciamiento cualitativo y cuantitativo de las unidades de producción para el mercado externo e interno, entre otras. No tan solo el nuevo estilo de desarrollo diversifica la estructura, sino también, como hemos visto, la flexibilidad laboral segmenta las condiciones de los distintos sectores asalariados. Por último, la incorporación de la mujer al mercado laboral introduce también una cuota de complejidad a la generalización de intereses.

La hipótesis central que quisiera desarrollar es que la flexibilidad y la incorporación de la mujer no sólo agregan diferencias sociales, que ya de por sí dificultan la generalización de intereses, sino más, hacen explotar algunas de las condiciones o supuestos que habían facilitado la generalización de intereses en el asalariado a pesar de la heterogeneidad existente.

Podemos plantear que en el modelo anterior de desarrollo y de organización del trabajo, existían al menos tres condiciones que facilitaban la generalización de intereses en los sectores asalariados. En primer lugar, preexistían condiciones para una unidad básica en la empresa o lugar de trabajo, que actuaba como primer eslabón de la generalización de intereses. En segundo lugar, y relacionado con lo primero, esta unidad se basaba en las relaciones cara a cara que los trabajadores podían entablar entre sí a lo largo del desempeño de su actividad, posibilitando la creación de una solidaridad más sólida. En tercer lugar, el lugar de trabajo y la jornada laboral encerraban la experiencia de la explotación y la separaban de aquellas ligadas a esferas ajenas a la del trabajo.

A pesar de que existían diferencias de calificación, ingreso, status, etc en el seno de cada empresa, permanecía la unidad simbólica y práctica del lugar de trabajo. Las diferencias que se planteaban podían ser discutidas y enmendadas en el seno de la empresa, espacio físico que devenía espacio de posibles acuerdos. Si en la práctica estos acuerdos no se lograban, al menos existía esa posibilidad. Unas

---

<sup>17</sup> Para adentrarse en una teoría que postula la posibilidad de una «articulación política» por sobre las diferencias objetivas, ver Ernesto Laclau, «Hegemonía y estrategia socialista», Fondo de Cultura Económica. Edición del 2004 de la obra publicada en 1985.

veces más y otras menos, los trabajadores compartían un espacio y tiempo facilitadores del encuentro. Los mecanismos de flexibilidad, en especial, los de carácter externo y cuantitativo, han hecho explotar este espacio, segmentando a los trabajadores en aquellos que se vinculan solo temporalmente con el trabajo al interior de la empresa y aquellos que lo hacen en forma permanente. Esto ha afectado a todo tipo de trabajador, calificado y no calificado, aunque con especial énfasis a estos últimos. Ya no es posible, sino sólo para un grupo reducido dentro del lugar de trabajo, la «planta», entablar relaciones que fortalezcan la unidad. Más aun, no sólo se segmentan los intereses en estos dos grupos, sino que además se acrecienta el choque de ambos al interior del lugar de trabajo. En efecto, la amenaza constante de la pérdida del empleo es una fuente de conflicto entre quienes todavía mantienen el beneficio de la estabilidad y aquellos que constantemente se están incorporando al lugar de trabajo. La competencia por el puesto de trabajo vuelve a unos contra otros. En este sentido, no sólo el espacio para la discusión y el acuerdo, que permiten la generalización de intereses, estalla, sino que también se crea un conflicto en su interior que enfrenta a trabajadores de la misma actividad y de la misma situación estructural, del mismo nivel de calificación, del mismo nivel de ingresos.

En segundo lugar, las relaciones cara a cara, que fueron una de las mayores ventajas del trabajador asalariado, se ven trastocadas. El trabajo no sólo era la ejecución de una actividad, sino también una fuente de socialización que, como tal, incidía fuertemente en las identidades individuales y permitía la constitución de entidades colectivas. Los nuevos mecanismos de flexibilización externa han roto, para un segmento de trabajadores, las posibilidades de constitución de relaciones sociales estables y duraderas en el tiempo. Por un lado, apuntan a hacer cada vez más elástico el trabajo y, por lo tanto, cada vez más parcialmente incorporado a la empresa. Entre menor tiempo los trabajadores permanezcan en un empleo, mejor para los intereses del capital y, en consecuencia, menores y más débiles las relaciones que los trabajadores pueden entablar. Por otro lado, estos mecanismos incentivan el desplazamiento del trabajo fuera del lugar de trabajo, a los hogares. El tele trabajo, el taller de confección en el hogar, son algunos de los ejemplos que aumentan en el nuevo escenario, impidiendo el trato directo de quienes forman parte del mismo proceso de producción. La flexibilidad entonces pone de relieve un nuevo aspecto de las técnicas de dominación del capital, a saber, la incitación al despojamiento del carácter social del trabajo.

Una tercera condición que favoreció la generalización de intereses fue la delimitación material y temporal de la experiencia del trabajo y de la explotación. El trabajo representaba una actividad que estaba encerrada en un lugar definido y en una jornada determinada para ello. La actividad reproductiva, por su parte, se encontraba aislada en el hogar y en la actividad de la mujer. Esta delimitación material y temporal del ámbito laboral favoreció la constitución de intereses diferenciados de otros ligados a esferas ajenas al trabajo. Hoy en día, al menos tres procesos importantes han puesto en juego esta claridad de la experiencia en el ámbito laboral, por un lado, la incorporación de la mujer al trabajo, por otro, el desarrollo de tecnologías que permiten el desplazamiento del trabajo al ámbito

de la reproducción y, finalmente, los procesos de flexibilización que fragmentan las trayectorias laborales. A continuación, explicaré resumidamente la acción de cada uno de estos factores.

La mujer estuvo tradicionalmente confinada al ámbito doméstico. El hombre era quien debía cumplir el rol de proveedor y, por lo tanto, quien protagonizaba los conflictos en el ámbito laboral. La incorporación de la mujer va a cambiar la base sociocultural que predominaba en la esfera del trabajo, pero, además, motivará un cuestionamiento de las relaciones entre la esfera del trabajo y la esfera reproductiva. Para estas nuevas integrantes del asalariado, los intereses ligados a su posición en el trabajo, no estarán más aislados de los ligados a su posición en la esfera de la reproducción. Muchas de las posturas que se tienen hoy en día, por ejemplo, respecto de las jornadas de trabajo y su flexibilización, están determinadas ya no tan solo por la posición que se tenga en el trabajo, sino también por la que se sustente en el ámbito doméstico. ¿Cómo afectarán los procesos de flexibilización, la distribución de los roles en el hogar?, ¿cómo compatibilizar el trabajo y la crianza de los hijos? son algunas de las preguntas que ejemplifican esta imbricación de los intereses de las esferas antes separadas claramente. La generalización de intereses de los sectores asalariados depende, por lo tanto, también, de cómo se enfrente esta creciente imbricación de los problemas que se generan por la incorporación de la mujer al trabajo y el abandono del rol doméstico.

Las tecnologías de comunicación y la expansión del computador en la sociedad le han permitido a los mecanismos de flexibilidad, desplazar el trabajo del ámbito exclusivo del taller, la oficina o la industria. Cada día se hace más común, el trabajo en el domicilio en las distintas áreas de la economía. Estaríamos, por tanto, frente a un fenómeno que podríamos llamar «desespacialización del trabajo». La conclusión obvia de este fenómeno es que la amalgama de los espacios, antes bien diferenciados, del ámbito del trabajo y la reproducción, favorecerán la imbricación de ambas esferas. Nuevamente, los intereses propios del trabajo se entremezclan con problemáticas ajenas al ámbito de trabajo.

Por último, también la fragmentación de las trayectorias laborales ha desdibujado los límites de la experiencia de la explotación en una parte de los asalariados. El aumento de la inestabilidad laboral, producto del nuevo estilo de desarrollo, que hace a las economías más vulnerable a los cambios internacionales, y producto también de los nuevos mecanismos de flexibilización que buscan hacer elástico el mercado laboral, en la biografía de un trabajador, se intercalan cambios de empleo, de ocupación, y hasta periodos de desempleo. Si un trabajador asalariado lo era durante toda su vida, experimentando la explotación bajo una misma forma permanentemente, hoy lo es por periodos más cortos, de formas diversas según sea su empleo y ocupación. A veces, la falta de empleo lo lleva hacia posiciones contrarias al trabajo dependiente, a un trabajo por cuenta propia o un trabajo de empresario. La explotación, en este sentido, si bien sigue siendo una experiencia inminente en el trabajador, que se repite en forma discontinua, se convierte en una experiencia más elástica, pues cambia de forma según sea la nueva posición que ocupa o, a veces, hasta deja de producirse, cuando sobreviene un periodo de desempleo o de trabajo indepen-

diente. La experiencia de la explotación, por lo tanto, deja de estar circunscrita, para este segmento de trabajadores, en un empleo, en un lugar físico y en un periodo de tiempo. La presencia constante del desempleo en estas biografías, hace pensar que los intereses del asalariado se estarían vinculando con más fuerza a los intereses ligados al desempleo. Sin embargo, lo peculiar de esta amenaza, es que a pesar de que la realidad del desempleado se acerca más a la del asalariado, pues es una realidad inminente, se convierte paralelamente en la fuente de competencia y choque entre ambos: para el trabajador con empleo, la masa de desempleados pone en peligro su propia condición. No obstante, en el nuevo modelo de desarrollo y organización del trabajo, ambas posiciones, la del asalariado y la del desempleado, se vuelven temporales e intercambiables. Por consiguiente, cabe pensar, el fortalecimiento de los sectores asalariados en la actualidad pasa también por un acercamiento a los intereses ligados al desempleo, es decir, por la imbricación de la demanda por la integración, con los intereses ligados a la explotación.

Estamos, por lo tanto, en la antesala de un cambio en la lógica que había predominado en el modelo anterior para la generalización de intereses. Tres de las condiciones que habían facilitado la unidad de intereses de los sectores asalariados, están siendo puestas en cuestión para una parte cada vez más grande de los asalariados. La situación comporta, sin duda, importantes desafíos para las organizaciones sindicales existentes. Hace falta una revisión de las demandas que portan estas unidades y sus posibilidades de refortalecer la influencia sindical en los procesos que afectan a la sociedad. Recordemos, la constitución de identidades colectivas y actores propiamente tal dependen de la capacidad de «articulación política» que tengan los sectores afectados, es decir, de la redefinición de las relaciones sociales existentes.

Antes de finalizar, sería imprudente dejar de mencionar algunas nuevas experiencias en organización, que muestran cómo algunos de los cambios en las condiciones de generalización de intereses, han sido abordados eficientemente. En los últimos años, han surgido experiencias interesantes de «sindicatos eventuales y transitorios» en Chile. Se trata de una figura que ha permitido organizarse a sectores flexibles y precariamente incorporados al mercado laboral. Un primer ejemplo que citaremos es el de los programas de generación de empleo (PGE), extendidos hoy casi en todo el país, estos trabajadores temporales defienden el derecho al trabajo frente a municipalidades, intendencias, gobernaciones u otros tipos de instancias estatales locales. Otro ejemplo es la organización de los ex trabajadores de carbón, que tras el cierre de las minas, formaron el sindicato Esperanza del Carbón para hacer cumplir el compromiso del gobierno respecto a su reintegración en el mercado laboral; una de las particularidades de esta organización es la participación de las familias en las acciones que se emprenden. La Coordinadora Nacional de Trabajadores Eventuales y Cesantes (CONATECH) es otro caso destacable, ha organizado marchas contra la cesantía que han logrado gran movilización y algunos acuerdos con el Gobierno. Así también, los trabajadores subcontratados de Codelco, tras la creación en 1988 del Coordinador Nacional y posteriormente del Sindicato Interempresa de

Trabajadores Contratistas (SITECO) han protagonizado fuertes enfrentamientos en la zona del Teniente.<sup>18</sup>

Uno de los aspectos más interesantes de estas nuevas organizaciones es la importancia que cobra el ámbito local o familiar. Pareciera ser, que la falta de estabilidad en el lugar de trabajo y la escasez de relaciones cara a cara en el ámbito exclusivamente laboral son reemplazadas por la solidez de las relaciones en el ámbito local. La comunidad territorial y vecinal se transforma así en un sustento posible de solidaridad para organizaciones más fuertes en el nuevo contexto. Se trata de un espacio donde puede manejarse la imbricación de la esfera laboral con las esferas ajenas a ella, dificultad que se ha señalado en los párrafos anteriores.

Otra de las características de estas nuevas formas de acción, relevantes para la discusión, es la interpelación constante al Estado. Las distintas instituciones estatales, se vuelven objeto directo de las luchas de estos nuevos núcleos de trabajadores. En el nuevo escenario, es un hecho que el capital se vuelve menos visible y más difícil de definir como sector social antagónico de las luchas de la esfera del trabajo. La separación de la propiedad del capital respecto de la gerencia de los procesos, por un lado, la transnacionalización del capital y la emergencia de un mercado financiero, por otro, así como también, la inestabilidad del trabajo producto del nuevo estilo de desarrollo y la flexibilidad, son algunos de los factores de desfiguración de la otra cara del conflicto social. La flexibilidad en efecto, al desdibujar la experiencia de explotación, imbricar la esfera del trabajo a otras ajenas a él y temporalizar la integración al trabajo, dificulta la construcción de un «otro» en la lucha política del asalariado. Es posible pensar entonces, que tras el cambio en la esfera productiva, el Estado se vuelve objeto privilegiado del conflicto social. Aparece así, una nueva paradoja, pues el Estado se ha debilitado fruto de la globalización, la desregulación y apertura de los mercados, la creciente importancia de las redes transnacionales y los monopolios económicos, reduciendo las posibilidades que éste tiene para transformar las relaciones que se encuentran en la base de los conflictos, a la vez que se transforma en el principal referente de interpelación.

El análisis que he tratado de esbozar nos muestra un camino, sin duda, pedregoso para la lucha política. La lógica de constitución de actores sociales se encontraría en una especie de «cuello de botella» difícil de abordar. Sin embargo, tal como se ha insinuado, es necesario plantearse tales desafíos, sin la solución de los cuales parece lejana la revitalización de los sectores asalariados como fuerzas capaces de incidir en los procesos que nos afectan. No hay mejor conclusión en este sentido, que llamar a un debate serio sobre los escollos y alternativas presentes, debate que debe ser recogido también por las ciencias sociales.

---

<sup>18</sup> A. Aravena, «Trabajadores y acción colectiva». En Álvarez R., Aravena A. (editores), «Trabajadores y la nueva cuestión social. Repensando la realidad laboral y sindical en Chile», Chile, ICAL, 2004

## Mutis por el foro. Articulación y desarticulación social en Chile

ISMAEL PUGA

---

### **A modo de introducción: La pregunta desorientada**

Con el golpe de Estado en Chile, se desmorona finalmente una Formación Económico Social. El hito cataliza y acelera una importante rearticulación de la estructura productiva del país, condicionada por diversos factores nacionales y externos. La discusión sobre el carácter del nuevo modelo de desarrollo se ha pospuesto por imperativos de estabilidad más de una vez, pero resulta patente últimamente la necesidad social y política de reflotarla. Hoy. Intentando sintetizar lo que pareció contingente, pero ahora desde un esquema analítico de pretensión analítica, con el fin de orientar el desarrollo o la transformación del modelo.

El período desde el 73 hasta principios de los 90 es tal vez una de las épocas más analizadas de nuestra historia. Pero precisamente cuando estos procesos se cristalizan pareciera abandonarse la discusión. Tras la dictadura, un acuerdo implícito acalla la discusión sobre esta cristalización, este resultado que en ausencia de polémica pública aparece naturalizado. Resulta paradójico el trato dado al modelo resultante de un proceso conflictivo, autoritario y doloroso, aún más cuando la omisión se justifica en nombre de los valores democráticos, los consensos y la convivencia.

Ha sido tremendamente complejo para las ciencias sociales en Chile asir la nueva realidad social. Hemos tenido nuestra propia crisis de la modernidad. Tarde, cuando nos permitieron tenerla, pero, por ello, propia y particular. Las categorías se diluyen en una escena en que los actores parecen ausentes o se manifiestan como remedos en miniatura de sus viejos papeles.

De pronto nos encontramos con que, sin que los ejes de los diversos conflictos que marcaron nuestro pasado reciente hayan encontrado una respuesta, los actores sociales que los hicieron práctica parecen haberse esfumado. ¿Dónde están los actores sociales?

## **Un punto de partida. Conceptos y antecedentes**

Como punto de partida, nos enmarcamos en un paradigma del sujeto o de la conciencia. Sea, asumir posible conocer lo social a través de sujetos históricos, cuyas acciones desatan el devenir. Desde allí cabe preguntarse por el principio que estructura la particularidad de dichos sujetos, y ello nos lleva hacia el concepto del trabajo.

El trabajo ha sido consignado desde la sociología como el eje en torno al cual los sujetos sociales se constituyen; la acción transformadora y creadora no sólo del sustrato material de una sociedad y de la particularidad de los actores sociales que en ella cooperan y se confrontan.

Este principio se ha visto cuestionado desde la reflexión y las prácticas sociales y políticas. La crítica, sin embargo, ha referido principalmente a la correspondencia entre las clases como segmentos sociales (*plano analítico*) y las clases como actores propiamente tales (*plano de la praxis*). La polémica reside en la identidad necesaria entre clase como grupo y clase como sujeto.

La historia del siglo XX evidencia que el desarrollo capitalista no trajo un *salto de conciencia* de la clase explotada, ni su homogenización en estos términos. No se dio la progresiva transformación de clases como grupos en clases como sujetos. Sin embargo, renunciar a la existencia de una relación entre posición en la estructura económica (clase como grupo) y posición política o de la acción (clase como actor o sujeto), es renunciar a relacionar los distintos aspectos de una sociedad. Así, quien pretenda conocer lo social más allá de lo particular ha de transitar por fórmulas no causales pero que establezcan regularidades que vinculen integración política, económica y discursiva de los sujetos. Ha de utilizar categorías que diferencien plano analítico y plano de la praxis, estableciendo relaciones relevantes pero nunca determinantes toda vez que se vinculan elementos de uno y otro.

### **PRAXIS; ACTORES SOCIALES**

Un actor social es propio del plano de la praxis. Definiremos actor social como un ente colectivo que interactúa con otros actores, grupos e instituciones. La acción está orientada por intereses particulares, y un actor se define por su acción, por lo que un actor social se constituye y diferencia a través de sus intereses y la forma en que los enfrenta.

Siendo que los actores sociales se constituyen en la acción (*plano de la praxis*), sus intereses no pueden considerarse inmanentes, sino adquiridos. Formas diferenciadas de adquirir un interés dan lugar a tipos diferenciados de intereses. Identificamos tres tipos ideales de interés: normativo, isomórfico e identitario.

### **INTERESES NORMATIVOS**

Sean intereses relacionados con un marco normativo particular. Un interés normativo está, por tanto, siempre condicionado a la vigencia de una normativa formal o informal y a la relación de esta normativa con el actor social. En la

medida que la normativa o su relación con el actor social desaparece o es modificada, el interés se verá eliminado o transformado.

La relación entre norma e interés normativo puede ser de oposición —interés de anular o contrarrestar los efectos de dicha normativa—, conservación —interés de mantener vigencia de la norma y en ocasiones *naturalizarla*—, o asociación —interés fundado en los efectos de la norma sobre otros actores—, siendo esta última complementaria de las anteriores.

Un interés normativo es de carácter mediativo en tanto se funda siempre en relación de otro interés. Su forma característica de adquisición es estratégica, vinculada al cálculo de los efectos de una norma sobre los intereses del propio actor o de otros actores.

### INTERESES ISOMÓRFICOS

Sean intereses relacionados con la organización técnica del trabajo, la distribución de la propiedad y la repartición del poder y del producto social. Estos intereses hacen referencia a elementos ubicados en un plano analítico, pero se generan en el plano de la praxis en tanto son adquiridos. Esta adquisición aporta el nombre de isomórfico; el actor replica en la praxis un interés analíticamente observable en los segmentos sociales en los cuales participa el actor o que el actor pretende representar. La forma es similar, pero a través del actor el interés se hace práctico.

A partir de la irrupción de la intervención estatal en los 30, los intereses isomórficos giran cada vez más en torno al conflicto sobre el papel del Estado como oposición al papel de la empresa privada, produciéndose una imbricación progresiva con intereses normativos. Siendo que la vigencia de los intereses normativos está condicionada a la vigencia de un marco normativo particular, el carácter estructural de los intereses isomórficos les condiciona a una mayor prevalencia histórica. Así, esta imbricación progresiva es un factor explicativo de la tendencia general hacia la volatilidad de los actores sociales del fin de siglo.

Intereses Identitarios: Se caracterizan por su calidad constituyente. Son, al tiempo interés y mecanismo de toma de posición por parte del individuo respecto al actor social, y del actor social frente a su contexto histórico. Hay carácter identitario en tanto el interés constituye total o parcialmente el ethos de un actor social y permite adquirir un compromiso histórico con él.

En la medida en que un actor social posee identidad, es capaz de definirse a sí mismo como trascendente al contexto. Por tanto, capacidad de plantearse como alternativa histórica, potencialidad de ser reconocido como tal por otros, y así de emprender una lucha hegemónica. Un actor que adquiere intereses identitarios se constituye como sujeto histórico y, en la medida en que pierde estos intereses identitarios (o dichos intereses pierden su carácter identitario), deja de serlo.

Estos intereses, como los otros, son adquiridos y por tanto no son *esencia* del actor. Sin embargo, su existencia permite al último conciencia de sí mismo y de su capacidad de alterar lo que aparece como natural. En este sentido, la identidad transforma a un actor social en un ente potencialmente revolucionario, generando transformación potencial.

Pero, puesto que el interés identitario se constituye en ethos del actor, éste queda atado al interés en tanto sujeto. El interés, que permite la trascendencia del actor ante su contexto, es incapaz de situarle fuera del contexto que le da sentido. Sea, el interés identitario permite la construcción de una salida del contexto, pero no garantiza la reconstitución del actor como sujeto una vez realizada esta (u otra) transformación. Así, el actor trasciende al contexto, pero no necesariamente como sujeto. He aquí una expresión de la no esencialidad del interés identitario; sigue siendo, pese a su carácter constituyente, adquirido, y por tanto hace referencia al contexto en que se adquiere.<sup>1</sup>

De esto surge el *carácter contradictorio* de la identidad. Es elemento de cambio y transformación en tanto permite al actor la transformación del contexto, pero es agente obstructor en tanto le ata a contenidos que pueden quedar obsoletos ante una transformación. Esto sería menos relevante si se considerara la existencia de un único sujeto transformador en un momento particular, pero cuando asumimos múltiples sujetos transformadores visualizamos una situación inevitable; algunos de los sujetos en conflicto verán transformado el contexto en que se constituyeron como tales, de forma distinta a la que se orientaban sus intereses. Su potencialidad no se ha realizado y su interés pierde sentido. Conserva su capacidad de adquirir en el nuevo contexto nuevos intereses, pero siendo que los intereses previos constituyeron su ethos, se trata sin duda de una situación crítica que le puede transformar en una reliquia incapaz de relacionarse con su medio.

Un interés identitario se adquiere a través de una transformación. Existe siempre como precedente un interés isomórfico o normativo que, en la medida en que genera acción convergente, ampliando y fortaleciendo al actor, se constituye en estrategia discursiva eficiente y en un contenido identitario que permite a individuos y actores posicionarse frente al actor. Desde el momento en que este contenido posiciona al actor frente al otro y a este frente al actor, deviene en *ethos*.

La mayoría de los intereses identitarios tienen como origen un tránsito desde intereses isomórficos, pero así como este tránsito no es necesario, tampoco es necesaria la igualdad entre intereses identitarios que surgen del mismo interés isomórfico. El tránsito se da de forma distinta de acuerdo a las particularidades del actor social y su contexto y, así, de intereses isomórficos relativamente homogéneos surgen intereses identitarios heterogéneos. De esto se desprende una revisión de las predicciones de Marx sobre la clase obrera. La aseveración de que el proletariado vería homogeneizada su situación se dio efectivamente en el plano analítico durante un largo periodo, generándose actores sociales de intereses isomórficos homogéneos. El tránsito desde esta homogenización hacia una homogenización de identidad fue el fenómeno que nunca sucedió. Es aquí y no antes donde las particularidades de los actores obreros resistieron el embate homogenizador de la producción modernizada. Qué factores y de qué forma condicionan la particularidad de este tránsito desde lo isomórfico a lo identitario

---

<sup>1</sup> A este respecto, véase Alain Touraine, *Sociología de la Acción*, Barcelona, Ariel, 1969.

es una pregunta interesante, que excede este documento. Lo que quisiera consignar es que estas particularidades alterarán las estrategias del actor orientadas a la consecución o defensa del interés, y darán como resultado prácticas sociales diversas y eventualmente contradictorias.

El tránsito de lo normativo a lo identitario es menos común y está condicionado por la relevancia de los intereses a los que media el interés normativo, así como a la percepción de solidez del marco normativo que le dota de sentido. En contextos de crisis institucional, es decir, cuando la transformación social toma una forma revolucionaria, el tránsito de lo normativo a lo identitario se torna inviable. Es cuando el conflicto por la transformación se circunscribe a un conjunto de normas que aceptan los actores relevantes que este tránsito puede darse. Ejemplos son los intereses de algunos sectores oligárquicos en la ley de estanco en el siglo XIX.

### PLANO ANALÍTICO; CLASES SOCIALES

Hablar de grupos sociales analíticamente identificables elude conceptos como *objetivos* o *necesarios*. *Análisis* hace referencia a la observación sistemática de un fenómeno, objetivo o subjetivo, en función de criterios definidos previamente y que, en el marco de un análisis científico, se suponen respaldados por un corpus teórico que posee coherencia interna y relación con la realidad. La *selección* de los criterios, en una realidad que puede ordenarse de acuerdo de infinitas formas, variará con las orientaciones del observador. Sea, en el plano analítico es posible identificar distintos grupos sociales según los criterios que se apliquen. La discusión entonces no puede centrarse sólo en criterios de *validez* sino también de *pertinencia*. Dando por sentada la *validez* científica de un enfoque analítico de clases, su *pertinencia* para el caso de la sociedad chilena contemporánea se basa en dos ideas centrales.

Es una sociedad desigual y contradictoria. En nuestro contexto hay datos objetivos que describen nuestra sociedad como estructuralmente desigual. El desarrollo nacional no se ha orientado en la práctica hacia una democratización social, generando situaciones que son focos de potenciales conflictos. Es pertinente un marco capaz de ordenar lo social de acuerdo a grupos que posean el carácter de conflictivos y contradictorios en torno a estos conflictos potenciales. Es pertinente entender la sociedad chilena como dotada de contradicciones estructurales, aún cuando estas no se hayan manifestado en la forma de conflictos expresos con la fuerza esperable.

Es una sociedad moderna, al menos en un ámbito económico y político-jurídico. En lo económico, se rige por patrones de mercado, basados en la empresa capitalista, el cálculo racional instrumental y la producción de mercancías. Se rige por un Estado, basado en una normativa jurídica formal, racional burocrática, de pretensiones de independencia frente a sus administradores. Existe una libertad e igualdad formal de los individuos, y así el modo de vida e integración social está condicionado por su forma de participar en la producción y los productos del trabajo. Así, es pertinente un enfoque de clases, en tanto el conflicto de clases en torno al problema del trabajo es el conflicto típicamente moderno.

Por lo anterior, utilizaremos un enfoque de clases fundamentalmente marxista. El término fundamentalmente no busca ambigüedad, por el contrario, hace referencia a un fundamento, sin retomar el desarrollo de la tradición marxista. Este método no permanece inalterado en cuanto remitimos las clases a un plano analítico y reservamos el plano de la praxis a los actores sociales, pero permite hacer hincapié en que la teoría de las clases marxista no busca dogmáticamente la bipolaridad de clase proletariado-burguesía. Esta bipolaridad se ubica en un plano abstracto reservado para el análisis de un modo de producción como patrón histórico general, pero en el análisis concreto de una formación económica social particular, el enfoque marxista debe ser capaz de identificar otros segmentos de clase de condiciones particulares que complejizan el entramado social y el conflicto de clases. La existencia de una clase media, grupos excluidos de la producción industrial u otros, no doblega la pertinencia del análisis marxista, en tanto se sostenga que la contradicción central del modo de producción capitalista es el conflicto capital-trabajo.<sup>2</sup>

La clase existe en un plano analítico, por tanto, no se constituye; es constituida por su contexto. En este sentido, la clase es *pura* condición, lo que no implica determinación en tanto es capaz de conformarse como sujeto histórico por la mediación de un actor social.<sup>3</sup> La constitución no radica en intereses, sino en una posición estructural que implica condiciones de existencia a los individuos que la conforman y para la clase como segmento. Pero si particularidad de clase implica particularidad de condiciones, deviene en intereses particulares. Estos intereses no son adquiridos como lo son los de los actores, puesto que la clase no actúa como tal en la praxis; son *inmanentes*, residen en la condición de la clase y le son inseparables.

*Inmanente* significa literalmente inherente a un ser pero distinguible de él. El término capta la *necesidad* de la existencia del interés de clase, pero no hace referencia a su desconexión con el modo de pensar de la clase y del observador, como sí lo haría el término *objetivo*. Esta independencia no es tal en tanto un interés implica relación con el modo de pensar o sentir de quienes constituyan la clase, no en la forma condicionamiento o determinación, pero sí de afinidad electiva.

## **Antecedentes históricos: Estado de compromiso y alianza de clases**

Desde este marco conceptual, encontramos ciertos elementos clave que caracterizan el periodo anterior al golpe de Estado de 1973. En el plano analítico, un modelo de industrialización por sustitución de importaciones (ISI), cuyo axioma básico era que a través del estímulo del desarrollo tecnológico y la demanda

---

<sup>2</sup> Por ejemplo, en un notable esfuerzo de síntesis, Erik Olin Wright, «*Reflexionando, una vez más, sobre el concepto de Estructura de Clase*», en A. Caravana y A. De Francisco (Comps.), *Teorías contemporáneas de las clases sociales*, Madrid, Pablo Iglesias, 1993.

<sup>3</sup> Al respecto, véase el prólogo a Karl Marx, «*Contribución a la Crítica de la Economía Política*,» en Karl Marx y Friederich Engels, *Obras escogidas*, Moscú, Progreso, 1970, y Alain Touraine, op. Cit.

interna se generaría un mercado interno sólido y el desarrollo económico y social necesario para alcanzar al primer mundo. El papel de protección y estímulo de la economía residía en el Estado, que debía planificar sobre la base del bien común, criterio ajeno al sector privado.<sup>4</sup>

En el plano analítico, identificamos la organización fordista de la producción y el papel empresario del Estado. La vigencia de la organización fordista de la producción y sus posteriores perfeccionamientos en la organización técnica del trabajo fue un elemento estructural en el desarrollo del Estado de Compromiso y del modelo ISI. Se trataba de un lugar común de los principales referentes políticos a nivel mundial, incluyendo al bloque *socialista*. La simplificación del trabajo individual, la producción en secuencia coordinada (tecnocráticamente planificada) y la intromisión de la empresa en diversos aspectos de la vida del obrero caracterizarían al modelo ISI, y la confianza en la industrialización como vía hacia el desarrollo descansaba en que el paradigma fordista colocaba en el centro de la economía al sector industrial.

El hecho de que la producción estuviera dirigida desde el Estado le constituyó en portador del proyecto de desarrollo, tornándose espacio privilegiado de conflicto. Los actores sociales debían integrarse a este espacio privilegiado a través de un modelo de representación adecuado. Es decir, el papel del estado como motor de desarrollo condicionaba la centralidad de los partidos políticos como forma de organización.

En el plano de la praxis, el modelo de ISI era posible en la medida en que el Estado se adhiriera a una plataforma económica y política mínima más allá de los cambios de gobierno. Sólo basado en una amplia alianza de actores sociales resultaba posible la estabilidad adecuada.

Este acuerdo podría resumirse en el privilegio de la producción industrial, la conservación del orden institucional, y la no intromisión del estado en la economía rural, donde se mantendrían estructuras de explotación y dominación tradicionales. Esta marginación de los actores rurales caracterizaría a Chile en contraste con el contexto latinoamericano.

Es posible identificar seis actores sociales de relevancia que se vieron involucrados en esta alianza. Dadas las características del modelo de desarrollo y el fin industrializador del pacto en el cual se desarrollaban sus conflictos, estos actores tuvieron un marcado carácter isomórfico de clase, sin que otros fenómenos geográficos o culturales generaran particularidades cruciales como en otros países de Latinoamérica.

En el contexto de la alianza, los actores se vieron compelidos a generar estrategias de bloques estables. La lucha hegemónica al interior de cada uno de estos bloques estuvo en gran medida condicionada por la preponderancia que a distintos sectores otorgaba el modelo ISI y la organización técnica del trabajo típicamente fordista.

En primer lugar, identificamos un *Bloque Burgués-Oligárquico*. Al interior del

---

<sup>4</sup> L. Montuschi y Hans Singer (Comps.), *Problemas del desarrollo económico en América Latina*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1992.

cual es posible distinguir (en tanto se constituyen por intereses diferenciables que orientan acciones eventualmente contradictorias) un actor industrial metropolitano, un actor burgués extractor, un actor comercial metropolitano y un actor propietario rural. El discurso preponderante que colocaba a la industrialización como eje central del desarrollo colocaría al actor industrial metropolitano en una posición hegemónica privilegiada en el bloque, aún cuando fuera económicamente más débil que, por ejemplo, el actor extractor.

Los intereses del actor comercial metropolitano entrarían en constante conflicto con el modelo ISI, por lo que sería necesaria una alianza clave entre los otros actores del bloque. Tanto el actor industrial como el extractor apoyaron en el modelo ISI la generación de mano de obra barata y disciplinada y se beneficiaron constantemente de la subvención estatal a la industria y la inversión tecnológica (intereses normativos). El actor propietario rural vio, hasta muy poco antes del desenlace crítico de la alianza, incuestionados sus intereses isomórficos vinculados a la conservación de las relaciones de producción y dominación rurales, que tomarían un carácter identitario en la conservación del «modo de vida» hacendal.

La hegemonía del actor industrial metropolitano en el bloque tendría dos consecuencias clave: una es la estabilidad del compromiso del bloque con la alianza. El actor industrial era el más vinculado al desarrollo del modelo ISI y su hegemonía dio solidez y continuidad a la conservación del pacto por parte de la oligarquía, en tanto era confluyente con sus intereses isomórficos, y daba las condiciones para la generación de intereses normativos eficientes. La otra es la centralización del proyecto de desarrollo. El actor industrial es nombrado también como metropolitano en tanto se ancló en las principales ciudades y puertos, condicionando el apoyo de proyectos de modernización a una centralización constante, con la sola excepción de la producción minera. Esta centralización facilitó la exclusión de los sectores rurales del proceso de democratización social, garantizando el apoyo del actor Propietario Rural a la hegemonía del actor industrial.

Identificamos también un *Bloque Popular No Propietario*. Alianza de los actores Obrero, Empleado Terciario e Intelectual Crítico, al que mucho más tarde se integrarían los actores Campesino y Urbano Pobre. Se trata de un conjunto de actores no propietarios cuya alianza se basa en la confluencia de intereses isomórficos diversos pero genéricamente orientados a la transformación de la estructura de propiedad y el ingreso. Así como el modelo de industrialización condicionó la supremacía hegemónica del actor industrial al interior de su bloque, condicionó la hegemonía del actor obrero al interior del propio. Esta hegemonía interna tendrá efectos similares; estabilidad de la alianza y centralización del proyecto de desarrollo.

La hegemonía del actor obrero en el bloque se vería cuestionada constantemente por el actor empleado terciario, que competiría en torno a intereses normativos, ya que el proceso institucional en Chile de democratización social nunca tomó rasgos generales y operó generalmente a través de leyes específicas que otorgaban beneficios a sectores particulares de la producción.

La integración posterior de los actores campesino y urbano pobre catalizaría

el fin de la alianza, al forzar sus límites, rompiendo las hegemonías persistentes hasta entonces y presionando sobre las garantías del bloque burgués oligárquico. Este proceso es particularmente interesante y será profundizado más adelante.

Por último, identificamos un *Bloque Medio Vinculado al Estado*, en el cual se agrupan un actor Funcionario y un actor Intelectual Independiente. El bloque se encontrará en el papel de centro pivotal del pacto y gozará de una posición estratégica; el respeto a las reglas implícitas del pacto hará necesaria la gran mayoría de las veces una alianza con este bloque para las otras partes.

Desde el plano analítico, la producción orientada desde el Estado reforzará la preeminencia hegemónica del actor funcionario sobre el bloque medio y de éste por sobre los otros bloques. En tanto el estado se constituyó en espacio privilegiado de desarrollo de los conflictos sociales y de estructuración de la organización técnica del trabajo, el actor funcionario se vio en una posición privilegiada para negociar sin que sus intereses vinculados a la conservación de la misma preeminencia del estado fueran cuestionados.

Tenemos un contexto definido en el plano analítico y de la praxis. En el plano analítico, la organización fordista privilegia a la industria como motor del desarrollo, el modelo ISI otorga al Estado la dirección de la producción. Así, la producción industrial concentra (cuando menos en el discurso) la capacidad modernizadora, pero el control de esta capacidad no queda remitido a un espacio típicamente de mercado, sino, por el contrario, en un espacio típicamente político como es el Estado. La relevancia de las clases como referentes queda de manifiesto, y los actores sociales se constituyen principalmente en torno a intereses isomórficos de clase. Dada la relevancia directiva del Estado, estos actores sociales se confrontan a través de mecanismos de representación civil: partidos y organizaciones sociales con el Estado como interlocutor (gremios, sindicatos, etcétera).

En el plano de praxis, tres bloques disputan el control del modelo en el marco de ciertas reglas aceptadas sobre la base de garantías implícitas. Estas reglas solidifican el modelo ISI, proyecto hegemónico que permea los intereses de cada bloque, transformándose en elemento de contención del conflicto y condicionando la hegemonía interna de los actores en sus bloques.

Los actores integran bloques a través de confluencia de intereses y de la competencia de su acción, su capacidad de presentar ventajas estratégicas al bloque. Suponer que el bloque requiere de los actores ventajas estratégicas no indica que no se aceptara la participación de quien defendiera los intereses del bloque; en tanto los actores se definen por sus intereses, estos sólo se integran en tanto el bloque integra total o parcialmente sus intereses en una estrategia hegemónica común.

Todo esto nos entrega un cuadro de aparente estabilidad, pero, sin embargo, la constitución de intereses identitarios sigue operando siempre desde intereses isomórficos (no registrándose intereses identitarios que transiten desde un carácter normativo). En esto es observable que la alianza no logra penetrar, pese a su fuerza hegemónica, la identidad de los actores sociales. Los bloques se estructuran en torno a la alianza, más en los actores permanece una tendencia latente al

conflicto que estallará súbitamente en cuanto la confianza en tal alianza se vea debilitada.

## **Crisis fundante: El fin de la alianza**

Antecedentes Económicos. El enorme crecimiento de la producción que se daba desde el fin de la Segunda Guerra Mundial traería consigo un cambio definitivo de las pautas de distribución y consumo en los países desarrollados a principios de los 70. Esta expansión descontrolada del consumo impulsaba a un proceso de internacionalización del proceso productivo que permitiera incrementar la fuerza instalada, ya que la falta de stock generaba índices hiperinflacionarios. Esta progresiva internacionalización haría cada vez más incapaz al Estado de controlar los equilibrios de oferta y demanda y el cambio de las pautas de consumo y distribución en los países desarrollados entraría en contradicción con la organización técnica característica del fordismo.

Hemos dicho ya que la proyección del modelo ISI residía en la estabilidad del Estado y sus políticas y que era esta condición de estabilidad necesaria la que presionaba a la constitución de una alianza transversal de los actores. Hay una relación de cooperación superpuesta al conflicto en el plano de la praxis, que se verá rota en una dinámica interna del propio plano de la praxis, pero sin duda condicionada por fenómenos en el plano analítico. La crisis mundial del fordismo no golpearía a Chile hasta 1972. Sin embargo, los procesos previos a ella eran ya observables a principios de los 50, lo cual generará y erosionará la confiabilidad en el modelo ISI y las hegemonías internas de los bloques en alianza.

Los primeros fantasmas de esta crisis del modelo basado en la industrialización en Chile aparecen entre 1952 y 1955, cuando la inflación anual se incrementó desde un 12 a un 86%. Las inmediatas medidas internas expansivas y las mejoras salariales que de 1951 habían generado una apreciación cambiaria que duplicó la creación de capacidad productiva, generándose serios desequilibrios en el sector fiscal y exportador. Alessandri impulsó un programa de corte keynesiano para estimular la inversión privada y éxito efímero (1960-1961), pero que generó desequilibrios en la balanza de pagos que agotaron las reservas internacionales y obligaron una devaluación en 1962. Se incrementó la fuerza de las restricciones arancelarias a la importación y la inflación reapareció con fuerza. Aunque aumentó la tasa de inversión, la inflación estimuló de tal modo la importación que provocó un desfinanciamiento grave de la economía. Así, Frei Montalva inició su gobierno en 1964 con una inflación anual del 50%. Estableció un programa de estabilización basado en políticas económicas directas, en contraste a la preeminencia dada anteriormente a las políticas monetarias. Tuvo éxito inicialmente, pero el inesperado crecimiento de los salarios trajo de vuelta altísimos índices inflacionarios. Más allá del éxito relativo de este programa, la crisis de confianza en el modelo industrializador ya era una realidad. Las perspectivas críticas aportillaban ya hace tiempo la posibilidad real de llegar a una segunda fase exportadora a través del modelo ISI, y la enorme aceleración industrial de los países desarrollados no hizo más que confirmar y

reforzar tales críticas. La industria, como agente de desarrollo privilegiado, vivía una crisis de legitimidad grave.

### CRISIS HEGEMÓNICAS

Estos signos de agotamiento pusieron en jaque dos elementos centrales en el equilibrio precario de la alianza. La supremacía de la industria y la supremacía del Estado. La preeminencia de la industria sostenía la hegemonía del actor obrero por sobre el bloque popular no propietario y del actor industrial metropolitano por sobre el bloque burgués oligárquico. La crisis de la industria como factor de desarrollo trajo el debilitamiento de tales hegemonías.

Y, por cierto, la crisis del modelo ISI es una crisis del Estado como agente privilegiado de dirección del proyecto de desarrollo. Este menoscabo del papel estatal llevaría a una crisis hegemónica a un tercer actor. Tanto la hegemonía del actor funcionario sobre el bloque medio, como de éste sobre la agonizante alianza de clases se verán afectadas. El Estado no sólo se había constituido como elemento central de los intereses isomórficos y normativos del actor funcionario, era además un elemento identitario; una clave discursiva en la que se fundaba un proyecto social histórico y permitía al actor pensar en una refundación del contexto. Es decir, asistimos a la crisis de un sujeto histórico; la crisis del Estado y de la alianza tuvo como radical consecuencia el trunco del proyecto histórico de la clase media, su destrucción como sujeto.

Rearticulación de los actores y sus intereses. Cuando hablamos de que los factores analíticos *condicionan* la crisis de ciertos actores sociales, de ciertas relaciones hegemónicas, asumimos que, desde el plano de la praxis, los actores son capaces de reaccionar a las transformaciones estructurales y generar nuevas acciones que les permitan sobrevivir como actores a la crisis. La crisis de la alianza era una tendencia observable al menos 15 años antes de su desenlace autoritario y, durante ese período, los actores sociales procuraron rearticular sus intereses ante una realidad menos estable y más conflictiva. Si hemos dicho que un actor se constituye en su acción, y que esta acción está orientada según intereses, el proceso de transformación de un actor ante su contexto es primariamente observable a través de la rearticulación de sus intereses.

### Rearticulación en el bloque medio vinculado al Estado

El bloque que reaccionó con mayor decisión fue el más afectado por la crisis. Si el Partido Radical representaba una opción centrada en el fortalecimiento a toda costa de la alianza de clases, atrincada por completo en el Estado y de confianza absoluta en el sistema republicano, la Democracia Cristiana representaba una opción de rompimiento decidido y radical con la alianza que intentó hegemonizar a los actores sociales *productivos* bajo una visión del Estado como espacio de proyecto nacional pero también de riesgo totalitario y, por tanto, una opción por la organización comunitaria. El PDC mantendría como discurso la confianza en la institucionalidad, discurso que demostraría su carácter meramente estratégico con el golpe de Estado.

El fin del afán por mantener la alianza sólo cobra sentido en el nuevo interés identitario, construido como estrategia discursiva sobre la base de una reevaluación de los intereses isomórficos, de generar un bloque mayoritario disputando la hegemonía del bloque popular no propietario sobre los trabajadores. Disputar tal hegemonía atacando únicamente el núcleo hegemónico del bloque popular no tenía asidero real y el bloque medio intentó entonces integrar al actor campesino y al actor urbano pobre. El bloque integraría nuevos intereses isomórficos: la redistribución de la propiedad rural y la transformación de la organización productiva agrícola y la integración masiva de la población al aparato productivo. De allí se desprenden dos intereses normativos cruciales: la reforma agraria y una reforma radical en política de inversión social. Todos estos eran intereses directamente contradictorios con las garantías de la burguesía en el pacto.

La crisis del Estado fortalece al actor intelectual independiente y la defensa del Estado se relativiza por la percepción de riesgo totalitario (referida al temor al socialismo), y un nuevo interés de carácter identitario por la organización social comunitaria. El bloque medio termina planteando una refundación comunitaria de la organización productiva y del papel del Estado.

### ***Rearticulación en el bloque burgués oligárquico***

El bloque burgués oligárquico fue el más amenazado por la crisis de la alianza. Esta se conforma en un momento de depresión hegemónica del bloque, poniendo en riesgo las garantías de las que disfrutaba. En particular, la rearticulación de los intereses del bloque medio era una amenaza directa a todos sus intereses socioeconómicos.

Como dijimos, cambios en el plano analítico habían debilitado al actor industrial. Pero al entrar éste en crisis hegemónica no se fortalecería la posición de otro actor burgués hasta después del golpe de Estado. Lo que se produce es un vacío hegemónico al interior del bloque. Los actores oligárquicos reaccionaron lentamente y podemos decir que la rearticulación de sus intereses del bloque refiere más que nada a una relativización de sus prioridades, sin que se genere una nueva estrategia capaz de enfrentar la situación.

Es de destacar, sin embargo, el reflotamiento de los intereses del actor propietario rural. Este no puede entenderse como un fortalecimiento hegemónico del actor, más bien se ve explicado por la imbricación de los espacios sociales entre este actor y los demás actores oligárquicos. El actor propietario rural cumplió ante la crisis el papel de elemento de cohesión y reagrupamiento del bloque gracias a la fuerte integración simbólica que generaba el interés identitario de la vida hacendal. Esto se potencia con las nuevas amenazas que suponía la integración a los otros bloques de los actores rurales. Es una reacción en términos estrictos, una respuesta identitaria y de carácter conservador por parte del bloque burgués oligárquico, y éste no generará una nueva articulación de intereses orientada a la transformación del nuevo contexto hasta acercarse el desenlace autoritario de la crisis.

## **Rearticulación en el bloque popular no propietario**

La crisis de la alianza de clases significaría para este bloque, al tiempo, una oportunidad histórica y el peligro de perder su hegemonía sobre los sectores trabajadores. La percepción de la profundidad de la crisis de la alianza de clases y su reversibilidad fue muy diferenciada en el bloque. Mientras el actor obrero y el empleado terciario optaron por intentar la reconstitución de las garantías, el actor intelectual crítico asumió una postura de intransigencia precoz. Ambas posiciones continuaron en conflicto hasta ya avanzado el gobierno de la Unidad Popular, lo que se reflejó en los enfrentamientos internos del gobierno. La rearticulación de intereses del bloque es fruto de un conflicto expreso de los actores que lo componen, en una lucha hegemónica que, ante la crisis hegemónica del actor obrero, resultaba equilibrada y compleja.

Desde el actor intelectual crítico surge la inquietud por disputar al bloque medio la hegemonía sobre los actores campesino y urbano pobre. La inquietud existía también en el actor obrero pero este retrasó su acción al respecto intentando mantener la alianza. Esta hegemonización, que resultó relativamente exitosa, significó cambios en los intereses del bloque similares a los sufridos por el bloque medio; integración de intereses isomórficos de reestructuración de la propiedad rural y, en particular, el interés normativo de una nueva versión de reforma agraria, que se constituiría en interés identitario no sólo del actor campesino sino del bloque en su conjunto.

La rearticulación iría más lejos. La integración del actor urbano pobre implicó también una transformación importante de los intereses isomórficos; el desarrollo económico y la integración de todos los sectores debía darse de modo radical y bajo la gestión popular, sacrificando la estabilidad del modelo para integrar rápidamente a todos los sectores. Esto llevaría a una transformación radical de los intereses normativos; no bastaba ya con la aceleración de la democratización social, debía realizarse una transformación institucional al socialismo. Con esto, el discurso socialista pierde en gran parte su carácter de estrategia discursiva y se constituye en acción colectiva.

## **El proyecto trunco: Desenlace autoritario y nuevo modelo**

No pretende este artículo realizar un ejercicio de descripción de los procesos particulares que acabaron en el desenlace autoritario del 11 de Septiembre de 1973, más bien nos interesa el proceso que vivieron los actores sociales que llevó hasta él y las transformaciones que sufrieron a partir de la instauración del régimen dictatorial.

### **PARTICIPACIÓN DE LOS BLOQUES**

Sin duda, un primer punto a aclarar es la participación de los actores sociales de este desenlace. Es un lugar común y una obviedad la participación del bloque burgués oligárquico. Este utilizó su poder económico y político para desestabilizar al gobierno de la Unidad Popular hasta el punto de generar una crisis

institucional irreversible. No sólo ello, sino que participó directamente en la presión sobre las Fuerzas Armadas para que derrocaran al gobierno. Esto da muestras del total abandono de la alianza de clases por parte del bloque una vez trastocadas sus garantías. Da muestra también de que la conservación de la institucionalidad capitalista nunca se constituyó como interés identitario en su seno, sino que conservó el carácter estratégico de un interés normativo.

Un problema menos evidente es la participación del bloque medio. Ante la elección de Allende, éste reaccionó con sospecha y, a través de la Democracia Cristiana, intentó, excluyendo al bloque burgués oligárquico, generar una nueva instancia de alianza de clases, basada en garantías de conservación de la institucionalidad. Esta garantía iba más allá del respeto de la institución democrática, era una garantía de respeto a la propiedad privada y al régimen capitalista. Dado este carácter de vigilancia sobre el carácter de la propiedad, que no sorprende el viraje posterior hacia una alianza con los actores burgueses. La clase media se integró rápidamente a las acciones que buscaban la crisis institucional, aportando principalmente sus grados de hegemonía sobre los algunos gremios. La oposición coordinada, sumada a la intervención de intereses extranjeros llevó al conflicto social a un punto en que era inminente una confrontación directa. Confrontación que no se dio en la forma de guerra civil, dada la confianza de los actores sociales en la estabilidad institucional, sino de dictadura militar.

## **LAS FUERZAS ARMADAS**

Otro elemento a distinguir es si puede hablarse de las Fuerzas Armadas como un actor social. Hemos dicho que un actor se define por su acción, y que esta acción está orientada por sus intereses. El punto que nos permite definir la existencia de por sí de un actor, es si actúa en nombre de intereses propios, y lo hace de una forma propia.

Según esta definición, las Fuerzas Armadas no se constituyen como actor social. No actuaron de acuerdo a intereses propios. Además de decir que, en términos de intereses isomórficos, los militares —como la gran mayoría de la clase media— se vieron beneficiados por el gobierno de la Unidad Popular y no vieron amenazado su monopolio de la fuerza física en la práctica, que pudiera conceptualizarse como un interés normativo. Esta percepción, si realmente existió en las Fuerzas Armadas, fue generada con externalidad a ella y podemos afirmar que sufrieron un proceso de hegemonización por parte del bloque burgués oligárquico.

Sin embargo, ya una vez establecido el poder militar en Chile, y sin perjuicio de su servicio a los intereses del bloque burgués, puede hablarse de acción en pos de intereses propios. Intereses isomórficos referidos a la acumulación de beneficios prebendarios, reflejados en intereses normativos de beneficios institucionales. Por otra parte, surge como a fin de procurar una estabilidad basada en el apoyo mayoritario, un interés identitario de lucha contra el marxismo basado en el nacionalismo, que demostraría ser un interés eficiente en el sentido de hegemonizar la acción de fracciones importantes de los actores sociales del bloque medio. La identidad construida en torno a las Fuerzas Armadas como defensores de la

institucionalidad democrática capitalista cobrará una potencia que nos permitirá tratarlas como un actor social que se constituye inclusive en sujeto, en el sentido de que transforma la realidad social en torno a su propio proyecto, a saber: el de un Estado autoritario, ordenado, y donde el conflicto político es considerado demagógico *per se*, lo que deriva en una visión tecnocrática del Estado. A través de este proceso, en efecto, las Fuerzas Armadas terminan actuando de acuerdo a intereses que podrían extenderse a la clase media en su conjunto.

Así, y con posterioridad al golpe de Estado, la fuerza que gobernará es una alianza entre un bloque de actores eminentemente de clase, el mismo bloque burgués oligárquico, y un actor que no es propiamente de clase, pero corresponde a una forma de integración muy particular a la sociedad capitalista, las Fuerzas Armadas.<sup>5</sup>

### EL NUEVO ACTOR FINANCIERO

Otro elemento a destacar es el desplazamiento definitivo del dominio hegemónico al interior del bloque burgués oligárquico desde el actor industrial metropolitano a un nuevo actor burgués financiero. Este actor, principal beneficiario de las nuevas reformas económicas, pierde su carácter metropolitano (actor comercial metropolitano) al constituirse desterritorializadamente y abandonando el carácter de control de los flujos comerciales físicos por el carácter de control de los flujos netamente financieros. Se trata de un nuevo actor capaz de erigirse hegemónicamente en un contexto de constante apertura de los mercados.

Como lo fue la hegemonía del actor industrial metropolitano, la nueva hegemonía del actor financiero llegó condicionada desde transformaciones en el plano analítico. El cambio del modo de acumulación a nivel planetario tras la caída del fordismo traía la preeminencia del sector financiero como broche.<sup>6</sup> Las economías progresivamente se regirían por criterios de apertura al flujo de capitales y estímulo de la inversión a través de ventajas comparativas. En libertad de movimiento, la acción de los capitales financieros pasaron a ser la voz más importante a la hora de predecir el éxito, el desarrollo y la viabilidad de una economía. La pérdida de importancia relativa del sector industrial frente al sector de servicios daba posibilidad fáctica a la utopía de la movilidad casi total de la inversión, aún en las economías que no lograran adaptarse a los nuevos modelos de producción justo a tiempo y de polivalencia.

Tomando en cuenta la precocidad con que estos procesos se dieron en Chile, gracias al completo control político de la dictadura, resultó inevitable el empoderamiento de la banca y de los representantes financieros del capital extranjero en el país, en cuyas manos, a partir de entonces, se encontró el destino de

---

<sup>5</sup> Hay que ver, en este sentido, el papel que les otorga Weber en su caracterización de las sociedades modernas.

<sup>6</sup> En tanto las empresas, debido a la crisis estanflacionaria de mediados de los años '60, ya no encontraron asegurada la reproducción de su tasa de ganancia en la protección territorial dentro de los marcos de un Estado Nacional, con lo que requerirán de un incremento de los flujos financieros especulativos que garanticen sus operaciones desterritorializadas

la industria, con la excepción de muy pocos sectores extractores e industriales particularmente sólidos. El traspaso de los fondos de pensiones y la seguridad en salud a inversionistas privados completó un cuadro de poder total del sector financiero, una clara señal de la potencia hegemónica del actor financiero sobre el nuevo bloque gobernante, que, en este caso, sacrificó los intereses de los sectores medios simplemente generando un estado de excepción para las Fuerzas Armadas.

Los intereses isomórficos del actor financiero se concentran en la expansión del mercado de capitales, su apertura, y la adquisición por su parte de espacios antes reservados al ámbito de la economía fiscal. Esto se reflejó en intereses normativos que se cristalizaron en las reformas estructurales. Por último, el actor realizó un tránsito efectivo y veloz desde estos intereses hacia un interés identitario. La búsqueda de la sociedad en que el mercado como método de distribución del producto social no tuviera competencia constituye un interés de fuerte poder discursivo, capaz de hacer, y hacerse ver, al actor como un sujeto histórico decidido a la transformación radical de la sociedad. Este interés identitario encontró solidez teórica en los preceptos de la escuela de Chicago, herramienta que permitiría su influjo hegemónico en la clase media intelectual.

### **HEGEMONÍA DISCURSIVA Y HEGEMONÍA DE LA ACCIÓN**

Llegamos así al problema del papel de la hegemonía como discurso y el papel de la hegemonía como dirección de la acción de los otros actores sociales, distinción a menudo omitida. Ambos fenómenos se dan en el plano de la praxis, pues la acción discursiva es, ante todo, acción, y lo mismo es la acción de generar un discurso. Sin embargo, sin duda operan en un nivel distinto, en tanto aceptamos que no existe una correspondencia necesaria entre discurso y acción. Con este conflicto entre dos tipos de hegemonía es posible esbozar una explicación de la no-constitución de actores sociales en nuestro contexto actual.

Hemos dicho que el neoliberalismo como aparato argumental y constructo teórico permitió hegemonizar a la clase media intelectual. Es un caso de *hegemonía de la acción*; el actor financiero logra integrar a los intelectuales independientes a sus propios intereses; los hace participar de *su* acción o, cuando menos, de una acción en que *sus* intereses son los criterios de orientación primordiales. En esta hegemonización, sin embargo, no se constituye a los intelectuales independientes como actor social (por eso no hablamos de hegemonizar al *actor* intelectual independiente), en tanto su acción no estará orientada por intereses propios o una forma particular y propia de abordarlos. Hay, por tanto, una integración de un sector de clase (plano analítico) a un actor social (plano de la praxis), sin que exista una adquisición isomórfica de los intereses de este sector en el proceso por parte del actor que hegemoniza.

En contradicción con esta *hegemonía de la acción* del actor financiero, existe una *hegemonía discursiva* del sector intelectual independiente. Con *hegemonía discursiva* hacemos referencia a que, más allá de a qué intereses (de qué actor) sirva la estrategia discursiva legítima, ésta coloca a un sector como agente central del modelo de desarrollo. En el contexto de una sociedad moderna, el sector que detenta la *hegemonía discursiva* es aquel que aparece como agente principal del

desarrollo económico e histórico. Esta *hegemonía discursiva* puede ser deseada y obtenida por un actor a través de su acción o impuesta a un actor, clase, institución o sector por la acción de otro actor. En esta última situación, el *receptor* de la *hegemonía discursiva* es presionado a ejercer un papel que no necesariamente coincide con sus intereses.

Este último caso es el caso de la *hegemonía discursiva* del sector intelectual independiente. En un período autoritario en que no está constituido como actor en tanto no se le permite actuar como tal, se le impone el papel de agente del desarrollo. Más allá, se le atribuye e impone una forma de *hacer* el desarrollo, se le atribuyen e imponen por tanto intereses de carácter identitario; el carácter de sujeto histórico con una misión histórica que es externamente generada. Y, en tanto que está hegemonizado en términos de *hegemonía de la acción* por el actor que le impone tal tarea, actor financiero, la cumple.<sup>7</sup>

### **Consumo y (des)integración; heterogénea e inacción de la clase media**

A través de la revisión de los procesos sociales de nuestra historia reciente, podemos ver un proceso que acaba en un modelo impuesto de forma autoritaria en que la hegemonía de la acción es detentada por un actor de clase, el actor financiero, mientras que la hegemonía discursiva le corresponde a un sector de clase que no está constituido como actor, los intelectuales independientes.

En la medida en que el modelo se asienta y establece en el sentido común, la definición de los segmentos sociales dejará de verse en términos de integración por trabajo para orientarse según niveles de ingreso y consumo. Así, la figura tradicional del intelectual independiente (profesional) será desplazada por una definición mucho más amplia: la *clase media*. Este término, que no hace referencia en realidad a una composición de clase sino de estrato,<sup>8</sup> gozará de gran laxitud, y abarcará paulatinamente a los sectores *urbanos, no propietarios, no obreros, con capacidad de ahorro*. Bajo estos criterios, en un contexto de explosión del sector terciario de la economía, queda definido un segmento extremadamente amplio de la población, que reemplazará en la estrategia discursiva a los intelectuales independientes.

Esta clase media es analíticamente muy similar a la tradicional previa al golpe de Estado, con la adición de los sectores mejor situados de los empleados privados no calificados. Es, sin embargo, muy distinta en términos prácticos, en cuanto

<sup>7</sup> Para una interpretación similar (aunque en otro contexto) de esta tipología que liga el concepto de hegemonía al papel de los intelectuales, véase Antonio Gramsci, *Los Intelectuales y la Organización de la Cultura*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1972.

<sup>8</sup> Según la definición que hace Weber, quien diferencia entre «situación de mercado» (en tanto probabilidad de intercambio de bienes y de fuerza de trabajo en el mercado) y «situación de estamento» (en tanto probabilidad de consideración estamental adscrita al honor social y al conumo). Véase Max Weber, *Economía y Sociedad*, México, Fondo de Cultura Económica, 2005, Cap. IV «Estamentos y Clases».

el contexto de auge terciario y de aumento del ingreso real *per cápita* la transforma en un segmento de límites suficientemente amplios como para constituirse en mayoría política por sí sola y, lo más importante, no está constituida como actor. He aquí la contradicción central del modelo: la existencia en el discurso de un agente de desarrollo mayoritario, dinámico, capaz de dirigir el proceso de modernización del país y la no constitución de este agente en actor en el plano de la praxis.

### **LA IMPOSICIÓN DEL INTERÉS EXÓGENO**

Parte relevante de esta estrategia discursiva del actor financiero es la integración a través del consumo. El modelo hegemoniza imponiendo el interés isomórfico del acceso a bienes de consumo, pero, lo que es más importante, reviste de un carácter identitario a tal interés.

Si decimos que el modelo logra *hegemonía de la acción* por sobre esta clase media integrándola a su acción sin integrar sus intereses, es inevitable preguntarse por qué el segmento se integra a la acción. Aquí es donde juega un papel central la integración a través del consumo como factor de la estrategia discursiva. La imposición de este contenido a través de la acción del bloque, sustentada en su poder económico —propiedad de los medios de comunicación, financiamiento de la publicidad, etcétera— y en el éxito *macroeconómico* del modelo le permite injertar un interés de carácter exógeno. Esto, sin embargo, no es resultado mero de una efectiva política comunicacional, de ahí la necesidad de la revisión histórica anterior.

La imposición de este interés es posible en un contexto de total desarticulación de los actores que eran constituidos por los miembros de este segmento, es decir, es posible sobre un sector privado de la acción. La crisis del modelo industrializador, en primer término, la dictadura militar, en segundo, y la crisis de la organización fordista, en tercero, truncaron las potencialidades históricas de estos actores. La rearticulación de sus intereses logró, en un primer momento, sobreponerse al primer problema y, como hemos dicho, generó nuevos intereses identitarios capaces de dotarles del carácter de sujeto histórico. Sin embargo, el desenlace autoritario de la crisis de la alianza terminó por barrer con dichos proyectos y, a través de la imposición fáctica de un nuevo contexto, eliminar su viabilidad.

Así, esta integración del segmento se fundamenta en una negación fáctica del actor; es posible en tanto se le priva de su acción y, en ese marco, se descontextualizan sus intereses. La clase media tradicional asistió a la entrada en vigencia de un nuevo modelo sin contar, en el fondo, con un interés identitario propio, que fuera fruto del tránsito de sus intereses isomórficos o normativos. Ante ese vacío, el segmento absorbe el interés exógeno y, lo que es más importante, lo absorbe diferenciadamente. Es decir, asume un papel, una identidad en él, distinta a la que el mismo bloque burgués asume para sí. El bloque impone lógicas de integración, de identidad, diferenciadas. Una, destinada a esta clase media, la identidad a través del consumo. Otra, destinada a los sectores de clase cuyos intereses representa, basada en criterios más complejos; la expansión de la

participación en el mercado, la naturalización del conocimiento, la propiedad productiva, el respeto de los patrones tradicionales aportados por el actor propietario rural, etcétera.

La inacción, entonces, de esta clase media discursivamente hegemónica, guarda relación con la imposición de un interés identitario particular: el consumo. Sin embargo, cabe preguntarse como es que no se produce una presión hacia la conformación de un actor propio desde los intereses inherentes de estos sectores. Una primera respuesta a esta interrogante sería plantear la inexistencia de un conflicto latente de clases en el seno del nuevo modelo. Esto equivaldría a plantear una identidad, o al menos una convergencia de los intereses socioeconómicos del bloque burgués con los intereses inherentes de los sectores que caben dentro de esta nueva clase media. Sin embargo, resulta evidente al observar la evolución del modelo la falsedad de este argumento. La clase media disfrutaba de un enriquecimiento constante hasta la entrada en vigencia del modelo neoliberal, pero más importante, y lo que marcará una diferencia entre el antes y el después, es que vivía una progresiva apropiación de la dirección de la producción a través del Estado.

El aumento de los niveles de consumo como mejora objetiva de la calidad de vida de la clase media no puede observarse sin tomar en cuenta el valor relativo de este aumento en relación al crecimiento del producto. El beneficio económico de un segmento a partir de un modelo económico no puede evaluarse en términos absolutos, sino en términos relativos. Es la diferencia de la calidad de vida, y no la calidad de vida medida en una escala estable, el motor primario del conflicto social. El crecimiento generalizado de la economía es acompañado por la generación de nuevas necesidades sociales, por lo que es en relación al *otro* que el interés isomórfico cobra vigencia y capacidad de conflicto.

Entonces, debemos responder que aún asumiendo el aumento *objetivo* de la calidad de vida de la clase media, la brecha entre su modo de vida y el de la burguesía no ha hecho más que aumentar. Bajo este contexto, no es posible hablar de la inexistencia de intereses inherentes de clase conflictivos.

La hipótesis en juego para explicar esta inacción habla de la tendencia heterogenizadora del interés identitario exógeno. La clase media busca integrarse a través del consumo... ¿Pero a qué (quién) busca integrarse? El modelo estimula el crecimiento del consumo a través de la necesidad de la diferencia, es decir, la clase media intenta integrarse diferenciándose a través del consumo. Si se diferencia, entonces no busca integrarse hacia sí, sino hacia un *otro*. Un otro que no es otro que los sectores de la burguesía.

Sin embargo, hemos dicho ya que la burguesía no constituye su identidad a través del consumo, no al menos *sólo* a través del consumo, sino en relación a un conjunto de factores e intereses identitarios más complejos, patrones que están *velados* y *vedados* para la clase media. Como resultado, la clase media ingresa en un circuito supuestamente ascendente, en su aspiración de integrarse a otro. Como modo de ascender, utiliza un criterio que le fue impuesto, el consumo, pero que en la práctica no es reconocido por este otro como criterio de integración. El resultado final es que el individuo *nunca* logra integrarse a este otro a través del

consumo. En lugar de ello, satisfactoriamente logra diferenciarse de los que componen la clase media.

Esta diferenciación no es sólo vertical, en términos de *gasto* en consumo. El modelo ofrece múltiples estrategias de consumo en diversos aspectos, que dan lugar a una combinatoria casi infinita de *estrategias de integración por consumo*. Ninguna de ellas, hemos dicho, los llevará a la integración con la burguesía. Cada una de ellas, sin embargo, los separa de quienes siguen otras y de quienes siguen la misma pero con distintos grados de éxito.

En conclusión, el interés identitario de consumo no opera integrando, sino heterogenizando, constituyéndose así en un mecanismo de control. El modelo obtiene así, la inacción de quien es discursivamente designado como motor del desarrollo por excelencia y, por tanto, la figura ideológica de la inexistencia de un conflicto latente.

Es aquí donde reside la estabilidad de un modelo que no soluciona los conflictos analíticamente identificables en su seno, los anula en la praxis a través de la inacción de los potenciales actores sociales. La solución (tome la forma que sea) entonces de estos conflictos, pasa necesariamente por la construcción de una identidad propia de estos segmentos, capaz de contrarrestar el influjo hegemónico del interés exógeno y constituir a un actor a través de la adquisición de intereses propios.

# Jóvenes latinoamericanos: en búsqueda de los futuros puentes de la ciudadanía<sup>1</sup>

SOFÍA DONOSO

---

## Introducción

Pensar en los jóvenes<sup>2</sup> latinoamericanos es pensar en el futuro de la región. Sin embargo, dado el carácter estructural de la desigualdad presente en nuestro contexto, esta tarea no resulta del todo fácil. El renacer democrático en Latinoamérica generó muchas expectativas en cuanto al mejoramiento de las condiciones de vida de los jóvenes como grupo social. Desde el Estado, debilitado a través de las estrategias neoliberales en su papel como ente integrador, se pensaron políticas

---

<sup>1</sup> El siguiente ensayo recoge algunos planteamientos desarrolladas en mi seminario de grado «*Subculturas juveniles: ¿neotribalización y/o mercantilización del ansia de identidad juvenil?*» y en los documentos presentados durante mi práctica profesional en la División de Desarrollo Social de la CEPAL.

<sup>2</sup> En el siguiente ensayo se hablará de *jóvenes*, mujeres y hombres jóvenes, en un sentido amplio. Se asume que los que comúnmente se denominan *jóvenes* no se comportan necesariamente de forma homogénea, y consciente de lo arbitraria que puede resultar esta definición, cabe recalcar que lo importante para el objeto de este ensayo son los procesos por los cuales atraviesa la juventud, más que una demarcación preestablecida de los años en que estos procesos pueden tener lugar. En este sentido, entendiendo que la complejidad del proceso biográfico denominado 'juventud' hace necesario trabajar con un concepto multidisciplinario de juventud, esto es, que incluya las perspectivas biológicas (cambios corporales), psicológica (juventud como período de transición entre la infancia y la adultez), cultural (la juventud sólo se puede definir a partir de las características propias de la cultura en cuestión) y social (la categoría de la juventud es una construcción social), véase Göran Bolin, «Themed section introduction. Research on youth and youth cultures», en *Young Nordic Journal of Youth Research*, N° 12, 2004.

sociales en torno a la educación y el empleo como vías de integración y como manera de desarrollar el potencial de los jóvenes como actor social. Sin embargo, si bien la vuelta a la democracia significó el fin de la contradicción entre el modelo mercantil y sus valores liberales asociados por un lado, y el régimen autoritario por otro, la lógica de mercado siguió generando procesos contradictorios, lo cual, en el caso de los jóvenes, significó la introducción de importantes paradojas a enfrentar. Así, los logros alcanzados en relación a los jóvenes no resultan suficientes y una revisión de los elementos que van conformando su realidad necesaria.

La dificultad de pensar la realidad juvenil reside en que, en la mayor parte de los casos, la variable socioeconómica determina las condiciones de vida de los jóvenes, siendo muy difícil encontrar variables en común en torno a las cuales construir un análisis. Una manera de salir de esta dificultad es pensar la realidad juvenil como una búsqueda que se mueve entre dos polos. Un reciente informe sobre juventud elaborado por la CEPAL-OIJ identifica estos polos como los imperativos de integración, por un lado y, por otro, los impulsos de individuación.<sup>3</sup> De esta manera, una reflexión acerca de la realidad de los jóvenes requiere indagar en las transformaciones que se han experimentado en estos dos ámbitos.

Por otro lado, en su conjunto, estos polos van conformando la relación entre la sociedad y sus actores. En este sentido, las transformaciones experimentadas tanto en los mecanismos de integración como en los mecanismos de construcción identitaria, nos invitan a pensar en el desarrollo que posibilitará los futuros puentes de la ciudadanía. Así, en las siguientes páginas se otorgarán algunos elementos empíricos y teóricos para la comprensión de los procesos que conforman la realidad juvenil y los efectos que esto tiene en relación con la construcción ciudadana que ellos llevan a cabo.

## **El retorno a la democracia y las políticas dirigidas a los jóvenes**

La vuelta a la democracia en los países latinoamericanos significó una mayor conciencia de las tareas pendientes en relación a los jóvenes. Como se indicó en la introducción, los dos ámbitos principales en los que se concentraron los esfuerzos fueron los de la educación y el empleo.<sup>4</sup> En cuanto a la educación, las

---

<sup>3</sup> CEPAL-OIJ (Organización Iberoamericana de Juventud), *La juventud en Iberoamérica. Tendencias y urgencias*, Santiago de Chile, 2004.

<sup>4</sup> Los ejemplos en esta materia abundan, para más información sobre algunos ejemplos, véase:

- *Projovent* chileno: CEPAL, Juventud, población y desarrollo, 2000, Capítulo 5: Juventud y políticas públicas en América Latina y el Caribe, disponible en: [http://www.eclac.cl/publicaciones/Poblacion/3/LCG2113P/lcg2113P\\_cap5.pdf](http://www.eclac.cl/publicaciones/Poblacion/3/LCG2113P/lcg2113P_cap5.pdf)

- *Projovent* argentino: Ibíd.

- *Projovent* peruano: Ibíd.

- *Programa de Capacitación de Jóvenes y Brasil jovem* de Brasil: Ibíd.

políticas implementadas lograron que las nuevas generaciones de jóvenes latinoamericanos gozaran de un acceso a la educación sin precedentes.<sup>5</sup> Los montos invertidos en educación en la región han ido aumentando como lo demuestra la siguiente evolución: 1990-1991: 2,9% del PIB; 1996-1997: 3,6% del PIB; 2000-2001: 4,2 % del PIB.<sup>6</sup> A pesar de estos avances, se observan grandes desigualdades en el ámbito educacional. Los jóvenes de 15-29 años pertenecientes al 20% de los hogares con más ingresos tienen una cobertura de un 80,5% en cuanto a la educación primaria, un 58,2% en la educación secundaria y un 20,1 % en relación con la educación superior. Las cifras equivalentes para los jóvenes pertenecientes al quintil más pobre de América Latina son 47,9%, 12,3% y 0,9% respectivamente.<sup>7</sup>

A pesar de gozar del mayor acceso a la educación en comparación con las generaciones anteriores, los jóvenes tienen índices de desempleo dos y hasta tres veces más altos que éstas.<sup>8</sup> En el caso chileno, desde 1999 que el porcentaje de cesantía oscila en torno a un 20% para el segmento de jóvenes entre 20 y 24 años. Esta cifra duplica el total nacional. A nivel latinoamericano, en el año 2002, las cifras alcanzaron un 17,7%.<sup>9</sup>

Por otro lado, el desempleo constituye una nueva dimensión de desigualdad a tomar en cuenta ya que las cifras de desempleo varían dependiendo del estrato socioeconómico al que se pertenece. En el año 2002 la tasa de desempleo para los jóvenes del quintil de mayores ingresos era de 8,7 %, mientras que la misma cifra para los jóvenes del quintil más pobre ascendía a 28,1%.<sup>10</sup> Cabe recalcar que para este último quintil, las posibilidades de optar por estudios en caso de desempleo son muy lejanas, por lo que la salida más recurrente es el empleo precario con las consecuencias sociales que eso implica.

Las dificultades de inserción al mercado laboral tienen directa relación con el tema de la ciudadanía, ya que el trabajo se ve fuertemente reducido como espacio de participación política y de ejercicio de derechos sociales. El lugar privilegiado entre lo público y lo privado que alguna vez ocupó el trabajo se ve debilitado tanto por la cesantía como por los procesos de precarización del empleo que enfrentan los jóvenes.

---

• *Jóvenes con Oportunidades* de México, disponible en <[www.sedesol.gob.mx/campanas/jovenesconoportunidades.htm](http://www.sedesol.gob.mx/campanas/jovenesconoportunidades.htm)>

• *Programa Oportunidades México*, disponible en: <[www.oportunidades.gob.mx/transparencia/f9\\_archivos/Anexo1\\_ene-sep2005\\_ifai.pdf](http://www.oportunidades.gob.mx/transparencia/f9_archivos/Anexo1_ene-sep2005_ifai.pdf)>

<sup>5</sup> CEPAL-OIJ, op.cit.

<sup>6</sup> Mariana Schkolnik: *Caracterización de la inserción laboral de los jóvenes*. Serie Políticas Sociales, N° 104, CEPAL, División de Desarrollo Social, Santiago de Chile, 2005, pág. 18.

<sup>7</sup> *Ibíd*, pág. 19.

<sup>8</sup> CEPAL-OIJ, op.cit., pág. 17.

<sup>9</sup> Mariana Schkolnik, op.cit., pág. 30.

<sup>10</sup> Mariana Schkolnik, op.cit. pág. 14; CEPAL-OIJ, op.cit., pág. 228.

## **El consumo como nuevo mecanismo de integración y de construcción identitaria juvenil**

Las dificultades de ingreso al mercado laboral por parte de los jóvenes pueden ser parte de la explicación de la menor importancia atribuida al trabajo como espacio de integración. En gran medida, este espacio es ocupado por el consumo tanto en los procesos de integración como en los procesos de construcción identitaria. Como señala el PNUD: «el consumo tiene un significado similar al que antes tenía el trabajo. Sería la cristalización física de la identidad individual, al tiempo que un nuevo anclaje material al vínculo social. [...]».<sup>11</sup> Así, a pesar de que la educación y el empleo puedan ser consideradas como las dos variables *estructurales* que van conformando la relación entre individuo y sociedad, la profundización del modelo económico neoliberal ha significado un desplazamiento hacia una 'cultura de consumo' en donde esta tiene una mayor importancia en cuanto mecanismo de integración a revisar.

Si bien el acceso al consumo depende de la capacidad económica y muchos latinoamericanos no tienen la capacidad suficiente para una gran mayoría de bienes de consumo, cabe recalcar, como se plantea desde el PNUD, que las desigualdades existentes tienen lugar en y son exacerbadas por una cultura de consumo.<sup>12</sup> En este contexto, los mercados ponen mayor atención en los jóvenes ya que estos constituyen un segmento específico y fuerte de consumo.<sup>13</sup>

Como señala el Informe del PNUD-INJUV para el caso de los jóvenes chilenos, éstos han crecido en la llamada sociedad de consumo, por lo que 2/3 de los jóvenes encuestados por el PNUD tienen una actitud positiva frente al aumento de las posibilidades de compra que han experimentado los últimos años.<sup>14</sup> A su vez, esta relación cotidiana con el consumo se manifiesta en las nuevas formas de sociabilidad que incorporan los jóvenes, las cuales incluyen los centros comerciales como espacios de encuentro.

Por otra parte, la cultura de consumo acentúa la imagen y los símbolos. Para el caso chileno, uno de los países de la región en donde la lógica neoliberal ha sido profundizada, una ilustración de este proceso es la importación de bienes de consumo estéticos, la cual aumentó en un 646% durante la década pasada.<sup>15</sup> La predominancia de la imagen significa un desplazamiento de la ética por la estética en donde es esta última la que permite sentirse parte de la comunidad. En palabras de Bauman, el consumo «[...] aparece ante los consumidores como un dere-

---

<sup>11</sup> PNUD, *Informe de Desarrollo Humano 2002: Nosotros los chilenos: un desafío cultural*, Santiago de Chile, 2002, pág. 98

<sup>12</sup> *Ibíd.*, pág. 99.

<sup>13</sup> CEPAL-OII, *op.cit.*, pág. 20.

<sup>14</sup> PNUD-INJUV, *Transformaciones culturales e identidad juvenil en Chile*, Temas de Desarrollo Sustentable N° 9, Santiago de Chile, 2003, pág. 22.

<sup>15</sup> PNUD, *Informe de Desarrollo Humano 2002: Nosotros los chilenos: un desafío cultural*, Santiago de Chile, 2002, pág. 102

cho para disfrutar y no una obligación para cumplir. Los consumidores deben ser guiados por intereses estéticos, no por normas éticas». <sup>16</sup> De esta manera, en este nuevo modelo social producto de las estrategias neoliberales, las nuevas generaciones se alejan del establecimiento de una ética que guíe los asuntos sociales, lo cual, en última instancia, puede alterar de manera significativa las formas de ejercer la ciudadanía. <sup>17</sup> Esto genera un nuevo régimen de exclusión que tiene como consecuencia que «[...] saliendo del siglo XX las sociedades se reorganizan para hacernos consumidores del siglo XXI y regresarnos como ciudadanos al siglo XVIII». <sup>18</sup> Esta tensión constituye el trasfondo bajo el cual se debilitan las posibilidades de una construcción ciudadana ya que cuando «[...] el Estado reconoce la prioridad y la superioridad de las leyes del mercado sobre las leyes de la polis, el ciudadano se transmuta en consumidor, y un consumidor 'exige cada vez más protección y acepta cada vez menos la necesidad de participar' en el funcionamiento del Estado». <sup>19</sup>

Por otro lado, en el plano individual, el consumo como mecanismo de integración significa un proceso de construcción identitaria cada vez más mercantilizado. La globalización y las transformaciones culturales que han tenido lugar en las últimas décadas agudizan la necesidad de crear identidades propias, demanda que el mercado ha identificado de manera clara, proporcionando bienes de consumo para la construcción identitaria particularmente intensa de la etapa juvenil. En la actualidad, es cada vez más común que esta necesidad de diferenciación y de identidad encuentre su salida en el consumo. A su vez, este proceso se nutre de la creciente importancia que van adquiriendo los medios de comunicación masiva como agentes socializadores y difusores del consumo. En este sentido, como plantea Giddens, «la libertad de elección individual, dirigida por el mercado, se convierte en un marco envolvente de expresión individual del yo». <sup>20</sup> Este mecanismo se le presenta al consumidor como un libre ejercicio de voluntad. Sin embargo, frente a la dificultad de vivir modos de vida alternativos, esto constituye a juicio de Bauman una 'obligación' internalizada que requiere de visitas diarias al mercado para poder llevar a cabo los procesos de construcción de identidad. <sup>21</sup> La libertad de elección pasa a ser «[...] la vara que mide la estratificación en la sociedad de consumo». <sup>22</sup> Así, subyace bajo esta dinámica, la desigualdad

---

<sup>16</sup> Zygmunt Bauman, *Trabajo, Consumismo Y Nuevos Pobres*, Barcelona, Ediciones Gedisa, 2000.

<sup>17</sup> Néstor García Canclini, *Consumidores y ciudadanos. Conflictos multiculturales de la globalización*, México D.F., Editorial Grijalbo, 1995, pág. 13.

<sup>18</sup> *Ibíd.*, pág. 25.

<sup>19</sup> Zygmunt Bauman, *En busca de la política*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2001, pág. 165.

<sup>20</sup> Anthony Giddens, *Modernidad e identidad del yo. El yo y la sociedad en la época contemporánea*. Barcelona, Ediciones Península, 1997, pág. 250.

<sup>21</sup> Zygmunt Bauman: *Trabajo, consumismo y nuevos pobres*. Barcelona, España, Ediciones Gedisa, 2000, pág. 47.

<sup>22</sup> *Ibíd.*, pág. 54.

estructural característica del capitalismo. La paradoja reside en que muchas veces, los intentos de crítica o de diferenciación en formas de subculturas juveniles terminan nutriendo a la industria, sobre todo la publicitaria, de arsenal simbólico. Muchos son los ejemplos de masificación de símbolos subculturales construidos por jóvenes críticos al orden vigente que terminan siendo neutralizados, mercantilizados y devueltos a estos mismos en forma de bienes de consumo para sus procesos de construcción identitaria. Como indica Bauman: «el foso entre las necesidades humanas y los deseos individuales está producido por el dominio del mercado; este foso es, al mismo tiempo, una condición de su reproducción».<sup>23</sup>

Desde el punto de vista de la sociología de la acción, como la planteada por Wagner, es posible entender la modernidad como «[...] las cambiantes concepciones de los fundamentos sustanciales de la autorrealización [...]».<sup>24</sup> Lo que observamos a través de los procesos descritos hasta el momento es que el sustento de la autorrealización pasa cada vez más por medio del consumo de bienes proporcionados por el mercado. De esta manera, en la sociedad de consumo, la necesidad de integración y de construcción de una identidad propia pasa a formar parte de los mecanismos de reproducción del mercado.

A su vez, este proceso acentúa el individualismo ya que la elección en el mercado y la integración a la sociedad por medio de esta lógica, son esencialmente individuales. Ahora bien, el individualismo siempre ha formado parte de la historia de la emancipación. Como señalan Fitoussi y Rosanvallon, el individualismo ha sido al mismo tiempo una evolución moral, un hecho sociológico y un principio filosófico.<sup>25</sup> El primero de estos principios tiene que ver con el triunfo de la lógica del mercado. El hecho sociológico consiste en el desmoronamiento de los cuerpos intermedios, la fragilización de los vínculos comunitarios y la tendencia a la atomización social. Por último, la valorización de la autonomía y la autenticidad constituyen un principio filosófico básico del discurso moderno. En su conjunto, estas tres perspectivas han formado parte de la modernidad y de los principios de progreso y liberación. Sin embargo, cuando son reducidos a la capacidad de elección en el mercado, éstos se vuelven una fuerza destructora.

### Una realidad marcada por paradojas<sup>26</sup>

En su conjunto, los procesos señalados en el ámbito educacional, laboral y el contexto de la sociedad de consumo, generan una serie de paradojas a enfrentar por los jóvenes. Ya se mencionó la paradoja que en gran medida estructura la

---

<sup>23</sup> Citado por Anthony Giddens, op.cit., pág. 251.

<sup>24</sup> Peter Wagner, *Sociología de la Modernidad*, Barcelona, Editorial Herder, 1997, pág. 19.

<sup>25</sup> Jean-Paul Fitoussi y Pierre Rosanvallon, *La nueva era de las desigualdades*, Buenos Aires, Ediciones Manantial, 1997, pág. 36.

<sup>26</sup> Este apartado está basado en algunas de las paradojas señaladas en el informe sobre juventud de la CEPAL-OII, op.cit.

realidad juvenil, esto es, la educación, el empleo y las contradicciones y desigualdades presentes en la relación entre ambas. Muy asociada a esta primera relación paradójica, observamos que los jóvenes tienen más acceso a la información y al mismo tiempo menos acceso al poder.<sup>27</sup> Por un lado, en comparación con otros grupos de edad, los jóvenes tienen una mayor participación en las redes informáticas. Asimismo, dado el mayor nivel de escolarización señalado constituyen una generación mejor informada. No obstante, su participación en las instancias de poder es proporcionalmente menor comparado con otros grupos etareos, lo cual les impide, en parte, ejercer su ciudadanía política.

De igual modo, este mayor nivel educacional que caracteriza a las nuevas generaciones de jóvenes latinoamericanos hace de ellos una generación mejor preparada para el cambio productivo, y sin embargo, son excluidos de éste.<sup>28</sup> A pesar de la importancia que adquieren los mayores niveles de escolarización en el contexto social contemporáneo, las dificultades de ingreso al mercado laboral impiden que este grupo social aporte con sus conocimientos al cambio productivo.

Por otro lado, los jóvenes tienen un alto nivel de consumo de medios de comunicación, constituyéndose éstos en un agente socializador de gran importancia ya que los jóvenes se encuentran en una etapa de formación de valores y actitudes particularmente intensa. La socialización efectuada por los medios de comunicación tiene que ver con inculcar valores materialistas en las juventudes, adaptándolos a la sociedad de consumo. A su vez, este alto nivel de consumo de medios de comunicación por parte de los jóvenes les permite participar en universos simbólicos a los cuales no tendrían acceso si no fuera a través de estos medios. Como señalan la CEPAL-OIJ, este consumo cultural da lugar a culturas juveniles que si bien pueden estar bien cohesionadas hacia adentro, tienen mayor impermeabilidad hacia fuera.<sup>29</sup> Así, la alta exposición y consumo de medios de comunicación marca nuevas pautas de integración, estandariza y unifica modelos de acción que sin embargo, no logran articularse con la esfera política, contribuyendo al déficit de representación de los jóvenes.<sup>30</sup>

Sumado a esto, la mayor participación en redes informáticas, el mayor consumo de medios de comunicación en comparación con otros grupos etarios y con esto, la mayor conciencia de estilos de vida alternativos, hacen que los jóvenes tengan más expectativas de autonomía que generaciones anteriores que crecieron bajo pautas de socialización más tradicionales.<sup>31</sup> Estas expectativas tienen que ver con irse de la casa, viajar, etc., proyectos que quedan en gran medida supeditados al nivel de ingreso con el que se cuenta. Sin embargo, dada la deficiente inserción en el mundo laboral, los jóvenes tienen pocas opciones para materializar estas expectativas de autonomía, generando altos niveles de frustración con

---

<sup>27</sup> *Ibíd.*, pág. 17.

<sup>28</sup> *Ibíd.*, pág. 19.

<sup>29</sup> *Ibíd.*

<sup>30</sup> INJUV: Los jóvenes de los noventa. El rostro de los nuevos ciudadanos. Segunda Encuesta Nacional de la Juventud, Santiago, Chile, 1999, pág. 118.

<sup>31</sup> CEPAL-OIJ, *op.cit.*, pág. 18.

una sociedad que no les otorga las herramientas necesarias para llevar a cabo sus proyectos de vida. De esta manera, se genera una importante brecha entre el consumo simbólico producto de las características de los jóvenes ya señaladas y el consumo material al cual finalmente tienen acceso.

En su conjunto, las paradojas que caracterizan la cotidianeidad juvenil dan cuenta de una realidad en la que, por un lado, los jóvenes adquieren más protagonismo y autodeterminación y por otro, experimentan precariedad y desmovilización. Esta relación resume de buena forma la principal contradicción de la realidad juvenil, esto es, la incapacidad de transformación de las relaciones sociales a pesar de las mayores herramientas que tienen para hacerlo. En palabras de Giddens, lo que tiene lugar es un '*secuestro de la experiencia*', esto es, la dificultad de que las personas en su vida diaria experimenten un contacto directo con asuntos morales mayores.<sup>32</sup> Esta experiencia, intensificada por las transformaciones sociales y culturales producto de décadas de neoliberalismo en la región, está particularmente presente en el caso de los jóvenes que han sido socializados en el contexto de paradojas descritas.

## **Una aproximación al concepto de libertad y su relación con las posibilidades de construcción ciudadana**

Es a la luz del contexto descrito de transformaciones que van conformando la realidad juvenil y las paradojas que éstos deben enfrentar que se busca llevar a cabo una reflexión en torno a la ciudadanía. Esto porque, desde nuestro modo de entender, la temática de la ciudadanía tiene que ver con los mecanismos que los actores sociales, en este caso en particular, los jóvenes, encuentran para participar en la sociedad. Así, cuando tenemos un desarrollo social y cultural que hace que el sustento de la integración y de las identidades se torne cada vez más internamente referencial, esto introduce una dificultad para los efectos de la construcción ciudadana.

Ahora bien, cuando hablamos de sustento de la integración y de la identidad nos acercamos al concepto de libertad ya que, lo que está en juego en última instancia, es la *libertad* de participar en la construcción de la sociedad y la *libertad* de ejercer el conjunto de oportunidades otorgadas por ésta. Estas dos dimensiones de la libertad contienen el vínculo entre individuo y sociedad ya que la libertad necesariamente es otorgada y reconocida por una comunidad. Las dificultades en materia de ciudadanía que presenciamos hoy entre los jóvenes tienen que ver con el debilitamiento de ambas perspectivas de la libertad, de modo tal que ésta se ve vaciada de su contenido.

En sus orígenes, la promesa de libertad tenía un componente activo importante. En otras palabras, la libertad significaba el hacer cosas para mejorar las condiciones de existencia. Sin embargo, como plantea Bauman citando a Isaiah Berlin, el concepto de libertad en boga hoy es sobre todo un concepto *negativo* de

---

<sup>32</sup> Anthony Giddens, op.cit., pág. 17.

libertad. La libertad es *libertad de elección*, lo cual en el discurso neoliberal se traduce en un «[...] menos Estado y más dinero en el bolsillo». <sup>33</sup> En este sentido, tal como lo señala Arendt, existe en la actualidad una tensión importante entre el concepto de libertad y la política. A juicio de la autora:

«[...] la tradición filosófica [...] distorsionó, en lugar de aclarar, la idea misma de libertad tal como se da en la experiencia humana, transportándola de su terreno original, el campo de la política y los asuntos humanos en general, a un espacio interior, la voluntad, donde se iba a abrir a la introspección». <sup>34</sup>

Como afirma Arendt, el concepto de libertad en la modernidad está estrechamente ligado con la noción de voluntad. Situamos la libertad *dentro* de nosotros mismos, como libertad de pensamiento o libertad de voluntad. Mientras situemos el concepto de libertad dentro de nosotros mismos, la libertad nunca va a lograr ser articulada con la esfera política ya que la libertad interior supone un apartamiento del mundo hacia una interioridad a la cual nadie más tiene acceso. <sup>35</sup> Sin embargo, esta libertad interior no tiene sentido si no se tiene contacto con el mundo exterior, único lugar en donde las personas pueden tomar conciencia de su condición de libre. Sólo en este mundo exterior están las necesidades de la vida de las cuales nos tuvimos que liberar para tomar conciencia de nuestra condición de libre. Así, la autora establece como condición de la libertad un conjunto de personas en la misma situación y un espacio público en el que puedan interactuar. En otras palabras, «[...] sin un ámbito público políticamente organizado, la libertad carece de un espacio mundano en el que pueda hacer su aparición». <sup>36</sup> En este sentido, plantea Arendt, la libertad interior constituye la antítesis de la libertad política. La *raison d'être* de la política es la libertad y el campo en que se aplica, es el de la acción. <sup>37</sup> Sólo soy libre cuando actúo. La política necesita de acción, pero no para realizar la propia voluntad, sino que para establecer de manera conjunta valores y normas. Así, la acción libre surge de un principio, no del intelecto o de la voluntad.

Debilitada la importancia de los espacios políticos en la construcción de identidad, la libertad se experimenta en relación con la voluntad individual. En este plano, la libertad se concreta cuando el *quiero* y el *puedo* coinciden. Este *puedo* hace muchas veces referencia a un mundo exterior. Sin embargo, siguiendo los argumentos de Arendt, dada la predominancia de la voluntad interior, yo no influyo sobre ese mundo exterior.

Desde nuestra perspectiva, el planteamiento de Arendt es crucial para los efectos del tema en cuestión en este ensayo, esto es, los jóvenes y la búsqueda de los espacios de construcción de ciudadanía. Si pensamos en el contexto descrito en

---

<sup>33</sup> Zygmunt Bauman, *En busca de la política*, op.cit., pág. 81.

<sup>34</sup> Hannah Arendt, *Entre el pasado y el futuro. Ocho ejercicios sobre la reflexión política*. Barcelona, Ediciones Península, 1996, pág. 157.

<sup>35</sup> *Ibid.*, pág. 157.

<sup>36</sup> *Ibid.*, pág. 160.

<sup>37</sup> *Ibid.*, pág. 158.

que nuestras juventudes son socializadas, marcado por las transformaciones sociales y culturales producto del modelo neoliberal, es posible plantear que el concepto de libertad como libertad interior se ve reforzado. Así, desde el punto de vista arendtiano, esta predominancia neutraliza parte del potencial transformador de los jóvenes. La vida social y la construcción del yo tienen un carácter cada vez más internamente referencial, lo cual debilita parte del lazo con la sociedad. Volviendo a la paradoja entre el mayor acceso a herramientas y la incapacidad de transformación de las relaciones sociales, cabe señalar que la libertad como libertad interior constituye la esencia de lo que Wagner plantea como desarrollo problemático entre la expansión de las libertades y la determinación colectiva de los objetivos sustanciales de los deseos humanos.<sup>38</sup>

La dificultad de participar en un proceso de transformación mayor se traduce en un sentimiento de insignificancia personal, esto es, la sensación de descontrol de las condiciones que rigen la vida. Este sentimiento se agudiza en un contexto de globalización cuya interacción entre lo global y lo local da lugar a nuevas problemáticas identitarias y éticas. Sin embargo, la falta de conexión entre las preocupaciones de los jóvenes con el espacio público que caracteriza nuestra época, dificulta la articulación en forma de demanda social.

De esta manera, en el plano individual, el discurso neoliberal va de la mano con un concepto de libertad como libertad interior y con un yo eternamente transgresor. A juicio de Walzer, esto es «[...] antitético a la comunidad liberal, que es su creadora y subsidiaria».<sup>39</sup> Sin embargo, los teóricos liberales ignoran esta contradicción ya que suponen que los patrones de asociación surgen voluntariamente y que son contractuales. Sin embargo, desde este punto de vista, resulta difícil explicar las asociaciones que podemos observar en la sociedad, las cuales surgen como consecuencia de las identidades en torno a las categorías de género, clase, religión u otras. Éstas no son siempre elegidas, sino que más bien puestas en acto y las asociaciones que surgen de ellas expresan una identidad.

A pesar de estas contradicciones, en la teoría liberal el concepto de libertad es raramente cuestionado, ya que se considera que el tema de la libertad ha sido resuelto de la mejor manera posible.<sup>40</sup> A juicio de Bauman, esto es un grave error ya que «[...] el incremento de la libertad individual puede coincidir con el incremento de la impotencia colectiva, en tanto los puentes entre la vida pública y la vida privada están desmantelados [...]».<sup>41</sup>

De manera particular, en el caso de los jóvenes, esta falta de construcción de espacios políticos produce una «[...] cierta orfandad existencial, en la medida que impide la plena identificación del individuo con la colectividad, del sujeto con el

---

<sup>38</sup> Peter Wagner, op.cit., pág. 46.

<sup>39</sup> Michael Walzer, «La crítica comunitarista del liberalismo», en *La Política, Revista de estudios sobre el estado y la sociedad*, N° 1, Barcelona, Paidós, 1996.

<sup>40</sup> Zygmunt Bauman, *En busca de la política*, op.cit., pág. 9.

<sup>41</sup> *Ibíd.*, pág. 10.

movimiento de la historia, del joven con un ideal encarnado». <sup>42</sup> La manera en que los jóvenes miran la política es más bien de carácter instrumental y cada vez más lejana en cuanto espacio para la realización de sus ideales. <sup>43</sup> El espacio de la política ya no representa un espacio de articulación entre la autorealización individual y la transformación de la sociedad. En última instancia, lo que está en juego en el debilitamiento de estos lazos son los futuros puentes de la ciudadanía.

## Una reflexión final

Como se ha descrito en el presente ensayo, los efectos que la estrategia económica neoliberal ha tenido en el plano social, cultural e individual, constituyen el panorama general en que los jóvenes desarrollan sus habilidades y conductas a partir de las cuales participan en la sociedad. Dado que es de suma importancia que el sistema democrático y el papel que la ciudadanía juega en éste estén también implícitamente legitimados a través de valores y creencias, vemos la relevancia de revisar los efectos que las transformaciones indicadas han tenido en los jóvenes en relación al tema de la ciudadanía. Por esta razón, como plantean Kymlicka y Norman hay «[...] cada vez más invocaciones a una 'teoría de la ciudadanía' que se ocupe de la identidad y de la conducta de los ciudadanos individuales [...]». <sup>44</sup> En este sentido, en el contexto latinoamericano de transformaciones neoliberales, es necesario recordar que la estabilidad de una democracia moderna no se limita a la justicia de su 'estructura básica' sino que se relaciona a la vez con las cualidades y actitudes de sus ciudadanos. <sup>45</sup>

Así, sin desconocer la importancia de los esfuerzos que se han realizado en materia de política pública, las mayores libertades y la mayor conciencia sobre la deuda pendiente con los jóvenes, se subraya la relevancia de realizar una reflexión en torno a los elementos que van configurando los mundos simbólicos y realidades de los jóvenes. Parte de esta tarea reside en entender la realidad juvenil a partir de las paradojas descritas y el desarrollo de sustentos de integración y de identidad cada vez más internamente referenciales. Como se ha buscado argumentar a lo largo de estas páginas, estas transformaciones son de crucial importancia en lo que respecta las dificultades que podemos encontrar en relación con la construcción ciudadana de este grupo etéreo. Entendiendo la problemática bajo esta luz nos acercaremos a la comprensión necesaria para articular las necesidades juveniles con un campo de acción, lo cual se torna fundamental para su

---

<sup>42</sup> Martín Hopenhayn, «Nuclearse, resistirse, abrirse: las tantas señales en la identidad juvenil». En *Revista Chilena de Temas Sociológicos*, N° 3, Universidad Católica Blas Ganas, pág. 13.

<sup>43</sup> INJUV, op.cit., pág. 123.

<sup>44</sup> Will Kymlicka y Wayne Norman, «El retorno del ciudadano. Una revisión de la producción reciente en teoría de la ciudadanía», en *Revista Ágora*, N° 7, 1997, pág. 6.

<sup>45</sup> *Ibid.*, pág. 6.

ejercicio ciudadano. Para esto, son necesarias políticas públicas que aporten a sus proyectos de vida<sup>46</sup> y expandan sus libertades en el sentido de mayor participación en la construcción de la sociedad. Así, ampliando el espectro de oportunidades para los jóvenes quizás podemos lograr que nuevamente esté en ellos «[...] la energía y el atrevimiento para pisar el acelerador, inclinar la balanza hacia el encuentro entre culturas y miradas tan distintas, extraer de esos cruces nuevas ideas para repoblar el casillero vacío de las utopías».<sup>47</sup> Dicho de sobra, algo bastante necesario para el futuro de la región.

---

<sup>46</sup> Este es justamente el sentido del concepto de desarrollo como expansión de libertades de Amartya Sen. véase Amartya Sen, *Desarrollo y libertad*, Barcelona, Editorial Planeta, 2000.

<sup>47</sup> Martín Hopenhayn, *op.cit.*, pág. 18.

## Chiapas: posibilidades político-democráticas de la lucha por la autonomía

SEBASTIÁN PÉREZ SEPÚLVEDA

---

*(...) quiero ver que nos arriesguemos a crecer lo nuestro  
y demostrarnos que podemos vivir  
humildemente en nuestra casa  
libre de la milicia que nos empapa  
vivir humildemente en nuestra casa,  
soltar la teta y caminar,  
fluir tu pensar, tomar las riendas y...  
aprender a desaprender,  
que no es contradicción es remendarse,  
no todo lo que se ve es realidad,  
no todo lo que se escucha es la verdad,  
debemos aprender que no todo lo que se enseña nos hace crecer (...)  
hace falta ideas nuevas, aporta lo que sientes  
hace falta ideas nuevas, las razones sobran,  
no te dejes llevar, no te dejes programar, crece ideas propias...*

CULTURA PROFÉTICA, Puerto Rico

Abordar el tema de la democracia en América Latina implica preguntarse por sus condiciones de posibilidad. Lo cual implicaría indagar en los objetivos alcanzados por las políticas redemocratizadoras desde mediados de la «década perdida», y también en los límites que estas tienen en el actual contexto latinoamericano. Esto, a fin de responder si es que acaso la democracia como organización social y política fue o es resultado de las demandas de la sociedad civil o es más bien una necesaria reacomodación socioestructural para permitir la (re) incorporación de los países latinoamericanos al nuevo patrón de acumulación mundial.

Incluso frente al aparente favorable discurso de «generar instancias de participación para la ciudadanía», es menester una discusión acerca de las posibilidades de la democracia en América Latina y más aún el papel posible a jugar por los



múltiples movimientos sociales que agitan el espacio sociopolítico de la región. Esto, debido al peligro constante que significa el caer en las discusiones bastantes formalizadas sobre la democracia, como son las que giran en torno a los derechos y deberes a ejercer por la ciudadanía y las intenciones muchas veces estériles de descentralización político administrativa, ya que nos impiden vislumbrar sus posibilidades en términos de prácticas materiales en el conjunto de la sociedad.

En este sentido, como lo advierte Fernando Calderón,<sup>1</sup> los movimientos sociales han sido poco estudiados por las ciencias sociales del siglo XX, puesto que eran entendidos como una resultante cuasi mecánica del orden económico o resultado de la acción partidaria. Sin embargo, el nuevo escenario, de crisis de desestructuración social y posteriores promesas democratizadoras que no encuentran su correlato con la realidad, exige la interpretación de lo «irracional». De esta manera los movimientos sociales, desde mediados de la década de los ochenta, viven un momento de inflexión entre sus características tradicionales, reflejo de esto son las nuevas orientaciones y nuevas prácticas. Pese a que pueden parecer como defensivos y reactivos frente a la crisis, (encerrándose en sus identidades con políticas de autogestión y apropiación de los espacios), emergen valores y formas colectivas que pueden cuajar en la construcción de un sistema de oposición viable. Desde ya el contexto latinoamericano les ha ofrecido condiciones reales de oposición frente a los intentos de materializar las políticas neoliberalizadoras del sistema productivo con el consecuente repliegue del sector público. Paradigmáticos a este respecto son el caso ecuatoriano y recientemente la crisis en Argentina y Bolivia.

---

<sup>1</sup> Fernando Calderón, *Los movimientos sociales ante la crisis*, Clacso, 1986.

Interesante en este sentido resulta referirse a una experiencia reciente y no resuelta, que cada cierto tiempo remueve el espacio sociopolítico mexicano, más aún cuando entre sus banderas de lucha se encuentra la democracia como tema ineludible e impostergable. Y es que tanto se ha escrito sobre el movimiento (neo) zapatista en general, y más aún sobre el subcomandante Marcos en particular, que abundan las visiones, por un lado, completamente parcializadas, las cuales se aproximan al movimiento desde y por el alzamiento en enero de 1994, concluyendo rápidamente que se trata de una acción reactiva de la incorporación de México al Nafta y las consecuencias del afianzamiento del neoliberalismo en la federación. Por otro lado, visiones sobreideologizadas, en parte por lo anterior, además del cierto efecto embelesador en la intelectualidad que ha intentado aprehender el movimiento provocado por las formas propias de expresión del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (muy cargadas de ironía, contingencia e incluso de poesía), las cuales sin ser de ninguna manera reprochables, al contrario un poco de poesía siempre es bienvenido, limitan el estudio de Chiapas a una suerte de análisis del discurso en demasía ensimismado. Por lo anterior las posibilidades que se desprenden de tales intentos son trucas en la medida que les falta profundidad en el análisis, por lo cual, por más que logren vislumbrar salidas posibles estas resultan ser inviables en la medida que el abordaje a la experiencia histórico-concreta ha sido, como dije, parcializada y sobreideologizada.

Básicamente esta es una interpretación que intenta ir un poco más allá, entender el caso de Chiapas no sólo por el levantamiento del 1 de enero de 1994 y, por tanto, como respuesta mecánica a la entrada de México al NAFTA, sino que encontrar en su desarrollo histórico una explicación mucho más satisfactoria que dé cuenta de la particularidad del caso mexicano y del largo proceso de constitución del actual movimiento. Lo anterior a fin de poder determinar el carácter del alzamiento, es decir, ¿estamos en presencia del despertar de un nuevo actor, por ende capaz de desarrollar luchas de orden político que van más allá de la reactividad de la comunidad amenazada, o resulta ser una repetición de fracasadas insurrecciones anteriores?

En este sentido ¿podemos entender el movimiento chiapaneco teóricamente como un movimiento social y por ende con alguna especie de proyecto o son conductas colectivas de otro orden? Si esto fuera así cuál es su carácter, es decir, centralmente indígena o guarda ciertos matices, cuáles son las ideas de democracia que les hacen levantarse contra un régimen «periodísticamente» democrático... en fin, las preguntas podrían ser muchas más, sin embargo, estas son algunas de las que trataremos de responder en el desarrollo de este ensayo, a fin de establecer las posibilidades de logro de los objetivos específicos en los planteamientos estratégicos de los zapatistas y, por supuesto, contribuir al debate en torno a la democracia en México, en América Latina y el lugar a jugar por los movimientos sociales en aquello.

## **Primer acercamiento: Chiapas en la «emergencia indígena», la mirada global**

Emergencia Indígena es a lo que José Bengoa<sup>2</sup> se refiere como la salida a la luz de la problemática indígena en un proceso que presenta rasgos diferenciadores a las manifestaciones de otros sectores sociales, con un carácter eminentemente indígena y que por las características de sus demandas, comienza a poner en jaque a las propias bases de sustentación de los Estados-nación desde la crisis del Estado de Compromiso. Los ejes explicativos de esta emergencia van de la mano con el debilitamiento del Estado y sus mecanismos de integración social, a partir de lo cual, los indígenas tienen más facilidades de aparecer como tales, tanto en sus demandas por sus derechos como por un Estado pluriétnico, ya que el discurso de la integración mediante la asimilación y la cooptación, ya no es posible.

Por otro lado la hipótesis de Christian Gros<sup>3</sup> apunta a que el desarrollo en la «década perdida» del movimiento indígena no puede explicarse solamente por la modificación de las políticas indigenistas, ni por la crisis o el agotamiento del nacional-populismo. Dicho desarrollo remitiría a una serie de factores que afectan de manera diversa a las poblaciones indígenas. Entre causas posibles destaca el progreso de la educación formal (indistintamente en manos de quien esté), puesto que con esto el indígena sale rápidamente de su aislamiento y su horizonte se amplía. Además de permitir la formación de una suerte de élite intelectual indígena que prontamente estará encabezando las movilizaciones y organizaciones.

Por otra parte la intervención de actores externos que orientan las acciones en un nuevo sentido, más bien favorable a la reivindicación de la etnicidad (como el claro ejemplo de la teología de la liberación y sus organizaciones de base) al tiempo que son portadores de un nuevo discurso, y recursos financieros, resultan ser una suerte de mediadores entre la comunidad y el mundo exterior. Esto además de un contexto internacional cada vez más favorable a la promoción y defensa de los pueblos autóctonos y de su entorno, a partir de lo cual, la cuestión de los pueblos se convierte en un elemento de la globalización de las relaciones internacionales, haciendo sentir su peso político-económico sobre las correlaciones de fuerzas de los estados y sus comunidades indígenas. Estos factores se conjugan para desestabilizar las viejas formas de dominación social y de regulación política, lo cual obliga a las comunidades a definir nuevas estrategias para la elaboración de un nuevo modelo de articulación con la sociedad dominante. Lo cual no pasa por una asimilación, ni el mestizaje biológico o cultural, sino por una instrumentalización de la identidad, de la diferencia, todo abocado para ob-

---

<sup>2</sup> José Bengoa, *La emergencia indígena en América Latina*, Santiago de Chile, Fondo de Cultura Económica, 2000.

<sup>3</sup> Christian Gros, «El movimiento indígena: del nacional populismo al neoliberalismo», en Karl Kohut (editor), *El indio como sujeto y objeto de la Historia Latinoamericana, pasado y presente*, Publicaciones del Centro de Estudios Latinoamericanos de la Universidad Católica de Eichstatt, Madrid, 1998.

tener el reconocimiento de los derechos particulares y la defensa de los intereses colectivos.<sup>4</sup>

## Desarrollo histórico del movimiento: entre causas y azares

Esta primera aproximación al fenómeno nos permite observar en perspectiva el desarrollo de este proceso. Al tiempo que nos entrega algunas hipótesis generales acerca de su surgimiento. Sin embargo es necesario hilar más fino, afinar el enfoque para desentrañar las claves en el propio contexto mexicano a fin de poder responder a los cuestionamientos planteados en un comienzo. De este modo, Pedro Pérez Herrero<sup>5</sup> plantea que hay dos visiones con respecto a Chiapas. La primera según la cual los males de México son ocasionados por la desarticulación impulsada por el EZLN, cuya tensión provoca desconfianza en la inversión extranjera, provocando una reducción en la entrada de capitales, lo cual ocasiona tensiones en el grupo de poder. De manera que se trataría de una crisis económica que derivaría en crisis política. Dato no menor, pues según esta tesis todo pasa por la «solución del caso chiapaneco», de ahí el afán en encontrar cualquier medio para solucionarlo, en pos de la salud mexicana.

La segunda visión es más compleja, y creemos más satisfactoria, plantea que México y su propia transformación de las estructuras tanto política, social y económica, han posibilitado la explosión. En este sentido, Chiapas sería la consecuencia de la transformación mexicana, así su solución no pone fin a los males de México, sino que por otro lado los aplaza. Por lo tanto es menester encontrar un nuevo equilibrio del sistema político y su adecuación con la sociedad, de manera que este sea el reflejo del conflicto social y no mera administración de la crisis por un lado, y por otro articulación de intereses cupulares de los grupos más organizados y, por lo tanto, mejor incorporados.

A este respecto, en un primer acercamiento se podría decir que el movimiento de Chiapas es una respuesta a la pobreza y desigualdad en el ingreso, debido al «reajuste estructural», de manera que todo se solucionaría con el aumento del Gasto Fiscal (cosa que es prácticamente limitada por el nuevo carácter del modelo de desarrollo). Sin embargo, no hay una relación mecánica entre el nivel de ingreso y el impulso revolucionario o condición de pobreza y conciencia política. La razón es muy simple, de ser así el mundo estaría lleno de múltiples Chiapas y sobre todo en los lugares más pobres. Con todo no se quiere decir, que no exista pobreza en Chiapas, desde luego la hay, pero no agota la explicación, ade-

---

<sup>4</sup> Pese a que aquí no se hace mención como explicación de este despertar indio a las políticas indigenistas, éstas sí existieron en varios países de América Latina, pero su gran diversidad y su no concordancia con la presencia de una movilización indígena, es un signo que nos habla acerca del carácter más autónomo que tiene este despertar indio, respecto de las estrategias públicas.

<sup>5</sup> Pedro Pérez Herrero, «Chiapas: ¿revolución, guerrilla, movimiento indio o reclamación de democracia libertad y justicia?», en *América Latina hoy: revista de ciencias sociales*, N° 10, Madrid, 1995.

más de la no disminución tan drástica del gasto social, por lo menos a través de Pronasol (Programa Nacional para la Solidaridad).

De otro lado, se podría decir que este caso no es más que una respuesta directa al propio reajuste y la incorporación de México al nafta. Pese a que hay relación, hay otros lugares donde el impacto es mucho más dramático como Guerrero, Oaxaca, Yucatán (que entre otros lugares forma, junto a Chiapas, el denominado «cinturón de pobreza»). Además de la comprobación por parte del gobierno de la mejoría en las condiciones de vida (salud, educación, vivienda) de las comunidades indígenas que están en territorio zapatista.

Otra variante de explicación posible la entrega la suerte de conflicto clásico en América Latina de latifundio-minifundio, es decir, en este caso entre hacendados e indígenas, de lo cual Pablo González Casanova nos entrega una historia muy rica en términos de experiencias, aduciendo que el origen de la rebelión guarda relación con el propio desarrollo territorial y productivo de Chiapas.<sup>6</sup> En este sentido, la crisis de los latifundios cafetaleros, en los años 70, provoca la migración de peones encasillados hacia otros lugares menos desgraciados. Al mismo tiempo Chiapas se convirtió en productor de electricidad y petróleo, de manera que muchos de estos campesinos fueron a los trabajos de presas y de carreteras. Otros en cambio se encaminaron a la selva para hacerse de una vida propia, territorio en los cuales hoy se mueve el EZLN.

En este lugar se produce una mezcla muy grande de distintas etnias (tzeltales, tzoltiles, choles, tojolabales y también mestizos), que confluye en una identidad oprimida frente a los «ladinos» (finqueros y ganaderos), identidad que comienza en los setenta, y en los ochenta es potenciada con distintas organizaciones a las que progresivamente se incorporaron otros sectores sociales.

Sin embargo, no por esto el conflicto fue calmo. Desde el inicio conjugó intentos de expropiación para etnias ya extintas (lacandones) y reubicaciones indígenas para asegurar los negocios entre los hacendados y el gobierno (que no son otra cosa que expulsión y desarticulaciones de las organizaciones), apareciendo una ampliación de distintos latifundios que merman el espacio para los indígenas. El gobierno intentaba controlar la situación mediante el periódico reparto de tierras, cosa que termina en 1991 con la reforma al artículo 27 Constitucional, que legaliza estos latifundios «simulados» y prohíbe el reparto de tierras, más aún privatizando tierras ejidales y comunales. Sumado a este proceso aparece el colonialismo interno que se manifiesta en este caso como una proliferación del caciquismo regional que de alguna manera reproduce a nivel de lo inmediato las formas de dominación con las cuales las organizaciones indígenas se enfrentan constantemente.

Otra variante de explicación la encontramos en eso que Christian Gros denominaba como la aparición de actores sociales externos. Pérez Herrero se refiere solamente a la aparición de la renovada Iglesia Católica en su variante de la Teología de la Liberación, como un intento de recuperar terreno en estas comu-

---

<sup>6</sup> Pablo González Casanova, *Causas de la rebelión en Chiapas*, disponible en: <[http://www.ezln.org/archivo/antecedentes/causas\\_de\\_la\\_rebellion\\_en\\_chiapas.htm](http://www.ezln.org/archivo/antecedentes/causas_de_la_rebellion_en_chiapas.htm)>.



nidades debido a la proliferación de iglesias protestantes y evangélicas. En este caso González Casanova hace mucho hincapié en el carácter de esta introducción, la cual se basa en tratar al indio como seres humanos, en hablar y escuchar, además de asignarle un papel importantísimo en la organización indígena y en la producción de su propia identidad (como el caso del obispo Samuel Ruiz).

Junto con lo anterior, estudiantes del 68 y demás «revolucionarios de la época», jugaron un papel muy importante en la formación y carácter de estas organizaciones, ya que producto del diálogo con las comunidades se fueron «mimetizando». De este modo abandonan las viejas prácticas organizativas jerárquico-vanguardistas, apostando por un sistema que hiciera de la democracia en las propias organizaciones su arma fundamental, ideales que el EZLN mantiene hasta hoy en su lucha por democracia, libertad/autonomía y dignidad.<sup>7</sup>

---

<sup>7</sup> Todo este proceso es clave para entender el discurso embelesador del propio EZLN que más allá de la «poesía insurgente» muestra una práctica real en las propias bases de las organizaciones chiapanecas. Esto lo demuestra la sexta declaración de la Selva Lacandona del EZLN (junio 2005), donde se manifiesta la necesidad de separar la organización jerárquica propia del ejército zapatista y la organización democrática de las organizaciones, sobre todo en el ámbito de la toma de decisiones.

Sin embargo, cada uno de los argumentos anteriores, pese a ser válidos, no tienen la potencia explicativa por sí solos para la comprensión del fenómeno; son como dice Pérez Herrero, causas necesarias, pero no suficientes. En este sentido no es posible entender el fenómeno de Chiapas observando solamente los datos socioeconómicos de la región, hay que entender además las transformaciones del sistema político mexicano, lo cual no es contradictorio con entender que el EZLN no es la causa de la inestabilidad económica que redundó en una crisis política, sino que al parecer resulta ser la consecuencia de esta. Cabe preguntarse entonces si todas estas variables socioeconómicas y la germinación de un nuevo discurso apoyado en nuevas relaciones sociales, tendrían la potencia explicativa del salto a la luz pública, sin el profundo resquebrajamiento del sistema político, en este caso las tensiones y desuniones del Partido Revolucionario Institucional (PRI). En otras palabras se trata de observar el surgimiento del fenómeno, primeramente más allá de la insurrección de 1994 y, en segundo lugar, como un proceso que sólo pudo salir a la luz por las posibilidades que desde «arriba» le ofrecía el resquebrajamiento del sistema político.

### **Acerca de la transformación del sistema político: ¿Proceso de redemocratización o los coletazos de la crisis intraelitaria?**

Pese a que no son nuevas las rivalidades intraelitarias, lo que advierte Pérez Herrero<sup>8</sup> como un fenómeno nuevo es el quiebre del pacto intraelitario de 1929, luego de la muerte de Obregón y el surgimiento del Partido Nacional Revolucionario (PNR, 1929), el Partido de la Revolución Mexicana (PRM, 1938) y el Partido Revolucionario Institucional (PRI, 1945), el cual dejaba fuera grupos resentidos. Conjuntamente con esta tesis, Víctor Manuel Durand alude a que al enfrentar la crisis de la deuda con la expropiación de la banca, en el gobierno de José López Portillo (1976-1982), «se rompió el pacto político que había acompañado al desarrollo de la posguerra, vigente desde principios de los años cincuenta y se inició un profundo conflicto entre el gobierno y los empresarios cuyas consecuencias marcaron todo el período».<sup>9</sup>

El reajuste estructural mina los principios básicos del corporativismo autoritario estatal, de esta manera al modernizar la lógica económica, reduciendo el gasto social, se deterioran los mecanismos clientelares instrumentalizados políticamente. Se pasa entonces de una sociedad civil controlada por el Estado a una sociedad civil que no encuentra mecanismos de presión necesarios frente a un sistema político cerrado y negado a cambiar. Esto se manifiesta en el giro político que hace el gobierno de Miguel de la Madrid (1982-1988) en materia de política económica y en los cambios de estilo en la toma de decisiones: los sindicatos fueron culpados del atraso político y de la baja productividad de la industria mexicana, por lo tanto sus líderes fueron desplazados de los círculos de poder

---

<sup>8</sup> Pedro Pérez Herrero, op. cit.

<sup>9</sup> Víctor Manuel Durand, «La Persistencia del Régimen Político Mexicano», en *América Latina Hoy, Revista de Ciencias Sociales*, N° 6, 1993.

inmediato, relegados a ámbitos tangenciales como la Secretaria del Trabajo y Previsión Social. «La política del gobierno delamadrino dio un giro de 180 grados, rompió la alianza con las organizaciones populares, les retiró parte de sus privilegios, dejando a los trabajadores sin canales de defensa o de negociación de sus intereses».<sup>10</sup>

Las elecciones de 1988 manifiestan los signos de la crisis, y es que esta pérdida del poder central de los intermediarios políticos como mecanismos de control y cooptación pasan a la oposición, apoyando las medidas de corte populista y proteccionista para tratar de conservar su lugar en el aparato estado. En este sentido se puede entender la aparición del PRD (Partido Revolucionario Democrático) en 1988, fundado por el hijo del General Cárdenas, héroe de la revolución.<sup>11</sup> «Se puede proponer la hipótesis de que el voto por Cárdenas no sólo fue un voto de protesta o de castigo contra el PRI, sino que fue un voto a favor de un líder populista que renovó este discurso, que proponía reconstruir las viejas alianzas y los mismos mecanismos de participación y de identificación que su padre el general Lázaro Cárdenas, había creado en los años treinta [...] y que la política delamadrina y la crisis habían destruido».<sup>12</sup> De manera que paradójicamente basado en esta cultura tradicional que «niega la política» se articula la demanda «democrática popular».

Llegada la década de los noventa, la tesis de Víctor Manuel Durand apunta por una recomposición del régimen populista y una suerte de vuelta a la calma / estabilidad por un tiempo prolongado, ya que a nivel del discurso, el gobierno de Salinas de Gortari (1988-1994) logró el equilibrio entre la modernización y el compromiso demagógico con las demandas populares, volviendo el PRI a ocupar el sitio de partido hegemónico, incrementando el poder del presidente por sobre los demás poderes de la República, «haciendo difícil pensar que se imponga la ciudadanía y con ella la democracia como régimen político».<sup>13</sup> Sin embargo para Pérez Herrero la crisis aún permanecería latente, puesto que el propio modelo de desarrollo impulsado por Salinas de Gortari (como en la década perdida por de la Madrid), minimiza en demasía las posibilidades de mantener un pulcro equilibrio entre el «necesario» diferencial presupuestal positivo y la articulación de la demanda corporativa, quedando los lazos clientelares en una tensión permanente.

De manera que el crecimiento económico no se condice con una equitativa distribución del ingreso social y regional, sino que más bien se ha vigorizado la polarización social y geográfica. Este proceso se ve aumentado por el inacabado proceso de homogenización (como lo pretendían los planteamientos indigenistas de mediados de siglo), que potencia la diversificación cultural y con esto el derecho de cada grupo de afirmar y defender la diferencia.<sup>14</sup> Además se van minando

---

<sup>10</sup> Ibid.

<sup>11</sup> Torcuato Di Tella, *Historia de los Partidos políticos en América Latina. Siglo XX*, Fondo de Cultura Económica, México D.F., 1993.

<sup>12</sup> Víctor Manuel Durand, op. cit.

<sup>13</sup> Ibid.

<sup>14</sup> De esta manera es entendible la movilización política étnica para defender su autonomía.

las bases de sustentación del PRI, situación empeorada por la incapacidad de las políticas sociales de frenar la desigualdad. De esta manera la opción del poder central es una relación directa con los ciudadanos, tratando de «puentear» esta inexistencia de los intermediarios políticos. Con esto la democratización pasó de representar una posibilidad a una necesidad perentoria. En este sentido «Pronasol busca no sólo convertirse en un programa social, sino que también en una relación de poder».<sup>15</sup>

Por otra parte, la política neoliberal ha impulsado el resquebrajamiento del empresariado, el cual se introduce cada vez más en materia política, al tiempo que el gobierno no puede hacer nada por el temor a la reducción de la inversión y de la exportación de capital, cosa que repercutiría en un empeoramiento de la situación de las clases populares, quedando en entredicho la posibilidad de establecer nuevas relaciones de poder.<sup>16</sup> En suma, el reajuste estructural de alguna manera necesario en el discurso por el desgaste del desarrollismo, resquebraja las relaciones clientelares patrimoniales, desestabilizando el reparto del poder en la esfera institucional y en la esfera de facto.

La latencia de la crisis, junto con este maquillamiento del PRI y la ruptura del pacto lo manifiesta el asesinato de Luis Donaldo Colosio (23 marzo 1994), candidato a la presidencia al igual que importantes representantes de la línea renovadora del PRI. Así la tensión interna del Partido, en un nuevo escenario de competitividad internacional, ha supuesto la débil recomposición del Régimen Populista (que proponía Víctor Manuel Durand) y el surgimiento de la violencia. En este contexto de coletazos de la crisis política que terminan en una democratización perentoria para la permanencia del sistema político, no impulsada desde la ciudadanía y por tanto de corto alcance, es que sale a la luz el conflicto instalado por los indígenas chiapanecos, tributario de un largo proceso anteriormente expuesto, como consecuencia de este cambio de escenario con el pacto roto que limita la cohesión de la federación.

## **Más allá de 1910, quinientos años de resistencia indígena**

Para preguntarnos por la suerte de continuidad o no entre el movimiento impulsado por los indígenas de Chiapas y el EZLN y la revolución de 1910, Pérez Herrero<sup>17</sup> nos ofrece una síntesis muy satisfactoria dado el desarrollo que hace acerca de la Revolución mexicana y sus diferencias con el movimiento neozapatista. En este sentido apunta que antaño se llegó al compromiso de que a cambio de tierra y aumento del gasto social, los campesinos no participarían directamente en política, por un asunto de minoría de edad (remarco directamente porque de alguna manera estaban incorporados a la alianza de gobierno, de manera cooptada como fue la tónica de todo este proceso). Por otra parte los neozapatistas piden juntamente con el aumento del gasto social, justicia, libertad y democracia, es

---

<sup>15</sup> Pedro Pérez Herrero, op. cit.

<sup>16</sup> *Ibid.*

<sup>17</sup> *Ibid.*

decir, exigen participación política en igualdad de condiciones. También se da una vinculación directa con la Iglesia Católica. De manera que no existiría esta continuidad entre la revolución de 1910 y los neozapatistas, pese a que las figuras de Zapata y la tierra son importantes símbolos del nacionalismo mexicano.

La implicancia más importante de esta conclusión es que al no ser continuidad, significa la no incorporación al PRI entendiendo a este como histórico heredero de la revolución y por tanto no se entendería un apoyo a este levantamiento por parte del partido, para que «llegue la revolución a Chiapas». Por lo tanto su solución tendrá que pasar inevitablemente por una nueva articulación entre la sociedad y el sistema político.

Por otro lado el propio autor desestima el carácter indígena del movimiento, cosa que desde mi perspectiva no es correcta, pese a que frente a este tema aduce una falta de información, lo que no permite establecer conclusiones definitivas. En este sentido apunta a que el levantamiento de Chiapas no parece ser un movimiento del pueblo maya, sino que sólo de ciertas comunidades de la zona de Cañadas y el estado de Chiapas. Sin embargo, para González Casanova es la presencia de múltiples etnias (tzeltales, tzotziles, tojolabales, etcétera) la que marca el carácter indio, incluso el propio José Bengoa apunta que la presencia de no-indígenas (como los mestizos insurgentes) no le quitaría el carácter indígena a este levantamiento.<sup>18</sup>

En este sentido Raúl Zibechi<sup>19</sup> le asigna un gran peso, en tanto factor explicativo, a la propia identidad india fundida mucho antes del surgimiento del EZLN, al alero de la acción pastoral y con ello de la teología de la liberación. Tal es el peso que esta conciencia de indianidad permearía (y en esto coincidiría con González Casanova), en las concepciones acerca del poder y en la estrategia de lucha que van a tener al momento del arribo a la selva de los «estudiantes del 68», las cuales se conservan hasta hoy. De hecho en el propio discurso de Marcos no es difícil rastrear aquello que se denomina como el «mandar obedeciendo», «entre todos lo sabemos todo», «caminar al paso del más lento» y «preguntando caminamos», que dan cuenta de una responsabilidad de la autoridad para con la soberanía, aludiendo a que es el pueblo en definitiva el que toma sus decisiones, mediante la palabra y la conversación como mecanismo de construcción de la revolución. En suma una nueva cultura política. Nuevas concepciones que son testeadas por este propio autor como experiencia real de organicidad (como las juntas del Buen Gobierno), además de todas las comunidades de base que hacen de la democracia profesada una práctica real.

Sin embargo, es preciso aclarar que en ningún momento se está pensando en un movimiento panindianista con un marcado rechazo a la civilización occidental, sino que, por el contrario, se trataría de un movimiento que se circunscribe a los límites del Estado-nación. El cual pese a que no presente un proyecto global para la sociedad, plantea un cambio en la relación entre la comunidad y la socie-

---

<sup>18</sup> José Bengoa, op. cit.

<sup>19</sup> Raúl Zibechi, *La mirada horizontal. Movimientos Sociales y emancipación*, Editorial Nordan-Comunidad, Montevideo, 1999.

dad, cambio que tiene que transformar de alguna manera la sociedad misma, todo esto desde la propia autodeterminación del indígena. De ahí entonces las reclamaciones por un estado pluriétnico y espacios multiculturales, las cuales no son meras respuestas de una comunidad amenazada, sino intentos de cambiar las relaciones de dominación desde la propia concepción indígena.

## **Entre proyecto y demanda exigida, una nueva cultura política**

Anteriormente se han expuesto algunos de los planteamientos enarbolados por indígenas chiapanecos, de manera dispersa, pero que nos dan algunas luces acerca de su objetivo, sin embargo es necesario poder clarificarlo aún más para poder determinar con mayor certeza su carácter y vislumbrar sus posibilidades.

En este sentido, para Andrés Benavente Urbina<sup>20</sup> el objetivo de los zapatistas es ambiguo, puesto que encubren el socialismo, no tienen largo alcance más allá de lo democrático, en este sentido adoptan el discurso indigenista como funcional al momento histórico, adhiriéndose en pos de alcanzar las demandas que el Estado no ha satisfecho. Para esto buscan alcanzar un sistema democrático «como espacio libre de lucha política»,<sup>21</sup> además de imponer nuevas coordenadas económico-sociales. Se trataría de un indigenismo rupturista en la medida que «la cuestión indígena no tenga solución sin una transformación del pacto nacional».<sup>22</sup> Se trata de una incorporación autónoma, libre determinación de las etnias en un marco constitucional que asegure la unidad nacional, como se estipuló en los Acuerdos de San Andrés, Chiapas 16 de enero de 1996.

Por otro lado Zibechi<sup>23</sup> apunta que es el propio contacto y el confluir de los distintos actores con los sectores indígenas lo que permea en las formas de concebir el poder y por supuesto en los objetivos que el movimiento se plantea. De este modo, no buscan el poder como un «grial» externo superior, sino que podríamos decir, el «empoderamiento», relacionado a su vez con la dignidad como necesidad de autodeterminación, una suerte de alcanzar «la mayoría de edad». En este sentido más que reaccionar como una comunidad amenazada frente a un «nuevo» invasor, se trata de una reafirmación histórica. Por otro lado, las demandas de tierra, más allá de reducirlo a una demanda económica son necesarias para la conformación comunitaria, es decir, en ello se juega la realización de su propia existencia. Además de la justicia autónoma, según sus costumbres y autogobierno.

Ahora bien, para lograr la justicia, la autonomía y el autogobierno es necesaria una «democratización social de la sociedad descentralizando política y administrativamente el Estado»,<sup>24</sup> es decir, democracia y autogobierno van de la

---

<sup>20</sup> Andrés Benavente Urbina, *Los nuevos ejes insurreccionales en América Latina después de Chiapas*, Documento de Trabajo N° 64, INAP, Universidad de Chile, 1998.

<sup>21</sup> 2° Declaración de la Selva Lacandona, junio 1994.

<sup>22</sup> 3° Declaración de la Selva Lacandona, enero 1995.

<sup>23</sup> Raúl Zibechi, *Los Arroyos cuando bajan, los desafíos del zapatismo*, Editorial Nordan Comunidad, Montevideo, 1995.

<sup>24</sup> *Ibid.*

mano. Apuntan al concepto primitivo de revolución, no como la toma del poder sino que transformar la sociedad, transformando las relaciones entre las personas y es en esto donde se juega una nueva cultura política.

Importante es recalcar la concepción que se tiene acerca de la democracia, ellos la conciben como una antesala, el propio Marcos resume muy bien este punto en el texto «la luna entre los espejos de la noche y el cristal del día»: «No se trata de la conquista del poder o de la implantación (por vías pacíficas o violentas) de un nuevo sistema social, sino de algo anterior a una y otra. Se trata de construir la antesala del nuevo mundo, un espacio donde, con igualdad de derechos y obligaciones, las distintas fuerzas políticas se disputen el apoyo de la mayoría de sociedad ¿confirma esto que la hipótesis que los zapatistas son reformistas armados? Pensamos que no. Nosotros sólo señalamos que una revolución impuesta, sin el aval de las mayorías termina por volverse contra sí misma [...] En suma no estamos proponiendo una revolución ortodoxa, sino algo mucho más difícil, una revolución que haga posible la revolución».<sup>25</sup>

### **Del qué al cómo: los planteamientos estratégicos**

La estrategia es bastante clara para avanzar en la guerra de posiciones. Como dijimos no se plantean la toma del poder como el lugar desde donde promover las transformaciones, sino que más bien propugnan a la sociedad civil la tarea de diseñar su destino sin pre-concebir teleológicamente la historia. En este sentido no buscan expandir «las zonas liberadas», sino que buscan permear en la sociedad entera en la medida que le sirva de caja de resonancia en su cuestionamiento al sistema vigente y, además, interpelarla para que tome su rol protagónico en la democratización de las instituciones. Revalorizando a su vez la democracia, realizándola en su vertiente real, más allá del despliegue discursivo de corto alcance que ha desarrollado el gobierno. Por lo tanto apuntan a generar una crisis de legitimidad, conquistando espacios civiles para crear una plataforma de lucha política (la antesala democrática).

La manera como lo han venido haciendo es con una fuerte campaña comunicacional, además de la instrumentalización de lo militar y su supeditación a lo político, utilizándolo para entrar en la negociación con el poder (de allí que se cuestione la idea que el EZLN es una guerrilla), además de crear y mantener espacios geográficos a ocupar por la sociedad civil como en la Convención de Aguas Calientes.<sup>26</sup>

Este intento no se trata de una lucha localista, sino que intenta articular un movimiento de carácter nacional, de allí entonces la apelación a figuras como las de Zapata, el ecologismo, la mujer y la constante interpelación a la sociedad civil en su conjunto.

<sup>25</sup> Citado en Raúl Zibechi, *Los Arroyos cuando bajan, los desafíos del zapatismo*, op. cit.

<sup>26</sup> Conocido es a este respecto la «voluntad de suicidio que tiene el EZLN», es decir, la innecesaria permanencia del EZ una vez logrados los objetivos.



Para Raúl Zibechi<sup>27</sup> se trata de un movimiento centralmente indígena, que supera por sí mismo al EZLN e incluso a las comunidades de Chiapas, se trata de una fuerza social campesino-indígena que se reconoce como sujeto, en la medida que es capaz de tomarse como objeto de su reflexión e intentar transformar su situación transformando las relaciones de dominación.<sup>28</sup> Como tal asume distintas dimensiones de las cuales el EZLN es sólo una de ellas, la cual no es una vanguardia sino que se somete a las organizaciones. Por otra parte, la dimensión eminentemente política del movimiento se encuentra en el Frente Zapatista de Liberación Nacional (FZLN, enero de 1996), fuerza política que no se compromete en fines electorales (lo cual sería completamente contradictorio) sino que apunta por un lado a canalizar y agudizar las demandas y, por el otro, a sobrepasar al gobierno instando al autogobierno sin intervención del aparato político.

Como sujeto reconoce al adversario en el Estado, los hacendados, el PRI, interpellándolo constantemente a la creación de espacios para el diálogo, además de un «nuevo pacto», demostrando al mismo tiempo la democracia de corto alcance que desarrolla el gobierno. Todo esto completamente perceptible para la sociedad civil a través de la exacerbación de los desequilibrios coyunturales en el ámbito político, económico y social, desarrollando una fuerte campaña comunicacional.

Para esto intentan desarrollar una imagen pública bien tratada. En este sentido el uso del pasamontañas, más allá de ser una contradicción que Andrés Benavente

---

<sup>27</sup> Ibid.

<sup>28</sup> En este sentido, quizás la debilidad de Benavente sería el considerar sólo el EZLN, al cuál se subordinan las comunidades indígenas.

hace notar, se trata de una intención de anticaudillismo,<sup>29</sup> una apelación a la sociedad civil a sacarse la máscara, a reconocerse, a aceptar la identidad mexicana. Cuestión que si bien tiene todo un trasfondo cuasi mágico (en la historia de «los hombres del maíz») ha tenido un fuerte impacto, por ejemplo en el movimiento urbano donde «todos somos Marcos», al decir, del movimiento estudiantil. En definitiva a lo que apunta es a posibilitar el «suicidio» del EZ cuando ya su lucha no tenga sentido, además de proyectar la imagen que los zapatistas pueden ser cualquiera y no tal o cual, permeando a su vez de mejor manera en la propia sociedad civil.

### **Lucha o movimiento social, ¿surgimiento de un nuevo actor?**

Creemos necesario dar curso a discusiones con un nivel mayor de abstracción que nos permita aprehender teóricamente este movimiento a fin de establecer sus especificidades y vislumbrar sus posibilidades, en el actual contexto mexicano. En este marco distintos autores han tratado de superar tanto las posiciones economicistas, que perciben a los indios como los otros explotados, como las comunitarias y culturalistas, que los defienden y definen como «minorías» y una suerte de objeto cultural que hay que preservar. Alain Touraine<sup>30</sup> afirma que lo central es la naturaleza de la dominación que crea la figura del indio, es decir, es una dominación racista que naturaliza al dominado. Esto se traduce en un proceso de racismo contra sí mismo, donde el indio redobla esta objetivación. La conciencia del indio hace que este no pueda ir más allá, la conciencia de indianidad no puede transformarse en indigenismo, por este motivo las insurrecciones indígenas no pueden ir más allá del plano local para articular un movimiento de alcance nacional. En sus propias palabras, las insurrecciones indígenas han sido reflejo de conductas colectivas, como una acción de la comunidad amenazada frente a un enemigo externo con un alto componente reaccionario.

Sin embargo, en el marco de la «emergencia indígena» Jorge León<sup>31</sup> observa la protesta de Ecuador como el inicio al rechazo de la discriminación étnica, fue un acto de afirmación social de la población indígena, ve en el levantamiento el surgimiento de un actor social que marca la emergencia de la política indígena. En esta misma línea Yvon Le Bot<sup>32</sup> remarca que lo que hace ejemplares estos nuevos movimientos indígenas es la combinación de una voluntad de emancipación y de un proyecto de construcción de un sujeto individual y colectivo. Es una lucha por convertir la indianidad negativa en positiva, una lucha por el reconocimiento de la identidad, en este caso autodeterminada y

---

<sup>29</sup> Hasta cierto punto poco lograda por la importancia que ha adquirido el Sub-comandante Marcos, pero sobre lo mismo cabe la pregunta ¿quién es Marcos?

<sup>30</sup> Alain Touraine, *Actores Sociales y Sistemas políticos en América Latina*, Santiago de Chile, PREALC, 1988.

<sup>31</sup> Citado en Yvon Le Bot, *¿Se puede hablar de actores sociales étnicos en América Latina?*, En Karl Kohut (editor), op.cit.

<sup>32</sup> Ibid.

no impuesta desde afuera. Aunque son movimientos de protesta y defensa como los movimientos de antaño, presentan un proyecto para la comunidad, en cuanto a cómo esta debe articularse con la sociedad, lo que repercute en la concepción misma de la sociedad en general, aunque sin presentar un proyecto global para esta.<sup>33</sup>

Del mismo modo el movimiento chiapaneco no presenta un proyecto de sociedad como clásicamente lo tenía el movimiento obrero, sino que es un acto de afirmación de identidad histórica, es decir, una demanda por incorporación no cooptada, no mediante una asimilación cultural ni ciudadanización, sino un afán de entrar en el juego auto denominándose, reconociéndose como sujeto e identificando al adversario. Planteando del mismo modo su propio proyecto de autonomía que exige inevitablemente una transformación radical a nivel político-social y económico.

Por lo tanto la naturaleza de la dominación que retrataba Touraine en los alzamientos indígenas a lo largo de la dominación oligárquica y el Estado de Compromiso se va desdibujando en la medida que son estos nuevos alzamientos, de la «emergencia indígena» en general y de Chiapas en particular, los que reflejan en su acción, objetivos y estrategias, el despertar de un nuevo actor étnico, con plena conciencia de su situación y voluntad de transformarla.

Con todo, ¿esto nos permite considerar el fenómeno de Chiapas como un movimiento social? Desde la perspectiva de Fernando Calderón como la de Alain Touraine se podría establecer un diagnóstico similar tanto para los procesos de la «emergencia indígena» en general, como para el caso de Chiapas en particular, sólo que con categorías analíticas distintas. De esta manera lo que para Fernando Calderón es un movimiento social,<sup>34</sup> para el autor francés no sería más que una lucha,<sup>35</sup> ya que los indígenas intentan cambiar la objetivación o naturalización que el propio autor advertía en antaño, para establecer su propia objetivación construida desde su emergencia como actor social, apropiándose de sus espacios, pero preferentemente interpelando al Estado.

Sin embargo, creemos que, la experiencia de Chiapas hace tensionar esta aprehensión, ya que el establecimiento de un nuevo pacto implica para los propios zapatistas una necesaria transformación de las relaciones sociales, no sólo del indígena para con el Estado,<sup>36</sup> Plantea una nueva articulación entre la propia

---

<sup>33</sup> Símbolo de esto, es el «nuevo pacto» que menciona Bengoa luego de los alzamientos de Chiapas y Ecuador y las negociaciones posteriores.

<sup>34</sup> Ya que los indígenas, como actores en una relación de dominación, actúan y se orientan para recrear y transformar las relaciones en cuestión. Incluso entrega algunas características comunes de otros movimientos étnicos en Brasil y Ecuador, como que su interlocutor siempre es el Estado y que su problemática intenta ser definida como una problemática nacional, de integración e interés nacional, en este sentido más que de minoría se trata de ciudadanía.

<sup>35</sup> En tanto concepción estratégica del cambio social, donde la acción no son respuestas reactivas (como el caso de la comunidad amenazada), sino iniciativas que no pretenden construir un sistema social, sino que en este caso se intenta cambiar la imagen que la sociedad tiene del actor social.

<sup>36</sup> Que de alguna manera «quedaría» resuelta entregando carta de ciudadanía y reconociendo

sociedad y el sistema político, apelando a la sociedad civil para que tome su rol protagónico en el proceso democratizador. En este sentido contiene una concepción estratégica del cambio social, además de iniciativas que si bien no pretenden construir un sistema social, no solo intentan cambiar la imagen que la sociedad tiene del propio actor, en este caso indígena, sino que buscan configurar la antecámara democrática y construir a través de los flujos de historicidad de la sociedad civil «el» proyecto de sociedad que pretenda conformar un nuevo sistema social.

De manera que a nuestro parecer el fenómeno en cuestión marca ciertas particularidades en sus objetivos como en las estrategias que lo hacen distanciarse en cierta medida de lo que Bengoa denomina como la «emergencia indígena de América Latina».<sup>37</sup> Por otro lado creemos que la experiencia de Chiapas queda en una suerte de intersticio teórico entre una lucha y un movimiento social en la perspectiva del autor francés, cuestión que exige de alguna manera una nueva discusión acerca de las propias categorías, que nos permita ir contribuyendo en la construcción de un corpus teórico con mayores posibilidades de aprehensión a fin de poder contemplar a los movimientos sociales como elemento constitutivo y necesario de las discusiones político sociales actuales.

### **Nuevo contexto, México sin el PRI: alternancia, mercado político... ¿democracia ?**

El año 2000 para México sin duda marca en los hechos un punto de inflexión en el curso político, es así como el 2 de julio, aparece por primera vez en más de medio siglo la tan anhelada alternancia política. Vicente Fox alcanzó el 42,71% (PAN), Francisco Labastida el 35,78% (PRI) y Cuauhtemoc Cárdenas el 16,52% (PRD) de los sufragios. En el caso de la elección de senadores: Alianza para el cambio (PAN, Partido Verde Ecologista) 38,33%, PRI 36,33% y a la Alianza por México (PRD, Partido del Trabajo, Alianza Social, Convergencia por la Democracia y Partido de la Sociedad Nacionalista) con un 18,75%. En la elección de diputados federales: Alianza para el Cambio 38,41%, PRI 36,55% y la Alianza por México 18,59% de la votación total.<sup>38</sup>

Frente a estas cifras Pérez Herrero<sup>39</sup> propone distintas reflexiones: en primer lugar destaca la alta participación (cerca del 60%) que se condice con un clima de tranquilidad y transparencia. Por otro lado destaca que no hay grandes vencedores, ni grandes perdedores: si bien el PAN tiene la presidencia, y tiene la mayoría en el Congreso, no es una libertad absoluta, el PRI obtuvo un porcentaje similar, por otro lado la Jefatura del Distrito Federal está a cargo del PRD a través de

---

do su propia diversidad en el ámbito formal, frente a lo cual efectivamente interpela al Estado para que genere tales condiciones.

<sup>37</sup> Proposición que creemos debe ser rastreada mediante un análisis comparativo mucho más profundo de ésta como de otras experiencias que la conforman.

<sup>38</sup> Pedro Pérez Herrero, «La derrota del PRI, comienza otra revolución», en *Política Exterior*, N° 77, 2000.

<sup>39</sup> *Ibid.*

Cárdenas. En tercer lugar señala que el PRI ya no es la «dictadura perfecta», ni los ciudadanos vasallos clientelares, aduce que si se produjo el cambio sin violencia es porque el PRI ha impulsado la transparencia y la ciudadanía, ha optado por el cambio. En suma se dignifica el sistema político y las responsabilidades han quedado repartidas, el Estado ya no sería el único culpable. Finalmente destaca que los resultados simbolizan el fin de la disociación entre sistema político y la sociedad: «la ciudadanía ha evolucionado».<sup>40</sup>

No es difícil percibir el tono positivo y expectante que manifiesta el autor frente a tales resultados. Sin embargo, creo que es necesario hacer algunas salvedades que nos permitan comprender el proceso más que quedarnos en la experiencia particular. En este sentido el propio autor nos advierte que desde la propia década de los ochenta que el PRI viene registrando un proceso de desestabilización de sus anclajes de legitimación en un desarrollo progresivo e inexorable, provocado por los avatares de la implantación del neoliberalismo y la incapacidad del PRI de «adaptarse a los nuevos tiempos» (cuestión que de alguna manera ya hemos expuesto y proyectado). También destaca que la victoria del PAN no puede explicarse por el avance del catolicismo o el carisma del ex gerente de la Coca-Cola (Vicente Fox), sino que le otorga gran peso a dos variantes: en primer lugar el éxito incuestionable del PAN de ir avanzando posiciones gradualmente de la periferia al centro; en segundo lugar, que la coyuntura política ha hecho que el «voto útil» recayera en el partido de Fox al representar la idea de cambio y modernidad. Claro es el ejemplo que el PRD se desmorona electoralmente en la medida que se fortalece el PAN, de manera que muchos «perredistas» lo apoyan, para asegurar la derrota del PRI y con ello la alternancia política. Es decir, se trata de un voto castigo.

Cabe la pregunta entonces, si es que en este nuevo contexto se puede hablar de Democracia en México. Sin embargo para poder dar curso al desarrollo de este cuestionamiento debemos preguntarnos acerca de la democracia, es decir, dejar en claro qué es lo que entendemos por democracia, piso básico sobre el cual poder examinar esta hasta cierto punto nueva realidad mexicana y vislumbrar sus límites y posibilidades.

En este sentido el sociólogo francés Alain Touraine<sup>41</sup> nos da algunas pistas acerca de lo que una democracia implica:

- Limitación del poder del Estado por las instituciones políticas y por la ley, es decir, reconocimiento de los derechos fundamentales, respetados por el poder.
- Representatividad social del actor político y más aún, subordinado al actor social autoorganizado y representable.
- Conciencia de ciudadanía en tanto conciencia de pertenecer a una colectividad fundada en derecho.

---

<sup>40</sup> *Ibíd.*

<sup>41</sup> Alain Touraine, *¿Qué es la Democracia?*, Fondo de Cultura Económica, 2000



Lo anterior decanta en una diferenciación en tres niveles de la totalidad social: la sociedad civil, el sistema político y el Estado, diferenciación que se constituye en una precondition a la hora de poder cumplir con lo que una democracia implica. Es decir, la sociedad civil ejerce control sobre el sistema político y sobre el Estado mediante la representatividad social de actor político y su subordinación al actor social; del mismo modo el sistema político constituye el espacio legal que fija los límites y posibilidades de movimiento del Estado, es decir, limitan su poder. Finalmente la conciencia de ciudadanía es la normatividad que articula la dimensión social y la dimensión política, articulando a su vez los tres niveles, haciendo de la soberanía la voluntad democrática que constituye el espacio geográfico que ocupa la colectividad como un Estado-nación.

Podríamos decir que su desafío es la posibilidad de constitución de actores sociales con capacidad desequilibrante, es decir, con cierto nivel de historicidad que le permita dotar de sentido al cambio social, como dice al autor: «la democracia es el régimen político que les permite a los actores sociales formarse y obrar libremente, sus principios son los que rigen la existencia de los propios actores sociales». <sup>42</sup> En este sentido pasar de la democracia negativa, en tanto libertad negativa como defensa de los mecanismos de control hacia la soberanía con actores que se reconozcan como productores de su propia historia.

Desde esta perspectiva el propio autor desarrolla un balance de «los éxitos y los límites de la democratización de América Latina», <sup>43</sup> concluyendo que tras la confusión de los tres niveles durante el período de los regímenes nacional-populares

<sup>42</sup> Ibid.

<sup>43</sup> Alain Touraine, *Éxitos y límites de la democratización en América Latina*, texto de la ponencia en la sesión plenaria del congreso de LASA, Guadalajara, 17 abril de 1997.

sobreviene, producto de la «revolución capitalista», una creciente diferenciación, que otorgan por un lado gran autonomía de los agentes económicos y por otro una dualización en términos de privilegiados y excluidos que destruye la ciudadanía con la consiguiente pérdida del control político por parte de los actores sociales.

Por otra parte los procesos de modernización del Estado permiten la autonomización del sistema político como en el caso de Chile y Uruguay, proceso más matizado en Argentina, Brasil, Venezuela, y México. Sin embargo, la falta de autonomía de los actores sociales impide finalizar el proceso democrático. Es decir, donde existe autonomía del sistema político no hay autonomía de los actores (Chile), cuando el proceso es a la inversa el conflicto es más visible (Colombia, Venezuela, México).

En el ámbito de los elementos del régimen democrático:

1. Poder estatal limitado, pero no por los actores sociales a través del sistema político, sino que más bien por las exigencias del sistema económico mundial.
2. Representatividad muy baja, con altos niveles de corrupción y clientelismo, inestabilidad del sistema político, más aún en el caso del México PRI donde existía una partitocracia por la propia debilidad y heteronomía de los actores sociales.
3. Conciencia de ciudadanía débil.

En suma, tenemos una democracia trunca, con la autonomización económica y estatal no completada con la formación de un sistema político y actores sociales fuertes; por el contrario, con una débil construcción de un sistema político y conductas colectivas más bien reactivas. Por tanto, vemos entonces que de alguna manera, como decía Faletto, el desafío de la democracia en América Latina en general, sigue siendo el desafío de la transformación social.

Para el caso mexicano, en una reciente publicación,<sup>44</sup> Touraine nos da algunas pistas diciendo que los partidos políticos no han salido de su confusión, enredados en luchas personales y sin un proyecto general que les impide definirse políticamente, por tanto se ven frustradas las esperanzas de construcción del sistema político, ya que no se definen por las demandas de sus electores y ni por su programa.

De manera que en México pese a la alternancia política aún existe la necesidad democrática de diferenciar y combinar en un proyecto conjunto al Estado, el sistema político y la sociedad civil, a fin de que el cambio político no sea más que el reflejo constante de agotamiento del régimen anterior. Resulta necesario para el autor la definición de una mayoría en el gobierno, partidos políticos con visión de sociedad, además de movimientos sociales independientes con una estrategia política clara a través de los propios partidos políticos o creando conflictos no

---

<sup>44</sup> Alain Touraine, «Las dificultades políticas del gobierno de Fox», en *El País*, España, 17 de julio de 2001.

institucionalizados. Sin embargo, apuesta por los primeros en tanto que en ellos está «el futuro democrático»,<sup>45</sup> aduciendo a dos posibles salidas negativas: la primera es la ausencia de cambio y la búsqueda de un continuismo mediante la reconstrucción de viejas alianzas y por el otro el nivel desintegrativo que sufre la sociedad civil, debido a la desigualdad de ingreso y de acceso a bienes y servicios de consumo básico, que puede crear un tipo de caos solucionable mediante el caciquismo en tanto forma de dominación de las poblaciones marginales. De manera que apunta por una transformación en el ámbito institucional que permita la creación de nuevas fuerzas políticas.

### **Posibilidades político democráticas de la lucha por la autonomía**

Frente a este diagnóstico, primero marcado por las positivas expectativas por el triunfo de Fox y la, a nuestro juicio, sobrevalorada alternancia política, pese a la exacerbación del voto útil, (que no es otra cosa que voto castigo donde efectivamente se niega la política frente a la suspensión de proyectos) manifestada por Pérez Herrero y por el otro lado marcado por los peligros que advierte Touraine de continuismo o de crisis que permita el resurgimiento del caciquismo, ( y la posible salida mediante la transformación en el ámbito de la institucionalidad que permita esta creación de nuevas fuerzas políticas),<sup>46</sup> ¿qué papel puede jugar esta lucha con pretensiones de movimiento social que constituyen los indígenas de Chiapas en la configuración de la democracia como realidad más que discurso?

Para José Bengoa este actual momento estaría caracterizado mayormente por lo que él denomina la cuarta etapa de la emergencia indígena, constituida por los acuerdos y la búsqueda de un nuevo pacto; en el caso mexicano, los Acuerdos de San Andrés. Sin embargo, el gobierno o mejor dicho el parlamento para ser más justos, rechazó el proyecto de la Cocopa (Comisión de Concordia y Pacificación) la cual recogía muy fielmente los puntos establecidos en San Andrés. De manera que se produce un nuevo distanciamiento de los zapatistas para con el gobierno, cuestión que sumado a la profundización de las políticas de corte neoliberal que extreman aún más las condiciones de producción y reproducción de la masa creciente de excluidos mexicanos hacen de la lucha democrática una necesidad permanente e impostergable para el movimiento.

Ahora bien, teniendo en cuenta sus objetivos y más presente aún sus planteamientos estratégicos donde no encontramos la toma del poder ni a corto ni mediano plazo, sino que más bien lograr una transformación radical —creando para ello situaciones de ingobernabilidad del sistema en función de deslegitimarlo— y a partir de ello posibilitar que nuevas fuerzas políticas en una

---

<sup>45</sup> Entrevista a Alain Touraine de José Gil Olmos en La Jornada, lunes 6 de noviembre del 2002.

<sup>46</sup> Que de alguna manera lo manifiesta Pérez Herrero (véase Pérez Herrero, Op, cit.) mediante la necesidad de creación de un Estado conformado por instituciones que surjan de los acuerdos y compromisos que los agentes económicos, políticos y sociales sean capaces de establecer.

alianza amplia, sin vanguardias preestablecidas, puedan llegar al poder en medio del consenso social, es que podemos considerar, ya sea como lucha o movimiento social que constituyen un agente democratizador en la medida que su propia lucha por el reconocimiento y la autonomía (aún pendientes) conllevan necesariamente una transformación social democratizadora a partir de la nueva relación de la comunidad con la sociedad. Puesto que reconocer al indígena como sujeto implica no sólo considerarlo como un igual en la lucha política, sino que también reconocer y por tanto aprovechar socialmente su propia producción (material, organizativa, discursiva, etcétera) cuestión que tiene que pasar necesariamente por una transformación de la sociedad mexicana.

Con todo, para lograr tales objetivos el movimiento chiapaneco tendría que, con relación a su estrategia, tratar de permear más en la sociedad civil, para esto el EZLN y el FZLN debieran maximizar sus esfuerzos por tratar de articular de mejor manera las demandas de los amplios sectores campesinos del Sur y rearticular el desgastado movimiento social urbano que tuvo gran florecimiento a fines de la década de los ochenta e inicios de los noventa.

A este respecto, en uno de los últimos comunicados<sup>47</sup> de los zapatistas podemos ver la intención de radicalizar un poco más el discurso y las prácticas mediante el llamamiento al cuarto Congreso Nacional Indígena para el 5 y 6 de mayo en San Pedro. Aquí se logra percibir una constante apelación a distintos sectores de la sociedad civil, en una suerte de grito ¡excluidos de México, uníos!, que intenta, y en eso creemos que se juegan sus posibilidades, articular demandas de conjunto a fin de constituir una gran fuerza social que logre dotar de cierto grado de historicidad el proceso de cambio.

Tomando en cuenta que este año termina el gobierno de Fox, creemos que significa un momento crucial en la medida que realmente se ponen a prueba las proyecciones democráticas perfiladas en torno a la evolución de la ciudadanía, el despertar del clientelismo y la capacidad del sistema político por hacer frente a la crisis arrastrada desde mediados de la década perdida. 2006 por tanto podría ser el año que permita «consolidar» el camino avanzado de una democracia trunca que niega la política (con la súper valoración de un mercado político y un voto castigo) o bien, apuntar una victoria para el zapatismo en esta lucha de largo alcance que se plantea la simple pero difícil tarea de que la sociedad mexicana logre experimentar vivencialmente una nueva cultura política, mediante la transformación de sus propias relaciones sociales.

## **Cerrando ideas, abriendo nuevas discusiones...**

Pensando que el desafío de la democracia en América Latina sigue siendo el desafío de la transformación social, creemos que los movimientos sociales juegan un papel central en, al menos, dos sentidos.

En primer lugar que su propio desarrollo histórico, que su propia lucha, da cuenta de la necesidad democrática en términos de practica real, no sólo discursiva

---

<sup>47</sup> EZLN, en La Jornada, 4 de abril de 2006.

por mucha realidad que pueda construir el lenguaje, mediante su afirmación como sujetos en pos de cambiar las relaciones de dominación en que se ven envueltos. Y en segundo lugar, en relación con lo anterior, su capacidad de agentes democratizadores en la medida de construcción de sociedad civil o de «redes que dan libertad» a través de su propia constitución como también la interpelación constante a otros sectores sociales a fin de crear una sinergia proactiva que impida la cooptación desarticuladora de la institucionalidad sin un proceso acabado de incubación que permita definir objetivos y estrategias independientes de los anquilosados mecanismos de representación habituales.

Sin embargo, este desarrollo exige una discusión desde la experiencia histórica en torno a la capacidad aprehensiva de las categorías analíticas atingentes. Esto a fin de dejar de moldear la realidad a la teoría, sino que, por el contrario contribuir y profundizar, por un lado, la capacidad analítica de la propia teoría en la medida que se pueda hacer cargo de los procesos en curso y, por otro, entregar luces a los propios actores sociales que construyen este espacio.

Creemos que desde aquí es posible dotar de sentido las discusiones, hasta cierto punto estériles, sobre democracia. Dispuestas en un plano quizás demasiado formales, en tanto ampliación de derechos y responsabilidades hacia ámbitos como la cultura, la educación, etc. Porque si bien la ciudadanía constituye la normatividad que vincula lo social y lo político, cuestión que frente a los diagnósticos de constante tecnificación y des-socialización de la «gestión» política y la despolitización de la sociedad, parece completamente válido, cabe la pregunta, ciudadanía ¿desde dónde? ¿ejercida por quienes? El arreglo formal previo a la constitución de la demanda puede resultar en una suerte de control en tanto cooptación de la capacidad creativa y proactiva de la sociedad.

En este sentido creemos en la necesidad de entregar elementos para el debate en esta perspectiva, es decir, tratar de rescatar la centralidad de los movimientos sociales como praxis histórica y la democracia como el espacio que permite y se construye mediante los flujos de historicidad que emanan desde la propia sociedad.

# Capitalismo y desarrollo sostenible en América Latina: un análisis crítico

ALEJANDRO ZÚÑIGA ONETO

---

*Este mundo se asienta bajo el signo de la desigualdad. La imagen actual —países desarrollados por un lado, y países subdesarrollados por otro— constituye ya una auténtica realidad, mutatis mutandis, entre los siglos XV y XVIII. Es cierto que (...) los países ricos y los países pobres no siempre han sido los mismos; ha girado la rueda. Pero, en lo que respecta a sus leyes, el mundo no ha cambiado apenas: sigue distribuyéndose, estructuralmente, entre privilegiados y no privilegiados. Existe una especie de sociedad mundial, tan jerarquizada como una sociedad ordinaria y que es como su imagen agrandada, pero reconocible. Microcosmos y macrocosmos, presentan en definitiva la misma textura.*

FERNAND BRAUDEL

*Parece de toda lógica rechazar la sola simpleza de agregar el adjetivo de sustentable al desarrollo. Al plantear la necesidad de un desarrollo sustentable, sin que éste vaya acompañado de cambios estructurales profundos, se está sugiriendo en el fondo que se perpetúe el actual desarrollo.*

NICOLO GLIGO

## Introducción

El eje analítico del presente ensayo se encuentra desplegado en base a una interrogante clave: *¿es viable un desarrollo sostenible en América Latina?* Esta pregunta es la que lleva a indagar sobre las condiciones históricas presentes en la región —tanto en los ámbitos económicos, sociales y políticos—, para luego escudriñar si es que las posibilidades están realmente dadas en la concreción de la sustentabilidad. Los factores involucrados al respecto fueron, por tanto, valorados como relevantes según la relación que tienen con esa problemática inicial.

## Capitalismo

Hablar de capitalismo no es cosa nueva. Es sabido de sobra que en su nombre —ya sea para atacarlo con animadversión, defenderlo apologísticamente o, simplemente

te, para someterlo a examen— han sido llenadas demasiadas páginas. Sin embargo, es fundamental comenzar por el tratamiento de su significado, puesto que sólo bajo sus parámetros son concebidas las ideas de «desarrollo» o, en el caso de América Latina, de «subdesarrollo». Más aún, cuando los fundadores de la Sociología —reconocidos comúnmente en las personas de Marx, Durkheim y Weber— «centraron su atención predominantemente en la estructura del ‘capitalismo’ moderno, en cuanto contrapuesta a las anteriores formas de sociedad».<sup>1</sup> Este argumento se añade al anterior puesto que sus obras, ineludiblemente, determinaron el curso de la teoría social que hoy es realizada. Es más, me atrevo a decir que los sociólogos que dicen ameritarse tal apelativo son herederos, si bien no necesariamente de sus consideraciones —ancladas, obviamente en sus propios tiempos y espacios—, al menos sí de las problemáticas por ellos instaladas, por lo cual toda reflexión sobre las condiciones bajo las cuales se desenvuelven las sociedades contemporáneas a través del mundo debe partir de un diálogo con ellos, esto es, con críticas y reconocimientos.<sup>2</sup>

Sostengo que el análisis sobre el capitalismo es un buen punto de partida para indagar sobre la situación particular de América Latina, debido a que constituye una «categoría de interpretación histórica»<sup>3</sup> que desde sus inicios ha trascendido todos los espacios del mundo, lo cual se ve intensificado en la época contemporánea que aquí se estudia —conocida bajo el rótulo de *Globalización*—, dominándolos. En otras palabras, es una entidad histórica integrada que vincula, sea de buena o mala forma, las naciones a través del mundo.

En esencia, el capitalismo constituye un modo de producción que se configura gracias a la *mercantilización de todas las cosas*:<sup>4</sup> el conocimiento y la tecnología, los recursos naturales y, por sobre todo, el trabajo. Esto se genera mediante un proceso de objetivación que tiene al capital como elemento articulador, puesto que la acumulación de éste con el objeto de su inversión —para así desembocar en la acumulación de más capital a fin de continuar el mismo ciclo de producción— es lo que mueve a la economía capitalista, lo cual habla de que lo primordial en el capitalismo es la *autoexpansión del capital*.

Es obvio que lo anterior no sucede en el aire, sino que se lleva a cabo a través del establecimiento de determinadas relaciones sociales, las cuales —bajo el punto de vista de los clásicos—, han sido apreciadas desde diferentes problemáticas: la *integración* para Durkheim, la *alienación* y el *conflicto* para Marx y la *racionalización* para Weber. En tanto histórica, toda esta dinámica tiene sus inicios con el surgimiento de la llamada «época moderna» o «modernidad» en Europa.

---

<sup>1</sup> Anthony Giddens, *El Capitalismo y la Moderna teoría social: un análisis de los escritos de Marx, Durkheim y Max Weber*, Barcelona, Idea Books, 1998, p. 22.

<sup>2</sup> Un argumento similar se encuentra en el texto *La centralidad de los clásicos*, de Jonathan Turner. El argumento básico de éste es que «los clásicos ocupan un lugar central en la ciencia social contemporánea». Véase *La teoría social hoy*, Anthony Giddens, Jonathan Turner y otros, Alianza, Madrid, 1995, págs. 22-80.

<sup>3</sup> Maurice Dobb, *Estudios sobre el desarrollo del capitalismo*, México, Siglo XXI, 1971, págs. 13-48.

<sup>4</sup> Immanuel Wallerstein, *El Capitalismo histórico*, México, Siglo XXI, 1989, págs. 1-35.

No es el propósito del presente escrito, sin embargo, ahondar en la discusión sobre los orígenes del capitalismo. Más bien pretende, de modo general, abordar sus caracterizaciones propias en cuanto a que éstas inciden en la configuración de la «aldea global» o *sistema-mundo*<sup>5</sup> que le da el marco contextual a las sociedades latinoamericanas. Así, nos encontramos con que el capitalismo opera, básicamente, con tres mecanismos, a saber: 1) las constantes transformaciones en los ámbitos científicos y técnicos, los cuales son funcionales al nacimiento de nuevos instrumentos de producción y dominio; 2) la creciente división del trabajo, tanto a nivel nacional como internacional; y 3) el desarrollo del intercambio a escala planetaria, mediante la constitución de un mercado mundial unificado.<sup>6</sup>

Estas generalidades, no obstante, es necesario aterrizarlas a la realidad latinoamericana. Y, para ello, la «teoría de la dependencia» no puede ser sino el esquema analítico más apropiado.

### **La «dependencia» de América Latina<sup>7</sup>**

El gran aporte de la llamada «teoría de la dependencia» fue, sin duda, el haber desentrañado la estructura propia y los procesos que han cursado y cursan las sociedades latinoamericanas. Mediante el análisis de las situaciones específicas dentro del contexto mundial del capitalismo —tanto a nivel de región como de países en particular—, dicha teoría fue capaz de ponernos en contacto con lo irreproducible de nuestra realidad.

No obstante el alcance de los estudios realizados bajo el título de «dependencia», es necesario decir que ellos estaban, irremediablemente afectados por su tiempo. Lo cual, si bien no es reprochable en absoluto, nos sirve para rescatar los elementos que ella nos brindó de una manera crítica, adecuándolos al escenario actual, donde, ciertamente, el análisis integrado se torna más complejo. Sobre todo en lo referente a la problemática ambiental de los países latinoamericanos. Pese a ello, es innegable que la «teoría de la dependencia» debe constituir la base sobre la cual construir conocimiento al respecto, sobre todo porque dicha problemática más bien se añade a las otras ya existentes —o, mejor dicho, «aún» subsistentes—, que pertenecen a los ámbitos de lo político, lo social y lo económico, examinados por ella.

---

<sup>5</sup> Immanuel Wallerstein, *Análisis de los sistemas mundiales*, en Anthony Giddens, Jonathan Turner y otros, op. cit., págs. 398-417.

<sup>6</sup> Estos factores son los que se está de acuerdo en mencionar como los más relevantes en la abundante literatura sobre la temática. Al respecto, véase Maurice Dobb, op. cit., p. 31.

<sup>7</sup> Aquí la «dependencia» se considera según una multiplicidad de enfoques: la «teoría del subdesarrollo», la formulación de la CEPAL sobre el Desarrollo en América Latina y el análisis de situaciones concretas de Dependencia. Por tanto, los elementos aquí utilizados no corresponden a ninguno en particular, sino que consisten más bien en el rescate de aquellos considerados más significativos para la situación latinoamericana. Respecto de la esquematización de las contribuciones de los distintos enfoques y sus figuras más representativas, véase Gabriel Palma, *Dependencia y Desarrollo: una visión crítica*, México, Fondo de Cultura Económica, 1987.

El concepto de *dependencia* nos permite responder, básicamente, a la pregunta de qué papel juega América Latina en el concierto mundial del capitalismo, esto es, cuál es su realidad social. Y por ello, justamente, se aboca al análisis de las condiciones histórico-estructurales que determinan las situaciones de subdesarrollo latinoamericano. Cabe destacar, con el objeto de no caer en confusiones, que si bien los modelos interpretativos utilizados pueden parecer generales y, por tanto, ser susceptibles de aplicación no sólo a esta realidad, sino también a todos los países del tercer mundo, es el despliegue particular de lo descrito por ellos lo que le va a dar el cariz irrepetible a nuestras sociedades, esto es, cómo se configuran las situaciones histórico-concretas.

La explicación surge con el conocido esquema *centro-periferia*, el cual postula que la economía mundial capitalista está compuesta por esos dos polos (que constituyen grupos de naciones en el mundo), presentando ambas estructuras productivas sustancialmente contrarias. Es así como el *centro* se caracteriza por la «homogeneidad y la diversificación» y la *periferia* se presenta «heterogénea y especializada». ¿Qué significa esto?

Por una parte, la «heterogeneidad» de la *periferia* habla de la coexistencia en su interior de actividades donde la productividad del trabajo es elevada con otras donde ella es reducida, dependiendo esta situación del avance tecnológico de los sectores donde se realicen. Por ejemplo, en el sector exportador la tecnología utilizada es mucho mayor que la que se usa en la agricultura de subsistencia. Por su parte, el apelativo «especialización» indica, esencialmente, que su actividad exportadora se concentra en uno o en pocos bienes primarios, lo cual está determinado por los recursos que se posea y por las exigencias de los centros. De esta manera, heterogeneidad y especialización de la periferia se definen por contraste de la estructura productiva del centro, que se considera comparativamente «homogénea y diversificada».<sup>8</sup>

En base a esta diferenciación de estructuras se asientan las distintas funciones de esos dos tipos de economías, en el esquema tradicional de la división del trabajo, que a su vez se reflejan en un tipo de comercio internacional que sigue el siguiente patrón: la periferia obtiene del centro una gama muy amplia de bienes, en especial productos manufacturados; en cambio, el centro realiza importaciones desde la periferia que están fundamentalmente constituidas por alimentos y materias primas para la producción.

De esta situación de disparidad es que se origina el concepto de «deterioro en los términos de intercambio, el cual se refiere, en términos simples, a la distancia de precios que se establece entre unos y otros productos en el mercado. Como es de esperar, por su condición de «industriales», los bienes producidos en el centro poseen una elaboración más acabada, con lo cual su «valor de cambio» es más elevado que el de los bienes primarios transados por la periferia, que se caracterizan por su escasa elaboración. En términos técnicos, existen «ventajas comparativas» que determinan un desequilibrio en la balanza de pagos, el cual es favorable, obviamente, para el «centro». De aquí que se hable de capitalismo central,

---

<sup>8</sup> Octavio Rodríguez, *La teoría del subdesarrollo de la CEPAL*, México, Siglo XXI, 1980.

separado del capitalismo periférico, a fin de distinguir el rol y la posición que cada área ocupa en la estructura económica mundial.

De lo anterior se desprende que «la diferenciación de la productividad del trabajo, por una parte, y el deterioro de los términos de intercambio, por otra, son dos tendencias de largo plazo propias del desarrollo periférico, que en conjunto explican una tercera: la tendencia a la diferenciación de los niveles de ingreso real medio, entre las economías mencionadas».<sup>9</sup>

El origen de esta situación suele ser entendido desde una perspectiva histórica, según la cual el centro se configura como tal debido a que es el lugar donde primero penetran las técnicas capitalistas de producción; la periferia, en cambio, está constituida por las economías cuya producción permanece, en relación a ello, rezagada. De aquí la denominación de «atraso» a estas últimas. Sin embargo, no por ello debe considerarse al «Desarrollo» como un proceso de carácter sucesivo, esto es, el cual sea factible de alcanzar según la sucesión de etapas.<sup>10</sup> Muy por el contrario. Al insertarse de forma «atrasada» en el sistema capitalista, los países de la periferia quedan vinculados al centro de forma desfavorecida. Tal como remarca Faletto: «El elemento explicativo está constituido por la noción de 'dependencia' que, en términos simples, expresa la subordinación de las estructuras económicas (...) al centro hegemónico».<sup>11</sup> Por ello es que no extraña concebir al subdesarrollo «como parte del proceso de desarrollo», puesto que «tanto el subdesarrollo como el desarrollo son dos aspectos de un mismo fenómeno, ambos procesos son históricamente simultáneos, están vinculados funcionalmente y, por los tanto, interactúan y se condicionan mutuamente».<sup>12</sup> De forma más precisa, se puede decir que se gesta una situación de *Interdependencia asimétrica* que, como tal, genera una enorme desigualdad entre «centro» y «periferia».

En reacción a este panorama oscuro, se han erguido voces en toda la historia de Latinoamérica con la intención de relacionar de un modo diferente sus naciones con las céntricas y no lo han conseguido. ¿Qué viene a pretender, entonces, un concepto de «desarrollo sostenible»? Es lo que pasaremos a revisar a continuación.

---

<sup>9</sup> *Ibid.*, p. 7.

<sup>10</sup> El principal autor que planteó esta teoría fue W.W. Rostow, contra el que partieron discutiendo casi todos los miembros de la Escuela de la Dependencia. Básicamente, el autor presenta la idea de que es posible identificar las sociedades, en sus dimensiones económicas, dentro de una de estas cinco categorías: a) la sociedad tradicional; b) las condiciones previas para el impulso inicial; c) el impulso inicial; d) la marcha hacia la madurez; y e) la era del gran consumo en masa. Según éste, el que una sociedad llegara a ser «desarrollada» o de «gran consumo en masa», se debía a una actitud efectiva de la sociedad con respecto a la ciencia teórica, la ciencia aplicada y el riesgo implicado en las innovaciones, todo lo cual era posible resumirse en la noción de «tendencias». Véase W.W. Rostow, *Las etapas de Crecimiento económico: un manifiesto no comunista*, Fondo de Cultura Económica, México, 1965, págs. 16-29

<sup>11</sup> Enzo Faletto, *La dependencia y lo nacional-popular*, en *Revista de Sociología*, N°17, Santiago de Chile, Departamento de Sociología, Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Chile, 2003, p. 41.

<sup>12</sup> Osvaldo Sunkel y Pedro Paz, *El subdesarrollo latinoamericano y la teoría del desarrollo*, México, Siglo XXI, 1975, p. 6.

## ¿Qué es eso llamado «desarrollo sostenible»?

El Informe de la Comisión Mundial del Medio Ambiente y del Desarrollo (CMMAD) «*Nuestro Futuro Común*» —conocido como el Informe Brundtland—, ciertamente, marca un hito en el entendimiento de la configuración del nuevo escenario mundial, ya que da cuenta tanto de los renovados mecanismos que conectan a todo el planeta en las más diversas áreas de expresión humana como de las implicaciones y los desafíos que se plantean en base a ellos.

Lo más relevante de dicho texto de 1987 —y que lo hizo clave— fue el planteamiento de un concepto que pasaría a ser fundamental en los posteriores tratamientos de problemáticas mundiales: el *desarrollo sostenible*. El objetivo primordial de este tipo de desarrollo, y que lo diferencia del desarrollo 'a secas', se encuentra en «asegurar que satisfaga las necesidades del presente sin comprometer la capacidad de las futuras generaciones para satisfacer las propias». <sup>13</sup> Formulada de manera más compleja, el *desarrollo sostenible* se concibe como «un proceso dinámico en el que el manejo de los recursos naturales, la potencialización del ser humano, los mecanismos de concientización y participación ciudadana, el enfoque del desarrollo científico y tecnológico, la formulación de nuevos esquemas legales y administrativos, la orientación de la economía y la opción de principios éticos de responsabilidad ambiental, fortalezcan las opciones para satisfacer las necesidades básicas actuales, sin destruir la base ecológica de la que dependen el desarrollo socioeconómico y la calidad de vida futuras». <sup>14</sup> De esta definición se desprende el carácter radicalmente holístico e integrador del concepto *desarrollo sostenible*, ya que intenta conciliar tres elementos que, a simple vista, parecen irreconciliables: el *crecimiento económico*, la *equidad social* y la *protección medioambiental*. En pocas palabras, se pretende conseguir una calidad de vida integral para todos los seres humanos, por lo cual se trata de hacer compatibles en forma racional los requerimientos materiales de las sociedades con la capacidad real del planeta para satisfacerlos y, así, sustentar la vida de manera armoniosa.

Posterior a aquel renombrado Informe, sobrevino lo que sería quizá el acontecimiento más importante en materia de compromiso por el Desarrollo Sostenible: la Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Medio Ambiente y el Desarrollo. Esta conferencia —más conocida bajo el nombre de «Cumbre para la Tierra»— fue realizada el año 1992 en Río de Janeiro, y dio a luz al Programa 21 que, en esencia, constituye una constatación de las problemáticas reales y los impedimentos que a nivel mundial obstaculizan la concretización de un Desarrollo Sostenible, junto con las estrategias para su solución. Este programa parte con una Declaración de 27 Principios, dentro de los cuales el más trascendental,

---

<sup>13</sup> Comisión Mundial del Medio Ambiente y del Desarrollo (CMMAD), *Nuestro Futuro Común*, Madrid, Alianza, 1989, p. 29.

<sup>14</sup> Carlos Quesada, *Marco conceptual para la definición del desarrollo sostenible*, en Olman Segura (Comp.), *Desarrollo Sostenible y Políticas económicas en América Latina*, Departamento Ecueménico de Investigaciones (DEI) San José, Costa Rica, 1992, p. 70.

y que determina a los demás, es el primero: «Los seres humanos constituyen el centro de las preocupaciones relacionadas con el Desarrollo Sostenible».<sup>15</sup>

De aquí, los encuentros, conferencias y foros relacionados con el tema no han cesado. Por el contrario, fue tal la repercusión de esa Cumbre que los organismos que enarbolaron la bandera del Desarrollo Sostenible cada día fueron más, generándose con ello un compromiso internacional que hacía suyos los ideales de cooperación y participación. Incluso, el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo dedicó su Informe sobre Desarrollo Humano de 1994 a éste tema, comenzando de manera enérgica: «Tras los vociferantes titulares periodísticos sobre numerosos conflictos y situaciones de emergencia en todo el mundo, yace una crisis silenciosa: una crisis de pobreza mundial, de crecientes presiones demográficas, de insensato deterioro del medio ambiente. Esta no es una crisis que ha de responder al socorro de emergencia, o a acciones de política intermitentes. Esta crisis requiere un prolongado y silencioso proceso de desarrollo humano sostenible».<sup>16</sup>

Según lo acordado, una década después de la famosa «Cumbre para la Tierra», entre el 26 de agosto y el 4 de septiembre del año 2002 fue realizada la «Cumbre Mundial sobre el Desarrollo Sostenible», en Johannesburgo. Los balances no podían ser más desalentadores: a 10 años de Río, los problemas reconocidos como primordiales para alcanzar un Desarrollo Sostenible a nivel mundial —la desigualdad que degenera en pobreza, y la degradación ambiental— no se habían sino intensificado. No obstante lo cual, se ratificaron los acuerdos de Río, pese a no haberse cumplido.<sup>17</sup>

## **¿Sustentabilidad en América Latina?**

La razón por la cual importa rescatar estos hechos no es en un afán de realizar una simple cronología, sino más bien para analizar la evolución que ha tenido el concepto de Sustentabilidad y, de allí, magnificar la aplicabilidad en el contexto

---

<sup>15</sup> Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Medio Ambiente y el Desarrollo (CNUMAD), *Programa 21: un plan de acción en pro del desarrollo sostenible*, documento emanado de la declaración de Río sobre el medio ambiente y el desarrollo que se llevó a cabo del 3 al 14 de junio de 1992 en Río de Janeiro, Brasil, Nueva York, 1998, p. 9.

<sup>16</sup> Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), *Informe sobre desarrollo Humano 1994*.

<sup>17</sup> Una explicación clara puede ser la siguiente: «Aunque América Latina y el Caribe asumieron con entusiasmo los acuerdos de la Cumbre de Río en 1992, en el transcurso de los años noventa fue disminuyendo el ímpetu en la aplicación de los compromisos adoptados. Las restricciones estructurales internas, las distorsiones en la interpretación y puesta en práctica de los acuerdos, los sesgos que tomaron diversas negociaciones internacionales y el agravamiento de las asimetrías globales, entre otros factores, han ido conduciendo a un debilitamiento de la agenda del desarrollo sostenible.» Equipo de trabajo CEPAL—Oficina Regional del PNUMA para América Latina y el Caribe, *La sostenibilidad del Desarrollo en América Latina y el Caribe: desafíos y oportunidades*, Santiago de Chile, Libros de la CEPAL, 2002, p. 201.

de América Latina, lo cual nos permitirá, a su vez, responder a la pregunta planteada inicialmente.

América Latina vive una situación de crisis compleja, que tiene como partes constitutivas las dimensiones del medio ambiente, de la economía y de lo social. Incluso, «podría caracterizarse el sistema actual como de gestión en estado de crisis permanente».<sup>18</sup> Pero ¿qué sistema solventa esto? Para partir, es preciso tomar como premisa fundamental el que las economías latinoamericanas «subdesarrolladas y dependientes» operan dentro de sistemas ecológicos, sociales y políticos específicos, por lo cual se desenvuelven bajo parámetros cuyos rasgos son propios. Pero esta constatación sería de Perogrullo si no quisiera indagar sobre algo más de fondo. Y ese algo aquí viene a ser la posible integración de las mencionadas partes en la conformación de la crisis.

De tal modo que, si bien las dos problemáticas decidoras a la hora de plantear la noción de desarrollo sostenible —la *pauperización social* y la *explotación del medio*— están presentes en casi todo el mundo, aunque con intensidades diferentes, en la región se expresan de un modo muy particular. La pregunta a resolver vendría a ser, precisamente, si es que existe alguna relación entre ellas y, de ser así, cuál es la naturaleza de su vínculo.

## 1. Categorización

Si nos adentráramos al análisis de la relación entre el deterioro ambiental (explotación del medio) y la pobreza (pauperización social) en el contexto de la Globalización o, más genéricamente, entre la *estratificación social* y la *relación con la naturaleza*, probablemente nos encontraríamos con las siguientes categorías:

- Población con Educación Ambiental —cuestión que se traduce en conciencia y prácticas orientadas a la protección de los ecosistemas— derivada de una posibilidad material de adquirirla.
- Población con un Estilo de Vida apegado al entorno natural y que, consecuentemente, no contribuye al impacto negativo asociado a los procesos productivos y de consumo intensificados;
- Población con gran poder adquisitivo que, por lo mismo, tiene una capacidad de consumo mayor, con lo cual produce un impacto negativo debido a que contribuye al incremento de gasto de recursos naturales contenidos en los procesos productivos;
- Población con escaso poder adquisitivo que produce un impacto negativo sobre el medio, debido o a su incorporación en calidad de mano de obra a los procesos productivos o a su no incorporación, utilizando los recursos del medio de mala forma como medio de subsistencia;

---

<sup>18</sup> Michael Nelson, *Conflicto Intersectorial en la gestión de recursos a nivel regional*, en Joaquín Vial (comp.), *Desarrollo y medio ambiente: hacia un enfoque integrador*, CIEPLAN, 1991, p. 211.

- Las primeras dos categorías se centran en el componente de la «estratificación social», mientras que las dos últimas acentúan la «relación con la naturaleza».

Si trasladáramos estas categorías de personas a la situación del modo como se desenvuelve el capitalismo en la era global, esto es, con sus patrones propios de producción, distribución y consumo, veríamos que la situación, esencialmente, es la siguiente:<sup>19</sup>

Tabla 1

		Estratificación Social	
		+	—
Relación con la naturaleza	+	A	B
	—	C	D

- Los países «desarrollados» estarían catalogados dentro de la letra C, en el sentido de que contribuyen de mayor manera al incremento de la producción y el consumo a escala global;
- Los países «subdesarrollados» estarían catalogados dentro de la letra D, en el entendido de que, dependientes de las decisiones de los países «desarrollados», están sujetos a los parámetros que ellos les imponen, viendo posibilitada o impedida la producción y el consumo;
- Las categorías A y B serían «incipiente» y «en extinción», respectivamente.

Esta analítica, aunque reducida, representa a mi parecer el indicio de una situación sumamente compleja, puesto que nos estamos viendo enfrentados a desafíos que implican repensar tanto las disposiciones subyacentes al ordenamiento político—económico global como así también nuestros patrones culturales que se manifiestan cotidianamente en relación a la valoración de la naturaleza.

---

<sup>19</sup> Obviamente no se desconoce la existencia de todos los grupos mencionados en ambos tipos de países. Pero la predominancia en un país de uno u otro grupo es lo que va a determinar, en términos abstractos, que pertenezca a una u otra categoría. Para sostener esta afirmación, basta con recurrir a los distintos índices que se han creado, que corresponden básicamente a cuatro: el IBES de Daly y Coob, el Índice de Sustentabilidad Ambiental, el Living Planet Index y la Huella Ecológica. De todos ellos se pueden rescatar elementos valiosos, tales como su capacidad de sintetizar elementos de la dinámica ecológica, y también de la dinámica económica y social. Véase el Informe sobre el seminario *Indicadores de Desarrollo Sostenible en América Latina y el Caribe*, Santiago de Chile, 29-30 de noviembre de 2001, p. 6.

Pero vayamos más allá de lo enunciado en términos abstractos y centrémonos concretamente en lo acontecido en América Latina.

## 2. Una aproximación comparativa

En términos generales, nuestra región presenta una imagen comparativamente «regular» con respecto a las regiones «extremas» del mundo: los países de la OCDE<sup>20</sup> y los países africanos. Esto significa que, presentándose problemas para conseguir una calidad de vida integral para sus habitantes, éstos no son tan graves como los de los países africanos ni tampoco están prácticamente resueltos como en los miembros de la OCDE. Así lo demuestra el Informe del Desarrollo Humano<sup>21</sup> —publicado anualmente por el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD)— en la trayectoria que ha tenido desde que se creó, en 1990. Los datos del Informe de 2004, según el Índice de Desarrollo Humano, nos servirán para ilustrar esta situación: América Latina y el Caribe presentan un 0,777, mientras que los países de la OCDE y del África Subsahariana presentan un 0,911 y un 0,465, respectivamente.<sup>22</sup>

Se puede apreciar que, si bien América Latina no presenta una situación extrema, existen potenciales coartados y presiones intensas. Tal como recalca con fuerza Fernando Tudela: «La paradoja es profunda: una región que no tiene, según la opinión generalizada, limitaciones en sus sistemas naturales que le impidan la satisfacción de las necesidades de sus pobladores, que dispone de una base educativa, cultural y tecnológica incipiente, pero bastante más sólida que la de las demás regiones del mundo en desarrollo, y que ha logrado en su conjunto avances democráticos innegables, se está viendo sometida a un proceso de deterioro social y ambiental sin precedentes».<sup>23</sup>

---

<sup>20</sup> La OCDE es una agrupación de países que se caracterizan por estar organizados mediante una economía de mercado que tienen un buen desempeño en el ámbito internacional.

<sup>21</sup> El Desarrollo Humano es entendido como la ampliación de las oportunidades de las personas para tener una vida plena, siendo el Índice de Desarrollo Humano (IDH) el indicador que permite medir los avances de una sociedad en materia de Desarrollo Humano. Este índice se compone de la medición de la posibilidad de obtener, básicamente, tres elementos, a saber: 1) una vida larga y saludable —medida por medio de la esperanza de vida al nacer—; 2) conocimientos socialmente valiosos —medidos con la tasa de alfabetización de adultos y la combinación de matriculación en educación primaria, secundaria y terciaria— y; 3) un nivel de vida decoroso —medido por el PIB per cápita, en dólares ajustados por paridad de poder de compra (PPC). En la construcción del IDH cada uno de estos subíndices —esperanza de vida, educación y PIB per cápita— tiene el mismo peso (33.33%) siendo, por tanto, un promedio de ellos.

<sup>22</sup> El IDH puede ubicarse entre los valores de 0 y 1. Si es igual a uno (1.0), ello significa que se ha alcanzado el máximo posible en las tres dimensiones. El cero (0,0), como se puede deducir, indica todo lo contrario. Para el año mencionado, los balances fueron sacados así: Desarrollo Humano Alto: 0,915; Desarrollo Humano Medio: 0,695; Desarrollo Humano Bajo: 0,438.

<sup>23</sup> Fernando Tudela (coord.), *Desarrollo y medio ambiente en América Latina y El Caribe: una visión evolutiva*, Madrid, Ministerio de Obras Públicas y Urbanismo, 1990, p. 19.

¿A qué se debe esta situación? Intentemos escudriñar en los procesos de (re)ordenamiento del poder.

### **3. (Re)ordenamiento del poder**

Hacia fines de la década de los setenta, comenzó a gestarse un reordenamiento mundial a nivel económico. Dicho reordenamiento implicó en los países de la región el sometimiento a programas de ajuste estructural, comandados por el Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Mundial (BM). Esos programas contemplaron, esencialmente, tres elementos: a) la desregulación de los mercados del trabajo; b) la liberalización de los mercados de comercio y finanzas; y c) la privatización de las empresas públicas.<sup>24</sup> A partir de aquí, el concepto de Globalización comienza a acuñarse con frecuencia para describir el proceso que, en resumidas cuentas, es una etapa avanzada del Capitalismo: el Neoliberalismo.

Este proceso es considerado causante de una progresiva pérdida de soberanía para los estados nacionales. Con esto podría pensarse que, como el Estado ya no es la fuerza articuladora de la economía mundial, el modelo explicativo de «centro-periferia» se disuelve, pues los poderes políticos ya no constituyen trabas para el libre funcionamiento del mercado. No obstante, sucede todo lo contrario: el papel preponderante de la iniciativa privada en la producción de bienes y servicios y en la provisión de servicios públicos y prestaciones sociales no hace sino que las formas de Dependencia sigan operando. Es más, de forma intensificada. Y es que tras esta fachada de «apertura» se gesta la reproducción reforzada de la *interdependencia asimétrica*. ¿De qué manera? Fácil: «...la mayoría de las sociedades industriales se ha vuelto más proteccionista en las décadas recientes...».<sup>25</sup> Por tanto, mientras los países desarrollados —predominantemente los de la órbita de la OCDE— implementan serias políticas proteccionistas, los países subdesarrollados latinoamericanos se ven cada día más permeables al saqueo de la naturaleza y a la precarización en las condiciones sociales.

De todos modos, es preciso dejar en claro que no hay un condicionamiento mecánico de la situación político-social interna (o nacional) por el dominio exterior. Puesto que «no hay una relación metafísica de dependencia de una nación a otra, de un Estado a otro. Estas relaciones se hacen posibles, concretamente, mediante una red de intereses y de coacciones que ligan unos grupos sociales a otros, una clases a otras».<sup>26</sup> Red sobre la cual se configuran las estrategias utilizadas para mantener el modelo de desarrollo vigente, y que en la actualidad está compuesta por las elites hegemónicas locales y extranjeras (asociadas a

---

<sup>24</sup> Cristóbal Rovira, *Dependencia y globalización: hacia una superación de la discontinuidad de la sociología latinoamericana*, Santiago de Chile, Tesis para optar al título de sociólogo, facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile, 2003, p. 43.

<sup>25</sup> Noam Chomsky y Heinz Dieterich; introducción de Luis Javier Garrido, *La sociedad global: educación, mercado y democracia*, Santiago de Chile, LOM, 1996, p. 28.

<sup>26</sup> Fernando H. Cardoso y Enzo Faletto, *Dependencia y desarrollo en América Latina: ensayo de interpretación sociológica*, México, Siglo XXI, 1979, p. 162.

corporaciones) y los estados de los países tanto desarrollados como subdesarrollados, configurando así el nuevo y complejo escenario de poder mundial.

El papel de los estados proteccionistas puede estar claro en esta trama. Pero ¿cómo es posible que los estados de los países latinoamericanos —que, como se señalaba, han perdido *real* efectividad en la conducción de los destinos humanos que permanecen en el interior de sus fronteras— formen parte de ella? Al respecto, es posible ir más lejos y hablar de estados que, de manera *sui generis*, se ocupan de facilitar, legitimar e, inclusive, canalizar las fuerzas del mercado. Esto es fácil de comprobar, ya que para el manejo de las economías nacionales todavía se requieren de «políticas gubernamentales» y de acuerdos internacionales como «tratados de libre comercio» que aprueben las decisiones económicas. Y es paradójico constatar el hecho de que, mientras estos acuerdos se respetan —por sus criterios puramente referidos a la *racionalidad instrumental*—, los relacionados a la *racionalidad comunicativa* (Derechos humanos y Protección al Medio Ambiente) son frecuentemente vulnerados. Así es como se llega a afirmar la situación de fragilidad institucional que vive la región a este respecto: «En América Latina las leyes suelen ser muy progresistas. Sin embargo, la práctica difiere mucho de las disposiciones jurídicas vigentes. Esta diferencia entre las normas jurídicas y la realidad constituye un rasgo inconfundible de lo jurídico en la región y es un fenómeno muy frecuente en los países latinoamericanos».<sup>27</sup>

Se puede concluir, por tanto, la ineptitud de nuestros gobiernos en estas materias. Pero no por imposibilidad, sino porque constituyen, en conjunto a los poderes económicos locales, las corporaciones transnacionales y los estados desarrollados, nuevos *sistemas de alianzas* que se retroalimentan y complementan, lo cual nos habla inconfundiblemente de nuestra identidad. Pues para subsistir, desde siempre los grupos de poder en Latinoamérica han dependido de estos sistemas, comenzados con el antiguo Pacto colonial.

De tal manera, los países latinoamericanos se ven cada día más afectados (exceptuando las elites y los que conforman los estados, cuyos estilos de vida son homologables a las elites extranjeras), puesto que el gran beneficio que obtiene la mencionada trama obvia tanto lo regenerativo (de la naturaleza) como lo distributivo (de lo social), creando, en resumidas cuentas, tanto su bienestar como la miseria de muchos otros.

Lo anterior se puede constatar a través de dos situaciones que, si bien parecen aisladas, poseen una íntima ligazón: mientras en *materia ambiental* «la experiencia indica que los esfuerzos desplegados en la región para revertir las tendencias negativas, que han sido muchos, sólo han servido para que determinados procesos deteriorantes atenúen sus pendientes negativas, sin modificar sus signos»,<sup>28</sup> en

---

<sup>27</sup> Bárbara Kunicka-Michalska, *La protección jurídica del medio ambiente en América Latina*, en J. Raúl Navarro y Fernando Díaz (Coords.), *Medio Ambiente y desarrollo en América Latina*, Publicaciones de la Escuela de Estudios Hispano-Americanos de Sevilla (CSIC), Sevilla, 1999, p. 127.

<sup>28</sup> Nicolo Gligo, *La dimensión ambiental en el desarrollo de América Latina*, Santiago de Chile, Libros de la CEPAL, 2001, p. 236.

*materia social* «el importante cúmulo histórico de rezagos sociales, al que se han sumado los generados durante la crisis de los ochenta, cede en forma muy lenta, sobre todo en tres aspectos interrelacionados: la situación del empleo, la incidencia de la pobreza y la exclusión social. En consecuencia, en términos absolutos, el número de latinoamericanos y caribeños en situación de pobreza —211 millones— es hoy más alto que nunca».<sup>29</sup>

#### **4. La «modernización del campo»**

Irremediablemente, el cuestionar, hilar fino y agudizar la mirada son acciones que no podemos dejar de hacer sabiendo que están en juego daños inmensos en términos de degradación ambiental y costo social. Y qué mejor forma de ejercer estas acciones que examinar fenómenos puramente empíricos. En este caso, nos ocuparemos del agro latinoamericano.

En términos generales, «durante los últimos 30 años, en América latina, puede apreciarse un aumento de las formas capitalistas, las cuales coexisten con otros modos de producción tradicionales o influyen en su descomposición. El modo capitalista de producción, al expandirse, logra dominar los factores que lo incentivan y va condicionando a sus intereses el comportamiento de los otros sectores, como por ejemplo, las economías campesinas».<sup>30</sup> De tal modo, es posible constatar que la descomposición de la pequeña propiedad parcelaria —orientada a la subsistencia de los campesinos— es un proceso que acompaña al desarrollo del capitalismo rural, orientado a maximizar la rentabilidad del capital.

Con estos acontecimientos, de lo que se habla, en definitiva, es de un proceso de «modernización del campo», el cual viene a significar la introducción de innovaciones tecnológicas con el fin de aumentar la cantidad de producción agrícola. Dichas innovaciones constan de tres elementos básicos: maquinaria, productos químicos (fertilizantes, plaguicidas, insecticidas, herbicidas, etc.) y semillas mejoradas genéticamente. Es preciso dejar claro, por tanto, que «este concepto de modernización, en consecuencia, no tiene relación con las tecnologías de manejo, sino, más bien, con el uso de insumos tecnológicos que tienden a aumentar los rendimientos. Por ‘modernización’ no suele entenderse la aplicación de la ciencia ecológica para una intervención positiva del ecosistema, si ésta no trae consigo procesos de mecanización o uso de insumos tecnológicos».<sup>31</sup>

Teniendo en consideración lo anterior, es preciso detallar que la dinámica de la «modernización del campo» incluye, a su vez, otros factores: la extensión de la superficie explotada (ligada a la tenencia de la tierra) y la productividad de la tierra (ligada a la disponibilidad de infraestructura). Pero existe un tercer factor que ha operado de forma contraria a los dos ya mencionados, en relación a la cantidad de la producción: la estructura del trabajo. Pues bien, son todos estos

---

<sup>29</sup> Equipo de trabajo CEPAL—Oficina Regional del PNUMA para América Latina y el Caribe, op. cit., p. 60

<sup>30</sup> Nicolo Gligo, op. cit., p. 126.

<sup>31</sup> *Ibid.*, p. 130.

factores los que, considerados en su conjunto, nos permiten formarnos una perspectiva de la situación actual de la agricultura en América Latina. Pero antes de eso, detallemos uno por uno ciertos hechos que no podemos dejar pasar en relación a ellos:

- Existe una mayor cantidad tanto de propiedades como de superficie en explotación, no obstante lo cual la concentración de la tenencia de la tierra no ha experimentado cambios sustantivos; por el contrario, es cada vez mayor.
- Existe una variedad inmensa de manifestaciones en cuanto a la productividad de la tierra: desde áreas donde la infraestructura —referida a la disponibilidad de sistemas de regadío, de energía y de uso de suelo— se halla excepcionalmente desplegada, a otras donde es prácticamente inexistente.
- Existe una ocupación de la mano de obra (tanto en términos cualitativos como cuantitativos) radicalmente contraria entre las empresas grandes —líderes de los procesos de modernización— y los pequeños campesinos, que representan el amplio y variado espectro de actividades rezagadas. De tal forma, las primeras privilegian el uso de mano de obra con tres características: intensiva, especializada y mínima. Es así como los pequeños campesinos concentran el grueso del empleo, a la vez que constituyen una mano de obra con mínima capacitación y planeación racional.

Se dilucidan aquí dos escenarios claramente diferenciados en América Latina que en su conjunto configuran más bien un proceso: el del paso de la complementación estructural latifundio-minifundio a la implementación de un proceso mundial que se ha denominado «revolución verde». Esta situación ha traído consigo en los dos problemas básicos que detallábamos en términos abstractos: una excesiva artificialización de los ecosistemas incorporados a la producción (deterioro ambiental) y un alto costo social para los campesinos (pobreza). La primera, claramente tiende al aumento del rendimiento de los cultivos a corto plazo, no obstante lo cual compromete la estabilidad de los ecosistemas que se incorporan a la producción en el largo plazo, lo que significa la cierta probabilidad de terminar con el deterioro casi total de los recursos. Y el segundo, se ha traducido en una situación de precariedad e inestabilidad para los campesinos, que se han visto obligados a tomar ciertas medidas para sobrevivir: en primer lugar, han tenido que tratar de optimizar la producción, ya sea para el mercado o para el consumo propio; en segundo lugar, un importante porcentaje ha emigrado hacia los centros urbanos, dando origen a una cantidad de problemas muy conocidos; y, en tercer lugar, estos sectores excedentes se han desplazado hacia las áreas vírgenes. De esta forma, los procesos de colonización (tanto espontánea como dirigida) han aumentado, con el consiguiente efecto destructivo sobre los recursos naturales, que se suma al efecto destructivo de las grandes empresas de penetración.<sup>32</sup>

<sup>32</sup> Al respecto, véase Nicolo Gligo, op. cit., p. 113-162.

Pero, ¿cómo operan específicamente los que hemos llamado *sistemas de alianzas* en esta situación del campo? Ante todo, para responder a esta pregunta, necesitamos perfilar quienes son los beneficiados. Tal como lo sostiene Nicolo Gligo: «En la agricultura los grupos hegemónicos nacen de grupos sociales ligados a la apropiación del excedente producido directamente de la tierra; de grupos que acceden al excedente en los procesos verticales que se originan a partir de la comercialización de los productos, y, por último, de grupos que acceden al excedente creado por la venta de las innovaciones tecnológicas y de sus correspondientes insumos». <sup>33</sup> Ahora bien, la manera cómo específicamente se manifiestan las alianzas, puede quedar resumido así: las formas capitalistas de producción —en su forma de «agroindustria», como aquí lo hemos analizado— son manejadas la mayoría de las veces por empresas nacionales, las cuales se asocian con los intereses comerciales y financieros, que frecuentemente corresponden a corporaciones transnacionales, cerrando de tal modo la cadena económica. Esta subdivisión del trabajo internacional, que no hace otra cosa que perpetuar las categorías de la dependencia de los países latinoamericanos, obviamente, sólo es posible gracias a los ambientes propicios para los negocios que generan los estados pertenecientes a ellos, tanto a través de incentivos (subsidios y apertura) como de regulación (coercitiva e ideológica).

## **5. Síntesis de la tesis**

En resumen, si bien el panorama —tal como toda aproximación a la *realidad* lo puede constatar— constituye un todo complejo donde los elementos no se distinguen a simple vista, un examen aproximativo nos permitirá dar cuenta en términos más sencillos de él. De manera tal, es posible argumentar una secuencia lógica de causalidad: el ordenamiento económico neoliberal provoca la crisis social (referida a las precarias condiciones de vida de la población) como así también a la crisis ambiental (referida a la degradación de los ecosistemas). Esta afirmación puede parecer demasiado simplista y ser reprochada como panfletaria. Solicito se me permita fundamentar. Obviamente es imposible desconocer que la situación de crisis —en términos generales como la hemos expuesto— no es exclusiva de la denominada «era neoliberal». Por el contrario, le antecede. No obstante, sólo su conocimiento —adquirido recién hacia finales del siglo XX— permite dar cuenta de la configuración que tiene e historizarla. Y es sólo dentro de esa historización que seremos capaces de problematizar la situación de crisis, dando cuenta que el despliegue del capitalismo contiene su lógica, induciéndola. Pues no olvidemos que el neoliberalismo es la fase actual del capitalismo, y como tal se presenta como provocador de los males ambientales y sociales analizados, aunque no directamente, sí en términos del potencial histórico que contiene.

De tal modo, y en definitiva, es posible afirmar que la crisis ambiental, la crisis social y la crisis económica se articulan entre sí, configurando un esquema estructural de crisis en la actualidad.

---

<sup>33</sup> *Ibid.*, p. 135.

## Campo de batalla

Hemos visto en este texto cómo el modelo de desarrollo actual en América Latina hace que sea cada vez más intenso la pobreza y el deterioro del medio ambiente. Con esto, eclosiona la paradoja de que en vez de alcanzar un «desarrollo sostenible, el «desarrollo» se «sostiene» en estos fenómenos y, por tanto, es «insostenible». Por ello mismo, no es para nada arriesgado decir que el concepto de *Desarrollo Sostenible* aplicado a las naciones latinoamericanas (sólo de forma analítica, por cierto, pues en la práctica ni pensar) esconde en parte buena fe, en parte ingenuidad pero, por sobre todo, ignorancia (por no decir intencionado desentendimiento de las estructuras y relaciones de poder.)

¿Es de sorprenderse, por tanto, una respuesta negativa a la pregunta inicialmente instalada? Tras el análisis crítico realizado, pareciera ser más bien una consecuencia ineluctable. No obstante, al plantear la pregunta desde otra perspectiva, veremos que emerge una respuesta totalmente contraria a la emanada del sentido común. Y es que, sin temor de ser considerados soñadores, podemos afirmar que sí es viable el Desarrollo Sostenible en América Latina. Esta afirmación, que puede parecer algo así como una señal extrema de esperanza, quiere demostrar algo completamente distinto.

Resulta más que imprescindible contextualizar el surgimiento del concepto «Desarrollo Sostenible». Ese contexto no viene a ser otro que el de «reacomodar las estructuras» para que siguieran siendo soportables. De tal modo, una mirada medianamente lúcida podrá percatarse que fue, desde el principio, formulado *al interior* de los parámetros del capitalismo, con el fin de inducir dentro de éste reformas, cosa de evitar crisis que pudieran llevar a pensar masivamente en transformaciones drásticas. Con lo cual se sigue que nadie puede sostener que en su génesis fue concebido con el objetivo de realizar un cambio radical en el sistema de cosas existente. La esperanza acá, por tanto, no es tal.<sup>34</sup>

Así presentadas los argumentos, el hecho es claro: sí es viable un Desarrollo Sostenible en América Latina porque, *de hecho*, se ha llevado a cabo. ¿Cómo?, es la pregunta que naturalmente surge. Pues a través del discurso y de las prácticas que, unificadas, nos ofrecen esquemáticamente la siguiente postura: el crecimiento económico, que ha sido progresivo en la región considerándolo en relación a la «década perdida» de los ochenta, ha ido generando, poco a poco como consecuencia, un cuidado ambiental y una reducción de la pobreza, por lo cual debemos seguir ocupándonos de mejorar las condiciones para que se produzca. Este discurso, que desemboca en prácticas concretas, frecuentemente ha sido adoptado por los organismos tecnócratas como el FMI y el BM para justificar sus políticas. Hacer «sostenible» el desarrollo implica bajo esta lógica la focalización en el

---

<sup>34</sup> Las continuas revisiones y periodos de crisis que se han producido al interior del capitalismo constituyen un dispositivo central para ir corrigiendo los elementos que puedan desestabilizar al sistema en su totalidad. En otras palabras, el capitalismo está en constante mutación y, por tanto, subsiste gracias a las revisiones y las crisis que, en definitiva, siempre han ido orientadas a perpetuar la lógica de expansión capitalista y nunca a subvertirla.

crecimiento económico, ya que constituye la «pata» que es en sí misma capaz de sostener a las otras dos. En otras palabras, sólo consiguiendo el crecimiento económico podremos, a través de soluciones técnicas, hacernos cargo del daño provocado a la naturaleza, y darle condiciones dignas de subsistencia a los que carecen de ellas. Es la *sostenibilidad* en términos puramente capitalistas, que termina constituyendo propiamente tal un *Estilo de Desarrollo Sostenible*. Y si bien es cierto que «la idea de un capitalismo ecológico, o de un capitalismo sostenible, no ha sido teorizada siquiera de manera coherente»,<sup>35</sup> constituye la «versión oficial», lo cual hace que de hecho podamos hablar de su existencia en América Latina. Es la versión que hace suyos los «Objetivos de Desarrollo del Milenio» fijados por la ONU en septiembre de 2000, y que apela expresamente por un Desarrollo Sostenible.

Eso sí, el que se sostenga que se ha llevado a cabo un Desarrollo Sostenible en América Latina en los términos enunciados, no quiere decir que se considera al concepto como monolítico, desconociendo las múltiples interpretaciones a las cuales ha sido sometido. Acá no entraremos a discusiones *ontológicas* con el fin de determinar «el verdadero significado» del concepto. No es una cuestión que nos interese. Lo que importa realmente a nuestro parecer es que, al menos en los enunciados generales —y que son irrenunciables en la discusión—, la constatación de las problemáticas se perfila bastante clara (ambiente y sociedad); sin embargo, los supuestos con las cuales parten las distintas miradas para abordarlas contienen diferencias irremediables a la hora de plantear la naturaleza de las responsabilidades que las causan (economía y política). De modo tal que «estamos en presencia de una lucha a escala mundial por determinar cómo serán definidos y utilizados el ‘desarrollo sostenible’ o el ‘capitalismo sostenible’ en el discurso sobre la riqueza de las naciones. Esto quiere decir que la ‘sostenibilidad’ es una cuestión ideológica y política, antes que un problema ecológico y económico».<sup>36</sup>

Es indiscutible, y no se puede pasar por alto la inquietud, el interés y hasta la preocupación y la voluntad de los distintos actores sociales involucrados (los gobiernos, la ciudadanía, el mundo académico) por apropiarse del concepto de Desarrollo Sostenible. No obstante, hay que tomar con cuidado este discurso que está de acuerdo universalmente en que el sistema debe cambiar. El término es tan amplio y, por tanto, ambiguo y susceptible de las más disímiles interpretaciones, que se ha hecho habitual en la retórica pública, no conllevando esto transformaciones concretas, aunque sí muchos «planes de acción».

Por parte de los gobiernos, ya se ha visto la manera en que actúan. Existen muchos intereses creados entre éstos, las elites nacionales y transnacionales, lo cual hace que se suscriban muchos acuerdos y proliferen las buenas intenciones para conseguir ese objetivo primordial, no obstante lo cual las acciones nunca estén acordes a los requerimientos.

---

<sup>35</sup> James O'connor, *¿Es posible el capitalismo sostenible?*, en Héctor Alimonda (comp.), *Ecología Política: naturaleza, sociedad y utopía*, Buenos Aires, CLACSO, 2003, p. 43.

<sup>36</sup> *Ibid.*, p. 28

La sociedad civil se ha movilizado. Así lo atestiguan tanto la proliferación de los denominados «foros sociales» realizados en el último tiempo en la región<sup>37</sup> como el crecimiento exponencial del movimiento no gubernamental (ONG) posterior a la «Cumbre para la Tierra».<sup>38</sup> No obstante, la principal crítica que se le realizan a estos modos de coordinación de la población es que carecen de una capacidad de articulación que pueda dar cabida a un potencial que logre desestabilizar o resquebrajar los pilares de dominación del sistema. Así, la diversidad, que es su mayor fortaleza, se convierte a su vez en su mayor debilidad.

Los académicos han hecho suya la temática y la han sometido a análisis y debates profundos y transdisciplinarios,<sup>39</sup> no obstante lo cual la praxis se ha dejado de lado, olvidando que las ciencias no están para dar cuenta de la imposibilidad del despliegue de nuestra existencia en el mundo sino que, por el contrario, subsisten sólo en la medida que son capaces tanto de responder a las problemáticas planteadas desde un ineludible presente que nos acosa, como de abrir posibilidades de cambio social. Por tanto, la teoría y la praxis como sus elementos configuradores, expresados, respectivamente, en una reflexión unida a una crítica que permita entender los mecanismos bajo los cuales se desenvuelven nuestras sociedades, y en una acción transformadora de la realidad que se nos presenta no como dada, sino como construida, se han disociado.

En conclusión, la opinión generalizada arguye que vivimos en una época de la historia de las naciones en que, para hacer realidad los objetivos y aspiraciones de la humanidad —la paz, la protección del medio ambiente, la vigencia de los derechos humanos, la democratización, la reducción de las tasas de fecundidad, la integración social— se necesita más que una coordinación de la acción política: se requiere el apoyo activo de todos. Ya que las tareas que hay que afrontar son interdependientes e integradas y exigen enfoques amplios y participación popular. Si bien esta idea es en esencia acertada, conlleva al efecto no deseado de que al final «nadie se hace cargo». Y es que al atribuir la responsabilidad a todos, ésta se termina por diluir y por pertenecer a nadie, con lo cual la cuestión cae en el terreno de la «buena voluntad» y no en el de la responsabilidad ineludible que se debe de ejercer. De manera tal que las energías puestas en el mantenimiento del *status quo* hace que la categoría de Desarrollo Sostenible quede hipostasiada y sea cómplice de posiciones inmovilistas.

Por ello, se hace imperativo partir emprendiendo desmitificaciones, en base a las cuales ejercer una apropiación interpretativa del término y concretar acciones

---

<sup>37</sup> El Foro Social Mundial de Porto Alegre es el más significativo, comenzado en el 2001 y celebrado anualmente.

<sup>38</sup> Al respecto, véase Julie Fischer, *El camino desde Río: el desarrollo sustentable y el movimiento no gubernamental en el Tercer Mundo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1998.

<sup>39</sup> Basta con mencionar el libro *Medio Ambiente y Desarrollo en América Latina y el Caribe. Bibliografía seleccionada*, editado por la CEPAL en el año 1992 en Santiago de Chile. Ya en esa fecha se vio la necesidad de ordenar el abundante material publicado, resultando 297 páginas sólo de referencia. Se podrá dimensionar la inmensidad de textos que habrá ahora. Más aún con la explosión de Internet.

realmente consecuentes a él, siendo una de las primordiales el recalcar que *el crecimiento económico no es garantía alguna de la protección ambiental y de la equidad social*. Por el contrario, es causante de su imposibilidad. Así también es preciso insistir en que hablar de *sostenibilidad* implica plantear una subversión de la lógica de todos los tipos de «desarrollo» hasta el momento vigente —amparados en el capital—, puesto que nunca se llegará a plantear desde ella con seriedad los objetivos de la protección ambiental y de la equidad social. Tal vez se pueda aludir a un «trato amable hacia la naturaleza» o una «erradicación de la pobreza». Pero nunca se llegará a plantear que para la solución de las problemáticas no se requiere de buenas intenciones y simple voluntad, sino de transformaciones radicales en términos de las concepciones y los comportamientos respecto de la producción, la distribución y el consumo.

Con esta tarea es que se enfrentan los intelectuales, políticos y actores sociales en general comprometidos con modelos de desarrollo alternativos al impuesto por las sociedades capitalistas. Tarea que implica el reconocimiento de que estamos en un campo de batalla. Y es que «si se busca una alternativa a la economía hay que buscar una alternativa al poder. Si se ignora esto, todo el juego se reduce a mostrarse como un ejecutante más conveniente, más prudente y más sensible del mismo modelo». <sup>40</sup> Al parecer, una vez más y con renovados ímpetus, llegó la hora de reflexionar, discutir, profundizar en las causas de nuestras condiciones histórico-estructurales latinoamericanas, y de plantear nuevos desafíos y propuestas que vayan orientadas seriamente a solucionar las problemáticas del saqueo de la naturaleza y de la precarización en las condiciones sociales, ante lo cual la salida de una cooperación mutua en términos de una integración de la región se torna, a lo menos, meritoria de considerar. <sup>41</sup>

---

<sup>40</sup> Dante Caputo, *Gobernabilidad, soberanía estatal y globalización*, en Carlos Contreras (coord.), *América Latina en el siglo XXI: de la esperanza a la equidad*, Fondo de Cultura Económica y Universidad de Guadalajara, México, 1999, p. 161.

<sup>41</sup> Eduardo Gudynas es uno que viene planteando con fuerza y constantemente esta alternativa desde hace ya un tiempo. Véase en Eduardo Gudynas (comp.), *Sustentabilidad y Regionalismo en el Cono Sur*, Montevideo, Coscoroba, 2002.

## El neoliberalismo en la ciudad. Segregación socioespacial en metrópolis latinoamericanas

MIGUEL PÉREZ A.

---

*Así concluyó el sueño de crear una sociedad urbana sin clases  
En un país donde ricos y pobres siempre habían vivido segregados (...)  
Es muy difícil construir una Ciudad Bella en medio  
del desorden de la democracia y el libre mercado.*

PETER HALL<sup>1</sup>

La ciudad, sea cual sea ésta y asumiendo la historicidad de su configuración, se modela según requerimientos de orden político y económico que dan forma a un determinado arreglo socioespacial. El siglo XX marca el inicio de una época en que parte importante de la población del planeta comienza a habitar en las ciudades. Para el caso de Latinoamérica casi todos los países ya estaban urbanizados hacia el último cuarto del siglo cuando las tasas de crecimiento demográfico eran mayores a las actuales. Aunque estas últimas cifras han disminuido, lo paradójico es que, en la situación actual, las metrópolis latinoamericanas siguen creciendo demográfica y espacialmente. La configuración de ciudades «globales» en nuestro continente trae consigo niveles nunca antes observados de acumulación de capital. Pero también los costos sociales que ello implica tienen repercusiones morfológicas en el espacio urbano donde la mayoría de la población vive social y geográficamente segregada. En tal dirección el análisis de las reformas estructurales a las economías latinoamericanas nos muestra cómo la democracia liberal de nuestros días, aparte de generar mecanismos político-ideológicos que sustentan socialmente al nuevo modelo, condiciona la morfología urbana de aquellas economías que se integran a esta nueva fase de desarrollo capitalista.

---

<sup>1</sup> Peter Hall, *Ciudades del mañana: historia del urbanismo del siglo XX*, Barcelona, Ediciones del Serbal. 1996, pág. 230.

Este proceso se explica por la acción dialéctica entre el Estado y el mercado. La configuración espacial de las ciudades se explica básicamente por el rol que juega el mercado en la asignación del suelo urbano, así como también por la reducción de la capacidad de acción del Estado, el cual asume un doble papel: mientras por un lado genera las condiciones políticas para propiciar la acción «avasalladora» del mercado, por otro asume como principio la «neutralidad» en materia de privatización y liberalización. Las consecuencias sociales y espaciales que surgen de lo anterior permiten aventurar la emergencia de fenómenos de segregación residencial como una muestra clara de la desintegración social que camina junto a la estructura urbana que se modela según requerimientos del mercado.

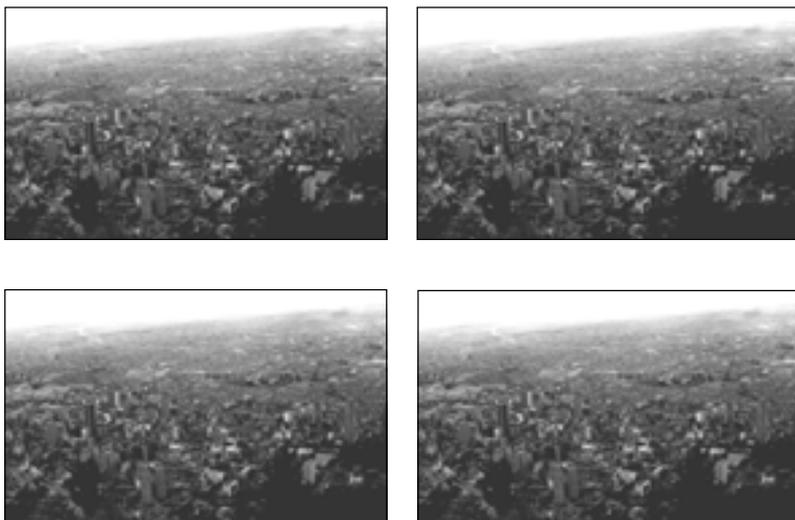
Con el fin de reflexionar de manera general sobre los procesos descritos anteriormente, el artículo se propone analizar la dinámica interna (reconfiguración espacial) y externa (políticas de ajuste estructural) de las ciudades latinoamericanas como consecuencia del influjo de una nueva fase del capitalismo, que funciona a escala planetaria y que determina estructuralmente la segregación socioespacial de la ciudad. Ahora bien, pretendemos mostrar también que en la ciudad la distancia geográfica no es un reflejo de la distancia social. Aunque es innegable que ambas dimensiones van de la mano en la construcción del orden urbano, las contradicciones internas de éste, si bien siempre han existido, se han radicalizado aún más en este periodo. Para desarrollar nuestro tema analizaremos en primer lugar el proceso global de metropolización poniendo énfasis en América Latina, para luego presentar el revalorizado rol de las ciudades dentro de la globalización. En ese sentido, resulta clave introducirnos en la implementación de reformas estructurales en las economías nacionales de esta región y sus consecuencias en la morfología urbana, para, por último, avocarnos el tema de la segregación social en la ciudad. Los ejemplos utilizados abarcan durante todo el trabajo a distintas ciudades y países de América Latina, pero sobre este último punto (segregación social) mostraremos principalmente la realidad de Sao Paulo, Bogotá y Santiago de Chile.

## **El crecimiento de las ciudades. Metropolización en América Latina**

Desde una perspectiva global, el crecimiento de las aglomeraciones urbanas se traduce en la emergencia de grandes metrópolis. Según Mike Davis,<sup>2</sup> mientras las cifras indicaban que en el mundo hacia 1950 existían 86 ciudades con una población superior al millón de habitantes, actualmente existen más de 400, proyectando que en el 2015 habrá cerca de 550 ciudades con tal número de población. Por tanto, es de esperar que empiecen a florecer verdaderas «megaciudades» con poblaciones superiores a los 8 millones, e incluso «hiperciudades» con más de 20 millones de habitantes.

---

<sup>2</sup> Mike Davis, *Planeta de ciudades-miseria. Involución urbana y proletariado informal*, Disponible en: <http://www.newleftreview.net/PDFarticles/Spanish/NLR26001.pdf>



Sin embargo, sobre el espectacular crecimiento urbano, vale hacer una distinción entre las ciudades del hemisferio norte y las del hemisferio sur;<sup>3</sup> si por un lado tenemos que los países industrializados están entrando en una fase de estabilización demográfica, lo que se traduce en una desconcentración de su población urbana, por otro tenemos que los países del sur en las últimas tres décadas se han visto afectados por fuertes crecimientos en sus metrópolis, eso sí, con importantes variaciones según el continente y con una progresiva estabilización en las tasas de crecimiento demográfico en nuestros días.

Del mismo modo, ambas regiones (las del norte y las del sur) difieren en las causas que motivaron la llegada masiva de población nueva a las ciudades. Parece evidente que, básicamente en la Europa del siglo XIX, el desarrollo industrial fue el principal motor de atracción de mano de obra hacia las ciudades, lo que llevó al establecimiento de barrios obreros y populares cuya vida cotidiana estaba marcada por la violencia y las paupérrimas condiciones de vida. No obstante, en el caso de los países subdesarrollados y más específicamente en América Latina, el poco desarrollo industrial y el colapso de la estructura de producción agrícola, provocó el arribo a la urbe de gran cantidad de campesinos empobrecidos en busca de nuevos horizontes laborales cuya fuerza de trabajo no pudo ser absorbida dentro de la ciudad. Sin embargo igualmente se instalaron allí, teniendo como consecuencia «el inicio del [...] incontrolable crecimiento de las ciudades».<sup>4</sup> Sobre lo anterior, Davis<sup>5</sup> habla de una «urbanización-sin-crecimiento» pues dicho

<sup>3</sup> Fraçoise Dureau, et. al., coordinadores. *Metrópolis en movimiento. Una comparación internacional*. Colombia, Ediciones Alfaomega Colombiana S.A., 2002.

<sup>4</sup> Eike J Schütz, *Ciudades en América Latina. Desarrollo barrial y vivienda*. Santiago, Ediciones SUR, 1996, pág. 40.

<sup>5</sup> Mike Davis, op. cit.

proceso aparece desconectado de la capacidad laboral y productiva real que la industria del tercer mundo ofrecía a quienes llegaban a la ciudad. El asentamiento de los recién llegados a la ciudad tendía a ser precario; en México se conocían como «vecindades»,<sup>6</sup> en Perú como «tugurios», en Chile estaban los «conventillos», en el Salvador los «mesones», etcétera.

A pesar de la estabilización demográfica de regiones como nuestra América Latina, se vislumbra como un hecho que en las próximas décadas «la gran mayoría de los ciudadanos vivirán en el sur, y la mayor parte de las metrópolis con más de cinco millones de habitantes estarán en estos países».<sup>7</sup> Esto cobra mayor sentido si consideramos el sostenido crecimiento demográfico de las ciudades del tercer mundo en la segunda mitad del siglo XX (no obstante su actual estabilización) frente al estancamiento del mismo en las aglomeraciones urbanas de los países desarrollados.

Las cifras anteriores ponen en el tapete el carácter global del proceso de *metropolización*, por el cual entendemos, tomando como referencia los aportes de Schütz, «la concentración de población urbana en pocos, pero —en sus dimensiones— inmensos conglomerados urbanos»,<sup>8</sup> fenómeno claramente observable en América Latina.

En 1965, países tales como Argentina, Brasil, Chile, Colombia, México, Perú, Uruguay y Venezuela ya habían atravesado el umbral de urbanización, es decir, tener 50% de la población total en las ciudades. A fines de la década de los 80, ocurría lo mismo con todos los países, salvo Costa Rica, El Salvador, Guatemala y Honduras. Actualmente, es posible ver que en los países más urbanizados (Argentina, Uruguay, Chile y Venezuela) siete de cada diez habitantes viven en una ciudad o en la capital, del mismo modo que en las 33 zonas urbanas con más de un millón de habitantes se concentran no menos de 126 millones de personas.<sup>9</sup> No obstante, consideramos que cualquier reflexión sobre la metropolización latinoamericana, en la fase que comprende desde los años setenta hasta nuestros días, carece de la profundidad necesaria si no se analiza el impacto que la mundialización de la economía provocó en la estructura urbana, en sus dimensiones tanto económicas como socioespaciales. De esto nos ocuparemos en el siguiente apartado.

## **La ciudad en la globalización**

El análisis de las tendencias actuales de la actividad económica tales como la expansión de redes globales, el traslado de industrias fuera de las fronteras, el

---

<sup>6</sup> Un interesante acercamiento etnográfico hacia la vida de las vecindades y otras formas de asentamiento precario en México en la mitad del siglo XX la entrega Oscar Lewis en *Antropología de la pobreza*, México, Editorial FCE, 1997.

<sup>7</sup> Fraçoise Dureau, et. al., (coordinadores), op. cit. pág. xvii.

<sup>8</sup> Eike J Schütz, op. cit. pág. 41.

<sup>9</sup> Véase M. Prates, y L. Valladares, *La Investigación Urbana en América Latina. Tendencias Actuales y recomendaciones*. Gestión de las Transformaciones Sociales-MOST, Documentos de debate, núm. 4, UNESCO. Disponible en: <http://www.unesco.org/most/vallspa.htm#Cuadro1>.

desplazamiento de las sucursales de grandes empresas fuera del centro de las ciudades, etcétera, es decir lo que Sassen<sup>10</sup> llama el auge de las capacidades de dispersión que surgen con la globalización y la telemática, llevaron a muchos teóricos a considerar que el papel de la ciudad en este nuevo contexto de globalización económica podría quedar obsoleto. Sin embargo, desde los años ochenta numerosos centros urbanos (principalmente productores de servicios especializados) han visto aumentar, a niveles nunca antes visto, su concentración de poder económico. Este tipo particular de ciudad que se comienza a esbozar a principio de los años ochenta, Sassen lo explica en la confluencia de dos procesos fundamentales: por un lado, la complejización y crecimiento a escala planetaria de la actividad económica que lleva a aumentar las funciones de alto nivel en las sedes multinacionales y a expandir los servicios altamente sofisticados a las empresas, y por otro, en relación con lo anterior, la intensificación del área de servicios en la organización económica, cuestión que se hace evidente en las empresas de todos los sectores industriales. Por tanto, nos dice la autora, el principal aspecto de la economía urbana actual es la demanda creciente de servicios especializados por parte de las empresas en todas las industrias, cuya producción (sea en los niveles locales, nacionales o globales) encuentra su localización en las ciudades.

Según explicamos más arriba, la dispersión espacial de las actividades económicas parece ser una característica fundamental dentro de la economía globalizada. Castells<sup>11</sup> nos enseña que la nueva lógica de localización industrial redundaría en la capacidad tecnológica y organizativa de separar el proceso de producción en diferentes emplazamientos, integrando su unidad en conexiones de telecomunicaciones. Así, por ejemplo, la fabricación de alta tecnología se organiza bipolarmente en función de, por un lado, mano de obra altamente calificada basada en el conocimiento científico y tecnológico que ellas posean, mientras que por otro existe una gran cantidad de obreros poco calificados cuya papel es acoplar rutinariamente piezas de algún innovador producto. De este modo es factible decir que para tales casos (como la producción de microelectrónica y computadoras) se han buscado cuatro tipos de localizaciones que respondan cada una de ellas a una de las cuatro operaciones particulares del proceso de producción, a saber: a) centros industriales innovadores de las áreas centrales donde se fabrican los prototipos de los productos; b) la fabricación calificada en plantas filiales, que generalmente son zonas recién industrializadas en el país de origen; c) montaje y acople semicalificado a gran escala, realizado sobre todo en el sureste asiático en países como Singapur y Malasia; y d) la adaptación del producto al cliente, así como los servicios de garantía posventa, en centros regionales de todo el planeta.

Pero, tal como se fragmenta territorialmente el proceso productivo, también se demanda una centralización, igualmente territorial, de la gestión de alto nivel y el control de las operaciones. Se requiere, en definitiva, sistemas de telecomuni-

---

<sup>10</sup> Saskia Sassen, *Ciudades en la economía global: enfoques teóricos y metodológicos*. EURE (Santiago), mar. 1998, Vol. 24, N° 71, págs. 5-25.

<sup>11</sup> Manuel Castells, *La era de la información*, Tomo I *La sociedad red*, España, Alianza Editorial, 1998.

caciones y servicios especializados en la transmisión de información concentrados en nodos estratégicos ubicados en determinados centros urbanos. Entendiendo, en ese sentido, que tanto la dispersión de las actividades económicas como la concentración espacial de la gestión, la coordinación y el comando de ellas en determinados nodos son parte de la nueva organización de la economía mundial, es posible comprender cuál es el rol de la llamada «Ciudad Global».<sup>12</sup> Es ésta el locus en el que convergen la producción de servicios informacionales altamente especializados, las sedes transnacionales que comandan el intercambio financiero, así como también los mercados para innovadores productos.

La construcción de una sociedad globalizada basada en flujos (principalmente de información, pero también de capitales, de tecnología, de interacción organizativa, etc.) ha llevado a Castells<sup>13</sup> a proponer el concepto de *espacio de los flujos* como configuración social específica dentro de una organización económica basada en la dispersión y la concentración. Siendo el *espacio*, desde una teoría social que reconoce la historicidad de las prácticas sociales, el soporte material que subyace a las prácticas sociales en determinado contexto temporal, el espacio dominante de nuestra época es el *espacio de los flujos*, que se conceptualiza como «la organización material de las prácticas sociales en tiempo compartido que funcionan a través de flujos».<sup>14</sup> Ahora bien, por *flujo* el autor entiende «las secuencias de intercambio e interacción determinadas, repetitivas y programables entre las posiciones físicamente inconexas que mantienen los actores sociales en las estructuras económicas, políticas y simbólicas de la sociedad».<sup>15</sup>

El reconocimiento de una sociedad global cuyas prácticas sociales y económicas tienen lugar en un espacio de flujos, supone la aceptación implícita de que todos estos procesos funcionan a escala planetaria. Y ciertamente esto es así. Pero las condiciones en que cada uno de los centros nodales dispuestos a concentrar las funciones de control, comando y gestión de las actividades económicas (financieras e industriales, estas últimas cada vez más dispersas en el proceso de producción) se pliega a la dinámica global, difiere mucho entre países centrales (principalmente Estados Unidos, Europa y Japón) y los del resto del planeta. Mientras los primeros fueron motores del proceso, los segundos tuvieron que seguir las «recomendaciones», muchas veces a fuego de cañón, de las economías más poderosas del mundo para introducirse en una dinámica no menos compleja.

---

<sup>12</sup> Para el concepto de «Ciudad Global» véase Saskia Sassen, *The Global City: New York, London, Tokyo*. Princeton, NJ: Princeton University Press. 1991. Tal como señala el título de la obra, para el año de su publicación era visible que las ciudades globales eran tres, a saber Nueva York, Londres y Tokio. Sin embargo, en la actualidad hay numerosos centros regionales que se han integrado, con distintas intensidades, a la dinámica global tales como Madrid, Sao Paulo, Moscú, Budapest, Buenos Aires, etcétera.

<sup>13</sup> Manuel Castells, op. cit.

<sup>14</sup> *Ibid.* pág. 445.

<sup>15</sup> *Ibid.*

## Políticas de ajuste estructural en América Latina

Luego del colapso del modelo de «desarrollo hacia adentro» vía industrialización y sustitución de importaciones, desde mediados de los años setenta los países latinoamericanos fueron plegándose, cada uno a su tiempo y con distinta intensidad según la situación política en que se encontraban, a las imposiciones de organismos multilaterales como el FMI y el Banco Mundial. Éstas hacían referencia principalmente a la realización de una serie de reformas estructurales fundamentadas teórico-ideológicamente en la economía neoclásica de la escuela monetarista de Chicago, logrando ser parte del discurso político hegemónico bajo el rótulo de Consenso de Washington y del lenguaje común con el nombre de «modelo neoliberal».

Carlos de Mattos<sup>16</sup> señala que en términos generales dichas políticas corresponden a los enfoques impulsados por los gobiernos de Thatcher y Reagan en Gran Bretaña y Estados Unidos respectivamente que marcaron profundamente el devenir de la economía mundial desde los años ochenta. En términos simples el «ajuste estructural» llevó a que, bajo los principios de neutralidad y subsidiaridad del Estado, las economías nacionales se liberalizaran radicalmente introduciendo diversas medidas en materia de apertura externa, desregulación, privatización, flexibilización salarial, etc., cuestiones que iremos desarrollando en el transcurso de este capítulo, ejemplificando tales procesos con lo ocurrido en Chile.

En el nuevo contexto, tal como dijimos en la sección anterior, el papel de las *áreas metropolitanas principales*<sup>17</sup> se comienza a revalorizar en la medida en que fuese posible un sistema urbano más equilibrado que se orientase al aprovechamiento de las ventajas comparativas que ofrece la distribución territorial de los recursos naturales, de las actividades productivas y de la población, así como también una amplia apertura al mercado mundial. En ese sentido, es posible señalar que la reestructuración productiva, y por cierto el influjo de la globalización, transformaron el funcionamiento y la organización de las principales metrópolis latinoamericanas alterando tanto sus articulaciones externas como su dinámica interna. Si aceptamos, por tanto, que el avance del proceso globalizador en su dimensión económica afectó a las metrópolis latinoamericanas en su conjunto, creemos que más allá de la identidad particular de cada una de ellas, las aglomeraciones urbanas toman direcciones similares en su conformación económica, social y espacial. Por tanto, consideramos acertada la tesis de Carlos de Mattos<sup>18</sup> cuando señala que la evolución que se observa actualmente en las metrópolis latinoamericanas muestra, por una parte, una mayor polarización y segregación social, y por otro (y muy ligado a lo anterior) una intensificación de la expansión metropolitana con tendencias a la suburbanización, periurbanización y

---

<sup>16</sup> Carlos De Mattos, *Redes, nodos y ciudades: transformación de la metrópoli Latinoamericana*, en *Comunicación al VII Seminario Internacional de la Red Iberoamericana de Investigadores sobre Globalización y Territorio (RII)*, España Universidad de Andalucía, 2002.

<sup>17</sup> *Ibid.*

<sup>18</sup> *Ibid.*

policentrismo. Volveremos luego sobre este punto una vez expuestos las consecuencias principales de la arremetida globalizadora y sus políticas neoliberales en las economías latinoamericanas.

Cuando se habla de apertura externa quizá el caso paradigmático de la liberalización económica en América Latina sea el de Chile. Sólo por presentar algunos indicadores cortos y precisos, la inserción de la economía chilena en la dinámica capitalista globalizada es clara al confrontar la Inversión Directa Extranjera (IDE) acumulada en el periodo 1974-1989, la que fue de US\$ 5.105 millones de dólares, mientras que entre los años 1990-1998 alcanzó un total de US\$ 24.594 millones de dólares, cifra que en el porcentaje del PIB nacional implica más o menos el 2.3%. Para el caso de otros países, como Argentina, Colombia y México, ésta última cifra es de 1,58%, 1,78% y 1,74% respectivamente. Ahora bien, volviendo al caso de nuestro país, el número de empresas nacionales ubicadas en rankings internacionales, las evaluaciones de riesgo-país (que en 1998 era de A), así como también los rankings de competitividad (*World Economic Forum, International Institute for Management Development*), demuestran el éxito de este proceso de apertura económica. Lo anterior es un reflejo del hecho que los criterios que orientaron las políticas ultra liberalizadoras en materia macroeconómica realizadas en la dictadura del general Augusto Pinochet han continuado vigentes en los gobiernos de la Concertación, los cuales han ayudado a profundizar aún más tales medidas, no obstante pregonen un discurso social y humano del capitalismo.

En materia de desregulación y privatización es conveniente detenerse en la liberalización del mercado de los suelos como proceso generalizado en América Latina luego de las políticas de reforma económica. Muy vinculado a lo anterior, destacan también los programas de «regularización» de la tenencia de tierras, el fortalecimiento de los derechos de propiedad privada y el relativo debilitamiento de la planificación urbana. Sobre el caso chileno, según indica el sociólogo y urbanista Francisco Sabatini<sup>19</sup> las principales medidas de esta liberalización, así como otras que la complementaron, son:

a) *Liberalización del uso, subdivisión y transacciones de suelo*: la promulgación, en 1979, de la Política Nacional de Desarrollo Urbano (PNDU), trajo consigo la eliminación de las normas sobre «límites urbanos» así como medidas liberalizadoras, específicamente la derogación del impuesto a los sitios eriazos y la fuerte rebaja del impuesto de compraventa de propiedades. Los fundamentos de estas políticas se basan en tres principios que las orientan: el primero parte del supuesto de que el suelo urbano no es un recurso escaso. Su escasez «aparente», según se explicita en el documento oficial del MINVU, es consecuencia de la ineficiencia y rigidez de las normas aplicadas para regular el crecimiento de las ciudades; el segundo se refiere a que el mercado asigna de manera «eficiente» el uso del suelo tanto en términos privados como sociales. El principio rector de esta política era que «el uso del suelo es, y debe ser, definido por su mayor rentabilidad y, específicamente,

---

<sup>19</sup> Francisco Sabatini, *Liberalización de los mercados de suelo y segregación social en las ciudades Latinoamericanas: el caso de Santiago, Chile*. Santiago de Chile, Serie Azul N° 14, Pontificia Universidad Católica de Chile, Julio de 1997.



por la combinación equilibrada entre rentabilidad privada y rentabilidad social; y el 'límite urbano', más que un estándar o decisión discrecional, corresponde a la curva de precios del suelo se equilibran los usos rurales y los urbanos». <sup>20</sup> El tercero señala que el uso del suelo debía regularse a través de disposiciones flexibles, definidas por los requerimientos del mercado. La idea era que se definieran procedimientos y se eliminaran restricciones para permitir el crecimiento «natural» de las áreas urbanas según las tendencias del mercado. Por tanto, las políticas urbanas deberían ir «detrás del mercado».

b) *Erradicaciones de «campamentos»*: para incorporar ciertos sectores al mercado inmobiliario, principalmente en el sector oriente de Santiago, gran cantidad de los llamados «campamentos» (asentamientos precarios nacidos en invasiones de terrenos) que ocupaban dichos terrenos con gran potencial económico fueron removidas hacia comunas periféricas. En ese sentido, cerca de 30 mil familias, fueron erradicadas e incorporadas a los programas de vivienda social en la periferia de bajos ingresos a lo largo del periodo entre 1979-1985.

c) *Regularización urbanística y legal de asentamientos de bajos ingresos*: los asentamientos regularizados fueron aquellos originados de invasiones ilegales en

---

<sup>20</sup> *Ibíd.* pág. 3.

tierras sin mayor interés inmobiliario. La regularización incluyó la urbanización y rediseño predial, la construcción de unidades sanitarias básicas para cada familia y concesión de títulos de propiedad. La intensidad de este proceso se demostraba en que hacia el año 1990 tan sólo un 1,6% de sitios en el país se encontraba sin regularizar.

d) *Creación de municipios socialmente homogéneos*: mediante la reforma administrativa de 1981, en Santiago se crearon 34 municipios de los 17 existentes. El gobierno militar fundamentó su decisión en que los municipios más pequeños permitirían una administración más eficaz, directa y ágil, y que la homogeneidad social evitará que grupos de mayor poder relativo, a través de sus influencias políticas, económicas e informacionales, tendieran a concentrar los escasos recursos existentes.

e) *Reforzamiento del derecho de propiedad*: con la nueva Constitución Política en 1980 se reforzó el derecho de propiedad privada pues la expropiación de terrenos o la recuperación de plusvalía, que existieron en las antiguas políticas urbanas, quedaron fuertemente limitadas. A modo de ejemplo, obras de gran envergadura como la circunvalación Américo Vespucio se atrasó meses e incluso años en algunos sectores por los engorrosos procedimientos judiciales de expropiación.

d) *Canalización de subsidios a la demanda habitacional*: por medio de la asignación de subsidios a las familias pobres, el Estado descentralizó en gran medida la construcción de vivienda social en el mercado, cumpliendo el rol de asignador de vivienda social sólo a las familias de los estratos más bajos. Con la nueva política de vivienda social denominada de Subsidio Habitacional, se cambió la lógica de asignación a favor de la demanda en vez de la oferta, como era tradicional. En tal política se pueden distinguir dos actores: por un lado, el facilitador de la producción de vivienda que es el gobierno, en una modalidad centralizada y subsidiaria, y por otro un grupo de empresarios inmobiliarios que son los ejecutores de la construcción teniendo la facultad de definir y decidir el lugar donde se encontrarán las viviendas (sitios eriazos privados) y la tipología de los productos.<sup>21</sup> El sujeto principal que surge en este contexto es el «promotor inmobiliario», agente con vinculaciones financieras en el que por primera vez confluyen todas las fases del proceso de producción de edificaciones urbanas y quien es en definitiva el que ejerce una gran influencia sobre los cambios de uso de suelo y distribución de rentas de la tierra.

Si bien las políticas liberalizadoras de la dictadura militar siguen casi en su totalidad intactas, ha habido algunos cambios aunque sin efectos prácticos. Así por ejemplo, la frase «el suelo urbano no es un recurso escaso» se cambió por la frase «el suelo urbano es un recurso escaso», entendiendo que el uso del suelo no puede estar delimitado exclusivamente por criterios mercantiles con lo que se aceptaba, por lo menos formalmente, algún tipo de intervención estatal.

Como ya hemos reiterado a propósito de la *dinámica externa* que se configura en las áreas metropolitanas, el papel que las grandes ciudades adquieren en el

---

<sup>21</sup> Alfredo Rodríguez y Ana Sugranyes, *El problema de vivienda de los con techo*, en Alfredo Rodríguez y Ana Sugranyes (editores), *Los con techo: un desafío para la política de vivienda social*, Santiago, Ediciones Sur, págs. 23-58, 2005.

nuevo orden económico se explica por medio de dos tendencias complementarias y simultáneas. Estas son, por un lado la dispersión territorial de distintas actividades productivas, y por otro la concentración en determinados lugares de las funciones de comando y coordinación, así como también de una diversidad de centros financieros y comerciales. Lejos de la realidad presente en la ciudad fordista, la naturaleza de la «nueva ciudad» se fundamenta en que ya no es factible considerarla como un sistema autoconcentrado, sino más bien como una estructura compleja basada en numerosas y complejas redes que funcionan a escala planetaria. En ese sentido, es claro cómo diversas ciudades latinoamericanas comenzaron a dibujarse como nodos o eslabones que albergan actualmente a numerosas sedes de empresas transnacionales. Del mismo modo, es evidente el cambio en las bases económicas metropolitanas, lo que se asocia a un mayor crecimiento relativo del sector servicio frente al sector industrial, y a una mayor urbanización de la economía. En lo que se refiere a la generación de empleos para el caso de Chile, por ejemplo, es posible señalar que entre 1986 y 1996 el empleo agrícola descendió desde el 20,6% al 15,4%. Sobre la industria, que llegó a crear más del 30% del empleo nacional en el periodo de la industrialización sustitutiva, en la década del noventa sólo aportó con el 16% del total de los empleos.<sup>22</sup>

Tal como se aprecia en las cifras anteriores que nos hablan de una reconfiguración en la importancia de los sectores productivos en la economía nacional al momento de generar empleo, las disposiciones externas a las que se enfrentan las áreas metropolitanas implican fuertes cambios en su *dinámica interna*. Siguiendo con esta misma problemática, esto es sobre el mercado laboral, en contraposición con los arreglos institucionales de corte keynesianos que habían caracterizado el periodo anterior el nuevo arreglo liberalizador en materia laboral conllevó a que éste fuese reestructurado de modo tal que en numerosos países latinoamericanos se procedió a dismantelar la legislación laboral. En Chile las medidas llevadas a cabo en el gobierno militar por el Plan laboral de 1979 no hicieron más que liberalizar y flexibilizar las condiciones de empleo para «mejorar» la relación entre salario y productividad.

La evolución del empleo en este territorio demuestra ciertos rasgos: uno de ellos es la debilidad de su generación en el sector manufacturero, concentrándose casi exclusivamente en el sector terciario. En este contexto es interesante señalar que a medida que se han ido desarrollando los procesos de privatización y terciarización, ha existido una tendencia hacia el aumento de la precarización y la informalización. Según los mapas regionales que dispone la OIT para sistematizar información sobre la situación de la economía informal en distintas partes del globo, se puede señalar que en América Latina el porcentaje de empleo informal urbano respecto del empleo total urbano creció del 50% en 1990 a un 58% en 1997.<sup>23</sup>

---

<sup>22</sup> Carlos De Mattos, *Santiago de Chile, globalización y expansión metropolitana: lo que existía sigue existiendo*. EURE (Santiago), dic. 1999, vol.25, núm. 76, pág. 29-56.

<sup>23</sup> Jaime Ruiz-Tagle (coordinador), *exclusión social en el mercado de trabajo en MERCOSUR y Chile*. Santiago de Chile, Oficina Internacional del Trabajo, OIT, 2000.

Si bien se ha visto un aumento en la concentración del ingreso, al mismo tiempo el nivel de pobreza actual es aún mayor que el de 1980, lo que lleva a interpretar dicho problema como resultado estructural de una evolución segmentada y polarizada de los mercados de trabajo. Ciertamente acá resulta aplicable la teoría de la «segmentación de los mercados de trabajo»<sup>24</sup> la cual demuestra que, como resultado de una determinación desigual entre los salarios y del empleo (que lleva a distinguir «segmentos» de mercado entre los cuales la movilidad de los trabajadores es muy reducida), coexisten un *segmento primario* en el que los salarios son elevados y la seguridad del empleo muy grande, y un *segmento secundario*, que presenta las características inversas. Por tanto, la evolución de los mercados de trabajo que se logra inferir de este proceso estaría marcada, dice de Mattos,<sup>25</sup> por tres tendencias observables: a) fuerte polarización entre los salarios de los sectores; b) escasa movilidad del sector secundario al primario; y c) mitigación de los ingresos de los sectores medios. Por ello, es notoria la tendencia hacia una mayor polarización de la estructura social, siendo la ciudad el escenario de representación territorial de un espacio dualizado.

En tal dirección, considerando que existen diferencias entre las grandes metrópolis latinoamericanas y las de países desarrollados, es un rasgo común en ambas la persistencia y la acentuación de las desigualdades intrametropolitanas y de una mayor segregación social. Los cambios que en tal dirección son apreciables en la morfología urbana pueden ser descritos en los procesos complementarios de suburbanización, periurbanización y policentrismo. Más allá de estas formas globales de crecimiento urbano, los modos de expansión periférica «se revelan muy diversos en términos de tipos de hábitat, modo de doblamiento, proceso de producción del espacio construido, tipo de construcción [y] categorías sociales involucradas».<sup>26</sup>

Ahora, entendemos la suburbanización como el proceso en que la tasa de crecimiento de la periferia metropolitana domina claramente sobre el crecimiento de la ciudad central del área, de modo tal que ésta última progresivamente va perdiendo población, y luego una parte de las actividades industriales y de servicios, en beneficio de la periferia, situación evidente en las metrópolis latinoamericanas como Bogotá, Santiago de Chile, Quito, Ciudad de Guatemala y Sao Paulo. Sin embargo, se debe precisar que muy pocas veces esta pérdida de población significa un decaimiento de los barrios centrales, sino que esta tendencia es la manifestación del acrecentamiento en el valor de la tierra patrocinado por el sector inmobiliario, que lleva a construir nuevas obras o restaurar antiguas edificaciones para albergar empresas, oficinas o poblaciones de poder adquisitivo ma-

---

<sup>24</sup> Para profundizar más en esta teoría véase P. Doeringer & M. Piore, *Internal Labor Markets and Manpower Analysis*. Lexington: D. C., Heath and Company, 1971. Por su parte, para profundizar más sobre el concepto de «dualización», como un subproducto de la «teoría de la segmentación», véase: A. Perrot, *Les nouvelles théories du marché du travail*. Paris, La Découverte. 1995.

<sup>25</sup> Carlos De Mattos. «Mercado metropolitano de trabajo y desigualdades sociales en el Gran Santiago. ¿Una ciudad dual?» *EURE (Santiago)* dic. 2002. Vol. 28, N°85. págs. 51—70.

<sup>26</sup> Fraçoise Dureau, et. al. (coordinadores), op. cit. pág. 10.

yor que sus antiguos habitantes. Este proceso se conoce bajo el nombre de *gentrificación*.

Por su parte, la periurbanización se puede conceptualizar como la expansión periférica del tejido urbano que consume los residuos de la vida agraria, originando una aglomeración urbana cuyos límites se hacen cada vez más difusos dentro de la cual emergen numerosos centros (de aquí el concepto de policentrismo) que dibujan un nuevo paisaje urbano. A pesar de que la expansión periurbana de las grandes ciudades latinoamericanas ya se había esbozado en los procesos de metropolización de la fase industrial-desarrollista, las nuevas políticas de gestión urbana que se proponen permitir el crecimiento «natural» (léase mercantil con poca intervención estatal) de la ciudad, dieron un nuevo impulso a este tipo de expansión. A lo anterior, se debe agregar que la periurbanización que se da bajo las nuevas condiciones, más que por la masiva migración campo-ciudad que se vivió en la primera mitad del siglo XX (pues casi todos los países han alcanzado un alto nivel de urbanización), se debe al incremento de los desplazamientos intraurbanos de población hacia las áreas borde, ya sea en forma voluntaria o forzada (como en el caso de las erradicaciones). Es decir, no obstante las tasas de crecimiento demográfico urbano ha disminuido respecto a las décadas anteriores (Bogotá 3% frente a un 7%; Santiago de Chile 1,8% frente a 5%, etcétera) la expansión de las metrópolis ha aumentado.

Para referirse al policentrismo, debemos recordar las tendencias simultáneas de expansión territorial y dispersión productiva que hemos hablado, pues un gran número de funciones y actividades que habían estado concentradas en centros tradicionales comienzan a ser desplazados hacia nuevos territorios del espacio metropolitano. Esta emergente organización policéntrica conlleva la declinación del papel que jugaban los centros tradicionales, en beneficio de nuevas centralidades funcionalmente adaptadas, que suelen contar con una participación importante del sector terciario más desarrollado, en especial, de los servicios a la producción que suelen localizarse en la proximidad de sedes corporativas de importantes empresas. «Así, tanto en el Centro Corporativo Santa Fe en Ciudad de México, el Centro Berrini en Sao Paulo, Catalinas y Puerto Madero en Buenos Aires o la Ciudad Empresarial de Santiago de Chile, cuentan con una importante presencia de funciones *back—office* de servicios avanzados».<sup>27</sup> Como se puede inferir, cuando hablamos de suburbanización, periurbanización o policentrismo nos encontramos con lo que de Mattos llama «nuevos artefactos urbanos» como son las grandes obras arquitectónicas de edificios corporativos y complejos empresariales, espacios comerciales diversificados (*shopping malls*), etc. al que sólo pocos pueden acceder de forma efectiva; se agregan también las modernas autopistas urbanas y la compleja red vial que permite el rápido desplazamiento a distintos puntos de la ciudad. Sin embargo, la configuración de un espacio urbano basado en la segregación social y territorial parece ser un desarrollo estructural en las metrópolis de Latinoamérica, en la cual una gran cantidad de individuos

<sup>27</sup> Carlos De Mattos, *Redes, nodos y ciudades: transformación de la metrópoli Latinoamericana*, op. cit., pág. 25.

no logra integrarse social ni económicamente al nuevo modelo de modernización capitalista.

## **Segregación social del espacio urbano**

Resulta complejo referirse al concepto de *segregación* ya que es un término polisémico, por no decir de significado ambiguo o, como dice Sabatini, «escurridizo». Empero, parece claro que dicha palabra involucra siempre formas desiguales de distribución de grupos de población en el espacio urbano que lleva al disfrute disímil de las bondades de la ciudad. En tal sentido, advertimos de inmediato el uso con reservas de las tesis de autores como Rapoport<sup>28</sup> que hablan de un tipo de «segregación voluntaria» como un proceso en que determinado grupo culturalmente homogéneo desarrolla prácticas de automarginación en el contexto urbano como estrategia de resistencia cultural ante la indiferenciación extrema que se da en la ciudad. Tal sería el caso de la congregación en ciertos barrios de sujetos de la misma etnia o religión. Si hacemos esta aclaración se debe a que, en primer lugar, los datos empíricos demuestran que tal situación de agrupamiento voluntario según características étnicas o religiosas no se da con mucha fuerza en las metrópolis latinoamericanas, siendo tal esquema teórico inadecuado, en este caso, para explicar nuestra realidad más global. En segundo lugar, nos referiremos principalmente a la segregación «forzada» por la cual numerosos ciudadanos se ven obligados a poblar espacios urbanos hiperdegradados producto de su posición en la estructura social, no obstante reconocemos procesos contrarios en las clases altas que emigran hacia zonas aisladas y cerradas para desarrollar nuevos conceptos de vivir basados en la seguridad, el aislamiento y la homogeneidad social, o dicho de otro modo, para realizar la «utopía burguesa».<sup>29</sup>

Ahora, según entenderemos por segregación social es posible distinguir en ella tres dimensiones, tal como dice Sabatini:<sup>30</sup> a) las diferencias de nivel de vida entre población viviendo en distintas áreas; b) la segregación geográfica entre las zonas de residencia; y c) la segregación social subjetiva.

Sobre el primero, vale señalar que el crecimiento económico de los países en los últimos quince años (incluso el de los desarrollados), ha polarizado la distribución del ingreso, disparidad que se manifiesta en una diferenciación cada vez mayor en los niveles y calidad de vida entre distintos barrios. Respecto a América Latina cabe señalar que sigue siendo la región del planeta con peores indicadores,<sup>31</sup>

---

<sup>28</sup> Amos Rapoport, *Aspectos humanos de la forma urbana. Hacia una confrontación de las ciencias sociales con el diseño de la forma urbana*, Barcelona, Editorial Gustavo Gil S.A, 1978.

<sup>29</sup> Para profundizar más sobre este concepto, véase Vanda Ueda, *La utopía burguesa reflejada en la construcción de los condominios cerrados en la ciudad de Porto Alegre, Brasil*, en *Scripta Nova Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, Universidad de Barcelona. Vol IX, N° 194 (57), 1 Agosto 2005, Disponible en: <http://www.ub.es/geocrit/sn/sn—194—57.htm>

<sup>30</sup> Francisco Sabatini, op. cit.

<sup>31</sup> Así por ejemplo el África subsahariana presentaba un índice de Gini de 47, contra un 49,3 de América Latina. Véase Paola Viscal, *América latina converge hacia la desigualdad*, Disponible en

cuestión que se agrava en el hecho de que en algunos países se observa incluso una acentuación de la concentración del ingreso. Utilizando el Coeficiente de Gini,<sup>32</sup> los datos contrastados entre el inicio de la década de los noventa con su correlato en el año 2000 que nos entrega la CEPAL,<sup>33</sup> indican que la situación ha empeorado en países como Argentina (0,501 frente a 0,59), Brasil (de 0,627 a 0,639), Chile (de 0,554 a 0,559), Ecuador (0,461 frente a 0,513), Paraguay (de 0,447 a 0,570), entre otros. En el caso de Chile, la distribución del ingreso llega a ser bochornosa, considerando que el 20% más rico de la población recibe 17 veces más ingresos que el 20% más pobre, en contraste con países desarrollados como estados Unidos donde esta relación alcanza a 8,9 veces.

La segunda dimensión de la segregación, a saber la segregación residencial, se cimienta en que determinada situación de distribución del ingreso (y por tanto de diferencias en el nivel de vida) puede dar lugar a distintas configuraciones espaciales. Así, por ejemplo, los ricos pueden estar todos aglomerados en alguna zona específica o también repartidos por toda la ciudad habitando una gran cantidad de barrios de altos ingresos. La «segregación residencial»<sup>34</sup> puede definirse de forma muy general como el grado de proximidad o de aglomeración espacial de individuos pertenecientes a un mismo grupo social, que en este caso definiremos según criterios socioeconómicos. Desde esa perspectiva se introducen los planteamientos de Cecilia Marengo<sup>35</sup> quien distingue dos tipos de segregación: la primera es generada por la conformación de loteos habitacionales, condominios, parques, muy ligado al cerramiento perimetral, a la existencia de guardias privados, etc. en donde se constituye un tipo de periferia que concentra una población de nivel socioeconómico alto y cuyas soluciones habitacionales son producto de la inversión privada. La segunda corresponde a aquella relacionada con programas de subsidio donde rige el aspecto localización/relocalización de población de bajos ingresos en la periferia de la ciudad atendiendo a la oferta de parcelas para ser urbanizadas a bajo valor. Estas soluciones habitacionales son producto del sector público.

---

[http://www.lainsignia.org/2003/noviembre/econ\\_008.htm](http://www.lainsignia.org/2003/noviembre/econ_008.htm). Para obtener más información del Coeficiente de Gini ver el siguiente pie de página.

<sup>32</sup> El Coeficiente de Gini es el indicador más utilizado para medir la desigualdad del ingreso en una sociedad a través del ingreso per cápita familiar. Varía entre cero (situación ideal en que todos los individuos o familias de una comunidad tienen el mismo ingreso) y uno, valor que tiene cuando los ingresos se concentran en pocos hogares o individuos. El índice de Gini es el coeficiente expresado en porcentaje, esto es, el coeficiente de Gini multiplicado por 100.

<sup>33</sup> Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), *Panorama Social de América Latina 2002-2003*.

<sup>34</sup> Para ver en más detalle una discusión teórica y conceptual sobre la «segregación residencial», véase Francisco Sabatini, Gonzalo Cáceres, y Jorge Cerda, *Segregación residencial en las principales ciudades chilenas: Tendencias de las tres últimas décadas y posibles cursos de acción*. EURE (Santiago), Vol. 27, N°82, 2001, págs. 21-42.

<sup>35</sup> Cecilia Marengo, *Una aproximación a la segregación residencial, como punto de partida en la formulación de políticas*, en *Boletín del Instituto de la Vivienda*, Santiago, Chile. Vol. 19, N° 050. Universidad de Chile, 2004, págs. 167-183.

Sea como fuere, el tamaño de los barrios (aglomeraciones espaciales) y su interacción con el resto de la ciudad redundan en la problemática del grado de aislamiento físico entre los grupos sociales, que conlleva muchas veces a situaciones de miseria y desintegración social. Tal aislamiento se produce de dos formas, ya sea por la gran escala geográfica de la segregación (es decir, la gran distancia de aglomeraciones espaciales de familias de igual condición social) o porque los desplazamientos de la población entre sus zonas de residencia y el resto de la ciudad presentan mayores tiempos de viaje o menores frecuencias. Sobre lo primero (gran escala geográfica de la segregación) esta situación es históricamente notoria en Santiago al analizar los datos de ingreso familiar por zonas internas de la ciudad, que indican que tradicionalmente en los territorios donde vive gente rica casi no vive gente pobre y viceversa. Así, en términos bien generales, se puede establecer «zonas con alta presencia de hogares pobres en el sur, poniente y norte de la ciudad y la conformación de una gran área oriente de mayores ingresos y niveles educacionales».<sup>36</sup> Volveremos sobre esto más abajo.

La tercera dimensión (sobre la segregación subjetiva), refiere a dos aspectos con fuerte carga simbólica para los ciudadanos, a saber, la calidad de la vivienda y el tipo de vecinos. La ocupación de una vivienda precaria, autoconstruida y de mala calidad, sin duda contribuye a generar un imaginario, no alejado de la realidad, de exclusión social. Es quizá la manifestación material más tangible de marginación cuando se hecha un vistazo a poblaciones pobres. Sobre el «tipo de vecinos», la segregación social subjetiva se demuestra en atribuir significado valorativo al hecho de residir con «iguales» o «diferentes», que respectivamente lleva al hecho significativo de buscar la afinidad o la exclusión con los otros. Sobre esto último hay muchos casos en que debido al interés de dotar de «exclusividad» a barrios y lugares se han llevado a cabo prácticas de segregación y exclusión social con familias pobres. En ese sentido, Richard Sennett<sup>37</sup> acierta razonablemente cuando señala que los actos de *evitar* y *negar* son dos formas complementarias de suprimir las diferencias, en este caso hacia la población de bajos ingresos; mediante lo primero (*evitar*), se reconoce la existencia de la complejidad (lo diferente) aunque se procura huir de la misma; con la *negación* lo que se hace es simplemente abolir su existencia. La construcción de viviendas similares a verdaderas fortificaciones, aisladas y protegidas de la «otra ciudad» (salvaje y violenta) por parte de las clases acomodadas, intenta jerarquizar el espacio y la población de la metrópolis para satisfacer sus *deseos*<sup>38</sup> de utopía burguesa y calidad de vida al tiempo que niega la existencia de la diferencia.

---

<sup>36</sup> Francisco Sabatini, op.cit., pág. 10.

<sup>37</sup> Richard Sennett, *Las ciudades norteamericanas: planta ortogonal y ética protestante*, en Revista Internacional de Ciencias Sociales, N° 125, UNESCO, 1990.

<sup>38</sup> Giandomenico Amándola, *La Ciudad Postmoderna*, Madrid, Celeste Ediciones, 2000.



### **Sao Paulo, Bogotá y Santiago de Chile: segregación socioespacial en América Latina**

Empíricamente la globalidad del proceso de segregación social y territorial, así como las transformaciones espaciales producto de los cambios estructurales en la organización económica, se manifiesta con patrones similares en la configuración morfológica urbana de las ciudades latinoamericanas, a pesar de las diferencias identitarias que cada una de ellas posee. En ese sentido, como ya dijimos antes, cobra más importancia en el análisis de la extensión urbana considerar procesos de redistribución poblacional interna que los masivos éxodos rurales que caracterizaron la primera mitad del siglo XX.

Sobre la ciudad de Sao Paulo se puede señalar, según el estudio comparativo mundial de metrópolis coordinado por Françoise Dureau,<sup>39</sup> que las principales transformaciones metropolitanas, influidas por el ajuste estructural y el cambio en el patrón residencial de los distintos estratos poblacionales, han sido: reducción de las zonas industriales y aumento de las zonas ocupadas casi exclusivamente por el sector terciario; la construcción de grandes conjuntos residenciales de alto nivel socioeconómico con muy baja densidad en los sectores periféricos, así como también una densificación excesiva en los conjuntos populares de la periferia y el centro; la permanencia de la ocupación clandestina de sitios aún más precarios, dejados de lado por el mercado inmobiliario; la expulsión de habitantes de los *cortiços* (casas alquiladas muy deterioradas) y de población de bajos ingresos de las zonas centrales.

<sup>39</sup> Françoise Dureau, et. al., (coordinadores), op. cit.

El ingreso de capital público y privado en terrenos ocupados ilegalmente llevó a dotar de infraestructura dichas zonas convirtiéndose de hecho en suburbios urbanos. Con lo anterior los terrenos se valorizaron y, como es de esperar, la renta subió de precio, lo que llevó a un paulatino reemplazo de habitantes pobres por otros de sectores medios, siendo los primeros relegados a las *favelas* cercanas o hacia barrios distantes y precarios. Mientras una gran cantidad de espacios ya urbanizados permanecían sin construir, comenzó a proliferar entre los promotores inmobiliarios la política de verticalización (comercio, oficinas y viviendas). Tal fenómeno se extendió poco a poco a barrios intermedios en sitios donde existe una demanda necesaria o provocada (por el marketing) «conllevando a su vez a la demolición de casas, a la transformación de residencias en comercios y al alza de los precios de la tierra».<sup>40</sup> Sin embargo, los hechos más recientes demuestran que en amplios terrenos vacíos de zonas intermedias se observa la construcción de conjuntos residenciales cerrados a la libre circulación de automóviles y peatones ajenos al barrio, cuyo precio es mucho mayor a las viviendas similares que no están protegidas.

En cifras, se puede establecer que en los ochenta las ofertas inmobiliarias de unidades de viviendas del Centro extenso (la zona más rica de la ciudad) fueron seis veces superiores a la cantidad de unidades de vivienda nueva contabilizadas por el censo. Sin embargo, en los sectores centrales de la ciudad (Centro histórico y Centro extenso) se registró una disminución de la población, siendo el lugar de destino de gran parte de ella los sectores intermedios (oeste, sudoeste, este 1 y norte 2 de la ciudad),<sup>41</sup> en los cuales «la cantidad de apartamentos propuestos por el mercado formal cubre apenas la mitad del aumento del número de unidades de vivienda; la otra mitad está constituida principalmente por vivienda nueva edificada en las *favelas*».<sup>42</sup> En el sector norte 1 y sur, a pesar del aumento considerable de población y unidades de vivienda, las ofertas del sector privado llegan sólo al 17% de este crecimiento, mientras que en el sector este 2, el más pobre de la ciudad, se acercan sólo al 3%. Ahora, durante este periodo en estas tres zonas se registraron un importante crecimiento de *favelas* y urbanizaciones ilegales. De lo anterior podemos concluir que, por lo menos en Sao Paulo, no hay una correspondencia entre el aumento de la oferta inmobiliaria y un aumento de la densificación, siendo las zonas más densas aquellos sectores periféricos ocupados por parcelaciones precarias y *favelas*, siendo estas últimas, hacia 1993, el lugar de albergue de aproximadamente el 20% de la población.

En Bogotá el modelo de desarrollo metropolitano que se viene dando desde la década de los ochenta presenta características simultáneas, como son: a) es endógeno, pues si bien en 1979 la migración era responsable del 49% del crecimiento, hacia 1990 sólo el 22% proviene de ella, lo que indica la importancia actual que tienen las migraciones intraurbanas en la dinámica poblacional; b) es

---

<sup>40</sup> *Ibíd.* pág. 61.

<sup>41</sup> Para el estudio citado, la ciudad de Sao Paulo se divide en: Centro histórico, centro extenso, Oeste, Sur, Sureste, Este 1, Este 2, Norte 1 y Norte 2.

<sup>42</sup> Fraçoise Dureau, et. al., (coordinadores), *op. cit.* pág. 63.

centrípeto, pues zonas previamente urbanizadas experimentan transformaciones y procesos de redensificación lo que lleva a una ocupación más generalizada en el espacio de la ciudad y al aumento de la densidad poblacional promedio de, por ejemplo, 130 hab/ha en 1985, a 150 en 1993;<sup>43</sup> c) la dinámica de urbanización en Bogotá implica municipios contiguos como Soacha, Chía, etc.

Desde inicios de la década del ochenta la intervención pública en el desarrollo urbano se restringe a la creación de «normas urbanas» (como el Acuerdo 7 de 1979) que, aparte de beneficiar directamente al sector inmobiliario, se manifiesta aun en la formulación de planes zonales. Ejemplos de aquello son el caso de Ciudad Bolívar en el sur de Bogotá (cuyo fin ha sido consolidarla como sector de acogida de población de bajos ingresos), al igual que la renovación del centro con el *Plan centro*. Sin embargo, las estrategias residenciales se presentan claramente sectorizadas según grupos sociales, las que en términos generales han sufrido importantes variaciones debido al interés por acercarse al lugar de trabajo, por tener casa propia, por mantener y fomentar redes sociales y familiares, etcétera.

Debido a la poca cobertura de viviendas sociales subsidiadas por el Estado y a los costos prohibitivos de las viviendas del sector capitalista, a las clases bajas sólo les quedan dos alternativas: compartir con sus similares una vivienda arrendada, o autoconstruir su vivienda en sitios ocupados. Las viviendas en alquiler se difunden principalmente en los sectores periféricos consolidados, mientras que las «tomos de terreno» se ubican geográficamente en los relieves abruptos del sur de la capital y más allá de los límites del Distrito, en cuyo seno aún es muy recurrente encontrar viviendas compartidas (46% de los hogares en 1993).<sup>44</sup> Por su parte, la autoconstrucción de viviendas corresponde aproximadamente al tercio de viviendas que existe en el Distrito, a lo que se debe añadir aquellas producidas en los municipios contiguos como Soacha, lugar receptor de población pobre y en el cual la urbanización ilegal está presente hace más de veinte años.

La diversidad de construcciones es la característica de las viviendas de sectores medios, con un patrón común que va desde construcciones de casas individuales en los años setenta a conjuntos residenciales colectivos cerrados en la parte occidental, noroccidente, y algunos sectores del extremo norte. En las zonas que anteriormente fueron construidas emergen manzanas de «alta seguridad», cuyos residentes se apropian del espacio público. No obstante, en la actualidad la estrategia residencial de este grupo ha tenido importantes variaciones, sobre todo al construir conjuntos cerrados en el sur, específicamente en el municipio de Soacha.

Del mismo modo, la dinámica residencial de las clases acomodadas, que desde los años ochenta se vinculaba casi exclusivamente por su desplazamiento hacia el norte, registra una inflexión no menor. Las explicaciones pueden ser el deterioro constante de las condiciones de transporte ligado al crecimiento de los niveles de motorización, así como el incremento de la actividad femenina, lo que conlleva a una revalorización de los sectores más centrales para establecer un hogar en el que ambos padres trabajen. En consecuencia, mientras algunas familias acomoda-

---

<sup>43</sup> *Ibíd.* pág. 31.

<sup>44</sup> *Ibíd.* pág. 96.

das buscan la tranquilidad y la seguridad en los municipios del norte, lejos del centro (Chía, Cota o Tabio), otros buscan acercarse cada vez más a su lugar de trabajo, estableciéndose en lujosas viviendas en el pericentro norte.

Históricamente Santiago de Chile se ha constituido como una ciudad con un espacio geográfico y social segregado. Las iniciativas para reconstruir el «orden social urbano» tienen antecedentes en, como dice Sabatini, los «planes afrancesados» de Vicuña Mackenna (década de 1870) que se concentraron en la «ciudad propia», excluyendo a los «arrabales» donde vivían los pobres. Así, destacan la construcción de una avenida perimetral que delimitaba lo que era «ciudad» (Camino de la Cintura),<sup>45</sup> la canalización del Mapocho, «el más feo y desagradable de los ríos de la creación», etcétera, todas obras hechas con el fin de «embellecer» Santiago desde un patrón europeo, marginando a los habitantes de la «chimba» y a otros sectores periféricos. Similar visión segregativa tuvo el urbanista austriaco Karl Brunner en la década de 1930, pionero en comprender la dinámica intercomunal en el análisis de lo que empezó a denominar el «Gran Santiago».<sup>46</sup> Ya en el periodo de industrialización sustitutiva, quizá la política más importante en esta materia corresponde a los «planes nacionales de vivienda» que incluyeron operaciones de reordenamiento social. En el gobierno de Alessandri (1958-1964) entre los años 1959 y 1962 fueron erradicadas 16.950 familias que habitaban en los conventillos y tugurios ubicados en las zonas adyacentes al centro de la ciudad, siendo trasladadas hacia áreas periféricas. Tales medidas contribuyeron a conformar lo que actualmente son las zonas con mayores aglomeraciones de pobreza en Santiago, esto es, hacia el sur y el poniente de la ciudad.

Era de esperar, por tanto, que Santiago se dibujase con una estructura urbana altamente segregada, cuestión visible aún en nuestros días. Los rasgos presentes en la actualidad tienen un desarrollo histórico marcado por tres rasgos: la segregación a gran escala, una aglomeración compacta y un crecimiento periférico contiguo. En ese sentido es notoria la concentración de los barrios acomodados al noreste de la ciudad, que se extiende desde el extremo oriental de la zona central hasta las faldas de la precordillera. En él conviven lujosas viviendas y actividades terciarias de alto nivel (comercio, oficinas), reconociéndose especificidades en que ciertos municipios son eminentemente residenciales, mientras que otros albergan cada día más actividades de residencia y economía terciaria (como Vitacura). La vinculación directa que el barrio alto tiene con la Ciudad Empresarial en Huechuraba y el aeropuerto, por medio de modernas redes viales, vuelve imposible cualquier tipo de interacción entre este sector con la ciudad popular que se propaga por el sur y el poniente de Santiago, siendo esto sólo una faz de la segregación.

Por su parte, hacia el oeste, al norte y al sur, en términos muy generales, la

---

<sup>45</sup> Esta avenida comprendía las actuales avenidas/calles: Av. Blanco Encalada, Av. Matta, Av. Vicuña Mackenna, Mapocho, Matucana y Exposición.

<sup>46</sup> Actualmente el «Gran Santiago» está dividido en 5 provincias y en 34 comunas; la Provincia de Santiago está dividida en 32 comunas, a lo que se agrega las comunas de Puente Alto (Provincia de Cordillera) y San Bernardo (Provincia de Maipo).

dinámica urbana se caracteriza por enfocarse al establecimiento para las capas más modestas de la población, eso sí con especificidades propias de ciertos sectores. Así, por ejemplo, la pobreza se extiende en mayor medida en la franja urbana sur (Comunas de La Pintana, la Granja y San Ramón) y al oeste de la ciudad (Cerro Navia, Pudahuel). La fuerte segregación socioespacial presente hoy en día en Santiago tiene raíces profundas en las diversas medidas propuestas e implementadas desde los gobiernos anteriores al golpe militar de 1973. Pero son las políticas que impuso la dictadura de Augusto Pinochet las que ayudan a entender de mejor manera la distribución geográfica de la pobreza, en especial cuando se hace referencia a la erradicación de campamentos (que estaban ubicados en zonas con alto potencial económico) hacia áreas periféricas mal equipadas. Entre 1979 y 1985 (primera etapa del proceso) tal medida implicó a 28.887 familias, es decir aproximadamente 172.218 personas<sup>47</sup> que fueron repartidas principalmente en las comunas de La Granja, Pudahuel, Renca, Puente Alto y San Bernardo, correspondiendo a cerca del 72% del flujo de erradicaciones efectuados. En muchos casos, además, la recepción de erradicados en una comuna se hace de forma sostenida en algún área específica de ella, lo que lleva a elevar los niveles de concentración de población pobre en espacios bien delimitados. Tal es la situación actual del distrito censal Santa Marta en la comuna de San Bernardo donde, según las cifras que se manejan en dicho municipio, del año 2002 al 2003 la población aumentó en 20.417 habitantes principalmente por la incorporación de los reductos habitacionales «Concreta» (1.615 viviendas, 7.429 habitantes) y «Las Hortensias» (1.804 viviendas, 8.712 habitantes).

Sin embargo, frente al panorama presentado más arriba, actualmente se están observando algunos cambios en la estructura urbana, tales como: a) emergencia de formas de crecimiento discontinuas, proceso que rompe con la tendencia histórica de crecimiento tipo «mancha de aceite» o «ciudad compacta»; b) interrupción de la tendencia a la concentración de los sectores acomodados en el sector oriente de la capital debido al aumento de las parcelas de agrado (ya sea en su modalidad de casa de veraneo o de vivienda permanente) que rodean la ciudad y a los proyectos inmobiliarios en áreas intraurbanas de menor nivel socioeconómico; c) irrupción de subcentros (comerciales o industriales) de gran dinamismo contiguos al cruce de vías radiales con el anillo de la circunvalación Américo Vespucio, como el caso de La Florida; d) renovación urbana (*gentrificación*) en áreas centrales deterioradas, proceso evidente en la comuna de Santiago. En relación al problema de la segregación, las inflexiones se manifiestan en que ha cambiado su escala geográfica.

En suma se está dejando atrás el patrón morfológico de «ciudad compacta», pues la tendencia a la descentralización de la estructura urbana se materializa al surgir importantes subcentros comerciales, de servicio y, en menor grado, centros productivos. La aparición del promotor inmobiliario como actor dominante en el

---

<sup>47</sup> Rodrigo Hidalgo «La vivienda social en Santiago de Chile en la segunda mitad del siglo XX: actores relevantes y tendencias espaciales». En C. de Mattos y otros (editores.), *Santiago en la globalización: ¿una nueva ciudad?*, Santiago, Ediciones SUR/EURE, 2004, págs. 219-241.

desarrollo urbano, junto con la expansión de la infraestructura disponible, los problemas de congestión y accesibilidad intraurbana, la expansión y globalización de la economía nacional, entre otras causas, permiten explicar tal proceso de cambio.

El promotor inmobiliario, figura cuyo poder surge luego de las políticas de reforma económica en los años ochenta en especial la liberalización del mercado de los suelos, basa sus ganancias en la segregación social del espacio urbano, ya que en definitiva la presencia de población de cierta clase conlleva a un aumento o disminución de la plusvalía del sector. La exclusión social inherente en sus proyectos podría «resolverse» modificando el patrón geográfico de segregación social, cuestión observable en la medida que se altere el destino social de ciertos barrios. Sin embargo, más que una medida de «integración social» es una estrategia que acrecienta las arcas del promotor, pues resulta muy rentable comprar suelo a bajo precio en sectores «populares» para luego vender conjuntos habitacionales protegidos, destinados a individuos con un mayor poder adquisitivo a precios muy superiores. Quizás La Florida y Peñalolén sean los ejemplos paradigmáticos de este proceso, ya que hace algunos años eran comunas populares de la periferia de Santiago, que los promotores inmobiliarios «transformaron» en un lugar propicio para la habitación de sectores medios. Lo anterior llevó a una disminución en la escala geográfica de la segregación, cuestión que rompe con el patrón originario de la ciudad en que, a grandes rasgos, en una zona específica de la ciudad vivían los ricos y en otra los pobres. No obstante, no significa que en Santiago ya no exista la segregación, sino por el contrario, las formas emergentes de reproducirla se dan a pequeña escala.

## **Conclusiones**

Resulta evidente que la dinámica de crecimiento urbano en la actual América Latina se da menos por motivos exógenos (migración campo-ciudad), que por una redistribución de población interna de la misma. Aunque las tasas de crecimiento demográfico en nuestra región han disminuido respecto a las presentes en décadas anteriores, las metrópolis aumentan cada día más sus márgenes geográficos o poblacionales, en un contexto en que su revalorizado rol dentro de la economía mundial toma nuevas formas luego de la implementación forzada de las reformas estructurales de las economías nacionales. La desregulación, la liberalización del mercado de los suelos, la paulatina retirada del Estado de la planificación social, la apertura externa y la privatización, entre otros aspectos, han llevado a dotar de una nueva figura el paisaje urbano en sus dimensiones económicas y socioespaciales. No obstante, las desigualdades sociales parecen inherentes a toda formación social del capitalismo, la polarización de los mercados de trabajo y la extrema desigualdad en la distribución del ingreso, dibujan estructuralmente a la ciudad global latinoamericana altamente segregada y polarizada.

El espacio urbano de estas ciudades, según hemos visto, tiene muchas similitudes en cuanto a los procesos que le afectan. La disminución de población de las áreas centrales, así como su renovación, es clara en los ejemplos citados (Sao Paulo, Bogotá y Santiago); como contrapartida se observa la densificación exce-

siva de la periferia (suburbanización) por parte de las clases oprimidas, que anti-guamente habitaron zonas más céntricas de la ciudad, pero que literalmente fueron expulsados de allí por habitar viviendas que no pudieron seguir pagando (por el abuso del mercado inmobiliario) o por vivir en tomas de terreno. La integración de municipios contiguos a la ciudad principal (Soacha en Bogotá, San Bernardo y Puente Alto en Santiago) y, en el caso de Chile, la creación de comunas «socialmente homogéneas», es altamente funcional al momento de recibir esta población «sobrante».

Pero la ocupación periférica de la ciudad ya no se restringe sólo a las clases bajas, pues una de las actuales estrategias residenciales de las élites es habitar en las afueras de la ciudad, ya sea en parcelas de agrado o en conjuntos habitacionales cerrados más «cerca de los pobres», eso sí, si se dispone de eficientes mecanismos de seguridad para contrarrestar la creciente «inseguridad ciudadana» y de vías expeditas de acceso a las zonas donde desarrollan sus actividades económicas. Sobre esto último, observamos la materialización de un espacio de flujos que organizan nuevas prácticas sociales de vida de un sector minoritario de la sociedad que se moviliza rápidamente, mediante modernas autopistas urbanas, en medio de una ciudad desconocida para ellos.

La disminución de la escala de segregación residencial (resultado paradójico de la liberalización del mercado de los suelos que da la posibilidad de que ricos y pobres vivan más cerca) hace pensar a algunos autores, como Sabatini,<sup>48</sup> que es una posibilidad cierta de integración social. Por el contrario, creemos que si bien la distancia geográfica ha disminuido, la distancia social expresada en distribución de la riqueza, acceso desigual al mercado laboral, al sistema educativo, en suma, a las bondades del sistema, ha aumentado a niveles nunca antes vistos. Y aunque se fomentara políticamente la dispersión espacial de grupos medios y altos en zonas populares, la respuesta de los primeros sería una segregación a pequeña escala, como ocurre actualmente en municipios socialmente más heterogéneos. En consecuencia, reducir la segregación social de la ciudad a una cuestión de más o menos metros de distancia entre viviendas de distinta clase social nos parece inconsistente, por cuanto la comprensión de la morfología urbana sólo puede analizarse desde una perspectiva multidimensional que asuma la correspondencia de ésta con el modelo de desarrollo que la genera. Es de esperar en un orden económico que estructuralmente basa sus ganancias en la exclusión, se configure una aglomeración urbana con esas características. Por tanto, sólo un cambio de orientación política a distintos niveles puede alterar el curso de acción, cuestión que en esferas institucionales puede redundar (y en esto concordamos con Sabatini) en promover políticas estatales de control de la especulación del suelo para desincentivar el alza de los precios. Si bien es sólo una reforma, puede regular el nivel de expulsión de poblaciones pobres desde áreas con alto potencial económico, quienes históricamente han sido relegados a espacios con pésima infraestructura. No obstante, es de esperar que la desintegración estructural de la sociedad se siga representando en el espacio urbano.

---

<sup>48</sup> Francisco Sabatini, op. cit.

# Estado, mercado y sociedad civil. Una mirada desde la sociología

OMAR AGUILAR

---

## **Naturaleza y origen del Estado**

El tema de las relaciones entre Estado y sociedad civil ha sido tradicionalmente un tema tratado por la ciencia política. Por definición, el Estado comprende todo el ámbito de fenómenos que caen bajo el término genérico de «lo político» y ha sido en esa dirección que el tema ha sido abordado de la muy moderna ciencia de lo político.

Ahora bien, desde nuestra posición de sociólogos, intentaremos abordar el tema de las relaciones entre Estado y sociedad civil, a partir de algunos de los problemas que articulan la discusión sociológica desde sus orígenes y que creemos permiten ofrecer una interpretación adecuada de algunos fenómenos y procesos sociales que se inscriben en el campo de relaciones posibles entre Estado y sociedad civil.

### **1. CONCEPCIONES IDEALISTAS: EL ESTADO COMO OBJETIVACIÓN DEL ESPÍRITU**

El Estado como fenómeno social no resulta fácil de definir. Muchas veces, las definiciones que se han dado del Estado abarcan diversos ámbitos, fenómenos y dimensiones, las que no siempre coinciden de un autor a otro. Por ejemplo, en ocasiones se tiende a identificar el Estado con el Gobierno; en otras, se incluye en el concepto de Estado el conjunto de órganos a través de los cuales se ejerce el dominio en la sociedad.

Nosotros nos detendremos en dos concepciones contrapuestas en torno al Estado, que generalmente han influido algunas de las principales corrientes sociológicas. La primera de estas visiones sobre el Estado remite al filósofo idealista alemán Hegel, quien a principios del siglo XIX formuló una compleja interpretación filosófica que ponía en el centro de la misma a la idea o espíritu. Para Hegel,

la realidad, con sus diferentes dimensiones, era manifestación del Espíritu, era expresión del Espíritu, de la Idea, la que se encarnaba, se materializaba tanto en la naturaleza como en la sociedad. Desde este punto de vista, y tal como lo planteó el conocido filósofo español Ortega y Gasset, lo que hace Hegel es preguntarse no tanto por qué ocurre la historia sino más bien a quién le ocurre la historia. Dicho en otros términos, quién pasa por la historia. Hegel dirá que el sujeto, el protagonista de la historia (no sólo de la historia humana sino también de la historia de la naturaleza, por decirlo así) es el Espíritu, que él ha identificado con la Idea o Dios como principio constitutivo de lo real.

En este sentido, Hegel identificó el Estado como encarnación, materialización, del Espíritu. Concretamente de lo que él denominó Espíritu Objetivo y que no es sino la materialización en la historia y la sociedad de ese principio activo que él cree protagonista de la historia como proceso.

En términos de Hegel, sólo en el Estado el hombre llega a tener existencia racional. Todo lo que el hombre es, nos dice Hegel, se lo debe al Estado, y sólo en el Estado el hombre tiene su esencia.

En otras palabras, para Hegel el Estado es una forma suprema y superior de manifestación del Espíritu. En consecuencia, el Estado, en esta concepción del filósofo alemán, no es sino una suerte de logro evolutivo, es una de las formas superiores de objetivación de este Espíritu que protagoniza la historia.

Hay que precisar que para Hegel el Estado monárquico constitucional es el tipo ideal de Estado, cuestión importante de aclarar porque a veces se piensa que esa excesiva importancia que Hegel le asigna al Estado, como forma superior a la que el propio individuo se debe, se parece demasiado a la visión que sobre el Estado tenían Mussolini y Hitler, para quienes el Estado era la encarnación superior de la Patria y del espíritu del pueblo alemán, respectivamente.

## **2. CONCEPCIONES MATERIALISTAS: EL ESTADO COMO INSTRUMENTO DE DOMINACIÓN**

Contra esta visión idealista sobre el Estado se alza la crítica que Marx realiza a la filosofía del derecho de Hegel.

Marx, quien en sus inicios había sido un ferviente partidario de la filosofía de Hegel, llega a la convicción de que no es posible explicar la sociedad recurriendo a entidades abstractas y metafísicas como lo era la noción de Espíritu. Para él, la realidad tiene un substrato material y no ideal, y ese substrato constituye la base de todas las ideas y sistemas simbólicos que los individuos construyen. Ahora bien, ese substrato o base material de la realidad social Marx lo identifica con la esfera de la producción material. Vale decir, el principio de toda realidad y, por tanto, de todo fenómeno social, está no en una idea o espíritu que se manifiesta en la historia, sino en la historia real y concreta de la forma en que los hombres producen y reproducen sus condiciones de existencia. Es ahí donde hay que encontrar la clave para interpretar la diversidad de fenómenos históricos y sociales, y no buscar esa clave en los cielos o más allá de la realidad material.

A este respecto, Marx va a criticar esta visión un tanto romántica de Hegel sobre el Estado. Para Marx, el Estado no es sino una forma social que tiene su

origen en un fenómeno que ocurre precisamente en esa esfera de la producción material a la que él le asigna un papel clave en su interpretación de la historia.

El Estado, lejos de ser una entidad ideal o espiritual, es de naturaleza eminentemente social, y lo social debe ser explicado a partir de lo que ocurre en esta esfera de la producción.

Marx cree que históricamente los hombres han debido establecer determinadas relaciones entre sí para poder asegurar la reproducción de sus condiciones de existencias. Esas relaciones, debido a la ausencia de una orientación consciente y racional, generan una división de la sociedad en clases sociales debido a la posición de privilegio que algunos individuos ocupan dentro del sistema de relaciones de producción, y que se traduce en el surgimiento de la propiedad privada, la acumulación de la riqueza en pocas manos y, en consecuencia, en la aparición de un conflicto entre clases antagónicas.

Para Marx, el Estado aparece precisamente cuando han surgido estas diferencias sociales, y se constituye en un instrumento mediante el cual las clases privilegiadas ejercen su dominio sobre las clases populares y aseguran, de esa manera, mediante la violencia que el Estado ejerce, su papel de clases dominantes. Cabe señalar que al interior del marxismo ha habido innumerables intentos por desarrollar una teoría del Estado que sea lo suficientemente compleja como para dar cuenta de las formas modernas de Estado. Pareciera que no resulta tan simple el llegar y asumir que el Estado es un instrumento mediante el cual una clase social ejerce su dominio sobre otra porque de acuerdo a varios pensadores marxistas y no marxistas, pareciera ser que el Estado goza de una cierta autonomía en relación con las clases sociales que existen en una sociedad. En este sentido, si bien se reconoce que el Estado es un órgano mediante el cual se ejerce principalmente violencia y coacción, no siempre dicha violencia y coacción es atribuible a la acción de una determinada clase social.

## **Sociedad civil: una definición residual**

### **1. LA ESFERA DE LAS RELACIONES NO REGULADAS POR EL ESTADO**

En relación con el concepto de sociedad civil, las ideas parecen ser menos claras que con respecto a la noción de Estado. En efecto, si asumimos como cierta la definición que nos da el célebre pensador italiano Norberto Bobbio, la sociedad civil sería una suerte de categoría residual, que se refiere a todas aquellas relaciones que caen fuera del ámbito de acción del Estado y que no están reguladas por éste. En otras palabras, la sociedad civil es un concepto que aparece estrechamente vinculado al concepto de Estado, pero donde este último concepto pareciera tener la preeminencia. En ese sentido, la sociedad civil es lo que no es el Estado. Todo aquello que cae fuera del Estado, correspondería a la sociedad civil. Este par conceptual se corresponde también con otros pares conceptuales que forman parte del vocabulario de la ciencia política moderna, en especial el par conceptual público/privado y el de lo político/lo social. La sociedad civil representaría en consecuencia ese ámbito de relaciones sociales no reguladas políticamente y que muchos identifican con el ámbito de lo privado, de las relaciones entre indi-

viduos privados sin mediación ni regulación de una entidad externa y superior a estos mismos individuos. La sociedad civil no se distingue de una «sociedad militar», como pudiera pensar alguien ingenuamente. Es civil porque corresponde a la esfera de las relaciones sociales que se dan fuera del ámbito del estado, fuera del ámbito de lo público.

## **2. SOCIEDAD CIVIL Y SOCIEDAD BURGUESA**

Ahora bien, en su origen, el concepto de sociedad civil también remite al trabajo de Hegel. Claro que, semánticamente, el concepto de sociedad civil para Hegel corresponde al de sociedad burguesa. Hegel mismo entiende que la sociedad constituye también una forma superior de objetivación del Espíritu y que, en el caso histórico que él vive, tal forma corresponde a la de la sociedad que emerge del derrumbe del orden tradicional: la sociedad burguesa.

Para estos pensadores, es muy importante entender que el mundo moderno es un mundo en el que los individuos son capaces de poder llegar a establecer vínculos entre sí, movidos por sus propios intereses, y resultado de su voluntad individual por vincularse unos con otros. Es precisamente la burguesía la clase social que defenderá la idea de la autonomía del individuo frente a regulaciones políticas o religiosas, será ella quien afirme el carácter individual y privado de las relaciones sociales que caracterizan a la sociedad moderna.

## **3. SOCIEDAD CIVIL Y DEMOCRACIA**

Por otro lado, el concepto de sociedad civil aparece también vinculado a la idea de democracia. Probablemente ésta sea una connotación mucho más reciente de la sociedad civil que las que hemos revisado antes.

En efecto, para parte importante de la teoría política contemporánea, la sociedad civil se constituye en una suerte de antecedente o requisito ineludible para el funcionamiento de un régimen democrático. Es decir, la sociedad civil vendría a ser considerada aquí como aquella esfera conformada por los ciudadanos, y que se expresa a través de la denominada opinión pública.

En este sentido, la sociedad civil estaría constituida por una diversidad de asociaciones de carácter ciudadano, movidas por la pura voluntad de quienes se asocian y no por la coacción, como ocurre con las asociaciones como el Estado. Así, es la existencia de una sociedad civil fuerte lo que permite el funcionamiento de un régimen democrático, y será la sociedad civil el actor privilegiado en aquellos procesos que, como el vivido en Chile hace más de una década, buscan recuperar la democracia como forma de régimen político.

En esta última acepción del término sociedad civil, ésta queda mucho más claramente vinculada a la esfera de la política. En el sentido que las relaciones y asociaciones que caen bajo el término de sociedad civil tienen como referente la relación con el Estado. Desde ese punto de vista, no formarían parte de la sociedad civil relaciones como las que se dan en la más estricta esfera de lo privado. Las relaciones amorosas, por ejemplo, o las relaciones familiares no serían consideradas aquí como expresivas de las relaciones que constituyen la sociedad civil.

## **El problema del orden social**

Pero veamos a continuación qué nos puede decir la sociología sobre estos dos conceptos y sobre las relaciones entre ambos. Partiremos señalando cuál es el problema o tema que la sociología, desde sus comienzos, ha intentado responder, que no es otro que el problema del orden social, y en relación con el cual veremos una forma alternativa de interpretar las relaciones entre Estado y Sociedad.

### **1. LA PRETENSIÓN ILUMINISTA DE FUNDAR EL ORDEN SOCIAL**

La sociología es una ciencia que tiene una historia más bien breve, si se le compara con disciplinas más antiguas, tales como la historia o la filosofía.

En este sentido, la sociología surge en un período de grandes transformaciones sociales que hoy identificamos con el término genérico de sociedad moderna.

En rigor, la sociología aparece como un intento por tratar de comprender la naturaleza de los cambios que dieron origen a la sociedad moderna y que, en el lenguaje actual, comprende el advenimiento del denominado proyecto de la modernidad.

Pero, ¿qué significa exactamente esto?, ¿qué es ser moderno y qué es la modernidad? Hoy sabemos que hacia el siglo XVIII surge en Europa una corriente de pensamiento que se conoce como iluminismo y que se caracterizaba principalmente por el intento de iluminar mediante la razón, las oscuridades del mundo tradicional en los diversos planos.

Para los pensadores iluministas, el orden social tradicional representaba un orden imperfecto, atrasado e insostenible. Los avances de las ciencias demostraron a estos pensadores que la razón humana era capaz de conseguir logros y avances importantes, que iban en directo beneficio del bienestar de los individuos.

A este respecto, estos pensadores promovieron el uso de la razón como fundamento del orden social, lo que no sólo suponía el confiar en que la razón, encarnada en la ciencia, traería consigo mayores grados de bienestar material sino que también era posible pensar que mediante la razón, se podrían superar los males sociales que, a los ojos de los pensadores iluministas, eran resultado de la influencia de la tradición y la religión en la regulación de la convivencia entre los hombres.

La gran pretensión que va a caracterizar este pensamiento iluminista será el creer que es posible establecer criterios racionales de organización de las relaciones entre los individuos. Dicho en términos más crípticos, el iluminismo tenía la pretensión de fundar reflexivamente los vínculos sociales.

En el mundo tradicional, en el mundo premoderno, los vínculos sociales se veían como resultado de la acción divina o bien como resultado de la tradición o la pura costumbre. La sociedad o el orden social era concebido como una suerte de orden natural, que venía dado, venía impuesto a los individuos a través de los años. Ya sea que se le concibiese como un orden divino o un orden mundano, lo central es que en esa concepción tradicional del orden social, éste es prácticamente inmodificable. El individuo, los hombres, no tienen otra alternativa que someterse a ese orden natural de la sociedad, adaptarse a él, sin pretender llegar a

modificarlo ni menos a intentar fundar un orden nuevo basado en el ejercicio de nuestras facultades racionales. Vale decir, las relaciones sociales no vendrían ya fundadas en la tradición, en las creencias religiosas o en la mera costumbre sino que serían el resultado de la voluntad de individuos racionales, conscientes, que voluntariamente crean un orden social racional.

Precisamente, esa pretensión es la que caracteriza al pensamiento iluminista y es la pretensión que también define en cierta forma a la ciencia de la sociedad que emerge en el contexto de estas transformaciones sociales.

De ahí entonces que la modernidad pueda ser concebida como una promesa, como un proyecto, y que corresponde a la promesa de que mediante el ejercicio de la razón, los hombres pueden ser capaces de progresar en el plano material, dejando atrás el hambre y la miseria. Pero al mismo tiempo, esa promesa típicamente moderna, también correspondía a la idea de que era posible hacer uso de la razón para darle un nuevo carácter a los vínculos entre los individuos, que permitiera superar problemas de orden moral o práctico, como era el caso de la esclavitud, el sometimiento y todas aquellas formas sociales y políticas que comenzaban a ser consideradas como males sociales.

En suma, la modernidad prometía bienestar y libertad al mismo tiempo. De alguna forma, la experiencia de la revolución industrial y la de la revolución francesa encarnan estas promesas íntimamente vinculadas entre sí. Una no era concebida sin la otra.

Progreso material y progreso espiritual se veían como dos ruedas de un mismo carro que avanzarían al mismo tiempo, toda vez que los individuos se orientaran conforme a los principios de la razón y no de la costumbre, la tradición o la religión. Sin embargo, con el correr de los años se comenzará a constatar una cierta asimetría entre ambos tipos de progreso. La modernidad terminará trayendo progreso material, desarrollo económico, pero la promesa de mayor libertad y autonomía para los individuos, así como un orden social más justo, comenzará a experimentar un cierto rezago que pondrá en tela de juicio al proyecto de la modernidad.

## **2. EL ORDEN ESPONTÁNEO: FUNDAMENTO CONTRACTUAL DE LAS RELACIONES SOCIALES**

Durante este período de grandes transformaciones sociales en el que comenzaba a desmoronarse el mundo tradicional, concebido durante siglos como un orden natural e inmutable, regido por la voluntad divina, muchos pensadores se preocuparon por tratar de entender la naturaleza de tales transformaciones y por tratar de encontrar soluciones a lo que ellos veían como peligro de disolución y caos social. Lo que angustiaba a muchos pensadores era, si la tradición, la costumbre y la religión perdían importancia, ¿cómo podría sostenerse el orden social que comenzaba a emerger de las ruinas del orden tradicional?, ¿qué mecanismos de integración reemplazarían a la tradición y la religión?

En relación con este problema, surgió un grupo de pensadores que defendieron la idea de que el orden moderno que emergía ante sus ojos no necesitaba de mecanismos de integración social especiales porque era un orden capaz de autosostenerse por sí mismo.

Para estos pensadores, el orden social moderno se caracteriza por la preeminencia del mercado, de las relaciones contractuales que vinculan en el mercado a los individuos entre sí. Tales vínculos, a diferencia de los vínculos sociales del mundo tradicional, son el resultado de la orientación de cada uno de los individuos hacia la maximización de sus intereses individuales. En otros términos, el mercado en sí mismo es un orden social, pero un orden que surge espontáneamente cuando los individuos actúan en el plano económico de manera racional. La racionalidad de la acción económica está referida fundamentalmente a la maximización de la utilidad que cada individuo persigue. Si alguien quiere comprar un par de zapatos, por ejemplo, buscará obtener el mejor par de zapatos al menor precio posible. En el mercado, se encontrará con otro individuo que busca vender un par de zapatos al mejor precio posible. Ese encuentro que se produce entre compradores y vendedores da origen a un vínculo que está basado en el contrato que establecen entre sí para acordar los términos de la relación de intercambio en que entran. Ahora bien, para estos pensadores, denominados utilitaristas, estas relaciones contractuales que se originan en el mercado son capaces de generalizarse también a otros ámbitos. El mercado funcionaría así como un mecanismo capaz de vincular a los individuos entre sí, con efectos más allá del plano puramente económico. Desde este punto de vista, el orden social moderno es un orden que descansa en el mercado. El mercado aparece así como un mecanismo capaz de reemplazar a los mecanismos tradicionales de integración social.

### **3. EL ORDEN IMPUESTO: LÍMITE Y COACCIÓN COMO FUNDAMENTO DEL ORDEN**

Pero también hay otro grupo de pensadores que, concordando con la idea de que los individuos en el orden moderno actúan racionalmente, y que, en consecuencia, el orden social no requiere de la tradición o la religión para sostenerse, desconfían de mecanismos automáticos como el del mercado. Para estos pensadores, el orden social moderno requiere que los individuos cedan parte de su soberanía a una entidad capaz de regular las relaciones entre ellos, de modo de evitar que, guiados por sus intereses particulares, terminen en una guerra de todos contra todos.

Para el filósofo inglés Thomas Hobbes, el hombre es el lobo del hombre, y sólo se puede evitar la disolución social, el caos social, si se fortalece el Estado. Es al Estado a quien los individuos ceden parte de su soberanía, con la condición que les garantice estabilidad y orden. La monarquía constitucional encarna bien el tipo de Estado en el que están pensando estos pensadores, en el Leviathan, como lo denominaba Hobbes. En este sentido, en la idea de modernidad el Estado aparece como un elemento central. El mercado no basta para garantizar el orden, el mercado es insuficiente para otorgar estabilidad y sentido a las sociedades modernas. Se requiere la acción del Estado, que regula las relaciones sociales con plena autonomía de los individuos, en la medida que éstos le han cedido parte de su soberanía. En esta perspectiva, el Estado aparece como superior al mercado y a la sociedad misma en la medida que es quien sostiene el orden en la

sociedad. De este modo, el orden social en el mundo moderno es un orden que viene impuesto mediante la coacción. El Estado constituye el límite al desenfreno de las pasiones humanas, impone límites a la acción individual, la que, sin tales límites, terminaría enfrentando a unos individuos con otros.

## **La sociología y el problema del orden**

Esta preocupación por la naturaleza del orden social moderno que mostraban los pensadores y filósofos de la modernidad va a ser retomada por los primeros sociólogos. Claro que la respuesta que dará la sociología al problema del orden social será algo diferente de la de estas dos interpretaciones que hemos revisado. En efecto, la sociología surge como ciencia de la sociedad con la misma pretensión de las primeras ideas iluministas. Esto significa que, para los primeros sociólogos, que surgen en Europa alrededor de mediados del siglo XIX, la sociedad era concebida como un fenómeno susceptible de ser estudiado a través del método científico. Es más, se la concebía como un fenómeno muy parecido a los fenómenos de orden natural que la ciencia comenzó a estudiar desde los albores del mundo moderno.

En este sentido, la sociedad no es resultado de la voluntad divina ni tampoco es resultado de mecanismos metafísicos (más allá de la realidad física) sino que son mecanismos que pueden ser estudiados y explicados con el auxilio de los procedimientos científicos entonces en boga. Para estos primeros sociólogos, el cambio y transformación de las sociedades obedece a leyes de carácter científico, tal como sucede con la evolución biológica que experimentan las especies y que Darwin descubriera gracias a concienzudas investigaciones empíricas.

En este sentido, era posible hacer con el estudio de la sociedad algo semejante a lo que hacían los científicos de la naturaleza, especialmente cuando se intentaba explicar la naturaleza del orden social moderno.

Los primeros sociólogos, entre los que destaca el francés Emile Durkheim, cuestionaron las ideas en boga entonces acerca de la naturaleza del orden social moderno. Para estos sociólogos, no era posible sostener que la sociedad era resultado del funcionamiento del mercado, como tampoco de la coacción que imponía el Estado. Precisamente los primeros sociólogos van a buscar la respuesta sobre la naturaleza del orden social en la sociedad misma y no fuera de ella. No serán ni el mercado ni el Estado los pilares del orden social sino que esos pilares se encontrarán en la propia sociedad.

### **1. LA CRÍTICA SOCIOLÓGICA AL UTILITARISMO: EL FUNDAMENTO NO CONTRACTUAL DEL CONTRATO**

Ante la idea utilitarista de que el orden social es resultado de la generalización de las relaciones contractuales que constituyen el mercado, la sociología planteará sus primeros reparos.

Será el sociólogo francés quien afirmará que el orden social que resulta de la

acción del mercado es un orden fáctico, de hecho. Es decir, los vínculos sociales que se establecen entre quienes participan del mercado son vínculos que tienen una corta duración y que, además, son altamente inestables, precisamente por tratarse de vínculos que resultan del hecho de que cada individuo persigue su propio interés sin consideración alguna a los demás individuos con los que se relaciona. El orden mercantil es un orden en el que los sentimientos, la subjetividad y los afectos no intervienen. Como señala la sociología, el mercado es un espacio éticamente neutro. Por eso el mercado no es ni bueno ni malo, no es cruel o bondadoso. El mercado, como fenómeno social funciona como un mecanismo automático que asigna recursos y vincula a los individuos, pero donde éstos valen en su calidad de individuos egoístas, es decir, individuos que lo que persiguen es maximizar su propia utilidad.

Por supuesto que en el mercado se generan relaciones sociales. Los vínculos entre productores y consumidores, por ejemplo, son relaciones de orden social pero no podrían ser esas relaciones la base de una sociedad. El mercado es un orden que surge espontáneamente pero, a la vez, es un orden social muy frágil, muy inestable. Las crisis económicas muestran cómo esos vínculos que se forman a través de la acción del mercado pueden desvanecerse de la noche a la mañana.

Para la sociología, el que el orden social moderno apareciera como un orden que se sostiene en la acción del mercado, constituye una mera apariencia. Y eso porque las relaciones contractuales mismas descansan en un fundamento que es previo al contrato: Durkheim se refería a esto como el fundamento no contractual del contrato. Es decir, el contrato mismo requiere que el orden social esté previamente fundado y, en consecuencia, no puede ser el orden social resultado del mercado sino más bien este último sería resultado del orden social.

## **2. LA CRÍTICA SOCIOLOGICA AL LEVIATHAN: EL PROBLEMA DE LA LEGITIMACIÓN**

Pero la sociología también levanta una crítica a la segunda respuesta que hemos visto en relación con el orden social. En efecto, la sociología también va a desconfiar de la excesiva importancia que los pensadores y filósofos de la modernidad le otorgaban al Estado como medio a través del cual era posible asegurar la necesaria integración de las sociedades.

Desde este punto de vista, la sociedad no puede estar sostenida exclusivamente en la pura fuerza, en la pura violencia. Es cierto que el Estado cumple una función, al detentar el uso legítimo de la violencia dentro de un determinado territorio, pero no puede garantizar por sí solo el que una sociedad se mantenga integrada socialmente.

Las dictaduras son la prueba más clara de que el solo ejercicio de la violencia, por muy efectivo que sea, no otorga estabilidad a un país. Los sociólogos sostendrán que el Estado, al igual que el mercado, requiere de un soporte que le provee la sociedad. En este caso, dicho soporte es la necesaria legitimación que toda dominación política debe asegurar. Nuevamente aquí nos encontramos con una pregunta que la sociología intentará responder desde la sociedad.

### 3. LOS FUNDAMENTOS NORMATIVOS DEL ORDEN SOCIAL

La pregunta que entonces se hicieron estos primeros sociólogos fue: ¿qué hay tras el mercado y el Estado?, ¿Qué hay más allá (o más acá) de estos dos fenómenos en los que se pensaba descansaba el orden social moderno? La respuesta a esta interrogante fue: la sociedad.

En efecto, los fundamentos del orden social, aquello que hace posible a toda sociedad no es el mercado ni el Estado sino el núcleo de normas y valores compartidos por los individuos y conforme a los cuales orientan su acción. Desde este punto de vista, los individuos no se orientan racionalmente conforme al modelo del *homo economicus* que creara la economía. En realidad, la racionalidad es bastante más amplia y compleja que la mera adecuación de medios a fines que hacen los individuos que en el mercado se orientan a la maximización de sus intereses.

Para la sociología, nada de eso es posible sin un conjunto de normas y valores compartidos, comunes, que se constituye en el substrato sobre el que se erige el orden social. Incluso en las sociedades modernas, donde se supone que ya no es ni la tradición, ni la costumbre, ni la religión lo que mueve a los individuos a actuar y coordinarse entre sí, hay siempre un núcleo normativo, un conjunto de normas y valores compartidos, que regula las acciones de los individuos. En definitiva, el mercado por sí mismo es imposible sin la existencia de los valores y normas que, por ejemplo, permiten generar las confianzas necesarias para que las relaciones contractuales operen. En otros términos, para que un mercado funcione de manera eficiente, se requiere que previamente productores y consumidores estén constituidos como sociedad, y eso lo logran las normas y valores que ellos comparten.

Es por eso que para estos primeros sociólogos, el mercado requiere de la sociedad y no al revés. Es el mercado el que depende de ella y no la sociedad la que depende del mercado.

Por cierto que la naturaleza de las normas en una sociedad tradicional y en una sociedad moderna es diferente, en el sentido que en las sociedades tradicionales esas normas tienen un claro contenido religioso. Sin embargo, el sistema normativo en las sociedades modernas comienza a ser objeto de reflexión. La forma en que las sociedades modernas generan y legitiman sus normas y valores es más racional, pero no por eso menos efectivo como forma de establecer los fundamentos para la generación de los vínculos sociales.

Al mismo tiempo, la acción del Estado requiere de la vinculación que ha de establecerse con el sistema de normas y valores que comparte una comunidad de individuos.

Los individuos han de reconocerle legitimidad a la acción del Estado. La violencia en sí misma no garantiza tal legitimidad, sino que requiere de algo que va más allá de ella. Ese algo es precisamente el núcleo de normas y valores conforme a los cuales se le puede otorgar legitimidad a un determinado orden social. Los órdenes sociales son órdenes legítimos, es decir, gozan del reconocimiento de los individuos, y tal legitimidad emana de las normas y valores que una comunidad de individuos comparte.

En síntesis, la sociología va a anteponer al Estado y al mercado, la sociedad. Estado, mercado y sociedad no tienen una existencia independiente entre sí. Sabemos que el mercado puede ser regulado a través de la acción del Estado. Sabemos también que la lógica del mercado ha penetrado incluso en la esfera política, en la que, a veces, la competencia entre partidos y la competencia entre políticos se asemeja a una concurrencia en un mercado. En este caso, se trata del mercado de votos por los que compiten políticos y partidos.

Pero lo que la sociología va a plantear es que la Sociedad es anterior al mercado y al Estado. No anterior en un sentido puramente cronológico sino que, desde el punto de vista de los fundamentos del orden social, la sociedad es previa a la emergencia de mercado y Estado. Y no sólo eso, sino que se constituye en el requisito para estos últimos.

Esto que para la sociología aparecía como tan claro, hoy se ha tornado algo confuso. Precisamente el concepto de sociedad civil que hemos revisado más arriba puede ser utilizado para referirse a este ámbito de las relaciones sociales que no sólo quedan fuera del ámbito de la política y la economía sino que fundamentalmente, son las que hacen posible la existencia de estos dos últimos espacios sociales.

## **La modernidad y las paradojas de la racionalización (efectos no intencionales de la acción)**

¿Por qué hoy nos parece poco plausible que Estado y mercado sean concebidos como secundarios en relación con la sociedad? En las sociedades contemporáneas, parece verificarse una situación más bien contraria: la sociedad aparece como subordinada a los imperativos del Estado y del mercado. La lógica política y la lógica económica parecen imponerse sobre los individuos sin que éstos puedan siquiera reaccionar. Parece como si lo que fuera bueno para la sociedad no tuviera importancia y sólo fuera importante lo que sucede con el Estado y el mercado.

Esta percepción es resultado de un proceso histórico y social a través del cual el Estado y el mercado han ido separándose de la sociedad, ganando en autonomía frente a ella pero también en capacidad de actuar sobre ella.

### **1. UNA MODERNIDAD TÉCNICA Y UNA MODERNIDAD PRÁCTICA**

Hemos visto más arriba que la modernidad siempre tuvo una dimensión técnica y una dimensión práctica. En otros términos, la modernidad suponía que el potencial de racionalidad que parecía desencadenarse con el advenimiento del mundo moderno, y del que el progreso de la ciencia y de la técnica era la mejor expresión, se extendería tanto en el plano material como también en el espiritual. El ideal ilustrado de un orden social capaz de avanzar hacia la superación de la miseria pero también de la servidumbre, era considerado como absolutamente posible. Sin embargo, los procesos de modernización en curso comenzaron a mostrar una serie de problemas que ponían en entredicho las bondades del progreso que traería consigo el uso de la razón. A este fenómeno la sociología lo

bautizó como el problema de los efectos no intencionales de la acción, o también llamado como el problema de los efectos irracionales de la racionalización.

## **2. LOS EFECTOS ANÓMICOS DE LA MODERNIZACIÓN**

El mismo sociólogo francés Emile Durkheim constató que la modernización que experimentaban las sociedades europeas durante el siglo XIX provocaba efectos no deseados. El más conocido tipo de efectos que este sociólogo estudió fue el de la anomia.

Por anomia Durkheim entendía la ausencia de normas sociales como mecanismos de regulación y de integración social. Hemos dicho que, para la sociología, el orden social se sostiene sobre las normas y valores que regulan las acciones de los individuos. Sin embargo, los procesos de modernización, de cambios sociales bruscos y de gran envergadura, como los que experimentaban las sociedades europeas durante esta época, provocaban un debilitamiento de las normas y valores que hasta entonces habían guiado a los individuos en el mundo tradicional. Basta pensar en los efectos que provocó la pérdida de importancia de la religión y de la propia tradición como fuentes de integración.

Estos cambios bruscos provocan una alteración del orden social, el que no siempre cuenta con un núcleo normativo que reemplace de inmediato a aquel que ha entrado en crisis. Las normas y valores no se fundan por decreto ni brotan automáticamente. Son el resultado de la experiencia de convivir juntos durante largos períodos de tiempo y de compartir una misma cultura.

Para Durkheim, estos cambios sociales bruscos, como los que genera una rápida modernización económica, tienden a provocar un debilitamiento de las normas sociales que en los individuos genera una sensación de vacío. Ello resulta en una serie de fenómenos patológicos que van desde el suicidio al que se ven empujados los individuos por no tener el resguardo de normas y valores fuertes, hasta crisis y convulsiones sociales.

Lo importante de resaltar aquí es que tales patologías no son un accidente sencillamente en estos procesos de modernización sino que son fenómenos desencadenados por el propio proceso de modernización: son efectos o consecuencias no esperadas de la modernización. En ese sentido, la racionalización provoca efectos que son hasta cierto punto irracionales y en eso radica una paradoja que está presente en el propio proyecto de la modernidad.

## **3. LOS EFECTOS ALIENANTES DE LA MODERNIZACIÓN: ALIENACIÓN POLÍTICA (EL DIVORCIO ENTRE ESTADO Y SOCIEDAD O LA CIUDADANÍA COMO ABSTRACCIÓN) Y ALIENACIÓN ECONÓMICA (EFECTOS SOBRE EL TRABAJO)**

El pensador alemán Carlos Marx fue también capaz de percatarse de estos efectos irracionales que traía consigo la racionalización social.

Estudiando la sociedad capitalista, Marx observó que los principales problemas sociales, políticos y filosóficos eran consecuencia del funcionamiento del capitalismo. Por ejemplo, Marx analiza cómo en la sociedad capitalista se produce un fenómeno que los filósofos denominaban como alienación. Con este término

se referían los filósofos al hecho que los hombres proyectaban fuera de sí sus propias facultades humanas pero no las reconocían como tales.

Marx, por ejemplo, cree que hay una alienación religiosa en la medida que el hombre ha proyectado en los dioses sus propias capacidades y facultades. De alguna manera, el hombre ha creado a los dioses a su imagen y semejanza pero finalmente termina creyendo que es él quien ha sido creado a imagen y semejanza de los dioses. Esa incapacidad de reconocerse en esas fuerzas proyectadas fuera de sí es lo que se denomina como alienación. Pero la alienación religiosa no es la única ni la más importante forma de alienación que a Marx le interesa estudiar. Para el pensador alemán, la alienación económica, y sus efectos sobre el trabajo, es una de las características de las sociedades modernas.

Marx cree que, bajo el capitalismo, el hombre trabajador, sujeto del proceso económico, pierde su condición de tal y se convierte en un mero objeto. Ante el capital, el obrero aparece como una cosa y es el capital quien aparece cumpliendo un papel activo en la economía. Pero no sólo eso, bajo el capitalismo, el trabajo humano experimenta ese proceso de alienación. El obrero es el creador de la riqueza, es quien con su trabajo produce las mercancías, pero esas mercancías se le escapan de su control por que no le pertenecen. La propiedad privada le impide controlar el fruto de su trabajo. El obrero produce pero el fruto de su trabajo va a dar a manos de los capitalistas.

Al mismo tiempo el trabajador no se reconoce en su trabajo. Éste, que es lo que debería realizarlo como ser humano, en la medida que es un medio de autodesarrollo, se termina convirtiendo en una actividad desagradable. Dice Marx que el trabajador escapa del trabajo como si se tratase de la peste. Eso no es sino consecuencia del carácter alienado que el trabajo tiene bajo el capitalismo: lo que se supone que deberá reivindicar su carácter de humano, lo termina convirtiendo en un verdadero animal.

Pero hay otra forma de alienación que Marx también analiza y que nos interesa especialmente. Marx cree que se produce también una alienación en la esfera política y que se expresa en un divorcio, en una separación, entre la sociedad y el Estado.

De alguna manera, el Estado es resultado de la acción de los hombres, de los ciudadanos, pero éstos terminan perdiendo control sobre el Estado y éste actúa contra ellos.

El Estado contra la sociedad es la expresión máxima de esta alienación política. Los individuos aparecen como cediendo voluntariamente parte de su soberanía al estado y éste actúa con clara autonomía frente a ellos, sin que los hombres puedan ver en el Estado su propia obra.

Por último, para Marx la idea de ciudadanía también expresa la alienación política porque la diferenciación de clases entre los individuos aparece negada en la idea de ciudadanos con iguales derechos. Para Marx, eso es una manera falsa de reconciliar a los individuos que en la sociedad se encuentran divididos realmente como resultado de la existencia del capitalismo. Se trata de una reconciliación puramente abstracta la que se consigue a través de la ciudadanía.

#### **4. RACIONALIZACIÓN SOCIAL: LA PÉRDIDA DE SENTIDO Y DE LIBERTAD (ESTADO Y CAPITALISMO COMO SISTEMAS DE ACCIÓN RACIONAL)**

Por último, para el sociólogo alemán Max Weber, la racionalización a la que conduce la modernidad genera dos problemas que él denomina como pérdida de sentido y pérdida de libertad.

En el mundo tradicional y en el mundo antiguo, existía en la cultura fusión de tres órdenes de valores que con la modernidad se separan: el arte, la moral y la ciencia. Lo que era considerado bello, a la vez gozaba de la condición de bueno y de verdadero. Era impensable que algo que fuera bueno no fuera, a la vez, bello y verdadero. Dios, por ejemplo, encarna esas tres ideas: la bondad, la belleza y la verdad.

Sin embargo, en las sociedades modernas la cultura se divide en ámbitos o esferas de valor autónomas. Aparece el campo del arte, el de la moral y el de la ciencia, como esferas autónomas entre sí. De ahí entonces que cada uno de esos ámbitos o esferas de valor defina autónomamente lo que corresponde al ámbito de su competencia. En el mundo moderno, no todo lo bello es bueno, y no todo lo bello es verdadero, ni todo lo verdadero es justo. Cada criterio viene definido por una esfera de valor que es independiente de las restantes y eso trae consigo para el individuo en el mundo moderno una pérdida de sentido, la pérdida de lo que le otorgaba unidad de sentido al mundo.

Por otro lado, en el mundo moderno, el mercado y el Estado son encarnación de un tipo de racionalidad que Weber denomina como racionalidad de fines. Vale decir, aquella racionalidad que está referida a la adecuación de medios a fines.

Por ejemplo, un médico que se encuentra ante un moribundo tiene como fin salvarle la vida. Para ello dispone de varios medios a su alcance: puede aplicarle medicamentos, puede orar por su recuperación o puede esperar a que se recupere solo. Será racional aquella acción que utilice en este caso el medio más adecuado. Claramente parece serlo el usar medicamentos para salvarle la vida al paciente. Sin embargo, si el médico hubiese optado por orar por la salud del moribundo habría actuado irracionalmente, dado que ese no es el medio más eficiente para salvarle la vida.

Para Weber, este criterio de racionalidad de fines es un criterio puramente formal de racionalidad. Esto significa que sólo se evalúa la adecuación de los medios a los fines propuestos sin consideración acerca de la racionalidad de los fines mismos. Por ejemplo, supongamos que un agente de seguridad se encuentra ante un detenido al que debe sacarle información. Podría intentar persuadirlo de que entregue los nombres de sus compañeros o bien podría utilizar alguno de los instrumentos de tortura para hacerlo confesar.

Si el agente decide utilizar la picana eléctrica para obtener del detenido una confesión, estaría actuando más racionalmente que si decide persuadirlo mediante la palabra. Es más, en relación con el médico que ora por la salud de su paciente, el torturador que aplica la picana eléctrica actúa de manera más racional que el primero.

Alguien puede decir, ¿cómo es que sacarle información a un detenido mediante tortura puede ser más racional que intentar salvarle la vida a un moribun-

do mediante la oración? Lo que ocurre es que el criterio de racionalidad que caracteriza al proceso de racionalización en la esfera económica o política es puramente formal. No se pronuncia sobre la racionalidad de los fines sino si tan sólo hay adecuación entre los medios y los fines propuestos.

Para Weber, el proceso de racionalización trae consigo una universalización de este tipo de acción racional, y consigo se crean ámbitos de acción que se van autonomizando de los individuos y que terminan operando con su propia racionalidad.

Por ejemplo, el sistema capitalista requirió en sus comienzos de una legitimación ética que le proveyó el protestantismo pietista. Sin embargo, una vez que el capitalismo se consolida como sistema, se desvincula de esa esfera de legitimación. Hoy el capitalismo se autolegitima, por decirlo así. La lógica de la acumulación capitalista es una lógica del sistema capitalista, que actúa sobre los individuos. El que un capitalista acumule riquezas no es consecuencia de una predisposición innata o adquirida en él hacia la riqueza. Por cierto que puede haberla, pero lo determinante es una conducta a la que el individuo se ve sometido porque forma parte de la lógica del propio sistema.

El capitalismo, como también el Estado, son sistemas sociales que operan con independencia del sentir de los individuos. Por eso es que el mercado no es ni más cruel ni menos cruel porque quienes actúan en él lo sean: El mercado actúa a espaldas de los individuos y contra ellos. Tal como el Estado. Son sistemas que funcionan con autonomía de los individuos y con autonomía de la sociedad. A esto Weber lo denominó como la pérdida de la libertad del individuo en el mundo moderno. De alguna manera, los individuos modernos son prisioneros de esa lógica económica que los empuja a la producción y el consumo en un caso, o a la acumulación de la riqueza en otro. Más allá de convicciones personales al respecto. Yo podría considerar malo el mercado pero con mis acciones lo que hago es reproducirlo y no sólo eso sino que el mercado mismo me obliga a actuar así.

## **La distinción entre Estado y sociedad civil a la luz de la teoría sociológica de la modernidad**

### **1. LA SOCIEDAD A DOS NIVELES: SISTEMA Y MUNDO DE LA VIDA**

La sociología moderna ha intentado comprender la naturaleza de estos problemas que venimos describiendo. En ese sentido, hoy se acepta que en la sociedad se constituyen dos órdenes de fenómenos, cada uno con una lógica y racionalidad diferente.

Los individuos, como resultado de sus interacciones, dan origen al Estado y al mercado, los que descansan en el substrato normativo de la sociedad, tal como lo hemos visto. Ahora bien, Estado y mercado son sistemas sociales que resultan de la interacción y los vínculos sociales pero que en la sociedad contemporánea logran cada vez mayor autonomía en relación con la sociedad y los individuos.

Al mismo tiempo, esas interacciones que vinculan a unos individuos con otros representan también aquella esfera de relaciones autónomas que la sociología contemporánea identifica con el término de mundo de la vida, y al que pertenece la sociedad civil.

El mundo de la vida es el mundo que se construye a partir de las experiencias de sujetos que conviven juntos y que comparten creencias, saberes, normas y valores. Lo interesante es que este mundo de la vida que comparten los miembros de una sociedad se reproduce a través del lenguaje. Los individuos se vinculan mediante el lenguaje y la comunicación y, de acuerdo a descubrimientos relativamente recientes, en el hecho de vincularnos a través del lenguaje hay también un potencial de racionalidad.

En otros términos, la sociedad se mantiene integrada socialmente en la medida que ese mundo de la vida que comparten los individuos se reproduce a través del lenguaje, cada vez que un individuo se relaciona con otro para entenderse.

Al mismo tiempo, la sociedad se mantiene integrada también en el nivel de los sistemas sociales, de los mecanismos que como el mercado o el Estado, operan con cierta independencia de los individuos.

## **2. ESTADO, MERCADO Y RACIONALIDAD SISTÉMICA**

Hemos dicho que, desde sus comienzos, la modernidad fue concebida como un proyecto mediante el cual el hombre ampliaría su horizonte de posibilidades tanto en el plano material como en el plano espiritual. Que el potencial de racionalidad que desencadena la modernidad traería progreso técnico, material, pero también progreso espiritual o práctico.

Sin embargo, los procesos de modernización desplegaron el aspecto de racionalidad que está contenido en los sistemas como el mercado y el Estado, esto es, una racionalidad instrumental que adecua medios a fines, dejando fuera la racionalidad que es propia de la sociedad (o más específicamente, del mundo de la vida) y que obedece a principios diferentes. En la sociedad, la racionalidad tiene que ver más bien con la capacidad que tienen los individuos de vincularse entre sí a través del lenguaje mediante el entendimiento. En el lenguaje, el entendimiento entre los individuos se funda racionalmente porque todo acuerdo que vincula a unos individuos con otros viene respaldado en razones. Vale decir, en la sociedad moderna, los individuos establecen vínculos sociales entre sí no como obra de la tradición o la religión sino como resultado de una orientación racional, pero una orientación que es racional en el plano del lenguaje, esto es, una orientación que los lleva a crear acuerdos motivados racionalmente, apoyados en razones, las que son aportadas por los individuos como parte de los procesos de discusión y argumentación que preceden a todo acuerdo.

La explicación de todo esto no es nada fácil de exponer, pero apunta a la idea de que en la medida que nosotros los individuos nos relacionemos a través del lenguaje, y que busquemos entendernos entre nosotros mediante éste, el lenguaje generará vínculos sociales. Tales vínculos, en la medida que resulten de individuos que se comunican entre sí con la finalidad de entenderse, llevan consigo un tipo de racionalidad diferente a aquella que caracteriza al mercado y al Estado. Se trata en este caso de una racionalidad comunicativa, y los procesos de racionalización en este ámbito se encaminan en una dirección indiferente aquellos de la racionalidad instrumental o racionalidad de fines, que se da en los sistemas económico y político.

En definitiva, la promesa de progreso material y de progreso espiritual, tiene que ver con estas dos formas de racionalidad. El problema es que, debido a que mercado y Estado se han beneficiado de una autonomización con respecto a la sociedad, es la racionalidad de éstos la que ha primado.

El que se decida instalar una central hidroeléctrica en el alto Bío-Bío obedece a una decisión racional desde el punto de vista económico, y probablemente también desde el punto de vista político. Sin embargo, hay un criterio de racionalidad que no ha sido considerado y que tiene que ver con la racionalidad comunicativa, la racionalidad de la comunidad de pehuenches que habitan en esa zona y para los que la central representa una amenaza de ese mundo de la vida que comparten y que les permite comunicarse libremente entre sí.

Las razones que muchas veces se consideran en las decisiones económicas y políticas son razones que tienen que ver con esa racionalidad de adecuar medios a fines, pero dejan fuera otras formas de racionalidad tanto o más importantes que la racionalidad de fines.

### **3. SOCIEDAD CIVIL Y RACIONALIDAD COMUNICATIVA**

Desde este punto de vista, la sociedad civil puede ser vista como aquella esfera de la sociedad que posee una racionalidad diferente a la racionalidad económica o a la racionalidad con que actúa el Estado. Ambas son versiones diferentes de la racionalidad instrumental o racionalidad de fines cuya expansión, como Max Weber lo señaló, conlleva una pérdida de libertad para los individuos.

En este sentido, la posibilidad de poder confrontar la racionalidad de quienes toman las decisiones económicas y políticas como decisiones técnicamente correctas, radica en la posibilidad de fortalecer el ámbito de la sociedad civil y, de esa manera, poder ejercer un real contrapeso al poder del Estado y del mercado.

## **Experiencias ciudadanas de resistencia a la modernización sistémica**

En la sociedad moderna, parece haber cada vez mayor convicción en torno a los peligros de una modernización que sólo opere por la vía de la ampliación de la racionalidad instrumental. De hecho, el propio Estado ha intentado mediante diversas formas (la descentralización administrativa y la participación ciudadana, entre ellas) ayudar al fortalecimiento de la sociedad civil, de las organizaciones y movimientos sociales que desde la sociedad civil han intentado enfrentar los efectos negativos que la modernización ha traído consigo.

### **1. MOVIMIENTOS SOCIALES Y SOCIEDAD CIVIL**

Los movimientos sociales son formas de acción colectiva que buscan influir en el Estado y la economía mediante la lucha y la movilización social. En general, los movimientos sociales más conocidos (como el movimiento obrero) surgieron en pleno período de industrialización y de avance de la economía capitalista. Sin embargo, hoy en día la sociedad y la economía han cambiado a tal punto que las

formas más clásicas de luchas y movilizaciones sociales se han desgastado. Son otros los problemas que hoy parecen requerir atención. Veremos algunas de las expresiones que hoy, desde la sociedad civil, se plantean como reacciones ante el avance inexorable de los sistemas económico y político.

## **2. LA EXPERIENCIA DE LOS NUEVOS MOVIMIENTOS SOCIALES EN SU RELACIÓN CON EL ESTADO**

### **• Movimientos de DDHH**

Los movimientos de defensa de los derechos humanos, especialmente en las sociedades que han debido sufrir los embates de las dictaduras, se han erigido desde el mundo de la sociedad civil como defensa ante la lógica de la dominación política.

Es decir, el hecho de que el Estado haya adquirido tanta fuerza, importancia y autonomía en la sociedad, al punto de transformarse en un ejercicio abierto de la violencia política contra los ciudadanos, ha sido enfrentado por iniciativas de ciudadanos que hacen de los derechos humanos la bandera de lucha ante el poder del Estado. No es casual que la lucha por la defensa de los derechos humanos tenga un sentido ético más que político y que, a los ojos de los funcionarios del poder, los organismos de derechos humanos aparezcan actuando de manera irracional y políticamente incorrecta.

Por supuesto que, mirado desde una racionalidad comunicativa, es decir, desde las razones que la sociedad puede esgrimir para defender a sus miembros de los horrores de la violencia política, la acción de los organismos de defensa de los derechos humanos aparece como plenamente racional, con sentido, coherente con los deseos de los ciudadanos por convivir y entenderse entre sí sin coacciones.

### **• Etnia y ciudadanía**

El caso de los movimientos de origen étnico es similar. Hasta no hace mucho, las reivindicaciones de los pueblos originarios eran sistemáticamente olvidadas. Dentro de una sociedad como la chilena, los indígenas eran los más excluidos entre los excluidos.

Sin embargo, el avance del sistema económico y político ha motivado también una reacción desde la sociedad civil, desde el mundo de la vida de quienes comparten una cultura olvidada por siglos. En ese sentido, los movimientos de defensa de la identidad étnica se levantan como alternativa ante la lógica que el mercado pretende imponer (y que lleva a considerar como técnicamente correcta una decisión como la de inundar los terrenos de las comunidades pehuenches en el alto Bío-Bío), pero también se levantan como alternativa ante la lógica que el sistema político pretende imponerles a los pueblos originarios.

La defensa de la identidad cultural es una defensa del mundo de la vida que comparten estos pueblos, es una defensa de la sociedad, de sus costumbres, valores, normas, que sabemos que como consecuencia del avance de la modernización económica y política, se han visto horadadas.

También aquí la respuesta más simbólica es la de rechazo al dinero y al poder como formas de relación entre los hombres. Eso no es sino expresión del carácter racional (en sentido comunicativo, en sentido social) de las demandas indígenas.

Para estos movimientos, ninguna decisión sobre el futuro de los pueblos puede ser tomada sin considerar aquel otro aspecto de la racionalidad que ha sido sistemáticamente excluido por las formas de modernización económica y política.

#### • **La economía de la solidaridad**

La crisis económica y política de los años ochenta en Chile trajo consigo la aparición de innumerables experiencias de organización económica en los sectores populares (ollas comunes, comités de cesantes, comités de sin casa, etc.) Todas estas formas de organización surgieron también a instancias de la sociedad civil organizada, la que buscaba enfrentar los efectos perversos del modelo económico y político aplicado por la dictadura militar en Chile. Bajo estas formas de organización económica se articulaba un intento de resistencia a la modernización de tipo puramente instrumental. También aquí se expresaba un rechazo por las formas más claras de control económico y político: el dinero y el poder.

Estas formas de organización económica popular, que fueron identificadas con una economía de la solidaridad, se caracterizaban por tener un profundo sentido democrático, por un rechazo a las jerarquías y relaciones de poder, así como también al imperio del dinero como forma de evaluar lo que las personas valen.

#### • **Las redes de prosumidores y la prescindencia del dinero**

Hoy han surgido algunas iniciativas que también buscan enfrentar los efectos negativos del mercado. Se trata de formas económicas que recurren al trueque como forma de intercambio económico. En plena sociedad moderna, no es un asunto menor el que existan grupos de individuos que voluntaria y conscientemente opten por esta forma de intercambio, que prescinde del dinero. De alguna manera, el rechazo al dinero como forma de mediación entre los individuos tiene un contenido simbólico indudable. Con él se rechaza el sistema económico y la acción que ejerce sobre los individuos. Las relaciones sociales en el mercado se transforman en relaciones entre cosas y así el individuo pierde su subjetividad en el espacio económico. Es eso precisamente lo que estas agrupaciones intentan revertir, recurriendo al viejo mecanismo del trueque. Precisamente un mecanismo de intercambio económico pre-moderno.

Estas personas se organizan en redes de lo que ellos llaman «prosumidores», vale decir, se trata de productores y consumidores a la vez, los que libremente deciden vincularse para intercambiar aquello que producen, por fuera del mercado. En nuestro país, estas experiencias son aún incipientes, pero en un país como Argentina agrupan alrededor de 300 mil personas.

### • Los movimientos ecologistas

Por último, los movimientos de defensa del medio ambiente y la ecología son también una forma de expresión de las resistencias que, desde la sociedad civil, buscan enfrentar el avance del mercado y el Estado con sus efectos nocivos sobre el medio ambiente. Aquí, la defensa del medio ambiente tiene también un contenido que, a los ojos de quienes ejercen el poder político y el poder económico, parece carente de todo sentido. Sin embargo, esta como las formas de resistencia ya mencionadas, constituyen medios a través de los cuales la sociedad civil reacciona frente al mercado y el Estado. Son formas de enfrentar la lógica y la racionalidad económica o política que tiene claros costos para el medio ambiente. ¿Qué capacidad tiene la sociedad para evitar que se sigan expoliando los recursos naturales? Todo dependerá de cuán fortalecida esté la sociedad civil y cuan capaz sea de dar forma a iniciativas como éstas, que buscan ejercer un control ciudadano sobre los sistemas económico y político.

A modo de síntesis, podemos decir que los conflictos y problemas que hoy enfrentan a los ciudadanos frente al estado o la economía son de alguna manera conflictos de formas de racionalidad diferentes. No se trata de un empecinamiento de la sociedad civil por crearle problemas al Estado o al mercado sino que es una defensa por la sobrevivencia de la propia sociedad civil. Esta se reproduce a través de la comunicación libre y orientada al entendimiento, y hay allí un potencial de racionalidad que se ha visto rezagado como consecuencia del desarrollo unilateral de la lógica económica y política. Sin embargo, la redefinición de los vínculos entre la sociedad civil y el Estado y el mercado requiere de esa respuesta desde la sociedad civil, que se fortalece en la medida que los individuos que integran los grupos y organizaciones ciudadanas fortalecen sus redes comunicativas, incentivan una discusión argumentada, racional y, con ello, refuerzan las solidaridades sociales sobre las que finalmente se sostienen sistemas como el Estado y el mercado. Sólo así se podría ejercer un control verdaderamente ciudadano sobre ellos, que impidiera poner a los ciudadanos al servicio del Estado y el mercado en lugar de estar éstos al servicio de los ciudadanos.

# De la reflexión a la empiria: transformaciones en el quehacer del sociólogo

RODRIGO ASÚN INOSTROZA

---

Este artículo constituye una doble paradoja. En primer lugar, no responde a la motivación central del presente número de la revista. Más aún, podríamos decir que incluso discute y polemiza con dicha orientación. Pido disculpas a los lectores por haber incluido estas reflexiones en este contexto. En segundo lugar, este artículo se puede leer como una paradoja en sí mismo, en la medida en que lo defendido por el discurso que a continuación desarrollo, llama a la reducción de los ejercicios intelectuales similares a éste. En otras palabras, este artículo también argumenta contra sí mismo. Aclaro de antemano que la fuente principal de inspiración de mis reflexiones está constituida principalmente por la evolución de la sociología, por lo que aquellos lectores que provengan de otras disciplinas, tendrán que reflexionar sobre la aplicabilidad de ellas a otros campos académicos y profesionales.

Pero, ¿cuál es el problema de este artículo?, ¿dónde está esa doble paradoja? Precisamente, la paradoja consiste en que siendo este artículo una reflexión teórica general sobre la evolución del ejercicio de la sociología en nuestros días, el mensaje que desprenderemos de él es la necesidad de disminuir la proporción en la cual la tarea intelectual de los sociólogos consiste en reflexionar teóricamente sobre objetos generales.

Haciendo un repaso de algunos de los principales cambios que podemos observar en el ejercicio de la actividad sociológica y su contexto social en los últimos años, creo que podemos notar algunas tendencias relativamente claras que paso a describir:

Se puede observar de parte del Estado chileno, de los organismos internacionales y de las organizaciones no gubernamentales que gestionan grandes proyectos de intervención, una fuerte demanda por profesionales sociólogos con fuertes capacidades de gestión, de trabajo en equipo, de evaluación y de sistematización de las intervenciones. Mi experiencia me indica que el modelo de sociólogo con

fuertes habilidades de reflexión global y dominio teórico es incluso resistido en este tipo proyectos de intervención.

Tanto en la opinión pública común, como entre los profesionales especializados, se ha difundido la necesidad de disponer de índices o indicadores cuantitativos como medio de evaluar el desempeño de cualquier actividad (por ejemplo, leyendo los diarios habitualmente se pueden encontrar índices de confianza empresarial, de transparencia de la gestión pública, de tolerancia, de riesgo-país, entre otros muchos). Nos estamos convirtiendo en un país de consumidores de índices, los que incluso logran aumentar o disminuir la autoestima nacional, dependiendo de la posición relativa que alcanzamos en el contexto mundial.

La actividad política se regula actualmente en fuerte medida por los resultados de las encuestas, las que ya no sólo miden el «pulso» de la opinión de las personas en ambientes preelectorales, sino que sirven continuamente de contrapunto de las más variopintas iniciativas, apoyando algunas y desaconsejando otras. Al menos desde fuera del sistema político parece que parte importante de las posiciones que toman los distintos actores de éste están delimitadas por los resultados de las últimas encuestas, al punto que el «tener una encuesta que apoya tal postura o tal candidato» ha pasado a ser un argumento decisivo en la discusión política intrapartidaria.

La predominancia que actualmente han alcanzado las encuestas en el área política es sólo un ejemplo extremo de un proceso mayor. Actualmente, tanto el Estado como numerosas organizaciones formulan y aplican encuestas para obtener información de los más diversos temas, aumentando la disponibilidad de información social sistemática a niveles nunca antes vistos en nuestro país. Un ejemplo nítido de la penetración de esta tecnología en el mundo social lo constituye el que el Ministerio de Planificación, lo primero que hizo para enfrentar el problema de las personas en situación de calle en Chile, fue aplicar una encuesta.

Es importante destacar que este proceso no está restringido al Estado (por el contrario, numerosas organizaciones privadas participan del movimiento). Tampoco su límite es la investigación cuantitativa, por el contrario, y, como ejemplo, la realización de «focus» se ha institucionalizado como práctica en la mayor parte de los estudios de mercado.

Desde el punto de vista del cambio de la tecnología, la informática y el desarrollo y difusión de numerosos software —cada vez más amigables— de análisis y representación numérica, han permitido la difusión de la estadística como herramienta de presentación de diagnósticos sobre la realidad social. Hoy en día, incluso la utilización de sofisticadas técnicas estadísticas multivariadas se está haciendo cada vez más común, como muestra la profusa utilización que se ellas se hace en los Informes de Desarrollo Humano del PNUD.

Evidentemente, la informática no sólo ha tenido impacto en los sistemas de análisis de la información, sino también en su registro. Actualmente, el Estado dispone de mucha más información que antes sobre su propia actividad y la de la sociedad como conjunto.

Por supuesto, a esta descripción pueden hacerse reparos. El conjunto de procesos que presento no es lo único que está ocurriendo en la sociología chile-

na actual. Desde otros puntos de vista, podríamos construir un relato en que el eje de los cambios de la sociología y las ciencias sociales actuales pasara por el fin de los grandes paradigmas y su fragmentación en discursos identitarios que reivindican modos de vida diversos, como lo que hacen los estudios sobre los grupos contra culturales, por ejemplo. Ese tipo de reparos es inevitable en ejercicios como el que estoy siguiendo. Una propiedad de la realidad social es que su complejidad y diversidad permite construir sobre ella variados discursos más o menos excluyentes que encuentran, cada uno de ellos —y pese a su carácter relativamente excluyente— cierto sustento en una selección intencionada de fenómenos. Por lo anterior, en mi defensa sólo puedo alegar que mi versión es uno de los relatos verosímiles de construir sobre el devenir del ejercicio de la sociología en Chile. En las siguientes páginas, trataré de desarrollar sus consecuencias para los lectores que hayan creído en su veracidad.

Antes que ello, debo aclarar que no es mi intención desarrollar el impacto que tienen estos cambios sobre los distintos subsistemas sociales. Por ejemplo, si bien resulta extremadamente interesante y necesario reflexionar e investigar el impacto que tiene en la actividad política el que sus operadores dispongan de más —y más inmediata— información sobre la opinión pública (¿permite a los políticos ser más sensibles a las necesidades de las personas?, ¿contribuye a la destrucción de los últimos restos de ideología partidaria en beneficio de actitudes oportunistas?), ese tipo de reflexiones exceden lo que me creo en condiciones de realizar actualmente. Por otro lado, tampoco me siento con el dominio necesario para realizar una evaluación valorativa de este conjunto de procesos (¿expresan éstos un aumento de la capacidad de control de las grandes organizaciones sobre las personas?, ¿representan un mayor control de los ciudadanos sobre sus líderes?).

Lo que sí podemos concluir es que, independiente de nuestras valoraciones, el conjunto de destrezas que el cientista social o sociólogo requiere, para ser parte de los procesos arriba descritos, implica un mayor dominio técnico y mayores capacidades de recopilar y procesar información empírica sistemática, que la que era el estilo tradicional de los científicos sociales y sociólogos hasta hace pocos años. Efectivamente, aunque sin duda siempre han existido científicos sociales y sociólogos «empíricos», en el imaginario colectivo que establecía el «sociólogo ideal» se valoraba mucho más la capacidad de pensamiento globalizante y la habilidad para detectar con cierta rapidez los elementos centrales de un proceso histórico, que el centrarse en la meticulosa recopilación y procesamiento de datos sobre un aspecto acotado de la realidad.

No se trata de que el ejercicio «ensayístico» tradicional de los sociólogos haya estado exento de capacidad de reflexionar en función de información empírica. Por el contrario, la información empírica está presente en todos los ensayos, mal que mal éstos tratan sobre la realidad social. Pero no cabe duda que el tipo de datos empíricos utilizados es muy distinto en cada caso. Por ejemplo, la recopilación no sistemática de información que fundamenta un ensayo (incluso uno como éste) usualmente tiende a ser sólo confirmatoria de las hipótesis previamente sostenidas por el pensador en cuestión. Ese tipo de ejercicio se expone sólo en muy baja medida a la refutación, ya que el autor es particularmente

sensible a la información cercana a sus ideas preconcebidas y reactivo a la que las desconfirma.

Por el contrario, la recopilación de información sistemática que implican las investigaciones sociales actuales expone en mucho mayor medida al autor a refutar sus ideas iniciales. Aunque esta exposición nunca es total, ya que los investigadores siempre pueden influir consciente o inconscientemente en sus instrumentos para favorecer sus prejuicios, se puede afirmar con cierta certeza que la posibilidad de refutación está más cerca de las investigaciones empíricas sistemáticas, que de los ensayos. Esto no significa de ninguna manera que los ensayos sean poco productivos como actividad intelectual. Al contrario, cumplen un rol indispensable al presentar grandes marcos interpretativos de la realidad social y, por ende, ser fuente de hipótesis para investigaciones más sistemáticas. La capacidad de un ensayista para hilar información empírica con potente reflexión teórica en una síntesis clarificadora de un fenómeno es insustituible.

Sin embargo, precisamente, lo que puede hacer más productiva esa forma de trabajo intelectual, es la presencia mayoritaria de investigadores empíricos sistemáticos que aterricen, concreten y sometan a pruebas más rigurosas, las hipótesis que emergen de los grandes ensayistas. Mi percepción respecto del campo sociológico chileno académico actual es que aún no tenemos esa proporción. No obstante, los cambios que actualmente podemos observar en la actividad sociológica hacen obligatoria la presencia de un sociólogo más técnico y más empírico que el que actualmente es, aún, nuestro referente intelectual.

Posiblemente entonces, tanto en los campos de la intervención social, como en el análisis de la opinión pública, estamos siendo objeto de presiones que favorecen una presencia mayoritaria de investigadores empíricos sistemáticos. Queda la tarea de ver como se adaptan los procesos de formación académica de nuevos profesionales a estas tendencias. Creemos que es una buena opción para las escuelas de sociología a lo largo del país apoyar y sumarse a este proceso. No obstante, optar por esta línea de desarrollo implica para las escuelas de sociología tomar algunas decisiones estratégicas, entre las que podemos señalar:

- Fomentar que en publicaciones (revistas, documentos de trabajo) aparezcan en mayor proporción reportes de investigaciones empíricas, que ensayos.
- Privilegiar un perfil más «investigador» en las contrataciones de nuevos docentes. No se trata de que no se requieran docentes con una orientación central dirigida a la reflexión teórica, sino que, en general, ese tipo de docentes ya existe en los departamentos de sociología.
- Incluir más fuertemente la enseñanza de herramientas de investigación empírica en los currículums de las carreras de sociología.
- Organizar más actividades de encuentro académico en que exista el espacio para presentar investigaciones temáticas, que reuniones de reflexión respecto de la realidad social global.
- Producir lazos más nítidos entre la investigación empírica y la teoría, favoreciendo que las investigaciones empíricas, siempre tengan un refe-

rente o un set de hipótesis teóricas derivadas de la operacionalización de una teoría.

No cabe duda que el tomar esta decisión estratégica para el desarrollo de una escuela de sociología implica algunos costos, dentro de los cuales no es menor el posible desencanto que pueden experimentar los alumnos que ingresaron a la carrera de sociología buscando una comprensión global de la sociedad, al enterarse que se los está formando para realizar «simples y acotados estudios empíricos».

El desafío entonces es también encantar a los estudiantes con este rol científico y profesional, en que el placer no se obtiene ya del sueño de transformarse en el Weber o Marx de nuestros tiempos, produciendo un nuevo paradigma iluminador, o tampoco de la omnipotencia que da el creer que se está en posesión de las claves de interpretación de la sociedad contemporánea, sino del trabajo constante en un área de especialización, haciendo avanzar pacientemente el conocimiento y conectándose con una red de investigadores que están empeñados en la misma tarea en diversos lugares del mundo.

En términos de Kuhn, se trata de encantar a los estudiantes con la *ciencia normal* y dejar de idolatrar las *revoluciones científicas*. Para esto no estaría mal recordar que incluso para este autor, el principal avance científico se produce en los más frecuentes momentos en que predomina la *ciencia normal*, que en aquellas excepciones en que ésta, incapaz de resolver una creciente acumulación de incongruencias, se reconstruye globalmente. Sin embargo, en el contexto actual de desafíos que enfrenta la disciplina, ¿nuestra única tarea en el ámbito académico es colaborar en producir este reajuste de prioridades entre la investigación empírica y la reflexión ensayística?

Me parece que también tenemos bastante que aportar en el campo del mejoramiento de la calidad de los instrumentos de producción de información que actualmente se están utilizando para el conocimiento de la opinión pública, para la evaluación de programas sociales o el conocimiento de las motivaciones políticas de las personas. Producto quizá de lo rápido que han ascendido las demandas dirigidas a las ciencias sociales por información empírica necesaria para resolver preguntas relacionadas con temas públicos apremiantes, podemos notar un explosivo crecimiento de investigaciones empíricas cuantitativas y cualitativas aplicadas, que utilizan instrumentos y procedimientos de dudosa calidad. Por ejemplo, de la multitud de encuestas que se construyen para testear la opinión política de las personas y que obtienen amplia difusión y visibilidad pública, ¿cuántas de ellas superan niveles mínimos de calidad en sus procedimientos de muestreo, en el diseño de sus instrumentos, en la presentación pública de sus resultados, entre otros temas?

En otra área, ¿cuántos grupos focales o de discusión realizados para conocer las intenciones de mercado de la población respetan los principios básicos de esas técnicas en su análisis o cuando menos en su producción? Focalizando la mirada en los instrumentos cuantitativos, ¿cuántos cuestionarios utilizados para describir a una población utilizan preguntas que hayan sido validadas previamente, de la

suficiente calidad y en el suficiente número, como para medir conceptos complejos como los usualmente reportados?

Una observación somera y mi experiencia profesional en el tema de la investigación cuantitativa en Chile, me indican que el crecimiento de la investigación empírica, tiene actualmente pies de barro. Es así como se ha avanzado fuertemente en términos del conjunto de técnicas estadísticas disponibles para hacer análisis sociales, pero no se ha avanzado en la misma medida en la calidad de nuestros instrumentos de producción de información.

No olvidemos que dado que nuestros principales instrumentos de producción de información (entrevistas grupales e individuales y encuestas) dependen usualmente de los auto reportes de los sujetos, por lo que puede discutirse la validez básica de la información de que disponemos. Y si a ello agregamos instrumentos contruidos a la carrera, tenemos razones técnicas para sospechar de nuestros resultados.

A pesar de lo anterior, actualmente podemos observar avances importantes también en este campo. Por ejemplo, aparecen esfuerzos por coordinar las diversas encuestas que el Estado realiza, se observa también un creciente interés por incluir índices y preguntas validados o con posibilidad de comparabilidad internacional en las encuestas de opinión pública. Por ello, la segunda propuesta de este artículo consiste entonces en sumarse desde la academia a este proceso, realizando investigaciones sobre el campo de la investigación social actual, sus metodologías, sus supuestos y la validez y legitimidad social de la información que se produce.

Para este trabajo, la academia posee una serie de ventajas inestimables: un ritmo mucho menos mediado por las exigencias del mercado, alumnos con interés de entrar al mundo de la investigación empírica y docentes que pueden dedicar tiempo a reflexiones imposibles desde otros ámbitos.

En síntesis, la propuesta de este artículo consiste en desarrollar un trabajo académico que fomente en los futuros profesionales de las ciencias sociales y la sociología el interés por la investigación empírica temáticamente focalizada, más que por las reflexiones globalizadoras, al tiempo que, una de estas líneas de investigación empírica se centra en torno a los propios instrumentos y técnicas que utilizamos para investigar dicha realidad.

Se trata entonces de reemplazar artículos más bien especulativos como este mismo, por otros que describan en forma empírica sistemática el campo de la sociología chilena actual, o que investiguen las condiciones de legitimidad de las encuestas sociales en funcionarios públicos, o que hagan un análisis de la calidad de los análisis de discurso o contenido realizados por las empresas de estudios de mercado, entre otros múltiples temas posibles. Por supuesto, esta propuesta puede mover a la justa sospecha de parcialidad, ya que el autor del artículo termina recomendando justamente el conjunto de saberes y actividades que constituyen su nicho de experiencia y experticia.

No tengo muchos argumentos racionales para defenderme de esa presunción, salvo señalar que posiblemente sea verdadera y ampararme en la retórica de apuntar la promesa que esta propuesta implica para la sociología: constituir un profesional

más contextualizado con las demandas laborales de su sociedad en un tiempo sin grandes metarelatos, y con cierta capacidad de incidencia en la realidad social, un investigador más legitimado por otras disciplinas científicas (ya que este programa de trabajo es semejante a la de otras disciplinas) y un científico más conectado con sus pares de otras partes del mundo.

Creo que trabajar por la materialización de esa promesa puede valer la pena como apuesta para la sociología actual. Por ello, artículos como el actual debieran dejar cada vez más espacio en las revistas de ciencias sociales a reportes de investigaciones empíricas que pongan a prueba nuestras presunciones.

# Los estudios electorales, sus metodologías y capacidad predictiva

SOFÍA DONOSO, MONICA GERBER, ALDO MADARIAGA,  
ELEONORA NUN, MACARENA ORCHARD, PABLO PÉREZ,  
ANAMARÍA SILVA, JUAN IGNACIO VENEGAS<sup>1</sup>

---

## Introducción

Hoy en día el papel de la investigación social se encuentra en un importante proceso de cambio. En efecto, resulta imposible afirmar en la actualidad que ésta permanece circunscrita sólo al ámbito académico de las ciencias sociales. Como producto, entre otros, de la masificación de los medios de comunicación y del auge de los estudios electorales y de mercado, los resultados de los estudios sociales se encuentran hoy al alcance de todos, a partir de lo cual, surge la necesidad de pensar ahora también en los efectos que el conocimiento de estos estudios pueda tener sobre la opinión pública.

De este modo, se generan nuevas exigencias para los investigadores sociales: así como se hace necesario expresar los resultados de las investigaciones de manera entendible para el público lego y tomar siempre en cuenta los efectos que su difusión masiva pueda generar, aparece el tema ético de transparentar las condiciones de realización de dichos estudios, para que la lectura de sus resultados se haga a sabiendas de su real alcance y validez. En este sentido, resulta imposible no reflexionar en torno a la seriedad, no sólo de los estudios mismos, sino también muchas veces de las intenciones de quienes los contratan, ya que en un contexto como el descrito, surge el peligro real de que la investigación social se convierta en una poderosa herramienta de manipulación de la opinión pública.

---

<sup>1</sup> Los autores son parte del grupo ISOC, equipo de trabajo autónomo que cuenta con el apoyo del Departamento de Sociología de la Universidad de Chile, y que fue formado el año 2005 por egresados, ayudantes y estudiantes del Departamento, con el objetivo de realizar investigación en el área social, con énfasis en impulsar el debate sobre temas metodológicos. El artículo presentado constituye una síntesis de lo trabajado durante el segundo semestre de 2005. Para más información <[www.grupoisoc.org](http://www.grupoisoc.org)>.

Un ejemplo importante de la relevancia que puede llegar a adquirir este tema, es el campo de los estudios electorales. Tomar en cuenta las consecuencias que éstos pueden tener en la opinión pública, implica pensar en las consecuencias que éstos pueden tener sobre el propio proceso eleccionario. Los votos prometidos por estos estudios no solamente influyen en las estrategias que distintos sectores adoptan para sus campañas, sino que además generan una imagen de ganador o perdedor de los candidatos que —a nuestro juicio— es capaz de generar diferencias reales en las decisiones del electorado. A pesar de lo cual, la calidad de los diseños metodológicos utilizados por estos estudios para realizar dichas afirmaciones, no suele ser siempre tan evidente ni queda expresada de modo claro.

Ahora bien, a pesar de lo central del tema, poco debate científico ha surgido en torno a la seriedad metodológica de las encuestas electorales aplicadas y, por tanto, a la capacidad de éstas para acercarse a los resultados reales. Y es justamente en este ámbito donde la posibilidad de manipulación resulta tan patente, que es menester analizar las investigaciones que se están haciendo, para de esta forma mostrarle al público ajeno al conocimiento metodológico la posibilidad de discriminar entre estudios fundamentados científicamente que sean capaces de entregar resultados válidos y acordes con la realidad, y los que no son más que instrumentos generadores de opinión pública, sesgados ideológicamente y basados en conclusiones poco sustentables.

Esto último constituye un tema esencial a la hora de plantear la relación entre investigación social y opinión pública. Si bien es cierto que los centros que realizan las encuestas plantean que éstas no tienen como fin el pronosticar los resultados de las elecciones, ellas son presentadas a la opinión pública sin hacer dicha salvedad. En este sentido, la información que aportan influye considerablemente en la emisión del sufragio, en tanto se constituyen en una de las principales bases de conocimiento a partir de las cuales el ciudadano vota.

Por esta razón, el tema de la calidad de las encuestas electorales, así como el modo muchas veces confuso en que los medios de comunicación publican la información en torno a éstas, es una tarea de la cual creemos las ciencias sociales deben hacerse cargo. Es en este contexto, que el grupo ISOC realizó una investigación con el fin de describir y comparar la metodología de las encuestas electorales y los centros de estudios que las llevan a cabo, contrastar el pronóstico hecho con los datos reales de las elecciones y analizar qué factores tuvieron un mayor peso en la precisión de este pronóstico.

Para ello, se ha aplicado un meta análisis de los estudios electorales realizados en Chile a propósito de las elecciones presidenciales 2005, ya que esta técnica de investigación nos permite sistematizar y detectar diferencias importantes de resultados en estudios de distinta índole (en este caso estudios electorales), así como las causas metodológicas por las que dichas diferencias son provocadas. El objetivo que subyace a la realización de este análisis es mostrar la utilización muchas veces poco científica de la investigación, aportando así a la constitución de un debate y un trabajo más amplio en torno a la utilización reflexiva y no sesgada de las técnicas de investigación en las ciencias sociales.

En base a esto, en una primera parte de este artículo se comienza analizando

las formas en que la opinión pública puede ser influenciada por los estudios sociales. Luego, se describen, comparan y analizan los diferentes resultados que entregaron las encuestas electorales a partir de las diversas características y metodologías utilizadas por los distintos centros. En tercer lugar, se estudia el grado de acierto que dichos estudios tuvieron en sus pronósticos con respecto a los resultados finales de la elección presidencial, y se establecen las variables metodológicas que más influyeron en la capacidad predictiva de las distintas encuestas.

## 1. Los efectos de la investigación social en la opinión pública

Como se adelantó anteriormente, es de crucial importancia analizar el papel que está cumpliendo la investigación social en relación con la generación de opinión pública. Tras esta tarea subyace el supuesto de que uno de los objetivos de las Ciencias Sociales es justamente generar conocimientos que son difundidos a la gente, pasando de esta manera a formar parte de una base de conocimientos de la cual se puedan servir los sujetos en su toma de decisiones cotidiana. Bajo estas premisas, Brunner y Sunkel<sup>2</sup> analizan la utilización de la información presentada por los estudios públicos en una serie de ámbitos, como por ejemplo, en la toma de decisiones políticas. Si bien el ámbito político parece ser el tema más recurrente en los estudios que se analizan, en este apartado nos centraremos en la manera en que los estudios de opinión son utilizados por las personas, o, en palabras de Brunner y Sunkel, por el «sentido común».

Este nivel del sentido común al que aluden los autores, hace referencia a que los individuos en su vida cotidiana interpretan y reinterpretan el mundo que los rodea y a sí mismos, utilizando los conocimientos producidos por la investigación social. Este conocimiento pasaría a ser parte del sentido común simplemente por encontrarse «en el ambiente», lo cual se manifestaría en el vocabulario diario de los sujetos y en la manera en que estos moldean la forma de comprender la sociedad. En el caso de los estudios electorales, se observa cómo en general los sujetos están al tanto de «quién va ganando en las encuestas», y, por lo tanto, se aprecia cómo estas encuestas sitúan en el habla cotidiana al «ganador» de las próximas elecciones.

Por otro lado, los autores afirman que la investigación social es utilizada también de manera conciente por ciertos agentes colectivos para reforzar una identificación comunitaria. Es decir, se utiliza el conocimiento como parte de una autocomprensión colectiva que pasa a formar parte del sentido común grupal. A este respecto, Reynié<sup>3</sup> afirma que las estadísticas de opinión pública dan la impresión de pertenecer a una multitud. Reflejan a la colectividad, producen la representación de una comunidad, la idea liberadora de pertenecer a una colectividad.

<sup>2</sup> Brunner, José Joaquín, y Sunkel, Guillermo, *Conocimiento, sociedad y política*, Santiago de Chile, FLACSO, 1993.

<sup>3</sup> Reynié, Dominique, Las cifras en la política moderna. En: Jean Marc Ferry: *El nuevo espacio público*. Barcelona, España, Ed. Gedisa, 1998.

Sin embargo, los autores sostienen que en este ámbito se vivencian dos paradojas. La primera de ellas, se relaciona con que en este nivel de sentido común no existe una demanda específica por conocimientos de parte de los sujetos y, sin embargo, el mundo se encuentra saturado de ellos. En vez de una demanda específica lo que existe en realidad es una demanda más bien difusa y general por conocimientos para el actuar reflexivo de las sociedades, lo que se explicaría a partir de la resistencia al cambio que tendría el sentido común.

Como explica Clifford Geertz,<sup>4</sup> el sentido común estaría provisto de propiedades que lo distinguen con respecto a otros sistemas culturales, dentro de las cuales se destacaría su «naturalidad», es decir, la tendencia a asumir las cosas como si fueran inherentes a su propia naturaleza, como la manera «en que las cosas son». El sentido común obtendría su autoridad justamente de ser el detentador de la única realidad. Por otra parte, Geertz habla de la «simpleza» del sentido común, en cuanto éste mostraría las cosas tal como son, y de su «accesibilidad», en tanto cualquier persona puede comprender las conclusiones que éste dicta y hacerlas suyas.

Estas características serían precisamente las que inhibirían la integración de elementos externos al sistema propio del sentido común, a pesar de lo cual, plantea Geertz, el hombre progresivamente ha ido integrando ciertos elementos científicos como si fueran parte de éste. Según Brunner<sup>5</sup> —en el caso de las ciencias sociales— esto se manifestaría en que los estudios deberían traducirse al lenguaje ordinario de todos los días, ya que el sentido común presenta resistencias locales con respecto a los conocimientos producidos por éstas. En este sentido, vemos que los parámetros del sentido común definen el grado de autoridad que el conocimiento social posee para la construcción significativa de realidad social.

La segunda paradoja consistiría en que tampoco por el lado de los productores de conocimiento lo que se buscaría sería influenciar al sentido común, ya que el mercado de oportunidad para las investigaciones científicas estaría concentrado más bien en «grupos de decisión» que en el público general. Sin embargo, excepciones a esto se encuentran justamente en casos en que los productores trabajan con partidos o movimientos sociales que buscan específicamente incidir en el sentido común,<sup>6</sup> como lo son instituciones con intereses políticos, ciertos medios de comunicación o centros de estudios, que se proponen —de manera abierta o encubierta— el incidir en la opinión pública. Por lo tanto, a diferencia de la mayor parte de los estudios de los cuales hablan los autores, en el ámbito específico de las encuestas electorales, podemos decir que su producción se relaciona la mayoría de las veces con un claro intento por incidir en el sentido común.

Brunner y Sunkel afirman que la investigación social tiene la cualidad de generar un efecto «de retorno», ya que algo que se midió en la misma población, vuelve sobre ella y tiene un impacto en cuanto a crear conciencia colectiva res-

---

<sup>4</sup> Brunner, José Joaquín, y Sunkel, Guillermo, op. cit.

<sup>5</sup> Brunner, José Joaquín., *La investigación social positiva y la utilización del conocimiento*. En: Brunner, J.J., Hopenhayn, M., Moulian, T., Paramio, L.: *Paradigmas de conocimiento y práctica social en Chile*, Santiago de Chile, FLACSO, 1993.

<sup>6</sup> Brunner, José Joaquín, y Sunkel, Guillermo, op. cit.

pecto a la existencia del problema. Al mismo tiempo, afecta la autocomprensión del individuo en la sociedad. De esta forma, los autores concluyen que la investigación social que se utiliza para ámbitos decisorios puede, a su vez, afectar el sentido común. En el caso de los estudios electorales, puede llevar a asumir que si cierto candidato está ganando, es porque la sociedad, como un todo, quiere que gane, y, por lo tanto, no votar por éste es ir en contra de lo establecido. En otros casos, las encuestas pueden afectar a las personas que no quieren «perder el voto», sino que votan por el candidato que va ganando. Por último, pueden incidir en las personas que toman decisiones estratégicas, y que por lo tanto, utilizan la información de las encuestas para tomar la decisión de voto.

De esta forma, se observa la relevancia de analizar los estudios electorales, sus calidades metodológicas y capacidades predictivas. Tomando en cuenta lo afirmado por Brunner y Sunkel —de que para incidir en el sentido común, la información debe ser traducida al lenguaje ordinario de los actores— se entiende porqué los medios de comunicación simplifican mucho la información de las encuestas, eliminando por ejemplo, las fichas técnicas, o no perdiendo tiempo en explicar los alcances reales de los estudios. Por lo tanto, estudios de mala calidad metodológica u otros con intentos claros de incidir en la opinión pública, son publicados de igual manera que estudios serios, situándose en el ambiente e incidiendo en el sentido común.

A partir de lo dicho y frente a la pregunta por la capacidad de influencia de las encuestas electorales por sobre la opinión pública, cabe constatar entonces que éstas sí tienen un efecto sobre el sentido común y que por lo tanto su calidad y rigurosidad tiene una dimensión no sólo práctica, sino que también ética, de la cual se deben hacer cargo tanto los investigadores sociales como los medios de comunicación.

## 2. Descripción de las encuestas electorales

Con el fin de llevar a cabo el Meta Análisis se analizaron las características de 26 encuestas producidas en Chile por 13 centros durante los meses de Julio-Septiembre de 2005 (véase tabla 1).

Para empezar, se debe señalar que la información fue reunida revisando los informes de prensa, las páginas web de cada centro, artículos de diarios, y en varios casos, se preguntó a personas del centro mismo. Sin embargo, la recolección de esta información resultó sumamente compleja, dado que muchos centros no publican la totalidad de los datos, las fichas técnicas son muchas veces incompletas, y la tasa de respuestas de los propios centros a las consultas metodológicas, telefónicas o vía e-mail, es muy baja. Por esta razón, cabe comenzar recalcando la necesidad de que los centros y los medios de comunicación empiecen a darle mayor prioridad a la publicación de los datos metodológicos.

Con respecto al *Margen de Error*, se observa que éste fluctúa entre el 1 y el 4,8%, ubicándose el promedio en 3,08%. Cabe resaltar que los errores son bastante bajos, especialmente si se toma en cuenta el tamaño de la muestra. En muchos casos se observó que el margen de error fue calculado asumiendo dise-

Tabla 1: Características de las encuestas según Centro de Estudios

Centro de estudios	Encuestas analizadas	Margen de error promedio	Nivel de confianza	Tamaño muestral promedio	Tipo de encuesta	Diseño de la muestra	Población
Benchmark	2	2,30	95%	1921	Cara a cara y telefónica	Probabilística de sujetos y teléfonos, según corresponda	Región Metropolitana
Centro de Estudio de Opinión Universidad de Talca	3	1,00*	95%	700	Cara a cara	No probabilística	Gran Santiago
CEP	3	2,70	95%	1505	Cara a cara	Probabilística de sujetos	Todo Chile excepto Isla de Pascua
CERC	2	2,34	95%	1200	Cara a cara	Probabilística y por cuotas	29 ciudades de más de 40 mil habitantes entre la I y la X Región
El Mercurio-Opina	2	3,2	95%	1100	Cara a cara	Probabilística	Gran Santiago, Gran Valparaíso y Gran Concepción (en algunas encuestas sólo Gran Santiago)
Electoral.cl Impakta	1	3,30	95%	900	Telefónica	Probabilística de teléfonos	Región Metropolitana, personas ABC1, C2, C3 y D
Expert	1	s/i	s/i	1500	Cara a cara	Probabilística de sujetos	Región Metropolitana
Gemines	3	4,00	s/i	600	Cara a cara	Probabilística de sujetos	Gran Santiago
ICSO / Univ. Diego Portales	1	2,72	95%	1302	Cara a cara	Probabilística de sujetos	86 comunas del país
IPSOS	4	3,32	95%	875	Telefónica	Probabilística de teléfonos	Gran Santiago y 27 ciudades
La Tercera / Feedback	2	3,50	s/i	800	Cara a cara	Probabilística de sujetos	Región Metropolitana
Mori	1	3,00	s/i	1200	Cara a cara	Probabilística de sujetos	30 ciudades de más de 40 mil habitantes entre la I y la X Región
Time Research	1	4,80	95%	409	Telefónica	Probabilística de teléfonos	Gran Santiago
TOTAL	26	3,08		1049			

ños muestrales que no correspondían al diseño utilizado (por ejemplo, calculando el error asumiendo que el diseño muestral fue un aleatorio simple, cuando en realidad se utilizó un estudio en varias etapas, obviando así el efecto de diseño), con lo que se disminuye ficticiamente este margen. Es necesario aclarar, que en estos casos, el margen de error debiera ser mucho más alto. También ocurre en el caso de otros centros, que calculan márgenes de error en diseños no probabilísticos, tema que en rigor no es posible hacer.

A su vez, con respecto al *Nivel de Confianza*, en muchos casos éste no se

encontraba disponible, por lo que faltan datos para varios centros. En todos los estudios que contaban con dicha información el nivel de confianza es del 95%. Sin embargo, en términos generales, se plantea que existe poco rigor en la presentación del nivel de confianza y del margen de error. Muchas veces no se presenta alguno de ellos (tema grave, dado que es necesario analizarlos en conjunto) y en otros, no se deja claro la forma de calcular el margen de error o hasta se calcula para diseños muestrales que no corresponden.

Con respecto al *Tamaño Muestral*, se observan varios centros que utilizan muestras demasiado pequeñas para la población que pretenden representar. Si bien algunos estudios definen como población a Santiago o la Región Metropolitana, de todas formas, tamaños muestrales de 600 o 700 casos resultan demasiado pequeños. Destacan al respecto, Benchmark, CEP, CERC, Expert, Mercurio-Opina, ICSO y Mori, por tener en promedio muestras que superan los mil casos.

En cuanto al *Tipo de Encuesta*, llama la atención que gran parte de ellas sea cara a cara (aproximadamente un 75%). Solamente Time Research, IPSOS, Electoral.cl-Impakta y algunas de las encuestas de Benchmark son telefónicas. Esto habla bastante bien de las encuestas, ya que muchos estudios han recalado los sesgos generados por las encuestas telefónicas (cobertura telefónica, rechazos altos, entre otros).

Con respecto al *Diseño de Muestra*, el 54% de las encuestas son probabilísticas en todas sus etapas. Además, un 27% son probabilísticas de teléfono (es decir, se seleccionan los teléfonos al azar). Un 12% son no probabilísticas y un 8% utiliza un diseño combinado, siendo probabilístico en las primeras etapas y por cuotas en la última (véase tabla 2). La única encuesta que utiliza un muestreo no probabilístico en ninguna etapa es la de la Universidad de Talca. La encuesta del CERC es la única que utiliza un muestreo que es probabilístico en las primeras etapas y por cuotas en la selección de los sujetos. Se ha debatido largamente sobre la pertinencia de este tipo de diseños muestrales. Existen muchos autores que defienden este diseño muestral por cuotas, porque, si bien no es probabilístico en todas sus etapas, permite obviar el gran problema de los diseños probabilísticos: el reemplazo.

Tabla 2. Diseño de muestra

	Frecuencia	Porcentaje	Porcentaje válido	Porcentaje acumulado
Probabilística de sujetos	14	53,8	53,8	53,8
No probabilística	3	11,5	11,5	65,4
Probabilística y por cuotas	2	7,7	7,7	73,1
Probabilística de teléfonos	7	26,9	26,9	100
Total	26	100	100	

Fuente: Grupo isoc, Departamento de Sociología de la Universidad de Chile

Por último, es necesario evaluar la calidad de las encuestas, especialmente en cuanto a su capacidad predictiva, según la *Población* que representa la medición. En este contexto, 7 centros tienen como población al Gran Santiago o la Región Metropolitana. Evidentemente, en estos casos, es imposible inferir al país entero. El centro que cuenta con la población más representativa a nivel nacional es el CEP, que sólo deja fuera a la Isla de Pascua. Otros centros con poblaciones bastante más amplias son el CERC, ICSO y Mori.

A modo de conclusión, se observan grandes deficiencias en las encuestas de varios centros: tamaños muestrales bajos, márgenes de error calculados de manera incorrecta, poca representación a nivel nacional, encuestas telefónicas, entre otros. En términos de diseño de muestra y número de casos, se rescatan los estudios de Benchmark (algunos de estos, ya que otros son telefónicos y de pocos casos), CEP, CERC, Mercurio-Opina, Expert, ICSO y Mori. Si se toma en cuenta además la representatividad a nivel nacional (tema relevante para intentar predecir los votos), el centro que cubre mayor parte del país es CEP, seguido, en menor medida, por CERC, Mori e ICSO.

### **3. Capacidad predictiva de las encuestas electorales**

En esta segunda parte del estudio, se incluyeron en el análisis las últimas encuestas de cada centro, a partir de octubre de 2005 (de esta forma, los estudios no son los mismos que en la sección anterior). Se recopiló información metodológica de estas encuestas a partir de los informes presentados por los distintos centros y las informaciones publicadas en distintos diarios nacionales (véase tabla 3).

Los porcentajes de votos en las encuestas son presentados en relación a un universo que incluye votos nulos y blancos, además del porcentaje de los que no saben o no responden. Dado que en las elecciones estos votos son descontados del universo, fue necesario transformar los porcentajes en función de los votos válidamente emitidos (véase tabla 4). Estamos conscientes de la deficiencia de este cálculo. De hecho, al momento de hacerse pronósticos, esta transformación toma en cuenta otros aspectos (como la distribución desigual de los votos indecisos). Sin embargo, dado que sólo dos centros (CERC y Universidad de Talca) hicieron pronósticos como tal, es el mejor acercamiento que puede hacerse para poder realizar la comparación con los datos de las elecciones.

Se observa que, en el caso de Bachelet, los votos válidamente emitidos van desde el 42.86%, otorgado por Ercilla, hasta el 51.52%, de La Tercera-Feedback. En promedio, las encuestas le dieron un 46.57%. En el caso de Piñera, los votos van desde el 21.08% de Gemines hasta el 29.76% de Ercilla. En promedio las encuestas le dieron el 24.85% de los votos. Con respecto a los votos de Lavín, IPSOS le da la votación más baja, con un 19%, mientras que Gemines le da la votación más alta, con un 25.74%. En promedio, las encuestas le dieron 22.24% de los votos. Por último, en el caso de Hirsch, los votos van desde el 3.43% de Gemines hasta el 9.03% de IPSOS. En promedio las encuestas le dieron el 6.23% de los votos.

Es necesario destacar, antes de comenzar el análisis propiamente tal, que para

Tabla 3

Fuente: Grupo ISOC, Departamento de Sociología de la Universidad de Chile.

\* El estudio de CEOC incluye dos encuestas, una telefónica en las capitales provinciales y una cara a cara en Santiago.

El margen de error es solamente válido para la encuesta telefónica.

\*\* Para el caso del CEP, que mide la misma pregunta con y sin urna, se optó por tomar el dato con urna.

Tabla 4

	Bachelet válidamente emitidos	Piñera válidamente emitidos	Lavin válidamente emitidos	Hirsch válidamente emitidos
CEP	45,88	25,88	24,71	3,53
El Mercurio - Opina	46,85	22,96	23,89	6,29
CERC*	46,00	25,00	21,00	7,00
Benchmark	44,83	22,99	25,29	6,90
IPSOS	45,72	26,25	19	9,03
CEOC - Universidad de Talca*	45,72	27,84	20,72	5,72
La Tercera - Feedback	51,52	21,87	20,74	5,86
Gemines	49,75	21,08	25,74	3,43
Ercilla	42,86	29,76	19,05	8,33
Promedio	46,57	24,85	22,24	6,23

Fuente: Grupo ISOC, Departamento de Sociología de la Universidad de Chile

\* Los votos del CERC y de CEOC corresponden los pronósticos hechos por los mismos centros.

este estudio se comparan encuestas que en términos rigurosos no son comparables, dado que tienen universos distintos. De hecho, estas encuestas debieran pronosticar los votos solamente del universo en el cual se seleccionó la muestra. Sin embargo, evidentemente pretenden pronosticar los resultados a nivel nacional. Lo importante es tener siempre presente que el universo de estudio influye de manera determinante en su capacidad predictiva y que, por lo tanto, una encuesta puede no acercarse al porcentaje real a nivel nacional y sí hacerlo a nivel de su universo.

A pesar de esto, en este estudio se comparan los porcentajes asignados en las encuestas a cada candidato con los resultados a nivel nacional de las elecciones. Por esta razón, es necesario tomar siempre en cuenta que los centros que no hicieron estudios a nivel nacional —ya sea los que hicieron el estudio en Santiago o, en menor medida, los que analizaron ciudades a lo largo de Chile— evidentemente tendrán una menor capacidad de predecir los resultados nacionales. Sin embargo, si no se tomaran en cuenta las encuestas que no son nacionales, se tendrían que dejar fuera todas menos la del CEP, ya que esta última es la única que incluye prácticamente a todo Chile. Por esta razón, se optó por incluir el Universo del estudio como una variable para ser analizada junto a las otras características metodológicas y así poder determinar su relevancia al momento de lograr una buena predicción.

A su vez, es necesario destacar que, dado que se incluyen solamente los últimos estudios de cada centro, en ninguna medida se pretende evaluar la capacidad de los distintos centros, sino, solamente, la de su última encuesta.

La capacidad predictiva de las encuestas es analizada por medio de tres indicadores:

- La diferencia entre el porcentaje otorgado por las encuestas y el porcentaje real de las elecciones. En este caso, se promedian las diferencias que las distintas encuestas tuvieron para cada candidato.
- La cantidad de márgenes de error que no incluyen el valor real. Esta es una manera de evaluar la capacidad predictiva que no toma en cuenta la exactitud del pronóstico, sino más bien errores graves, como lo son, el que un margen de error no incluya el valor real.
- La capacidad predictiva del candidato que pasó a segunda vuelta. Obviando la cantidad de diferencia o si el margen de error incluye o no el valor real, queda analizar si en términos prácticos las encuestas fueron capaces de predecir qué candidato pasaba a segunda vuelta.

#### **A) DIFERENCIA ENTRE LOS PORCENTAJES EN LAS ENCUESTAS Y LOS REALES**

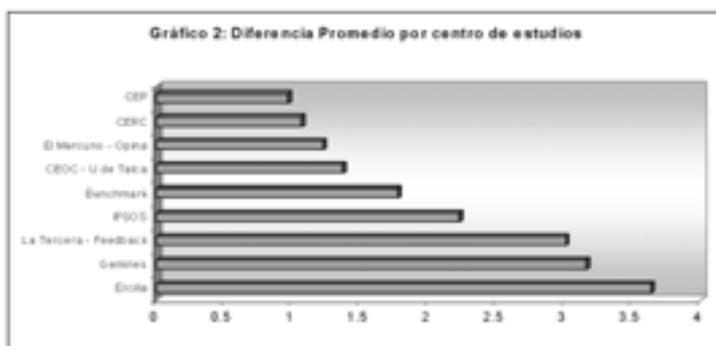
A continuación se presenta la comparación entre los porcentajes de votación pronosticados por cada estudio, y los resultados reales obtenidos en la elección (véase tabla 5). Dicha comparación se realiza a través del cálculo de la diferencia entre el porcentaje de votación pronosticada para cada candidato según las encuestas, y el porcentaje real conseguido en los comicios.

Tabla 5: Diferencia entre porcentaje pronosticado y real

	Diferencia Bachelet	Diferencia Piñera	Diferencia Lavín	Diferencia Hirsch
CEP	-0,07	0,47	1,49	-1,87
CERC	0,05	-0,41	2,22	1,60
El Mercurio - Opina	0,90	-2,45	0,67	0,89
CEOC – U de Talca	-0,23	2,43	-2,50	0,32
Benchmark	-1,12	-2,42	2,07	1,50
IPSOS	-0,23	0,84	-4,22	3,63
La Tercera – Feedback	5,57	-3,54	-2,48	0,46
Gemines	3,80	-4,33	2,52	-1,97
Ercilla	-3,09	4,35	-4,17	2,93

Puede observarse en cuánto y hacia qué dirección se alejan las distintas encuestas del voto real. Resulta interesante observar que estas diferencias solo en algunos casos superan el 3 y 4%, encontrándose la mayoría de las diferencias entre el 0 y el 2%. Esto demuestra, a primera vista, cierta capacidad predictiva de las distintas encuestas. El análisis más detallado de la dirección de las diferencias se realiza en el siguiente punto, al revisar los márgenes de error.

A partir de las diferencias se calculó la diferencia porcentual promedio para todos los candidatos, para cada centro (véase gráfico 2).



Fuente: Grupo ISOC. Departamento de Sociología de la Universidad de Chile

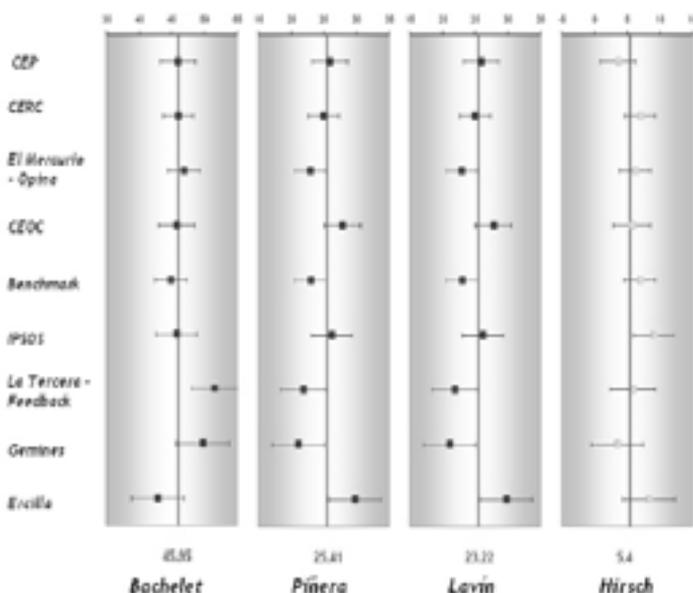
Gráfico 2

Los estudios que obtienen las menores diferencias porcentuales son el CEP, con un 0,97% y, muy cercano, el CERC con un 1,07% de diferencias. En tercer lugar se encuentra El Mercurio-Opina. En el otro extremo, la encuesta que presenta la Diferencia Promedio más alta es la de Ercilla, con un 3,64%, seguida por Gemines y la Tercera-Feedback. Sin embargo, es necesario destacar que estos

últimos tres estudios tienen como universo solamente a Santiago o la Región Metropolitana, por lo que es entendible que el pronóstico hecho se aleje de los resultados a nivel nacional.

### B) NÚMERO DE MÁRGENES DE ERROR QUE NO INCLUYEN EL VALOR REAL

En el gráfico 3 puede observarse el porcentaje real de las elecciones (línea vertical de las barras), y el pronóstico de cada encuesta, junto con su margen de error, lo que permite evaluar si el porcentaje real de votos se encuentra dentro de los límites de error que la misma encuesta fijó para su pronóstico. En este sentido, interesa observar cuántos pronósticos quedaron fuera del margen de error, lo que resulta sumamente relevante, dado que pone en evidencia la falta de precisión en algunas predicciones.



Fuente: Grupo ISOC. Departamento de Sociología de la Universidad de Chile

Gráfico 3: Márgenes de error y valores reales

En el caso de Bachelet, las encuestas que más se acercan al porcentaje real son, en orden de precisión, CERC, CEP, IPSOS y CEOC, todas las cuales se alejan del porcentaje real en menos de 0,25%. Si bien la dispersión de las otras encuestas en relación al porcentaje obtenido es mayor, el único cuyo margen de error no incluye el valor obtenido en las elecciones por Bachelet, es La Tercera-Feedback. Este último, le asigna un porcentaje significativamente mayor al obtenido.

Con respecto a los pronósticos de la votación de Piñera, los estudios que más se acercan al porcentaje real son, en orden de precisión, los de CERC, CEP e IPSOS.

Sin embargo, es necesario destacar que estas diferencias son mucho mayores que en el caso del pronóstico para Bachelet, dado que la encuesta que más se acerca, se ubica a 0,41% de distancia. En este caso, un importante número de estudios realizaron pronósticos cuyo margen de error no incluía el valor real obtenido en las elecciones. De esta forma, Benchmark, El Mercurio-Opina, Gemines y La Tercera-Feedback le dieron significativamente menos votos, mientras que el de Ercilla fue el único estudio que le dio un puntaje significativamente mayor del obtenido realmente.

En el caso de Lavín, los pronósticos presentan una alta dispersión en relación a los porcentajes obtenidos. Las encuestas que más se acercan al porcentaje real son, en orden de precisión, las de El Mercurio-Opina y CEP. En este caso, las diferencias son más altas que en el caso de Bachelet y Piñera, en tanto que la encuesta que más se acerca al porcentaje real se ubica a 0,67% de distancia. Los estudios de IPSOS y Ercilla tienen márgenes de error que no incluyen el valor real obtenido. Ambos le otorgan un porcentaje significativamente menor.

Por último, en el caso de Hirsch, los estudios que más se acercan al porcentaje real son, en orden de precisión, el CEOC, La Tercera-Feedback y El Mercurio Opina. En este caso, la encuesta que obtiene la menor diferencia, se distancia solamente en un 0,32% del voto real obtenido por Hirsch. Sin embargo, en el caso de un estudio, el de IPSOS, el margen de error no incluye el voto real obtenido. En este caso, el pronóstico es significativamente mayor.

Ahora bien, si se evalúan los estudios según la cantidad de márgenes de error que no incluyen el valor real, se observa que el CEP, CERC y CEOC hicieron estimaciones en las cuales para ningún candidato se diferenciaban de manera significativa del valor real. Estos márgenes aumentan a 1 en el caso de la mayoría de los estudios y a 2, en el caso de La Tercera-Feedback y Ercilla (véase tabla 6).

Tabla 6: Número de Márgenes de Error que no incluyen valor real, según centro de estudios

	Número de Márgenes de Error que no incluyen el valor real
CEP	0
CERC	0
CEOC - U de Talca	0
El Mercurio - Opina	1
Gemines	1
Benchmark	1
IPSOS	1
La Tercera - Feedback	2
Ercilla	2

Fuente: Grupo ISOC. Departamento de Sociología de la Universidad de Chile

### C) CAPACIDAD PREDICTIVA DEL CANDIDATO QUE PASA A SEGUNDA VUELTA

Por último, para analizar la capacidad predictiva del candidato que pasa a segunda vuelta, se calcularon las diferencias entre los valores pronosticados para ambos candidatos (véase tabla 7). De esta forma, puede observarse que en algunas encuestas la diferencia es negativa, significando esto, que le dan la segunda vuelta a Lavín. Dado que el candidato que finalmente pasó a segunda vuelta fue Piñera, interesa observar qué encuestas se equivocaron en el pronóstico. De este modo, vemos que estudios que presentan diferencias negativas como los del Mercurio – Opina, Benchmark y Gemines, pronosticaron erradamente que Lavín pasaba a la segunda vuelta, y los que presentan diferencias positivas, pronosticaron correctamente que Piñera pasaba a la segunda vuelta, acercándose en mayor o menor medida al valor real de diferencia entre ambos candidatos. De esta forma, se observa claramente como la encuesta de Gemines es la que se equivoca en mayor medida, dándole 4.66% de votos más a Lavín que a Piñera.

Tabla 7: Diferencia votos Piñera – Lavín

	Piñera válidamente emitidos	Lavín válidamente emitidos	Diferencia Piñera-Lavín	Pasa a Segunda vuelta
CEP	25,88	24,71	1,17	Piñera
CERC	25,00	21,00	4,00	Piñera
Ercilla	29,76	19,05	10,71	Piñera
IPSOS	26,25	19	7,25	Piñera
CEOC–Univ. de Talca	27,84	20,72	7,12	Piñera
La Tercera - Feedback	21,87	20,74	1,13	Piñera
Benchmark	22,99	25,29	-2,3	Lavín
Gemines	21,08	25,74	-4,66	Lavín
El Mercurio - Opina	22,96	23,89	-0,93	Lavín

Fuente: Grupo ISOC. Departamento de Sociología de la Universidad de Chile

### 3. Factores que inciden en la predicción de los resultados

Esta parte del estudio tiene como fin evaluar qué características metodológicas inciden en que las encuestas hayan podido hacer un pronóstico acertado. Por lo tanto, aquí no se busca describir las encuestas, sino más bien explicar las relaciones que existen entre distintos aspectos de éstas, y su capacidad predictiva. Se utilizó como criterio de acercamiento a la predicción el primer indicador presentado, de Diferencia Promedio.

Se aplicó un análisis de regresión lineal múltiple, que permite evaluar el efecto de las características metodológicas sobre la Diferencia Promedio de las distintas encuestas. Se incluyeron en el análisis variables numéricas y dicotómicas. Las variables incluidas son las siguientes variables:

- Número de casos en la muestra.
- Tipo de encuesta, siendo 0: Telefónica y 1: Cara a Cara.
- Con o sin urna, siendo 0: Sin urna y 1: Con urna.
- Población como porcentaje del país, es decir, el porcentaje del país que corresponde el universo tomado en cuenta en el estudio.

El modelo que incluye todas estas variables explica el 93% de la varianza de la Diferencia Promedio (véase tabla 8). Es decir, al incluir estas cuatro variables es posible explicar una parte sumamente importante de la capacidad predictiva de las encuestas.

Por su parte, si se observa el valor del Beta estandarizado para cada variable, coeficiente que nos permite comparar los efectos de cada variable por separado, en una unidad de medida común, se puede concluir que la característica metodológica que más incide en la capacidad predictiva es el Número de casos en la muestra, seguido de la Población como porcentaje del país y por el Tipo de Encuesta. Por último se encuentra el Tipo de pregunta, con o sin urna.

Si se observa el sentido de la relación, se puede afirmar que:

- A mayor número de casos en la muestra, menor diferencia promedio entre el porcentaje de la encuesta y el valor real.
- A mayor porcentaje de la población del país incluida como universo de la encuesta, menor diferencia promedio entre el porcentaje de la encuesta y el valor real.
- Las encuestas cara a cara tienen diferencias promedios menores que las telefónicas.
- Las encuestas con preguntas con urna tienen diferencias promedios menores que las sin urna.

Se presenta, a su vez, la significación del coeficiente Beta estandarizado, la cual permite evaluar la capacidad de estos datos de ser inferidos a la población. Dado que en este estudio se trabaja con la población de las encuestas electorales, no existe un interés por inferir los resultados. Por lo tanto, ésta no será analizada.

	B No estandarizado	Error Estándar	Beta Estandarizado	t	Sig.
Número de casos en la muestra	0,00	0,00	-0,66	-4,08	0,02
Tipo de Encuesta	-0,54	0,31	-0,29	-1,75	0,15
Con o sin urna	0,06	0,44	0,03	0,15	0,89
Población como porcentaje del país	-0,02	0,01	-0,45	-2,75	0,05
R cuadrado: 0,93					

Tabla 8: Factores que inciden en la Predicción de los Resultados

Estos datos resultan de interés ya que permiten determinar que una encuesta que busque predecir resultados debe cumplir con una serie de características: un tamaño muestral amplio, una encuesta cara a cara, con pregunta con urna y abarcando un universo lo más cercano posible al nacional.

De hecho, y a manera de confirmación, se observa que la encuesta del CEP, que obtuvo las mejores evaluaciones en los distintos indicadores presentados, cumple con todas estas características.

## **5. Conclusiones**

El Meta Análisis como técnica de investigación sirve para sistematizar y detectar diferencias de resultados en estudios sobre un tema determinado. En esta ocasión, esta técnica fue utilizada para identificar las características metodológicas que inciden en los resultados de las encuestas electorales.

A partir de la identificación tanto de estas variables como de la importancia que revisten para la fiabilidad de la información generada por medio de los estudios electorales, es posible afirmar que, al igual que en otros ámbitos del quehacer científico, en el área de las ciencias sociales también se hace necesario trabajar con estándares estrictos de rigurosidad, tanto en lo que respecta a la metodología de la investigación como a la publicación y difusión de los resultados.

Así, a partir de esta investigación es posible afirmar que la capacidad predictiva de los estudios depende esencialmente de su calidad metodológica. En este sentido, se ha observado que un tamaño muestral grande, un universo mayor, el empleo de urnas y la aplicación cara a cara del cuestionario, son variables determinantes a la hora de realizar un estudio electoral.

De lo anterior se desprende la necesidad de analizar críticamente los distintos estudios electorales que se llevan a cabo en nuestro país puesto que, definitivamente, no todos tienen la misma capacidad de otorgar información fiable a la opinión pública. De esta forma, promulgar un debate abierto y crítico de estas investigaciones, puede llevar a un continuo mejoramiento de la calidad de los estudios electorales.

En este sentido, los medios de comunicación deben jugar un rol esencial, no sólo en lo que respecta a la difusión de los resultados, sino que también en lo que respecta a la inclusión de dicha crítica como parte de la presentación de éstos, en desmedro de la publicación de datos que son llamativos, pero dudosos. Es necesario que se presenten fichas técnicas completas, y que se haga referencia a ellas, explicando su significado. Sólo así, el público podrá entender el real alcance de la investigación cuyos resultados está leyendo. Cumpliendo con esta tarea compartida, el conocimiento de las encuestas electorales puede convertirse potencialmente en una herramienta de información y no de desinformación ni de manipulación.

# Pensar más allá del Estado. Esbozo de una historia de la canción social chilena del siglo XX

ELÍAS FARÍAS, MICHEL LAPIERRE Y SIMÓN PALOMINOS

---

## Introducción

La teoría sociológica latinoamericana, al analizar los procesos sociohistóricos de la región durante el siglo XX, ha hecho hincapié en la caracterización de los fenómenos observados desde una perspectiva que da preponderancia a la esfera política como estructuradora de la vida social. En efecto, conceptos como «Estado de compromiso», matriz sociopolítica estadocéntrica, o la misma idea de «Estado nacional y popular», nos hablan de una sociedad donde la acción de los sujetos sociales posee como referencia y objetivo la articulación necesaria con el sistema político y, en concreto, con el Estado.

Este modelo teórico comienza a entrar en crisis al enfrentarse con la coyuntura política de la región durante los años 60 y 70. Este contexto se ve marcado por la irrupción de Estados autoritarios cuyo principal efecto en la esfera política fue el dismantelar la relación entre los diferentes grupos sociales, sistema representativo (sistema político de partidos) y el Estado. De esta manera, ya no se concibe a la esfera política como objeto privilegiado del estudio de la sociología, al no considerarla ya como eje estructurador de la sociedad.

Por otro lado, el desarrollo del capitalismo mundial ha evolucionado de forma que los conceptos tradicionales utilizados para comprenderlo pierden su eficacia. Comienzan a aparecer conceptos que intentan aprehender las nuevas características del sistema económico a escala global. Dentro de este contexto, la preocupación se dirige a las posibilidades de constitución de sujetos en un marco de «explosión» heterogénea de identidades que se oponen a las tendencias homogeneizantes del sistema económico globalizado. Es así como surge el interés por la construcción de identidades y por el aspecto simbólico de la vida social, ámbitos con poco arraigo teórico en la sociología latinoamericana.

La importancia actual de lo simbólico tiene relación con su capacidad de formar identidades y ser el seno de la producción de sentido de la acción social,

una de las preguntas fundamentales de la disciplina sociológica. En este sentido, para una comprensión más completa de los procesos sociohistóricos que acaecieron en nuestra región, se hace necesaria la realización de una investigación que se dedique a indagar en el aspecto simbólico-cultural de períodos significativos de la historia de las sociedades latinoamericanas.

El proceso chileno que va desde la caída del régimen oligárquico y la economía mercantilista hasta la concreción de un proyecto de desarrollo durante la Unidad Popular, constituye un perfecto ejemplo de cómo lo cultural es un factor de importancia para la constitución de la sociedad. En esta perspectiva, no constituye un reflejo de alguna esfera determinada de la sociedad, sino que más bien es componente del sentido de la acción de los grupos sociales; a nosotros nos interesa discutir la hipótesis de la producción en el ámbito simbólico de un sentido y de una identidad cuya acción posteriormente es canalizada por el sistema político. De la misma manera, dada la innegable importancia ejercida por el Estado como impulsor de la vida social y de una concepción de Modernidad y Desarrollo en todos los ámbitos de la sociedad, es de interés discutir la hipótesis de una esfera política central en la constitución de sujetos sociales y su identidad. En suma, esperamos movernos entre estos polos interpretativos buscando los cruces en que se encuentran lo simbólico-cultural y lo político.

Dentro de lo simbólico y cultural, consideramos el área artística como unidad privilegiada de análisis en tanto el arte (no obstante la multiplicidad de abordajes de análisis que ofrece) posee como característica fundamental el ser, más que cualquier otra cosa, un elemento simbólico, una mediación de la realidad por parte del colectivo social y, por ende, un elemento cultural. En las manifestaciones artísticas reconocemos una entrada a la vida plena de sentido de los distintos colectivos sociales. Por ende, también reconocemos los puntos de cruce, de compenetración entre el arte como manifestación cultural y lo social, lo político y lo económico. En nuestro artículo, la relación entre arte y política pasa por diferentes fases hasta llegar a un clímax de ideologización y radicalización, lo cual no es sino la culminación del desenvolvimiento de un período histórico con su propio proyecto de sociedad. Este proyecto, el desarrollo de una Modernidad en nuestra sociedad, aspiró a la conformación de sujetos sociales; el devenir de esta conformación es la historia de la generación de un espacio simbólico propio de estos sujetos, pero dicho espacio simbólico no se pierde con la instauración del régimen militar sino que se transforma y se adecua a los cambios sociales, es decir, trasciende los cambios políticos.

Dentro del «espacio simbólico» del que hablamos nuestro objeto específico de análisis lo constituye el canto popular. La canción social chilena, a diferencia de lo que ocurrió con otras manifestaciones artísticas de la región como el *Muralismo* mexicano o el *Bossa Nova* brasileño, desde sus orígenes nunca necesitó, ni se le brindó, ningún tipo de apoyo o impulso desde las altas esferas de poder, y por otra parte, su desarrollo se caracteriza por la creciente masividad que va adquiriendo, lo que da cuenta del potencial que posee como fuente identitaria e interpretativa de gran parte de la sociedad.

En resumen, esperamos dibujar la idea de un espacio social de encuentro

entre una dimensión artística (simbólica y cultural) y la dimensión política (de innegable importancia en la época). Queremos comprender cómo la constitución de una identidad para la comunidad, si bien se encontró en aquella época contextualizada por la preponderancia de la esfera política, el arte y la esfera simbólica colaboraron por igual en la conformación de sujetos sociales activos en aquél período histórico de Chile.

## **Del folclor tradicional a la canción social chilena**

El primer tercio del siglo XX nos arroja dos decadencias importantes: por una parte, la caída y deslegitimación absoluta del régimen oligárquico y, por otra, el deterioro definitivo del sistema económico mercantil que sustentaba a aquel régimen. Sin embargo asistimos, en lo político y en lo económico, a dos emergencias que van a tomar el relevo de las formas antiguas decadentes: el predominio de una «clase política civil», como Salazar le llama,<sup>1</sup> de reingambre mesocrática; y la constitución de un régimen de sustitución de importaciones. Ambos factores van a provocar la creación de un Estado mucho más amplio que va a intentar reemplazar la matriz identitaria elitista del régimen oligárquico por una de carácter popular y nacional.

Este proceso se retroalimentará, socialmente, a través de una deslegitimación de la idea de nación de la oligarquía. Deslegitimación acelerada en la medida que se va a ir constituyendo una nueva estructura social, es decir, la aparición de nuevos actores sociales, que llevan consigo la manifestación de las nuevas condiciones sociales, va a socavar las bases mismas de la legitimidad de la autoridad, vaciándose el imaginario de nación que sustenta aquella dominación, y por lo tanto, iniciándose una lucha por hegemonizar determinadas visiones de la sociedad. En este sentido, la alianza de actores sociales que fundamentará el llamado Estado de Compromiso implica también el intento por resignificar la idea de nación con la constante del rechazo hacia las antiguas formas de valoración colectiva. Así, la aparición de nuevos discursos, tiene como condición de posibilidad el descalabro del discurso *ortodoxo*.

Lo señalado anteriormente a un nivel más estructural tiene, indudablemente, su correlato en la cotidianeidad, más específicamente —y entrando así directamente a nuestro tema— en el ámbito artístico. En efecto, las primeras décadas del siglo se destacan por la producción sin igual de notables corrientes artísticas vanguardistas que van a demandar a la sociedad —algunas más, otras menos— la destrucción de las antiguas formas de sociabilidad incapaces de interpretar y desarrollarse en las nuevas condiciones sociales. Y es en la literatura donde, especialmente, se practicaron las más audaces propuestas de renovación. Fue el Creacionismo huidobriano o la destrucción total surrealista de la *Mandrágora* quienes expresaron una renovación más esencial y definitiva de la vida social,

---

<sup>1</sup> Gabriel Salazar y Julio Pinto, *Historia contemporánea de Chile*, Santiago de Chile, Lom Ediciones, 1999.

pero también fue la literatura anarco obrera o la poesía *materialista dialéctica* de De Rokha, como él mismo la denominaba, las que intentaron engarzar las nuevas formas de experiencias con una definición más política y programática.

Sin embargo, por el ámbito musical y, particularmente folclórico, no corrían los mismos aires de renovación. Y para entender este rezago hay que determinar la posición que el folclor posee en el espacio artístico y social. El folclor tradicional era, en el siglo XIX, una forma de expresión que reconciliaba las marcadas diferencias sociales. Su temática paisajista promovía la construcción de un espacio común que ocultaba las enormes grietas sociales. Esta función se fue prolongando debido a que la práctica del folclor tradicional tomó nuevos impulsos gracias a las investigaciones positivistas de principios de siglo, el desarrollo de nuevas temáticas sociales nacionalistas y, sobretodo, a los intentos oligárquicos por reestablecer la legitimidad del régimen político. El folclor no gozaba, por lo tanto, de una posición propicia para ser objeto de nuevas experimentaciones pues su uso estaba consagrado a intereses más conservadores y románticos.

Además, aunque parezca contradictorio a buenas y primeras, estos mismos intereses hacia el folclor se repetían en los sectores medios y obreros. Recordemos que estos grupos eran compuestos, en gran parte, por individuos venidos del campo. Bajo esta marca del éxodo, la función de reconciliación era favorecida y escasamente cuestionada debido a que estos sectores consideraban el folclor como un símbolo presente, en la ciudad, de la comunidad perdida e idealizada.<sup>2</sup> Así, la frase «rescate del folclor», muy usada a principios de siglo, no sólo plantea, por parte de las clases dominantes, una vuelta hacia los antiguos modos de socialización, sino que también por parte de los sectores medios y bajos, un regreso a aquella comunidad original. Esto explica porqué el folclor no tuvo un movimiento rupturista como el que tuvo la literatura. El folclor se desplegó sobre una suerte de acuerdo implícito entre las distintas clases, que se nutre de una complicidad infantil, al compartir un pasado idealizado, para continuar los recuerdos pasados expresados privilegiadamente por la música folclórica. Dicho acuerdo o consenso, si lo podemos nombrar de esta manera, también se extenderá, años después, a las legiones de campesinos que conformarán la marginalidad urbana. De esta manera, la transgresión y la renovación tiene como condición de posibilidad la decadencia y despedazamiento de ciertas formas simbólicas que fueron débiles en términos de arraigo social; a diferencia de otras artes, la música, más incrustada en lo social, no estaba en decadencia, vivía en la nostalgia de los emigrados desde el campo, y, por lo tanto, la transgresión y renovación de sus formas y sus temáticas estaba en lo impensable mismo.

Ante esta situación tan desfavorable para la realización de una canción social de raíces folclóricas que rompa con las antiguas temáticas, hay que oponer un factor propio de la ejecución de una práctica que se realiza de manera continua y que, indudablemente, es permeable a los acontecimientos sociales. En otras palabras, los modos de apropiación del folclor por parte de los sectores populares van a cambiar radicalmente al mismo folclor, quizás, no en términos tan

---

<sup>2</sup> José Bengoa, *La comunidad perdida*, Santiago de Chile, Ediciones Sur, 2001, pág. 65.

intelectualizados como en la literatura (lo que explica el no abandono del folclor para expresar las nuevas épocas), pero sí en modos significativos para quienes construyen esta forma de expresión.

Dicha apropiación se va a realizar, fundamentalmente en dos centros de difusión: la bohemia de los burdeles y las reuniones de organizaciones obreras. En el primero se desarrolla la «cueca brava», importantísima en la renovación formal y temática del folclor, pues incentivará el «oficio» del cantor: improvisación, humor, burla hacia otras clases y destreza técnica. Así, el cantor, que hace uso de la técnica musical folclórica, va a estar en condiciones técnicas y temáticas de retratar la nueva época, desligándose de las viejas formas. Por otra parte, la apropiación obrera también va a desarrollar este oficio, manifestándose preliminarmente en una práctica muy simple pero que dio muchos dividendos: el cambio de letra a las canciones populares. De esta forma se aseguraba una rápida asimilación de las nuevas problemáticas sociales. Aparece, así, de manera anónima, en 1908 *Canto a la Pampa*,<sup>3</sup> canción que, años más tarde fue grabada por Quilapayún.<sup>4</sup>

En la década del treinta y del cuarenta hay dos hechos, a nivel estructural, relevantes: primero, el nacimiento de la hegemonía de lo «nacional popular» impulsado a nivel institucional por el crecimiento del aparato estatal y, en especial, por la creación de la CORFO, instalándose la base principal de una matriz estadocéntrica. Para nuestro trabajo, este factor es importante pues alude al reemplazo definitivo de una idea de país, es decir, del traslado desde una matriz identitaria oligárquica hacia una organizada con la ideología de lo nacional popular, ventilando otro tipo de problemáticas que, desde ahora, van a tematizarse cotidianamente.

En segundo lugar, se aprecia un proceso de institucionalización política de los sectores de izquierda —que incluso van a entrar a la coalición de gobierno— y que va a significar un discurso programado, elaborado y teórico que intentará crear una interpretación respecto a todas las esferas de la sociedad, incluida la producción artística.

Una tematización de la idea de país y, más aún, la puesta en el tapete, por parte de los partidos de izquierda, de los problemas sociales establece un terreno cada vez más fértil para una canción social de origen popular y folclórico más madura e íntegra ideológicamente. Sin embargo, esta maduración fue lenta debido principalmente al cariz cada vez más estatal que toma lo nacional popular, sumado también a la poca intervención política, por parte de los mismos cultores, que la canción folclórico-popular, en ese momento, todavía llevaba.

El florecimiento discursivo de las ideas de izquierdas se reforzará con el impacto en Chile de la Guerra Civil Española. Es aquí donde estas ideas entroncarán con un desarrollo musical folclórico popular. Como es sabido, la Guerra Civil fue

---

<sup>3</sup> *Canto a la Pampa* es una canción hecha a partir de la melodía de una *habanera* llamada *Ausencia*, muy popular en el siglo XIX, y con la letra de un poema de Carlos PezoaVéliz y que expresa las miserias de los pampinos además de los sangrientos hechos ocurridos en la Escuela Santa María de Iquique en 1907.

<sup>4</sup> En el disco *Por Vietnam* (1968).

seguida muy de cerca por el ambiente artístico, intelectual y también por la izquierda política chilena. Muchos chilenos y latinoamericanos viajaron a la península para engrosar las filas de la República. Aquellos que volvieron masificaron muchas de las canciones que, hasta hoy, son cantadas. Para la izquierda, la Guerra Civil se constituyó en un gran modelo práctico de organización, pero las enseñanzas mayores están en el modo de sociabilidad que se creó a partir de la constitución de organizaciones campesinas y urbanas. Y este modo de sociabilidad tuvo como producto y estímulo la canción popular española. Esto impactó a algunos chilenos. Incluso la bienvenida en Chile a los refugiados del Winnipeg fue con coro y orquesta, entonando las canciones de la Guerra,<sup>5</sup> canciones que tenían una unidad temática social, ideológica, orientadas hacia una movilización clara y con un fuerte arraigo popular, siendo la contrapartida del folclor desmovilizador.

Aún así, la producción de un folclor popular y social netamente chileno estaba todavía lejos de realizarse debido al «consenso» anteriormente descrito y, principalmente, a que el Estado de Compromiso, ya en auge, estimulaba y reproducía tal consenso en la misma escuela. En los años cuarenta se inicia en todo Chile la enseñanza de folclor musical y danzas tradicionales en las escuelas públicas, promoviéndose como una de las bases de lo «popular». A esto hay que agregar la creación de espacios que le dieron solidez a esta iniciativa. La enseñanza del folclor se circunscribe claramente en la nueva resignificación de la idea de nación asociado al populismo, como proceso político-simbólico que destaca la importancia del *pueblo* por sobre una élite, y a la construcción de una matriz sociopolítica asociada a la preeminencia del Estado, transmitiendo un sentido de la vida social que legitima y justifica las operaciones políticas. El cultivo de tal enseñanza en el formato rígidamente tradicional va a crear un cierto vacío en la práctica común y corriente. Recordemos que aquellos lugares en donde el folclor popular comenzó a desarrollarse todavía no adquirirían una masificación tal que se constituyera en expresión musical hegemónica. Al ser el folclor monopolizado y promovido en su formato tradicional, de pasada se lo confinó, regularmente, a los actos nacionales oficiales y tradicionales, quedando, en cierta medida, infértil la idea de una apropiación más libre y sistemática de la música folclórica en los sectores populares, aparte de los lugares mencionados.

Todo este proceso cobra singular peculiaridad al toparse con otro fenómeno totalmente nuevo y que también va a afectar al folclor y a la música popular: la emergencia de una industria de espectáculos con la consiguiente modificación en el consumo y en los gustos y, por lo tanto, los cambios en la música popular. La apertura de nuevos canales (escenario, disco, radio, cine) va a redefinir cierto tipo de folclor como *folclor típico* o *música típica chilena*, poniendo el acento en la particularidad de tal música. También, de especial importancia es la aparición del

---

<sup>5</sup> Entre estas canciones destacan *El turururu*, *El Ejército del Ebro*, *La Morena*, *El Quinto regimiento*, *Puente de los franceses*, *Si me quieres escribir*, etc. Algunos de estas canciones fueron grabadas, años más tarde, por Rolando Alarcón, principalmente, y también por Víctor Jara y Quilapayún.

disco que masificará espectacularmente la difusión de la música. Sin embargo, esta aparición es copada por la música importada, música originada por esta industria. Nuevos géneros musicales van a llegar para instalarse definitivamente. En la batalla por conquistar a la audiencia, ya sea para fines económicos o políticos, la música social, años después, va a quedar notablemente rezagada. La historia de ese rezago comienza con este fenómeno que comienza en los años cuarenta y va a alcanzar total afianzamiento en la década de los cincuenta y nos explicará buena parte de las características de la canción social chilena de los sesenta

El fracaso de la estrategia de desarrollo industrial, el creciente sobrepujamiento de los sectores sobre el Estado y, en definitiva, el desfase entre la estructura política y la estructura económica, serán el telón de fondo sobre el que la izquierda chilena intentará reexaminar su estrategia histórica reformista. Replanteamiento imbuido por una sensación de fracaso debido al grave estancamiento económico de los cincuenta. El ejemplo de la Revolución cubana, a finales de los cincuenta, indicó hasta qué punto podía tolerarse la alianza con el Estado, los sectores burgueses y la clase media. Pero más aún, la revolución en Cuba inyectó en el ambiente una pronunciada ideologización que se radicalizó en la medida que se cuestionaba el modelo vigente.

Esta situación afectó profundamente al arte. En lo sucesivo comenzará a cuestionarse el carácter excesivamente elitista y abstracto que el artista, como actor social, y la obra de arte, como producto simbólico, comportan. El esteticismo por sí mismo es reemplazado en las discusiones por el papel político del artista y de su obra. Pero lo más importante es que todo el acerbo histórico proveniente de un campo artístico y cultural dinámico desde principios de siglo comienza a ser movilizadado, cuestionado o reforzado. Aparece la tercera generación de poetas, comandados por Nicanor Parra que va a atacar el intelectualismo poético. En la música popular ya no sólo se explotan los motivos folclóricos o íntegramente sociales, también, empiezan a haber propuestas musicales tipo Nicanor Parra: «Payo» Grondona y Osvaldo Rodríguez le cantan a la cotidianeidad urbana. Se comprende, de esta manera, cómo la canción social de los sesenta emerge no sólo producto de un rol protagónico del Estado, sino que gracias, principalmente, a una deriva cultural propia de ciertos grupos sociales —lo que le da su riqueza temática y formal— y el desarrollo de una cultura urbana —que posee la sombra de lo se heredó del campo—, pues son estos fenómenos los que construirán una idea de nación, mediante un proceso histórico que intentará plasmarse en toda la sociedad.

La ideologización social se expresa en el arte y en la música a través de la crítica a las industrias culturales. En la izquierda ya se hablaba que el Estado capitalista había llegado a su tope de producción y que su estabilidad se basaba en la posición subordinada que tenían los países latinoamericanos en la estructura mundial de producción. En este sentido, las industrias culturales poseen el papel ideológico de proporcionar una reconciliación formal en las relaciones de dominación tanto internas como globales. Esta disputa la vivieron permanentemente los cantores sociales de los sesenta, y se manifestaba en la difusión que casi nula que sus canciones tenían en la radiofonía nacional.

Es aquí donde surgen figuras que irán, poco a poco, construyendo espacios y ganando popularidad. Es el caso de Violeta Parra, quien realizó —en los años cincuenta— una exhaustiva labor de recopilación de canciones folclóricas de arraigo popular. Violeta Parra une definitivamente tres tradiciones: el folclor de carácter «más puro» pero de origen popular, la canción popular prosaica y de origen urbano, y la canción política heredada de las canciones españolas. El resultado es una temática mucho más íntegra ideológicamente, una notable riqueza formal y una calidad poética que aprehendió eficazmente sus tiempos y sus tareas históricas.<sup>6</sup> En Violeta ya asoman las temáticas del latinoamericanismo, la inclusión social y la nueva sociedad como se planteaba en la izquierda política, pero también aparece —o reaparece— el motivo de un ser humano nuevo característico de la producción artística que no ha dejado de cuestionar la sociedad.

Ésta es precisamente una de las temáticas más importantes de la canción que se organizará con el influjo de Violeta en los años sesenta. Y es el contacto con el devenir artístico chileno y las conjeturas y desafíos de la época quienes explicarán la entelequia definitiva que toma la canción social chilena en «La Peña de los Parra». En ella se reunía la pintura, la literatura, la canción y, en definitiva, cualquier arte que compartiera dicha temática. Isabel y Ángel Parra, Patricio Manns, Víctor Jara y Rolando Alarcón, entre otros, van a explotar intensamente temas como el latinoamericanismo, la reivindicación de los marginados, el rechazo a la discriminación y, en general, todo aquello que la izquierda tradicional había obviado. En este sentido, la canción social chilena no puede explicarse independiente del devenir cultural chileno, argumentando mecánicamente sólo la importancia de lo político y del Estado en aquella época. La expresión «el hombre nuevo», muy común en la Unidad Popular, no tiene una mera determinación histórica de lo político, ni expresa solamente la utopía de la izquierda tradicional.

Aún cuando la canción social se mantenía en rezago respecto a la música popular importada y nacional, la Nueva Canción Chilena va a recibir el apoyo de los estudiantes, intentando adoptar una crítica frontal a los modos de vida burgueses y el papel de la música popular masiva. Incluso algunos artistas, como Víctor Jara, fueron líderes de opinión en un reformulado papel del artista comprometido, expresando la idea del hombre nuevo no solamente como artista sino que también como sujeto activo y conciente de los problemas sociales.

## **Consolidación de la canción social en Chile: fortalecimiento de la nueva canción chilena**

Luego del surgimiento de los primeros exponentes ligados a una concepción social de la música folklórica, siguieron la senda algunos grupos formados principalmente por estudiantes universitarios de tendencia política de izquierda. Estas agrupaciones son vicarias de la influencia ejercida por los primeros exponentes de la canción social particularmente en grupos de trabajadores, estudiantes y

---

<sup>6</sup> Con la composición de ciertas canciones en los años sesenta se da inicio a lo que se conoce como Nueva Canción Chilena (NCCH).

activistas políticos de izquierda. Entre ellos podemos nombrar a *Inti-Illicamani* (formados en 1967), *Quilapayún* (originados en 1965), *Amerindios*, *Aparcoa* y *Curacas*, todos de tendencia musical similar.

En torno a una definición al estilo musical que estas agrupaciones desarrollaron, podemos citar a Rubén Nouzeilles, productor de los primeros discos de Quilapayún: «Ellos, en la década de los sesenta formaban parte de las huestes universitarias de ideas más avanzadas (...) muy pronto empezó a expandirse con fuerza en reuniones políticas de izquierda, en los medios universitarios, y finalmente, como por el aire, llegó a toda una nueva generación idealista, que quería, hic et nunc, grandes cambios».<sup>7</sup> Se comienza a hablar ya de la «Nueva Canción Chilena» (NCCH), termino que surge en julio de 1969, cuando el periodista Ricardo García junto con la Universidad Católica, organizan un festival bautizado como Primer Festival de la Nueva Canción Chilena.<sup>8</sup>

Sin embargo, la promisoría emergencia y consolidación del movimiento artístico de la NCCH desde sus inicios debió hacer frente a su principal obstáculo: la fuerte penetración en las clases populares —en particular entre los jóvenes— que tenía la música comercial y masiva. Entre los exponentes de la NCCH existía una concepción clara y manifiesta de las características alienantes que poseía la música comercial. En palabras del mismo Víctor Jara: «La juventud latinoamericana vive una realidad pobre. Una muchacha de 17 o 18 años (...) uno de los siete hijos de un matrimonio obrero (...), escucha a Raphael en la radio a cada instante, cantándole al amor. (...) Entonces esa muchacha obrera ingresa al fan's club de Raphael, ¿Por qué? Porque busca encontrar un color más agradable a todo ese color oscuro que la rodea, y cada vez se va evadiendo y conformándose más, y odiando a su propia clase».<sup>9</sup>

Ahora bien, la masividad que alcanzaron los exponentes de la música comercial en su época puede llevar a confusiones conceptuales referentes al carácter popular que puedan efectivamente tener. Para nosotros, la popularidad de la NCCH tiene un carácter particular dado por el hecho de relacionarse con una concepción social de la comunidad nacional, en base a los conceptos de *nación* y *pueblo*. Esto permite situar a la NCCH dentro de los procesos de creciente democratización de los espacios institucionales ligada a un proyecto de sociedad sobre la idea de modernización y desarrollo. No obstante lo anterior, actuales trabajos sobre historia «social» de la música popular hacen caso omiso de esta característica fundamental del concepto de «lo popular». Para González y Rolle, por ejemplo, lo popular no refiere a esta concepción ligada a los constructos de *pueblo* o de *nación*. Para los autores, la música popular es aquella «mediatizada, masiva y moderna».<sup>10</sup> Esta definición tiene que ver con la idea que manejan los autores con

<sup>7</sup> Osvaldo Rodríguez, *Cantores que reflexionan*, Madrid, Ediciones Lar, 1984, pág. 61.

<sup>8</sup> El premio al primer lugar fue compartido por *La Chilenera* de Richard Rojas y *Plegaria a un labrador* de Víctor Jara, interpretada por éste y Quilapayún.

<sup>9</sup> Osvaldo Rodríguez, op.cit., pág. 57.

<sup>10</sup> Juan Pablo González y Claudio Rolle, *Historia social de la música popular en Chile*, Santiago de Chile, Ediciones Universidad Católica de Chile, 2005.

respecto a las sociedades latinoamericanas: una sociedad de masas, donde los procesos de urbanización generan un nuevo espacio social (la ciudad), donde adquieren centralidad tanto la industria como el consumo. Desde este punto de vista, la música popular no tiene como origen las manifestaciones propias de los distintos colectivos sociales, sino más bien se situaría en el desarrollo de la industria discográfica, cinematográfica y radiofónica en el país; relegando al folclor a un papel secundario, guardando además con la NCCh una distancia míope, que termina muchas veces catalogando a este movimiento tan sólo bajo el nombre de «canción protesta», denominación con fuerte contenido despectivo que hace referencia a una supuesta falta de sofisticación en el lenguaje poético de las composiciones de esta tendencia.

Por otra parte, un hito de gran importancia en el proceso de consolidación de la NCCh fue la inauguración del sello DICAP (Discoteca del Cantar Popular) en 1968 por parte de las Juventudes Comunistas; posteriormente se sumó a él el sello de la Peña de los Parra. Este sello discográfico facilitó con creces la producción musical de los exponentes de la Nueva Canción, editando no sólo obras de artistas nacionales sino también extranjeros, obteniendo incluso gran éxito comercial. Junto a la labor de publicación de discos, la DICAP también se dedicó a tareas de difusión de la música popular por medio de programas radiales y conciertos. DICAP tuvo como característica el incentivar la producción visual por medio de sus memorables carátulas de los discos, volviéndose un rasgo distintivo de su producción musical. En suma, la iniciativa de la DICAP sólo tiene comparación con la iniciativa que culminó con la puesta en marcha de la famosa Editorial Quimantú.

En lo que respecta a la relación de la NCCh con el sistema político, vemos que en realidad se trata de un fenómeno más complejo que lo que sugieren las perspectivas tradicionales de la sociología latinoamericana. Si bien el desarrollo de una canción social en nuestro país se ubica estructuralmente en los procesos de democratización y modernización llevados a cabo por el Estado desde comienzos de la década de los 30, esto no implica necesariamente el reconocimiento del Estado como un ente benefactor para los grupos sociales populares.

Por supuesto, es innegable que con la instalación del Estado de Compromiso estas nuevas fuerzas sociales ven una progresiva representación en el aparato público; sin embargo, debemos considerar que esta representación muchas veces tuvo la característica de un elitismo político en las propias clases. Efectivamente, son las élites dirigentes de algunos sectores las que se ven involucradas en el gobierno. Además, y debido a la pluralidad de intereses representados en el gobierno, se hacía realmente muy difícil implementar apropiadamente las reivindicaciones sociales anheladas por las clases populares. Aunque, de todas maneras, esto no quita que efectivamente se hayan dado grandes avances en reformas de salud, educación y vivienda para los grupos económicamente menos privilegiados.

En consecuencia, estamos en condiciones de afirmar que la producción simbólica ligada al desarrollo de la NCCh está lejos de ser un reflejo directo de los fenómenos políticos que afectan a la región. En concreto, la NCCh no sería una suerte de instrumento de ideologización ideado por los partidos políticos de

izquierda, sino que se trata de un fenómeno de producción de sentido que tiene sus raíces en las condiciones sociales de los grupos populares (sentido que posteriormente es canalizado en la esfera pública y política, con la puesta en escena de los procesos que llevarían al poder a la Unidad Popular), así como también en la deriva histórica de la propia canción social. Es decir, hay un proyecto de sociedad, construido históricamente, que no necesariamente confluye con una sobredeterminación de lo político. Así, por lo menos, lo expresa Inti-Illimani en la *Canción del Poder Popular*:

Porque esta vez no se trata  
de cambiar un presidente  
será el pueblo quien construya  
*un Chile muy diferente*.<sup>11</sup>

Pero antes de que haga aparición la Unidad Popular como proyecto donde confluyen el sentido de las clases populares con el sistema político, el Estado es mirado, incluso, por estos colectivos sociales como el principal agente represivo. Esta es una temática recurrente en la canción social del país, y de gran parte de la región. Basta con revisar algunas letras de Violeta Parra (por ejemplo, *La Carta*), o de Víctor Jara (por ejemplo *Preguntas por Puerto Montt*), para darse cuenta de la mirada recelosa que dirigen las clases populares al Estado y al sistema político. Con todo, puede decirse desde ya que la NCCh no se encontraba esterilizada de posibilidades políticas. Horacio Durán, músico miembro de Inti-Illimani, en una conversación sostenida con nosotros nos recordó que la idea de una música política, o más bien del «rol político del sonido» es una concepción irrenunciable. Para Durán esto es apreciable en el énfasis que se ha puesto históricamente en la represión que han sufrido las manifestaciones culturales de pueblos sometidos por la colonización extranjera.<sup>12</sup> Ejemplo de esto para el artista es la censura al uso de instrumentos autóctonos de la región por parte de los españoles y posteriormente durante el período de la dictadura militar.

La época de oro para esta concepción de la música social como espacio de sentido y como proyecto político en Chile sucede durante el gobierno de la Unidad Popular. Grinor Rojo sitúa a la Unidad Popular como la culminación de un proceso de profundización del proyecto democratizador y modernizador que constituía el «Estado de compromiso».<sup>13</sup> Efectivamente, este gobierno marca la definitiva incorporación de los intereses de las clases menos privilegiadas y de los sectores de izquierda al espacio de la acción pública del Estado, que proclamaba la «vía chilena al socialismo». En consecuencia, el Estado chileno deja de ser

<sup>11</sup> En el disco «*Viva Chile*» de Inti Illimani (1973).

<sup>12</sup> Pablo González Casanova, *Sociedad plural, colonialismo interno y desarrollo*, en Fernando H. Cardoso (editor), *América Latina: ensayos de interpretación sociológica—política*, Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 1970.

<sup>13</sup> Grinor Rojo, *Apuntes sobre la cultura en los tiempos de la Unidad Popular*, en Rodrigo Baño (editor), *Unidad Popular, treinta años después*, Santiago de Chile, Lom Ediciones, 2003.

visto como el principal agente de la represión a las clases populares, sino que desde ya se transforma en su principal aliado. Es durante este gobierno donde la producción simbólica de los grupos populares recibe toda la ayuda posible; esto no es exclusivo para la NCCh, sino que se hizo extensivo a todas las manifestaciones culturales, lo que viene a coronar todo el proceso de instalación de las manifestaciones populares en el espacio público, tradicionalmente dominado por las clases altas de la sociedad. En efecto, durante toda la década del sesenta los artistas doctos comienzan a abrir las puertas a las expresiones artísticas populares. Esta relación en la que entran los artistas de la academia con los exponentes populares dio pie a un fértil proceso de experimentación, que en el caso de la música unió a compositores doctos como Advis y Ortega, con exponentes de la NCCh (Quilapayún, Inti-Illimani) y músicos de rock con intereses sociales (Los Blops, Los Jaivas).

Sin duda, todo este proceso se vio brutalmente detenido con el golpe de estado de 1973; siguiendo una tendencia histórica en la región inaugurada con el golpe militar en Brasil en 1964. La interpretación sociológica más aceptada del advenimiento de estos fenómenos dice relación con la progresiva incapacidad del Estado de Compromiso de satisfacer las crecientes demandas de los distintos sectores sociales involucrados en él. En el caso chileno, esto tiene estrecha relación con la disconformidad con la que enfrentaban el gobierno de la Unidad Popular los sectores más acomodados, ligados a la oligarquía y a la derecha. En suma, se redujo el Estado a su mínimo posible y se abrió la economía a los capitales extranjeros, en busca de una reformulación del capitalismo en el país. Se inaugura de esta manera una etapa de represión en la que se verían terriblemente afectados todos los involucrados con el gobierno derrocado.

La violenta represión también alcanzó a los exponentes de la NCCh: todos ellos, y muchos artistas y activistas políticos más, fueron exiliados, torturados o asesinados. Los aparatos represivos de la dictadura al vulnerar sistemáticamente los derechos humanos al secuestrar, torturar y asesinar a miles de partidarios del gobierno de Allende; lo que buscaban era desarticular los espacios de constitución de sujetos sociales que pertenecían a los grupos populares. La represión atacó a los cuerpos, pero también a las manifestaciones simbólicas y a la memoria de los sectores populares.

Por ello, los exponentes de la NCCh que aún permanecieron vivos, se vieron en la necesidad de dar inicio a una nueva etapa de trabajo, pero desde el exilio, con miras a restaurar la memoria de las clases populares y de denunciar a los ojos del mundo la tiranía que tenía lugar en Chile. Durante este período los artistas exiliados se enfrentarían a profundas transformaciones de las sociedades a nivel mundial: en menos de quince años ni Chile ni el mundo, ni su música, serían iguales.

## **Devenir de la Nueva Canción Chilena durante la dictadura**

Hay que ser cuidadosos y tratar de no caer en el planteamiento fácil y, a estas alturas clásico, que postula que durante la dictadura militar chilena el país vivió una especie de «oscurantismo cultural» que aportó poco y nada a la acción polí-

tica de la sociedad. Este *oscurantismo* se daría gracias a la fuerte represión ejercida por el gobierno militar sobre el mundo del arte de raigambre social. Para ser más precisos y no caer en errores este planteamiento merece un mayor grado análisis.

En primer lugar es imposible negar la fuerte represión que sufrió la sociedad civil en general, y el mundo del arte y la cultura en particular. Uno de los ejemplos más significativos de esta represión lo constituye el caso de la Editorial Quimantú. Esta editorial era uno de los proyectos más importantes del gobierno de la UP en cuanto al desarrollo cultural del país. Pero se vio violentamente cortado con el golpe de Estado, la editorial es puesta bajo control del general de aviación Diego Barros Ortiz, cambia de nombre y pasa a llamarse «Empresa Editorial Nacional Gabriela Mistral», reorientando su política editorial cuando sus dirigentes son forzados a dejar la empresa y a exiliarse en el extranjero.<sup>14</sup>

La represión ejercida por los gobiernos militares de la región en contra de cualquier forma de expresión artística que sea *subversiva*, es identificada por O'Donnell como la primera dimensión de los «regímenes burocrático-autoritarios». La represión se propone desarticular a la sociedad civil recientemente muy politizada, su tarea principal es lograr un orden político en la sociedad a través de una desideologización y despolitización de la misma. Así, para el gobierno militar era perentorio atacar las fuentes desde las cuales la sociedad encontraba una orientación ideológica y desde donde los diferentes actores sociales extraían el sentido de su acción. Uno de los objetos centrales de este tipo de represión va a ser el arte, y particularmente la música, la NCCh, en donde se encontraba uno de los mayores núcleos de expresión ideológica que reivindicaba las luchas sociales.

Pese a esta fuerte represión, como ya se dijo, debemos tener cuidado al tratar el tema del «oscurantismo cultural» durante la dictadura militar. Para Brugnoli el golpe no constituye ningún corte cultural ni menos una fase oscura dentro de éste; muy por el contrario, el artista piensa que aún con la existencia de la dictadura hay un proceso que es continuo de desarrollo del arte en la medida en que siguieron habiendo artistas que no se quedaron de brazos cruzados y siguieron haciendo su trabajo.<sup>15</sup>

Sin embargo, en la represión que se llevo a cabo por parte de los militares, la NCCh resultó ser una de las más afectadas. Uno de sus íconos más importantes, Víctor Jara, fue arrestado el día inmediatamente posterior al golpe, torturado, y asesinado; otros, como Angel Parra, cayeron detenidos y fueron torturados. Esto llevó a los demás miembros del movimiento a buscar asilo en diversas embajadas y a exiliarse en el extranjero (Patricio Manns, Isabel Parra, etcétera). Pero la represión no sólo afectó a los autores e intérpretes de este canto, sino que también llegó a los lugares en donde se desarrollaba, difundía y distribuía. Todas las peñas de la NCCh fueron clausuradas; la DICAP fue allanada y las matrices de los discos destruidas prohibiéndose la producción de la NCCh.

<sup>14</sup> Solène Bergot, *Quimantú: editorial del Estado durante la Unidad Popular Chilena (1970—73)*, en Revista electrónica de historia *Pensamiento Crítico*. Disponible en: [www.pensamientocritico.cl](http://www.pensamientocritico.cl)

<sup>15</sup> Francisco Brugnoli, *Arte y cultura en la Unidad Popular*, en Rodrigo Bano (editor), op.cit.

Con todo esto se podría hablar perfectamente de una etapa de oscurantismo artístico cultural considerando lo que antes había hecho la NCCh, pero ésta siempre se las arregló para seguir produciendo música, tanto en el exterior a través de los numerosos artistas que se encontraban fuera del país (Patricio Manns, Isabel Parra, Inti Illimani, Quilapayún, etcétera), como en el interior del país a través de lo que algunos personajes hicieron en favor de la distribución de dicha música, o de nuevos autores que proponían una nueva especie de Canto Chileno.

Si se pone el acento en lo que hicieron algunos para tratar de que no se perdiera todo lo que había hecho la NCCh, y lo que estaban produciendo nuevos artistas, cobran todo el sentido las palabras de Brugnoli. Así, un hombre clave en este rescate de la NCCh es el locutor radial Ricardo García que, desafiando a la dictadura y al poder de los militares, crea en 1976 el sello Alerce, en donde publica obras de los nuevos artistas, de la NCCh y de la Nueva Trova Cubana, acto que lo lleva a la cárcel acusado de introducción y distribución de material subversivo.<sup>16</sup> Los nuevos artistas son un grupo de creadores que, por una parte se quedan en Chile, y por otra parte, son nuevos autores que siguen la tarea de los artistas que se encuentran exiliados en el extranjero; a este nuevo movimiento emergente se le llama «Canto Nuevo».<sup>17</sup> Éste comienza a aparecer a mediados de la década del 70 con la creación de las nuevas peñas.<sup>18</sup> De esta forma el Canto Nuevo prosigue la tarea de la NCCh pero con sus propias características; a diferencia de su precedente, el Canto Nuevo utiliza un mensaje social mucho menos confrontacional (por razones obvias), en donde se expresa el descontento social a través de una sutil poesía; en términos generales es una canción a favor de los derechos humanos, del humanismo, la ecología y la diversidad cultural. En cuanto a la instrumentalización de su música también se producen diferencias, se dejan de lado los instrumentos que no son chilenos gracias a un decreto de ley que prohíbe su uso, de esta forma instrumentos como la quena y el charango quedan fuera de todo uso. El contexto sociopolítico cambia, y ya no es el sueño de la revolución el que prima sino que, muy por el contrario, se siente una responsabilidad de contribuir al proceso de retorno a la democracia. En este sentido, el Canto Nuevo busca concientizar, sensibilizar, subir el ánimo de quienes resisten, dar una señal de lucha, denunciar situaciones, abrir tribunas, ganar espacios, y no apoyar un programa o un proyecto político como lo había hecho la NCCh en algunas de sus creaciones con la Unidad Popular.

En dictadura la NCCh y el Canto Nuevo toman nuevas direcciones de significación e identificación en relación a la sociedad a la que se dirigen; las personas

---

<sup>16</sup> Aparte de lo ya mencionado, García fue el que presentó a Violeta Parra al público radiofónico a través de Radio Chilena, en 1959 creó el hoy famoso Festival de Viña del Mar, y en 1969, con el patrocinio de la Universidad Católica, organiza el Primer Festival de la Nueva Canción Chilena.

<sup>17</sup> Algunos de los artistas pertenecientes al Canto Nuevo son: *Santiago del Nuevo Extremo*, *Hugo Moraga*, *Oswaldo Díaz*, *Pedro Yáñez*, *Illapu*, *Aquelarre* y *Los Curacas*.

<sup>18</sup> «Peña Javiera», «La Picá», «La Parra», «La Fragua».

que empiezan a escuchar este tipo de música se desenvuelven en un entorno social distinto, nacen y se desarrollan en la dictadura. Existe un proceso de simbolización que se mantiene, el de la denuncia de las injusticias sociales, pero hay otro que cambia, ya no se trata de cumplir una utopía lejana e inasible, sino que la tarea se vuelve mucho más palpable y concreta: la vuelta a la democracia y el fin de la dictadura.

Con la mayoría de los artistas de la NCCh en el extranjero y sin poder volver a Chile comienza una nueva etapa creativa que abarcará nuevas temáticas y formas musicales. El repertorio empieza cambiar adaptándose a la nueva situación, y se hace necesaria la internacionalización para que los demás países puedan conocer y solidarizar con la causa chilena. El año 1976 es clave por la aparición de las canciones de resistencia que consolidan una nueva etapa; en ese momento los autores han asimilado su situación de exilio y se ha creado una infraestructura sólida de producción y distribución de sus obras. A partir de este año empiezan a aparecer canciones netamente de exilio como *Mi Patria* de Fernando Alegría y *Cuando me acuerdo de mi país* de Patricio Manns. El 1979 también es clave, en él aparecen 2 discos («Sensemayá: canto para matar una culebra» de Inti Illimani, y «Umbral» de Quilapayún) que marcan el comienzo de una nueva etapa en este movimiento. En éstos se puede traslucir la inclusión de textos más sutiles y poéticos acompañados de ricas armonizaciones musicales. Con la aparición de estos dos discos se puede notar la gran similitud que existe entre la creación de estos artistas que están en el extranjero y los pertenecientes al Canto Nuevo que crean música en Chile. El contexto en el que lo hacen es diferente, la NCCh aparte de tocar las temáticas del Canto Nuevo (el deseo del retorno de la democracia), construye su arte en base a la experiencia del exilio; de esta forma también se incluye a un nuevo tipo de público: todas las personas que comparten esa experiencia.

La internacionalización de la NCCh es una muestra de lo que está ocurriendo en todo el mundo: los procesos de globalización. Esto por dos razones, en primer lugar la larga estancia en Europa dejó profundas huellas en su forma de crear música, reciben nuevas influencias culturales, poéticas y musicales. Así las raíces folclóricas que eran características en el comienzo de la NCCh se empiezan a diluir y a fusionar con nuevas culturas musicales.<sup>19</sup> La segunda razón viene de las nuevas temáticas que se comienzan a abordar; con el disco de 1982 «La revolución y las estrellas» de Quilapayún se elabora una nueva forma de pensar que presenta una filosofía humanista en donde se entiende que el ámbito de las luchas sociales e ideológicas que se llevaron a cabo sólo dejaron sangre, odio y muerte entre los hombres, y que la tarea de éste es «asignarse el deber de la sonrisa...».<sup>20</sup> Esta nueva temática que se impone posee un grado pleno de correspondencia con la globalización de tipo ético-valórico que están viviendo las sociedades durante este tiempo. En efecto, la conexión que se hace entre las nuevas letras de la NCCh y el Canto Nuevo, y la nueva filosofía de corte humanista, más reconciliadora y menos confrontacional, calza perfectamente con este tipo de

<sup>19</sup> Un ejemplo excelso de esto son los trabajos de *Inti Illimani*.

<sup>20</sup> Eduardo Carrasco (Quilapayún): *Luz negra*, en el disco *La revolución y las estrellas*, 1982.

globalización en donde se reconocen y reivindican los Derechos Humanos, y se busca la constitución de una ciudadanía global, a partir de la cual se puedan efectivamente ejercer los mismos derechos en todo el planeta.

Las nuevas temáticas traen consigo un éxito inesperado para la NCCh en Europa. Aquí se pasó de un seguimiento solidario de la causa de estos artistas, a una rápida y verdadera admiración por sus creaciones y por lo que ellas representaban. Millones de personas en diversos lugares del mundo se sintieron identificadas con lo que estos artistas proponían: una nueva forma de lucha política que se oponía a la tiranía de la dictadura y del ostracismo vivido fuera de su país. De esta manera, y muy lentamente, se fue gestando lo que sería el retorno de estos artistas a Chile. En esto, sin lugar a dudas, jugó un papel primordial la tarea hecha por los mismos artistas, ya que es a través de éstos que se hace conocida a gran parte del mundo la situación vivida en Chile, lo que hace que poco a poco se comience a ejercer presión para terminar con la dictadura en Chile. De esta forma vemos que, nuevamente, la NCCh a pesar del cambio de sus temáticas, sus letras, sus instrumentos y sus estilos, nunca deja de actuar políticamente, y lo que es más importante aún, contribuyen en un alto grado a la formación de una gran masa crítica de la situación chilena, lo que los lleva, en consecuencia, a constituirse también políticamente en contra de dicho régimen.

A fines de los 80 el gobierno militar sufre de una fuerte presión interna y externa y se vislumbra el final de la dictadura. En este contexto empiezan a regresar un número importante de los artistas de la NCCh que vivieron el exilio, es así como en 1987 vuelve Isabel Parra, en 1988 vuelven Ángel Parra, Patricio Manns, etcétera. Ese mismo año se produce una de las más importantes presentaciones en vivo de los artistas del Canto Nuevo y de la NCCh que regresaban del exilio: el Concierto del Parque La Bandera. Este recital tuvo un éxito sin igual, acudieron a él cerca de 100 mil personas y se constituyó en el acto artístico cultural más importante en contra del régimen militar imperante. Con esto la NCCh demostró nuevamente ante todo Chile su poder de convocatoria popular y el tipo de influencia política que ejercía sobre el público. Himnos de este acontecimiento son las canciones *Vuelvo* de Patricio Manns y Horacio Salinas y *Vuelvo para vivir* de Andrés Márquez. Además este regreso coincide con la campaña del NO que busca terminar con el régimen militar; en este sentido el movimiento artístico vuelve a formar parte oficialmente de campañas políticas tal como lo hizo en 1970 con la campaña de Allende. Así, la NCCh toma rumbos ya conocidos para ella, y junto con ella, los sectores que antes se sintieron identificados con su arte se vuelven a manifestar en diversos actos políticos.





